ALIX RUBIO CALATAYUD

SIEMPRE CUIDARÉ *de ti*

«Él era su guardián en la sombra»



ALIX RUBIO CALATAYUD

SIEMPRE CUIDARÉ *de ti*

Título: Siempre cuidaré de ti.
© 2023, Alix Rubio Calatayud.
De la cubierta y maquetación: 2023, Roma García.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Yael, a Mary y a Chaime

Agradecimientos:

Gracias a la señora Emese Szöllös por proporcionarme los versos de la Oda del poeta húngaro Attila József (1905-1937) que aparecen en la novela

PRIMERA PARTE:
EL ENCUENTRO

I think I was blind before I met you

(*First Day of My Life,* Bright Eyes*)*

AUBRY

Su única distracción era la visita semanal a la psicóloga, recorrer las librerías, sentarse a leer en los Jardines Renoir, mirar a los pintores de la Plaza del Tertre cuando no había demasiada aglomeración de gente. A veces iba al Museo del Louvre o a escuchar un concierto de música clásica. Apenas salía de Montmartre. La idea de tener que coger el metro y abrirse paso entre la muchedumbre le angustiaba. En su barrio se sentía seguro y relativamente en paz. Era mediados del mes de agosto y agradeció el calor porque la pierna lesionada le molestaba menos.

Se paró delante de un puesto y miró a la pintora, una pelirroja con gafas de montura dorada vestida con ropa que le daba aire de hippy y que le sentaba bien. Se encontraba ante su caballete trazando líneas de colores que a él no le dijeron nada. No entendía de arte, pero al menos los cuadros antiguos tenían una explicación lógica. *La Gioconda* era una mujer con una sonrisa triste. Luego si los expertos querían hacer interpretaciones simbólicas a él le tenía sin cuidado: era una mujer con una sonrisa triste. En cambio aquellas líneas, puntos, manchas de color, le desconcertaban. La pintora le miró con mucho interés y le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa. Ignoró el mensaje que le enviaba. Hacía mucho tiempo que no mantenía relaciones sexuales y las invitaciones explícitas o implícitas no le impresionaban. Aquella chica, por ejemplo, tenía aspecto de ser desinhibida en la cama y probablemente también divertida; pero no estaba dispuesto a enredarse con ella en un juego que no terminaría bien. La última vez había resultado un desastre, la chica en cuestión gritó y a él casi le dio un ataque de nervios. Los gritos femeninos le retrotraían a los peores momentos de su existencia. La violación como arma de guerra le repugnaba profundamente, y lo tenía terminantemente prohibido a su grupo. Ellos eran profesionales bien pagados, no delincuentes. Su orden estricta era dejar en paz a las mujeres a menos que los atacaran directamente, en cuyo caso tendrían que defenderse, y a los niños. En aquella orgía de muerte en que se había convertido Yugoslavia y en todos los lugares donde había estado, había tenido que ver demasiados horrores.

Iba a seguir su camino cuando vio el cuadro. Imposible que fuera obra de la pelirroja. Se quedó parado ante él como si se hubiera convertido en piedra. En la etiqueta figuraba el nombre: *El Ángel Caído*. Creyó que se le iba a parar el corazón. Aquellos ojos grises, aquel rostro. Los conocía. Lo que no entendía era cómo ni quién había podido plasmarlos en el lienzo. No podía ser que después de tantos años volviera a encontrar a aquella joven, casi una niña, representada junto a un ángel de negras alas rotas que tenía sus propios ojos azules. Agradeció que la pintora no se diera cuenta al mirarle.

—Lo quiero –dijo escuetamente.

A la pintora se le iluminó la mirada.

—¿No quiere saber el precio?

—Me da igual. Haga el favor de empaquetarlo y cóbreme.

Ella le dijo una cifra bastante alta. Aubry sacó su cartera y pagó sin mover un músculo. El rostro de la mujer no expresó la sorpresa que le había causado que aquel hombre llevara encima tanto dinero, no lo parecía. Pero él siempre estaba preparado por si en algún momento debía marcharse sin pasar antes por su casa.

—Gracias. Ha hecho una buena compra.

—Lo sé.

Continuó hacia su casa sin mirar atrás. Lo colgó sobre el sofá y se apartó para mirarlo. Volvió a sentir aquella presión en el corazón. ¿Qué conjunción astral había propiciado que ella apareciera de nuevo en su vida para mirarle a través del cuadro? Había ocurrido en mil novecientos noventa y dos en un barrio cualquiera de Sarajevo. Después de eso abandonó Yugoslavia. Anduvo de un lado a otro durante un año más; y finalmente terminó enrolado en la Legión Extranjera. Cinco años más tarde, y tras ser herido en una misión, obtuvo la nacionalidad francesa y legalizó su nuevo nombre.

Trabajó como portero en un exclusivo club nocturno, alojándose en un hotel barato, hasta que se agobió. No le importaba trabajar de noche porque apenas dormía; pero se pasaba las mañanas dando vueltas en la cama hasta que un par de horas después se tenía que levantar. Había días que le costaba mucho esfuerzo practicar ejercicio físico. Así y todo corría, se esmeraba en un gimnasio para mantenerse en forma y nadaba en una piscina cubierta a primera hora, cuando apenas había usuarios. Renunció al empleo cuando le ofrecieron otro más cómodo como chófer y guardaespaldas de una dama de la alta sociedad. Sus obligaciones no le sobrecargaban de trabajo. Ella era una mujer en torno a los ochenta años, enérgica y con una salud de hierro. Debía haber sido muy guapa en su juventud. Apenas hablaba con él más que para decirle dónde quería ir y a qué hora debía pasar a recogerla al salón de belleza o donde quiera que estuviera. El sueldo era mejor que bueno y disponía de su propia habitación en el inmenso palacete de la dama, situado en el distrito octavo de la ciudad, en la orilla derecha del Sena. Fue entonces cuando se decidió a jugar en la Bolsa, pese a no entender de finanzas. Pero de las conversaciones fue deduciendo que si era prudente y tenía suerte, podía obtener ganancias interesantes. Buscó asesoramiento y se puso manos a la obra. Varias operaciones atinadas le hicieron ganar una pequeña fortuna. Su jefa, al enterarse, le animó y le puso en contacto con sus propios agentes. Le gustó la ambición de su fiel y discreto empleado y se propuso apoyarle.

Lo que complicó su idílico trabajo de chófer y guardaespaldas fue la llegada de Sissi, nieta de la dama. Era una chica caprichosa y déspota a la que llegó a odiar visceralmente. Apareció un buen día recién llegada de Suiza y se instaló con su abuela como en su propia casa. Aubry tuvo que llevarla y traerla, soportarla, soportar a algunos de sus amigos y limpiar la limusina de restos de bebida, cocaína y semen; porque Sissi no era muy pudorosa y le bastaba con bajar el cristal opaco que la separaba del sufrido chófer. Era guapa y lo sabía, irresistible, sexy, elegante. Y él le había gustado desde la primera vez que le vio.

Una noche se la encontró en su habitación. Estaba esperándole vestida solo con una camisa de seda blanca, desabrochada, tendida en su cama como una estatua con la cabeza apoyada en una mano.

—Fuera –le dijo escuetamente y con tono neutro.

Sissi rio y se movió. Él se percató de que había tomado algo más que alcohol.

—No puedes echarme de la casa de mi abuela.

—Puedo echarla de mi habitación y es lo que estoy haciendo. Haga el favor de salir.

—Bien. Me voy. Peor para ti.

Se levantó despacio y se acercó a la puerta, rozándole íntimamente al pasar a su lado.

—Tienes un cuerpo enloquecedor, pero no reaccionas. Me pregunto si es por respeto a mi abuela o porque no eres un hombre –le miró con expresión maligna— ¿Sabes lo que te pasaría si le digo a mi abuela que me has violado, eunuco estúpido?

En dos zancadas Aubry estuvo junto a ella, cerró la puerta por dentro con una mano, y con la otra la agarró del pelo, una brillante melena castaña a juego con sus ojos.

—¿Quieres jugar? ¿Esto es lo que te gusta, pequeña puta?

La arrastró por el pelo hasta la cama y la arrojó encima como si fuera un fardo. Las imágenes más brutales revivieron en su mente. Cuando terminó se apartó de ella y la miró. Sissi vio sus ojos se habían convertido en dos piedras grises. Le tendió la camisa para que se la pusiera.

—Y ahora sal de aquí y no vuelvas.

Pese a que intencionadamente le había causado dolor y humillado, ella se abrochó la camisa con sonrisa desvergonzada y pasándose la lengua por los labios hinchados. Una semana más tarde Sissi volvió a Suiza. Aubry tuvo que llevarla al aeropuerto y hacerse cargo de su equipaje. Durante el largo trayecto ninguno de los dos habló Sissi encendió un cigarrillo soplándole el humo a la nuca y le molestó de diversas formas, siempre en silencio. Se miraban a través del retrovisor, ambos ocultos tras gafas oscuras, y ella le sonreía burlonamente.

Sentado a solas por fin en la limusina con las ventanillas abiertas para eliminar el olor a tabaco, Aubry respiró hondo. La odiosa Sissi se había marchado y cuando regresara él ya no estaría. Más operaciones afortunadas incrementaron su capital de tal manera que dejó su trabajo de chófer, agradeciendo sus buenos consejos a la que había sido su mentora. Podía vivir de sus rentas lo más anónimamente posible.

Se trasladó al mismo hotel barato en el que ya se había alojado y buscó en el periódico apartamentos en venta. Quería algo pequeño y viejo que le saliera a buen precio. Finalmente se decidió por una buhardilla de unos sesenta metros y prácticamente desapareció en Montmartre.

VALENTINA

El sonido del teléfono la arrancó de un sueño profundo y paralizante. Logró abrir los ojos al tercer intento, y pese a la visión aún distorsionada descolgó el auricular sin tirar el aparato.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Valentina? ¿Aún durmiendo? Tengo una buena noticia. Invítame a almorzar y te la cuento.

—¿Almorzar?

—Son más de las once. Se te han pegado las sábanas.

—¡Oh, no! Qué desastre. Sí, claro, te invito. Me doy una ducha rápida y voy para allá.

Se levantó tan rápidamente que se mareó y se tuvo que sentar un momento. El agua la relajó. Se vistió con vaqueros y camiseta de algodón azul, sandalias planas blancas, muy cómodas, y se dejó el pelo suelto tras cepillarlo con más prisa que de costumbre. En la calle hacía calor, era finales de agosto de mil novecientos noventa y nueve. Había llegado a París en enero. Detrás de su sonrisa se escondía un pasado doloroso del que no quería hablar excepto con la doctora Leclercq, que era su psicóloga, y con su mejor amiga, Brigitte. Una por secreto profesional y la otra por amistad leal guardaban estricto silencio. Tras un periplo doloroso y mucha burocracia había obtenido la nacionalidad francesa. Tenía muchas lagunas en sus recuerdos. La doctora Leclercq le había propuesto realizar una terapia con hipnosis para recuperar aquella parcela de su memoria que se resistía a dejar aflorar. En sus sueños se veía en el suelo de una habitación sucia, en una casa destruida. Un hombre uniformado y con el rostro oculto por un pasamontañas la sacaba de allí. Había algo más, pero no lograba verlo. Aquel soldado que presumiblemente iba a matarla le había salvado la vida. Veía unos ojos muy azules tras la abertura del pasamontañas, pero eso no tenía nada de extraordinario. Tampoco recordaba si llevaba insignias o cualquier cosa que identificara a qué ejército pertenecía. Un uniforme de camuflaje, un tipo armado hasta los dientes que no dejaba ver su rostro. Se quitó del cuello una cadena de plata con una medalla católica y se la puso a ella. Le dio agua y la sacó de allí en sus brazos. Un periodista y su cámara que andaban cerca se quedaron paralizados, mirándolos. «Lleváosla con vosotros a un lugar seguro», les dijo en alemán y lo repitió en inglés y francés. «No me grabes». El cámara obedeció, asustado. «Esta chica tiene que salir de este puto sitio, ¿entendéis?». Entendieron. La metieron en su coche y se alejaron. Ella se desmayó. No tenía identificación de ningún tipo, ni un papel suelto con una dirección o un teléfono. Una víctima más de la guerra que ensangrentaba lo que había sido Yugoslavia. Estuvo al borde de la muerte muchas veces. En aquel momento tenía diecisiete años y había sido estudiante de pintura hasta que su mundo estalló en pedazos. Tras su rescate encontró una nueva vida. A principios de enero llegó a París con veinticinco años, un master en Historia del Arte, graduada en Bellas Artes, y estudios de pintura cursados en Italia e Inglaterra. Una artista que se esforzaba para pintar y mantenerse en pie.

Su amiga Brigitte la estaba esperando en la Plaza del Tertre. También era pintora y tenía autorización para ocupar uno de los puestos. Se rió de la impaciencia de Valentina. Solo ante la ensalada y el vaso de vino se decidió a hablar.

—No lo vas a creer. He vendido tu cuadro *El Ángel Caído*.

Valentina se atragantó con la bebida.

—Llegó un tipo y se quedó mirando el cuadro como si le hubieran hipnotizado. Claro, que yo también me quedé hipnotizada con él –Brigitte puso los ojos en blanco— Qué cuerpazo, qué cara. Me subió la temperatura –se echó a reír— Ni siquiera preguntó el precio, dijo que lo quería. Pagó sin mover un músculo y se lo llevó. Si llego a saber que no iba a regatear hubiera pedido más. Aquí tienes –le pasó un sobre a Valentina. Esta lo abrió y se quedó sin respiración.

—¿Todo esto por mi cuadro? No me lo puedo creer. Voy a apartar tu comisión.

Brigitte se había ofrecido a venderle algún cuadro a Valentina de manera discreta. *El Ángel Caído* era el primero.

—Tienes un estilo muy peculiar. El tratamiento de la luz y el color me recuerdan a Leonardo. He hablado con la galería de arte que nos expone a Gilles y a mí y están dispuestos a hablar contigo. Si les gusta tu trabajo, y estoy segura de que lo adorarán, podrían exponer un par de obras y ver cómo funciona. De momento lo tienen todo cerrado hasta final de año, pero ya están organizando los nuevos programas.

—Gracias, Brigitte. Me estás ayudando mucho.

—Estamos en el mismo barco. Eso sí, si aparece el guaperas te recuerdo que tengo derecho de preferencia.

—Claro –Valentina sonrió— Todo para ti. A mí solo me interesa la pintura.

—Y los hombres guapos, supongo.

—No. No tengo ningún interés en ellos, ni guapos ni feos. Estoy muy bien como estoy.

—Vaya. Te deben haber hecho sufrir mucho.

—Eso da igual.

—¡Eh! Somos amigas, puedes hablar conmigo, ya lo sabes. No puedo creer que te hayan partido el corazón, con lo preciosa que eres.

—No me han partido nada, Brigitte. Nunca he tenido novios ni parejas ni me apetece. Quiero estar sola. Tampoco me gustan las chicas, no es por eso. No me apetece tener un hombre cerca de mí. Y ya está.

—Espera, ¿por qué no me lo habías contado? –bajó la voz— No me digas que eres virgen.

Me muero.

—¿Por qué te vas a morir? Todas nacemos así. Y como mi cuerpo es mío hago lo que me apetece, que en este caso es no hacer nada. ¿O es que tengo que dar explicaciones?

—No, cariño. Ni a mí ni a nadie. Faltaría más. No te enfades.

—Perdona. No me enfado. Es que no me gusta hablar de esa cuestión. Además, estoy enamorada de…

—De un fantasma, Valentina. Un fantasma que no te permite conocer el amor de verdad.

—No lo entiendes, Brigitte. No es un fantasma, es un hombre real. No puedo dejar de pensar en él. Se me quedó grabado en el corazón.

—¿Y si no vuelves a verlo nunca más? Y aunque le veas, ¿cómo sabrás que es él?

—Sus ojos, Brigitte. Le reconoceré por sus ojos. Y si no vuelvo a verle no querré a otro hombre, nunca –Brigitte suspiró y pidió otro café— Cambiemos de tema, estoy muy contenta con la venta y con la posibilidad de la exposición. Gracias.

Brigitte le apretó una mano cariñosamente. Era de estatura mediana, melena corta rizada y pelirroja, rostro pecoso y ojos castaños. Llevaba gafas de montura dorada y vestía de manera muy informal, compraba sus prendas en una tienda de ropa alternativa y cuando tenía tiempo se las confeccionaba ella misma. Pero le sentaban muy bien, se adaptaban a su personalidad. Como única mejor amiga de Valentina se sentía muy protectora con ella. Ambas compartían el estudio de pintura. «Aquí hay espacio suficiente para las dos», le había dicho sinceramente a la chica solitaria que había conocido en la Plaza del Tertre. Le explicó que se necesitaba un permiso para pintar y vender cuadros en Montmartre; ya no era como cuando la plaza era un lugar abierto a cualquiera que plantara allí su caballete. Pero si le apetecía, de vez en cuando pondría a la venta algún cuadro suyo. Valentina aceptó.

Valentina y Brigitte se hicieron pronto amigas. La simpática pintora era el nexo de unión de la chica solitaria que hablaba un francés académico y con un pasado del que tardó mucho en hablarle, y el mundo parisino. Sin conocerla de nada la llevó a su casa, un apartamento diminuto en el que apenas cabían las dos y le puso un colchón sacado de un contenedor. «Hay que ver lo que tira la gente antes de tiempo». Todos sus muebles eran reciclados, sabía sacar provecho de donde otros veían objetos inservibles. Tras la limpieza y pintura, lucían como nuevos. «Hay una tienda pequeña que me compra los muebles y las lámparas que restauro. Si te apetece ayudarme iremos a medias. No se puede vivir solo de la pintura.» Y Valentina aceptó. Ganarse la vida era difícil y los precios estaban por las nubes. Como también sabía coser, sacaba tiempo para confeccionar ropa que vendía a la tienda donde compraba Brigitte. Era como una hormiga trabajadora y ahorradora. Y aunque agradeció que Brigitte la alojara en su casa («asilo político» lo llamaban en broma) deseaba vivir sola. Seguí sufriendo pesadillas y muchas noches se despertaba gritando, asustando a su amiga.

Tras mucho mirar y descartar encontraron una buhardilla desastrada en una calle estrecha y alejada del bullicio de Montmartre. Parecía que acabara de sufrir un bombardeo. Pero tenía baño,

o lo más parecido. Valentina hizo cuentas: si además del alquiler y la fianza contrataba fontanero, electricista y pintor no se lo podía permitir. Lloró de frustración. Brigitte, una vez más, encontró la solución. Un amigo conocía a un amigo, y éste a su vez a otro, los contenedores eran el cofre del tesoro y ella había aprendido a sacar partido de lo que otros tiraban. En un mes los cuarenta y cinco metros quedaron habitables. Valentina invitó a cenar a los voluntarios.

Se levantaba a las seis de la mañana y se acostaba a las doce. Pasaba las mañanas en el estudio y el resto del tiempo cosiendo o restaurando con Brigitte. Se reservaba los domingos para descansar, y visitaba el Louvre el día de entrada gratuita. La noche anterior al día en que celebraba la venta de su cuadro se había quedado trabajando hasta que amaneció, absorbida por las nuevas imágenes que trasladó a su cuaderno de bocetos. Antes de acostarse le pareció ver una figura solitaria sentada en el tejado del edificio de enfrente.

AUBRY

—Sigo sin poder dormir. Me da miedo quedarme dormido porque me atacan las pesadillas. Necesito que aumente la medicación o me recete algo más fuerte.

—Sabe que no puedo hacerlo, sería perjudicial y no resolvería su problema. La solución no pasa por convertirle a usted en un adicto. Deje de beber o la combinación de ansiolíticos y alcohol le matará.

—No se equivoque conmigo, doctora Leclercq. No soy un alcohólico. Ya. Todos los alcohólicos dicen lo mismo, ¿no? Que no tienen problemas con la bebida, que pueden dejarlo cuando quieran.

La doctora Vivianne Leclercq miró fijamente a su paciente. Psicóloga y psiquiatra, tenía cincuenta y siete años y físicamente no impresionaba: de baja estatura y figura redondeada, ojos castaños tras unas gafas de montura metálica, cabello corto canoso. No se teñía el pelo ni se maquillaba. Por el contrario, el hombre sentado cerca de la ventana –ya que había preferido el cómodo y mullido sillón a tumbarse en el diván— no pasaba desapercibido: treinta y seis años, metro noventa, cuerpo perfectamente musculado, pelo muy corto rubio claro y grandes ojos azules. Vestía muy sencillamente, pantalón vaquero, jersey de lana azul oscuro y botas de trekking. La doctora no sabía que tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y un tatuaje en el hombro izquierdo; lo que sí sabía era que sus heridas interiores eran muy graves.

—Señor Dubois, háble me de sus pesadillas.

Aubry Dubois contó su sueño recurrente mientras la doctora tomaba notas. No le estaba contando toda la verdad, se daba cuenta de que había elaborado un relato para no enfrentarse a sus verdaderos problemas.

—Señor Dubois, siga con la misma dosis y no se auto medique.

—Me molesta mucho la lesión de la pierna, a veces es tan fuerte que no puedo caminar.

—¿Ha consultado con un especialista?

—Se lo estoy diciendo a usted.

—No es mi campo, en eso no puedo ayudarle. ¿Cómo se lesionó?

—Un accidente.

En cuanto salió de la consulta encendió un cigarrillo y se quedó un momento parado en la acera. Era el quince de enero del año dos mil. Se discutía si aquel año era el último del siglo veinte o el primero del siglo veintiuno. Echó a andar hacia la parada del metro. Quería llegar a su casa cuanto antes porque no soportaba verse rodeado de gente, los ruidos le alteraban. Detestaba

el metro. Tenía coche, un modelo anticuado que no llamaba la atención; pero también detestaba el tráfico de París aunque la ciudad en sí misma, en la que llevaba viviendo casi dos años, le encantaba, creía haber encontrado su lugar allí. Quedó atascado entre un voluminoso pasajero y un chico muy delgado que olía a marihuana. Cuando llegó a su buhardilla en una calle estrecha del barrio de Montmartre, se sentía mareado y al borde de la náusea. Se quitó los guantes, la trenka y el gorro y se acercó a una de las ventanas. La buhardilla estaba caldeada agradablemente. Eran las seis de la tarde. El frío ponía una lámina en los cristales. Le gustaba aquella típica buhardilla con dos ventanas donde antaño escritores y pintores hambrientos buscaban refugio en su arte y entregaban lo mejor de sí mismos. Encima de ellas, en el altillo donde había instalado su cama, se abría otra más pequeña por la que veces salía al tejado y miraba la espectacular catedral del Sagrado Corazón. En una de las ventanas grandes había instalado un telescopio potente con el que observaba el cielo. La contaminación lumínica era aterradora, la "Ciudad de la Luz" hacía honor a su nombre. Le calmaba mirar las estrellas y escucharlas cuando tantas veces, siempre, lo que escuchaba a su alrededor eran gritos y detonaciones. El silencio de las estrellas era un bálsamo en medio de tanta locura que le había llevado al borde del abismo. Desde los dieciocho años había ido de un lugar a otro, siempre alerta, sin tener domicilio fijo, con diferentes identidades y pasaportes, cumpliendo órdenes o dándolas. Frío, metódico, exacto, sin un ápice de sentimientos porque las emociones te volvían descuidado y morías. Se metió en la ducha. El baño era pequeño pero no le faltaba detalle. Dejó que el agua caliente cayera sobre él como una cascada. Aquel cuerpo espectacular estaba lacerado de cicatrices; era un milagro que hubiera sobrevivido cuando tantos otros habían muerto, muchos delante de sus ojos. Se secó y se vistió con un chándal viejo. Se miró en el espejo. Un parpadeo y su imagen volvió a su lugar. En algunas ocasiones no se reconocía al verse. No se lo había dicho a la psicóloga ni sabía si lo haría.

«—¿Por qué cree que necesita un psicólogo, señor Dubois? —le había preguntado en la primera consulta.

—No lo creo, lo sé. No puedo dormir. También necesito tener alguien con quien hablar. —¿No tiene amigos? —Aubry se había reído con un matiz de amargura.

—No tengo a nadie. Y usted está acostumbrada a escuchar, es su trabajo. Si no puede ayudarme, dígamelo ahora y no perderemos el tiempo ninguno de los dos.

—Yo no soy un confesor, señor Dubois, no puedo absolverle de sus culpas, pecados o como lo quiera llamar. Solo usted puede ayudarse a sí mismo; si me deja le ayudaré para que comprenda que todas las soluciones están dentro de usted. ¿Tiene sentimientos religiosos?

—¿Eso es relevante, doctora? No, no tengo sentimientos, ni religiosos de ningún tipo. No necesito absoluciones.

—Únicamente de usted mismo.»

Al salir aquel día de la consulta se propuso leer libros de psicología. Se atiborró de ensayos, comentarios, interpretaciones, tomó notas en un cuaderno. No sabía si le resultaría útil pero le entretenía.

Llevaba seis meses acudiendo un día a la semana al despacho de la doctora Leclercq. Aún

no le había hablado de sí mismo, no le había contado su historia. «Relájese, señor Dubois. Nadie va a saltar sobre su espalda de improviso.» Eso le había dicho. ¿Cuánto le había contado sin palabras? Los psicólogos eran gente singular, veían y escuchaban lo que no estaba a la vista ni se había verbalizado. Aubry Dubois: un nombre como cualquier otro, que le confería legalidad y existencia. Había llegado a París ya con pasaporte y ciudadanía franceses. Empadronado en París, distrito dieciocho.

Abrió el frigorífico: comida empaquetada, latas de cerveza. Comía poco y mal para su altura y peso. No soportaba la carne, su aspecto y su olor le provocaban vómitos. Se calentó una bandeja de macarrones con queso en el microondas y se los comió acompañados de una cerveza.

La buhardilla constituía todo su mundo. Era suya. Le había costado cara teniendo en cuenta que estaba hecha una ruina. Pero tenía las habilidades y el conocimiento necesarios para hacerla habitable. Casi al mismo tiempo que él estaba de reformas, en la buhardilla del edificio al otro lado de la calle cuya única ventana estaba exactamente frente a una de las suyas también empezó a verse movimiento de obras. Pero absorto con el trabajo no le dedicó ninguna atención. Cambió cables y tuberías, instaló una cocina, reformó el baño. Puso una escalera nueva para llegar al nivel más alto, que convirtió en su dormitorio: un colchón sobre una plataforma de madera, un armario reciclado y estanterías para guardar su ropa. En la planta principal un mueble bajo de madera que servía como almacenaje e incluso se podía desayunar allí separaba la cocina del salón Lo completó con dos taburetes. Una mesa con cuatro sillas para comer. Un sofá de color verde, también reciclado. El aparato de música. Entre las dos ventanas una mesa auxiliar para trabajar y estanterías con sus libros de psicología, astrología y arqueoastronomía. Sus posesiones terrenales eran escasas. Pintó las paredes de gris y cambió el suelo por láminas de madera de un gris más oscuro. Un único cuadro encima del sofá, una pintura muy especial que había comprado el verano anterior a una pintora, una de los muchos que exponían sus obras en Montmartre. No era un entendido en arte. Pero aquel cuadro le había llamado, era como si le estuviera esperando. No se parecía a ninguno de los trabajos habituales que podían verse en la Plaza del Tertre: un fondo de tormenta, y en una cueva una mujer de largo cabello rubio y grandes ojos grises impregnados de dolor, las lágrimas transparentes parecían auténticas. Semidesnuda, miraba a un ángel de ojos muy azules con la túnica desgarrada y las alas rotas que tendía sus manos hacia ella. Lo compró en el acto porque solo verlo le inundó el dolor a él también, cogiéndole desprevenido. Había visto a aquella mujer en otra vida y sabía a quién pertenecían los ojos del ángel caído: los veía cada día en el espejo mientras se afeitaba.

Aubry abrió otra lata de cerveza y puso un disco: el Capricho número 24 en la menor de Paganini, a volumen bajo. Se recostó en el sofá con los ojos cerrados. Su madre tocaba el violín, era una virtuosa. Su familia había sido represaliada primero por los nazis y después por el gobierno comunista de Hungría. Sus padres y ella lograron huir de Budapest a Viena cuando se produjo la revolución de mil novecientos cincuenta y seis. Se casó con un compatriota suyo, también músico exiliado. Aubry, nacido en Austria, creció escuchando el violín de su madre y el piano de su padre. Entonces se llamaba Zsiga Farkas. Su padre se suicidó cuando él tenía cinco años, y tres años más tarde ella se casó con otro músico, un violinista de nacionalidad alemana que adoptó legalmente al niño, germanizando su nombre y dándole su apellido. Pasó a llamarse Sigmund Schneider. Hubo más nombres y apellidos hasta Aubry Dubois. Pero ya no. Ese iba a ser el último. A menos que las circunstancias así lo exigieran no estaba dispuesto a cambiar otra vez ni a moverse de París, donde vivía modestamente y con un perfil muy bajo, prácticamente

invisible.

En realidad tenía mucho dinero, tanto en una cuenta cifrada en un banco de Zurich como en un banco francés. La cuenta de Suiza estaba bien guardada y no la utilizaba, por si acaso sucedía que su pasado despertaba para perseguirle. Con sus ahorros visibles se había comprado la buhardilla y el coche anticuado que apenas utilizaba. Muy bien asesorado había invertido en Bolsa y con unos cuantos golpes de suerte se encontró rico. Muy rico, de hecho. Pero no era ostentoso ni hacía alarde de su riqueza, vivía modestamente pese a que sus rentas le hubieran podido permitirse vivir con lujo y comodidades. Se sabía un inadaptado; además con sus problemas de sueño y sus ataques de angustia en medio de la muchedumbre y ante los ruidos fuertes, no le resultaba fácil encontrar trabajo; sin contar con la lesión de su pierna izquierda. Se la habían curado muy bien pero tenía momentos en los que el dolor era insufrible. Probablemente se trataba de algo psicosomático más que físico. Recurría a los analgésicos mezclados con el alcohol. Tal vez la psicóloga tenía razón y se estaba matando.

VALENTINA

Dejó de escribir sintiendo un escalofrío. Era como si alguien la observara. Apagó la luz y se acercó a la ventana. Un destello repentino al otro lado de la calle, en la buhardilla frente a la suya. ¿La estaban fotografiando? No. Era el telescopio que había quedado repentinamente iluminado, un artilugio enorme que convertía aquella buhardilla en un observatorio. Una figura inmóvil detrás del aparato. ¿Sería el mismo tipo que había visto encaramado en el tejado? Sintió miedo. Había mucho loco suelto y la idea de tener a un psicópata o un *voyeur* justo enfrente la aterraba. Por supuesto que no podía saltar hacia su ventana, pero si tenía conocimientos de parkour le resultaría muy fácil llegar hasta ella. Echó las cortinas, de tejido ligero estampado con flores de colores, y apagó la luz. Se quedó a oscuras, temblando, sentada en el suelo y protegiéndose con los brazos. Al amanecer se arrastró al baño y se acostó pero no pudo dormirse. Tocó la medalla que llevaba puesta desde que aquel soldado la colgara de su cuello. Se había convertido en un talismán. Representaba una sencilla imagen de María con el Niño; en el reverso, una palabra: *örökké*[1], escrita en un idioma que no reconocía. Cansada de dar vueltas en la cama se levantó y se preparó un café. Muy raras veces tomaba las comidas fuera, necesitaba ahorrar todo lo que pudiera porque sus ganancias eran inciertas. Comía poco: un café con croissant por la mañana, algo calentado en el microondas a la hora del almuerzo si estaba en casa, o un paquete de galletas y un zumo en el estudio, y un sandwich para cenar. La fruta era cara y la compraba por unidades.

Apartó a un lado las cortinas y abrió la ventana para ventilar no sin antes echar una mirada a la buhardilla de enfrente: no parecía haber nadie. Tal vez se había asustado sin motivo. Recogió los restos del desayuno y reanudó su trabajo de escritura terapéutica, tal como le había sugerido la psicóloga. Cerró los ojos.

«Durante toda la noche se habían escuchado detonaciones. Los francotiradores no descansaban. Su casa se vino abajo debido a los impactos de la artillería. Todo el barrio era una ruina. Su familia había perecido y solo ella quedó extrañamente ilesa. Fue la sed

lo que la obligó a salir de su estupor. Pese al miedo tuvo que salir a buscar agua. El ataque cruzado la cogió en medio de la calle y se refugió en el primer edificio que vio aunque tampoco ofrecía seguridad alguna. Había más personas en aquel improvisado e inestable refugio. Todos tenían la mirada vidriosa. Los ruidos cercanos la llevaron por instinto a esconderse detrás de unas vigas caídas. Sufrieron un asalto brutal, los civiles desarmados no pudieron defenderse. Los gritos y los disparos la aturdieron. Deseó morir también para no tener que escuchar aquellos gritos que no parecían humanos. No estaba preparada para lo que encontró al salir de su escondite. Una chica de su edad parecía estar viva aún, aunque más le hubiera valido morir como los otros. Cuando entró otro grupo de soldados no tuvo fuerzas para arrastrarse a ningún sitio. *Dejadme morir*, pensó. El que parecía ser el jefe se quedó parado delante de los muertos. No tenía nada de extraordinario, todos eran altos y fuertes, bien comidos y poseídos por una violencia destructiva. La chica casi irreconocible que aún vivía, se quejó. Él se acercó y se arrodilló a su lado. Cuidadosamente le levantó la cabeza y acercó la cantimplora a sus labios. Ella apenas tuvo fuerzas para beber un trago. El hombre cogió su cuchillo y se lo clavó en el

corazón mientras la sujetaba. Después la dejó en el suelo con el mismo cuidado, como si estuviera dormida. «Ahora mátame a mí también, por favor. Igual que a ella, limpiamente y sin dolor.» Le miró. Quería verle los ojos mientras la asesinaba liberándola de aquel infierno. También le dio agua y le hizo unos sonidos tranquilizadores como los que suelen hacerse a los niños asustados. Fue entonces cuando se desprendió de su medalla y se la puso al cuello. El pasamontañas le tapaba la cara, sólo sus ojos eran visibles y pese a todo tenían expresión humana. Sus manos eran grandes y fuertes. Parecía joven, pero nunca se sabía. La cogió en brazos y salió dando una orden a sus hombres. Olía a humo y a tierra, había manchas de sangre en su uniforme y en sus manos. Un golpeteo se abrió paso en los oídos de ella: era el corazón de él latiendo al máximo. La dejó en manos de un periodista y su cámara, dos estadounidenses que estaban haciendo un trabajo muy arriesgado por cuenta del medio de comunicación para el que trabajaban, una exitosa y conocida cadena de televisión.

—No me grabes.

Como para no obedecerle, máxime cuando otros cinco se materializaron detrás de él y les apuntaron con sus armas. Ni les hablaron ni se acercaron, pero fueron lo bastante convincentes con su sola presencia. La metieron en el coche, señalizado con un cartel que los identificaba como reporteros. Tampoco es que les asegurara impunidad. Las fuerzas invasoras no sentían ninguna simpatía por los periodistas que informaban al mundo de lo que estaba pasando allí. «Esta chica tiene que salir de este puto sitio, ¿entendéis?» Eso les había dicho. Se desmayó. Notó que la movían y hablaban, le daban agua, la sacaban del coche. Intentaron dejarla en un puesto de los Cascos Azules, pero resultó imposible. Finalmente la llevaron a su hotel. Comprobaron que no estaba herida, aunque no sabían si había sufrido alguna agresión sexual. La acostaron vestida, solo la descalzaron. Y pensaron qué podrían hacer con aquella chica tan joven cuando despertara, aparte de darle de comer. Ella despertó con un grito, sobresaltándolos. Se habían dormido rendidos de agotamiento en la cama libre, el cámara se cayó al suelo. No sabían si hablaba inglés y los entendería. Ella ni habló ni dio muestras de oírles. Se acurrucó en la cama en posición fetal. No supo cómo, pero de pronto había una mujer allí. Una periodista francesa que la tranquilizó, la ayudó a comer, a ducharse, le llevó ropa.

—¿De dónde la habéis sacado?

—De un edificio en ruinas. Literalmente nos la han puesto en los brazos, y aquel tío iba en serio. Creo que si no nos la hubiéramos llevado nos hubieran frito allí mismo.

—Habrá que llevarla a un campo de refugiados. Es la Acnur quien debe hacerse cargo de ella.

—¿Estáis locos? No podéis dejarla en un sitio así. Es una cría. Está bajo vuestra responsabilidad.

—¿Qué? Ni hablar. Andrew y yo tenemos mucho que hacer aquí antes de irnos a casa, y no podemos ni sacarla de este país ni llevarla al nuestro. No tiene ninguna identificación. Tampoco habla. Christine, estás a punto de irte, ¿no? Ocúpate tú de ella a ver si puedes llevarla a Francia contigo.

—Está bien. Entre los tres lograremos hacer algo. Tenéis contactos, ¿no? Y yo tengo los

míos. En este bazar de los horrores será raro que no podamos conseguirle un pasaporte aunque sea más falso que Judas. ¿Qué idioma habla?

Ellos hicieron un gesto de impotencia, no lo sabían.

—Cariño, ¿me oyes? Me llamo Christine. Ellos son Andrew y Peter. Estás entre amigos, vamos a ayudarte. No tengas miedo. Dime cómo te llamas. Tranquila, estás a salvo.

—Alma –susurró— Alma Thuel —Y de pronto la miró directamente enfocando bien los ojos. Cogió una mano de la periodista —¿Dónde está? –preguntó en francés— ¿Dónde está el hombre que me ha salvado?»

Valentina dejó de escribir y cerró el cuaderno. Sacó del frigorífico una tarrina de ensalada, queso y una manzana. Aquella misma tarde se inauguraba la exposición colectiva en la que figuraban dos cuadros suyos. La galería de arte había publicitado el evento con la suficiente antelación. Los otros pintores, a excepción de Gilles de Beaumont que era un pintor consagrado, ya eran bastante conocidos aun dentro de la etiqueta de "jóvenes promesas de la pintura francesa". Ella no. Había tenido mucha suerte de que su obra les interesara lo suficiente para hacerle un hueco.

«—Tu obra tiene algo inquietante y fascinante a la vez –le había dicho la directora de la galería— Estás fuera de los cánones de la moda pictórica actual, no te pareces a nadie. Gusten o no, tus cuadros no dejan indiferente al espectador. No puedo garantizarte el éxito, Valentina; pero sí que llamarás la atención y no pasarás desapercibida. ¿Has vendido ya alguno de tus cuadros?

—Solo uno, *El Ángel Caído*.

—Magnífico. Danos el contacto de tu comprador y le llamaremos, si nos lo pudiera prestar para exponerlo con el cartel de "vendido" sería un punto a tu favor.

—No sé quién es. Lo vendí a través de mi amiga Brigitte. Se trata de un comprador anónimo que pasaba por allí y lo adquirió.

—¡Oh! Bueno. Tal vez aparezca por la exposición. Si le gustó el primero seguro que querrá más.

—Tal vez.»

Brigitte también exponía tres obras llenas de color, en su mejor estilo. El despacho de abogados y la cafetería que le habían comprado sendos cuadros habían accedido a prestarlos. Brigitte estaba despegando con fuerza.

Valentina volvió a mirar el catálogo y lo olió. Era de buena calidad y las reproducciones habían salido perfectas. Al final, después de los nombres más conocidos aparecía el suyo, Valentina Moreau. Un breve curriculum y las fotografías de sus cuadros: *La Piedad*, sorprendente interpretación inversa de un tema tradicionalmente religioso. Un hombre vestido con una especie de túnica negra sostenía en sus brazos a una mujer joven desnuda excepto por un

paño semitransparente que cubría sus pechos y sus caderas. La mujer era ella, como siempre. Se autorretrataba sin disimulo. Él, el desconocido de Sarajevo del que solo había visto los ojos y que había pintado con exactitud fotográfica. *La Soledad* era un campo nevado del que brotaba una rosa negra. En el cielo nublado apenas se percibían los mismos ojos azules, observando.

AUBRY

—¿Le interesa la pintura, señor Dubois?

Aubry miró sorprendido a la psicóloga.

—No especialmente, doctora. No soy entendido en arte. No entiendo de casi nada. ¿Por qué? ¿Quiere venderme algún cuadro?

Vivianne Leclercq sonrió.

—No. Estaba pensando en sugerirle una terapia que le ayude a sacar sus demonios interiores, señor Dubois.

—No sé pintar.

—Ya. ¿Y la música?

—Mi madre tocaba el violín y mi padre el piano. Eso fue hace mucho. Yo soy capaz de leer una partitura pero ya no toco ningún instrumento. La música necesita dedicación y tiempo, mucho más del que yo he dispuesto. Tengo discos en casa y los pongo. Como no tengo televisor es prácticamente mi único entretenimiento.

—¿Me había dicho que vive solo?

—No se lo he dicho. Vivo solo. Aunque sí le había contado que no tengo amigos. No le habrá resultado muy difícil llegar a esa conclusión, doctora. Un tipo sin amigos difícilmente puede tener pareja.

La psicóloga no dijo nada.

—¿No me va a preguntar si me gustan las mujeres, doctora?

—Dígamelo usted, si lo cree conveniente.

—Me gustan.

—¿Pero?

Aubry rió despacio y en voz baja.

—Siempre hay un pero, ¿verdad? Me gustan pero no me interesan. ¿Cómo se lo explico? Estoy saturado de muchas cosas porque lo he probado casi todo. Excepto beber sangre.

—¿Se encuentra bien?

—Voy a vomitar…

Apenas le dio tiempo a llegar al baño. Diez minutos después, demacrado, volvió a ocupar su lugar. Se había lavado las manos y la cara y se había enjuagado la boca. Ella le dio un caramelo mentolado.

—¿Mejor?

—Creo que sí. Gracias.

—¿Le sucede a menudo, señor Dubois? Los vómitos repentinos.

—Con la carne y con los spaguettis con tomate. La salsa de tomate en general.

—La salsa de tomate puede llegar a parecer sangre. ¿Y los spaguettis?

—No voy a hablar de eso.

—Como quiera. Cada uno tenemos nuestras manías gastronómicas.

—¿Cree que son manías gastronómicas, doctora?

—No lo sé. Lo sabré si algún día se decide a contármelo.

—Volvamos a la pintura, ¿por qué me ha preguntado si me interesa? ¡Oh! Quiere sugerirme que pinte mandalas. Sé lo que son y no tengo ningún inconveniente.

—Bien. Cómprese un libro de mandalas y vaya coloreándolos. Tráigalo en cada visita y si usted quiere los comentaremos. Pero lo que iba a sugerirle es una exposición de pintura que se inaugura esta misma tarde, creo que podría interesarle.

—No. No me gusta la pintura moderna. Prefiero los mandalas. Doctora, ¿cree que soy gay?

Vivianne Leclercq le miró fijamente.

—No importa lo que yo crea, señor Dubois. El único que sabe con certeza qué es o no, es usted.

—No lo soy. Es una de las pocas cosas que no he probado, mantener relaciones sexuales con un hombre… —la doctora le notó cierta vacilación e hizo unas anotaciones pero no hizo comentarios— Tampoco me apetece. Con las mujeres sí, pero ya no…

La doctora tomaba notas sin mirarle. Parecía que se estaba abriendo y no quería decir nada que le llevara a volver a retraerse.

—…La última vez que hice el amor casi me dio un infarto. Bueno, no era hacer el amor porque no sentía nada por dentro; se trataba simplemente de sexo con una chica guapa y sin tabúes. Fue un desastre, al final. Gritó de placer y me alteró. No quiero volver a escuchar gritos, ni lágrimas. No quiero más sufrimiento inútil. Sólo quiero vivir en paz y que me olviden, y

olvidarme yo también de mí mismo. Quiero dormir sin pesadillas. Ella fue lo único bueno que he hecho en toda mi salvaje y puta vida… —pareció volver de sí mismo— Perdone, doctora. Un lenguaje impropio.

—¿Por decir puta vida? –la psicóloga sonrió— Tendría que escuchar lo que llego a oír a veces. Pero acepto sus disculpas, es un detalle. ¿Quién es ella, señor Dubois? No la había mencionado hasta ahora.

—Ella… —se le hizo un nudo en la garganta y no pudo evitar que se le enrojecieran los ojos— Ahora no, doctora.

—Bien. Lo dejamos por hoy. Y si me permite, señor Dubois… coma. Coma bien. Está por debajo de su peso. Sea lo que sea lo que haya podido hacer en su, como usted dice, salvaje y puta vida, no lo solucionará muriéndose de hambre.

—Gracias, doctora. Lo tendré en cuenta.

Camino de su casa se preguntó qué le había llevado a mencionarla a ella. Siempre era “Ella” en sus pensamientos y sueños porque no sabía su nombre.

Hacía frío. El metro, como siempre, iba superpoblado. Le desagradó profundamente aquella mezcla profusa de olores a abrigos húmedos y a cuerpos. Era un maníaco de la limpieza personal. Usaba productos específicamente masculinos pero de aromas suaves. Uno de sus pocos caprichos: artículos de marca, caros sin extravagancia. Su asistenta estaba encantada con él por su pulcritud. Limpiaba un día a la semana, Aubry se marchaba en cuanto llegaba y volvía cuatro horas más tarde para despedirla. Nunca le aceptó un café y siempre llevaba prisa. Le gustaba aquella mujer de mediana edad que hablaba un francés entrecortado y probablemente llevaba toda una historia a sus espaldas.

Se compró un libro de mandalas y lapiceros de colores y paseó por la Plaza del Tertre, prácticamente vacía. Había empezado a llover y los visitantes eran escasos, muchos pintores comenzaban a recoger mientras los más valientes se quedaban refugiados bajo los toldos. No vio a la pelirroja que le había vendido el cuadro. Deseaba volver a verla para preguntarle cómo había llegado a sus manos aquel lienzo que había estremecido sus recuerdos. Quedó tan impactado que ni se le ocurrió pedir información. En cuanto tuviera una oportunidad se acercaría a ella.

Aprovechando que uno de los cafés no estaba muy concurrido entró y se sentó en la mesa más apartada, de espaldas a la pared y mirando hacia la puerta. Pidió un café con un brioche y se puso a hojear el libro. En la mesa de al lado había un periódico abierto por las noticias culturales. Lo cogió y leyó por curiosidad. A las siete de la tarde en la Galería de Arte Pompadour, que se encontraba bastante cerca de Montmartre, se iban a exponer cuadros de varios autores. Debía ser el evento que le había mencionado la doctora Leclercq. Demasiada gente, demasiado ruido. Apartó el periódico sin leer los nombres de los artistas y se concentró en el café.

En su casa siguió la rutina de costumbre. Una ducha, ropa cómoda, y un disco con el Nocturno opus 9 número 2 de Chopin mientras se calentaba algo en el microondas. Muchas veces no miraba lo que compraba, le bastaba con que no fuera ni carne ni spaguettis. La doctora tenía razón, debía comer más y alimentarse mejor.

Hacía poco que se había instalado un ordenador y se entretenía por las noches para no pensar en las pesadillas y en sus dificultades para dormir. Aunque seguía mezclando analgésicos con alcohol cuando la pierna le molestaba demasiado. Le habían herido en una de las misiones y se vio obligado a retirarse y buscarse una nueva vida en el mundo civil. Había tenido suerte trabajando como chófer y guardaespaldas. Rechazó el recuerdo de la odiada Sissi. Aquella niñata despótica y ofensiva no le contó nada a su abuela. La anciana señora se había portado muy bien con él. Gracias a sus atinados consejos y a las directrices de sus asesores había conseguido hacerse millonario. Pero como era muy prudente y sabía que la suerte es caprichosa, no se dejó llevar por el entusiasmo. Tras pagar los impuestos y las facturas vio que siguiendo su ritmo sencillo de vida tenía para vivir holgadamente hasta su muerte. Sus gastos eran mínimos: ropa barata, libros, discos y algún capricho extra. Se podía considerar afortunado. Estaba vivo, tenía un techo sobre su cabeza, comida en su mesa, ropa. Herido gravemente por dentro y con una pierna que no siempre le respondía, pero vivo.

VALENTINA

Llegó antes de la hora de apertura y se reunió con la directora de la sala y los otros artistas. Sólo conocía Brigitte, que vestida desenfadadamente como de costumbre, con collares y pulseras de abalorios, hablaba y se reía con un hombre joven alto y delgado. Valentina imaginó que sería Gilles de Beaumont, al que conocía por referencias. Había estado fuera de Francia y acababa de volver. Brigitte y él habían vivido una historia compleja y tormentosa, pero eso parecía haber acabado hacía tiempo. Gilles era guapo, rubio y de ojos de color entre verde y azul, de elegancia bohemia. Se quedó mirando a Valentina fijamente, desvió la vista hacia Brigitte y volvió a mirarla. Ella se había decidido por un sencillo vestido negro de manga larga y cuello redondo, muy básico, zapatos negros planos y medias también negras. Sin maquillaje ni joyas, únicamente la medalla al cuello. Tras las presentaciones previas, Gilles se le acercó.

—Pareces una modelo prerrafaelita. Eres bellísima –le susurró. Valentina le dio las gracias y se alejó de él intentando no parecer grosera.

A las siete en punto las puertas se abrieron al público. Valentina se quedó cerca de sus cuadros. La directora ejerció de maestra de ceremonias orientando a los asistentes, haciendo presentaciones cuando era necesario. Un pequeño grupo se concentró ante la obra de Valentina, hablando entre ellos como si la autora no estuviera presente; o tal vez no se habían percatado de que la chica menuda y esbelta que estaba en pie tan cerca era la pintora. De pronto, una de las mujeres elegantemente vestida la miró.

—¡Pero si es usted! Venga, por favor. ¿Lo ha pintado usted o sólo ha posado?

—Ambas cosas. Soy Valentina Moreau.

—Son extraordinarios, señorita Moreau –el hombre de cabellos blancos vestido con traje gris y pañuelo al cuello besó su mano— Soy Maurice Leroy. A sus pies.

Hablaron un momento más y se despidieron. Vivianne Leclercq apareció de pronto, sonriente.

—Acabo de comprar *La Piedad*. En cuanto la vi supe que tenía que ser mía. La pondré en el despacho.

—Gracias, doctora. Pero no tenía por qué comprar nada.

—¿No tenía? Por supuesto que sí, me he enamorado de ese cuadro. De no haber podido comprarlo me hubiera llevado un disgusto. ¡Oh! Estaba hablando con Maurice Leroy.

—¿Le conoce? Me ha felicitado muy amablemente.

—Sé quién es, aunque personalmente no le conozco. Si él se interesa por su trabajo tendrá mucho ganado, se lo garantizo. Me alegro por usted. Voy a ver las creaciones de sus compañeros.

Brigitte había vendido sus tres cuadros y se mostraba eufórica. Al finalizar el acto, la directora los felicitó.

—Valentina, el señor Leroy ha adquirido *La Soledad* para su colección privada. Señoritas, caballeros, les felicito. Han logrado que esta exposición sea un verdadero éxito.

Esperaron a estar fuera para lanzar pequeños gritos de triunfo. Brigitte y Valentina se abrazaron. Se despidieron unos de otros y cada pintor siguió su camino. Gilles quedó indeciso.

—Ven con nosotras, Gilles. Vamos a celebrarlo. Y quiero presentarte como es debido a mi mejor amiga, Valentina Moreau. Él es Gilles de Beaumont.

—La modelo prerrafaelita. Es un honor –intercambiaron ligeros besos en las mejillas.

—¿Modelo prerrafaelita? –se asombró Brigitte.

—No me digas que no lo has visto tú misma, Brigitte. Esta chica posee el empaque y la figura adecuados para haber enloquecido a cualquiera de esos pintores. Parece una diosa antigua.

—Pues ahora que lo dices… ¡Es verdad!

Valentina se sentía incómoda, pero procuró disimularlo. Recalaron en un local nocturno que ofrecía cenas y comieron, bebieron y hablaron animadamente. Gilles no perdía de vista a Valentina.

—¿Querrías ser mi modelo?

—Gilles, si tú no pintas personas –Brigitte rio.

—Podría intentarlo –miró a Valentina— Contigo cambiaría de estilo.

—Eres muy amable, Gilles. Pero no. Solo poso para mí misma.

—Me dejas desolado, Valentina. ¿Cómo puedo lograr que cambies de opinión?

—No, Gilles. Gracias por tu interés pero no soy modelo de nadie.

A Valentina le pareció que aquel atractivo pintor no estaba acostumbrado a que le dijeran “no”.

—Tengo que irme ya, es muy tarde.

—¿Por qué no venís a mi buhardilla?

—Ve tú si quieres, Brigitte. Yo llamaré un taxi y me iré. Estoy cansada.

—Como quieras. Tal vez en otro momento.

—Tal vez.

Pero solo era una respuesta cortés. Valentina sabía cuándo visitaría la buhardilla de Gilles: nunca. Logró parar un taxi y se marchó a su casa. Se sentía agobiada e incómoda por las atenciones de Gilles. Encendió la luz. Se puso el pijama y se preparó un té. De repente lo dejó todo a oscuras, descorrió las cortinas de la ventana y miró a la buhardilla de enfrente. Se veían las luces procedentes de la pantalla de un ordenador y de una lámpara de mesa, y la figura de un hombre sentado. Se acostó pero no pudo dormir. Volvió a mirar por la ventana: se habían apagado las luces pero le pareció que el hombre estaba mirando a través del cristal directamente hacia ella. O tal vez no. Volvió a la cama y se tapó hasta la cabeza.

El sonido del teléfono la despertó. Estuvo a punto de caerse. Somnolienta, miró el reloj. Eran las siete de la mañana.

—¿Quién es?

—*Valentina, soy Brigitte. Invítame a desayunar.*

—Te espero. Compra pasteles o algo para el café, ¿vale?

Tras una ducha preparó café y comprobó que quedaba suficiente leche en el cartón. Abrió la ventana un momento, pero las gruesas gotas de lluvia la obligaron a cerrar. Miró a la calle por si veía a su amiga. Del portal de enfrente salió un hombre muy alto y fuerte enfundado en una trenka, con gorro y guantes negros. No se le veía la cara. Llevaba una bolsa de deporte y cojeaba un poco. Le perdió de vista al mismo tiempo que aparecía Brigitte por el otro lado de la calle. Algo le dijo que era el mismo del telescopio, el que se subía al tejado, pero se tranquilizó al comprobar que arrastraba ligeramente una pierna. Así le resultaría difícil practicar parkour. Luego se arrepintió de su pensamiento. Aquel hombre no le había hecho nada.

Brigitte entró como una ráfaga de lluvia fresca. Dejó la caja de pasteles sobre la mesa y se quitó el abrigo de patchwork.

—Me dejaste sola anoche, mala.

—No me apetecía ir a casa de ese Gilles. ¿No es amigo tuyo?

—Más que eso. Ya no hay nada entre nosotros pero somos íntimos. ¿Qué te dio con él?

—No sé…

Encendió la tostadora, tendió el mantel y sacó platos, tazas y cubiertos.

—Valentina, no tienes que tenerle miedo. Ni a él ni a ningún hombre. Gilles es agradable y educado, no un salido que pretendía violarte en cuanto te quedaras con él. Tiene sus manías, pero es de fiar. Y tú le has gustado mucho.

—¿Lo pasasteis bien?

—Bebimos vino y comimos galletas saladas. Es un genio de la pintura. Y no hizo más que preguntar por ti, quién eres, dónde aprendiste a pintar así. Quería saberlo todo. Yo le dije que somos amigas desde que te instalaste en París, que eres una artista única y llevas una vida muy retirada. Ninguna indiscreción.

—Mejor.

—Oye, ¿por qué no te das una oportunidad?

—¿Oportunidad para qué?

—Para enamorarte, por ejemplo.

Valentina parpadeó asombrada y miró a su amiga muy seria.

—¿No te molesta que tu exnovio me ponga ojitos?

—¿A mí, por qué? Cariño, no era mi novio ni teníamos exclusividad. Cuando rompimos la relación no me quedé sola llorando por los rincones. Gilles está más que interesado en ti, te lo aseguro. Date una oportunidad, y si no funciona no pasa nada.

—No. Estoy bien así. Y estoy muy contenta, Brigitte.

—No lo parece, la verdad.

—Pues lo estoy, no te preocupes. Vendí los dos cuadros, uno a mi psicóloga; y el otro a un tal Maurice Leroy.

Brigitte se atragantó con el café.

—¿Él? No es un tal Maurice Leroy, es un coleccionista experto en arte que guarda auténticas joyas en su casa. Ya estás lanzada, Valentina. Si Leroy compra cuadros tuyos pronto todos sus amigos y conocidos harán fila delante de tu puerta.

—No adelantemos acontecimientos. Tengo que contarte una cosa.

—Ya me parecía que te pasaba algo.

—Ven, mira las ventanas de enfrente.

—Pero qué pedazo de telescopio. ¿Quién vive ahí?

—No lo sé. Un hombre. Le he visto mirando por ese trasto, y subido al tejado. He llegado a pensar que me está espiando. Antes de que llegaras tú ha salido del edificio. Un tío muy alto que cojeaba un poco y no sé, creo que es él.

—Bueno, si no puede andar bien no saltará hasta aquí ni vendrá por los tejados. ¿Te da miedo?

—Me aterra, la verdad. No le he visto la cara pero me da miedo. Hay gente muy loca por ahí.

—Venga, tranquilízate. Seguramente el tipo mira por la ventana sin más, no a ti.

—¿Y el telescopio?

—Pues para ver estrellas y planetas. Valentina, no te pongas paranoica, estás a salvo. ¿Le has hablado de ese miedo a tu psicóloga?

—Todavía no.

—Cuéntaselo y no te obsesiones. Vamos al estudio, el paseo te sentará bien. Tenemos que pintar más cuadros.

AUBRY

Aubry saludó a la doctora Leclercq y de repente sus ojos se desviaron hacia el cuadro que colgaba de la pared detrás de ella. Palideció tanto que la psicóloga se asustó.

—¿Qué le ocurre, señor Dubois?

Le sirvió un vaso de agua que él bebió temblando.

—Ese cuadro…

—¡Oh! ¿Tanto le ha impresionado? Es de una joven pintora que está empezando a despuntar. Fui a ver la exposición y me conmovió tanto que lo compré. Se titula *La Piedad*... —la psicóloga miró a Aubry y de nuevo al cuadro— ¡Cielo santo! Sus ojos… Esa chica ha reproducido sus ojos… ¿Se conocen ustedes?

—En realidad no, pero nos hemos visto en otra vida. Me preguntó quién era "Ella", ¿recuerda? Ella me hizo ser bueno una vez. Se lo voy a resumir porque no creo que sea necesario un relato completo. Un barrio de Sarajevo durante la guerra. Yo comandaba un grupo de hombres. No estábamos allí por ideologías ni patriotismos, nos habían contratado y pagado muy bien. Imagino que sabe lo que ocurrió allí. Preguntaba por qué no como spaguettis con tomate. Piense un poco, doctora, y sacará sus propias conclusiones. Antes de que entráramos nosotros en la casa ya habían llegado paramilitares de uno de aquellos señores de la guerra que brotaron como setas. Le ahorraré los detalles escabrosos, lo que dejaron atrás es inenarrable. Acabamos con ellos porque aparecimos por sorpresa y no nos vieron venir. Al que estaba intentando violar a una mujer le maté yo mismo, no pregunte. Había una chica agonizando. No tenía salvación, la habían destrozado. Así que le di agua y le clavé mi cuchillo. Sé perfectamente dónde está el corazón y cómo apuñalarlo limpiamente. No sufrió. Después me fijé en la otra que era también muy joven. Estaba viva y aparentemente ilesa porque aquel cabrón no había logrado su propósito, aunque aterrorizada. Me dijo algo que no entendí, supongo que creyó que la iba a asesinar. También le di agua, intenté tranquilizarla, le arreglé la ropa lo mejor que pude. Para que comprendiera mis buenas intenciones me quité la medalla que me había regalado mi madre y se la puse a ella al cuello. La saqué de allí y la dejé con dos periodistas, ordenándoles que se la llevaran a un sitio seguro. Muertos de miedo, obedecieron. La metieron en su coche y se marcharon. Nunca la volví a ver, aunque se me quedó grabada en la memoria. Después de cada episodio horrible de mi vida, pensaba en ella y en cómo me había ayudado a ser buena persona al menos una vez. No sé cómo se llama, nunca he sabido qué había sido de ella. Hace unos meses compré un cuadro a una pintora de la Plaza del Tertre. Se titula *El Ángel Caído*, y ese ángel desolado soy yo. Y la mujer doliente hacia la que tiende sus manos es ella. Creí que se me paraba el corazón. Ella, con su larga melena rubia y sus ojos grises, frágil y delgada. No se me ocurrió preguntarle a la pintora de dónde había sacado aquel cuadro o si conocía a la modelo. Quedé en shock. Lo tengo en casa. Y hoy vengo a su consulta y vuelvo a encontrarla a ella. En esa especie de ángel me ha representado a mí. No me vio la cara, sólo los ojos. Un ser de la oscuridad salvando a un ser de luz; cuando fue ella quien de alguna manera me salvó a mí de aquel horror.

Doctora, por favor, dígame quién pintó esos cuadros, si estuvo en la exposición debió ver a la artista. Necesito saber dónde está.

—Me pone usted en un aprieto, señor Dubois. Sé quién es la pintora pero no puedo ponerle en contacto con ella. De haber acudido a la exposición usted mismo hubiera desvelado el misterio. Se trata de un asunto muy delicado. Lo siento, pero no puedo intervenir.

—Comprendo.

—¿Lo comprende realmente?

—Esa chica también es paciente suya y no puede quebrar el secreto profesional. La buscaré por mi cuenta.

—Lo que usted haga fuera de mi consulta no puedo impedirlo. Pero, ¿cree que ella estará preparada para enfrentarse de nuevo a aquella vivencia? ¿Para conocerle a usted?

—No puedo saberlo, doctora. Tampoco me plantaré delante de ella y le diré quién soy sin más. Pero ella es el ser humano más importante del mundo para mí, la única persona que me importa de verdad. Quiero cuidarla y protegerla el resto de mi vida. Aunque ella misma me lo prohíba. No me mire así. No voy a perseguirla ni acosarla.

—¿Por qué la puso a salvo?

—Y cómo no hacerlo. Estaba viva. Si la dejaba allí hubiera acabado igual que la otra chica. Divertirse asesinando civiles indefensos no entra en mi código de conducta, jamás lo he hecho ni he permitido a los hombres bajo mi mando que lo hicieran. Me parece repugnante y cobarde. Bastante sufren ya en las guerras. Si una mujer armada me ataca, me defiendo, y si tengo que dispararle lo hago; pero nada más. Otra premisa es que al enemigo lo matas, no te lo comes ni se lo das a comer a otros. Ella estaba allí sucia de tierra, mirándome con los ojos dilatados, sin ninguna posibilidad de sobrevivir si la abandonaba a su suerte. Mire, soy una mala persona, lo sé. Si hubiera un infierno acabaría allí. Pero no podía pasar por su lado como si no estuviera. Hice lo que debía lo mejor que pude en aquellas circunstancias.

Vivianne Leclercq se quedó mirando el cuadro una vez más, pensativamente.

—¿Sigue teniendo esas pesadillas, señor Dubois?

—Generalmente, sí. Aunque apenas duermo. Pero he mejorado la calidad y abundancia de mis comidas. Estoy muy cansado, doctora. Muy cansado.

Una luz de alarma se encendió en los ojos de la psicóloga.

—¿De qué está cansado?

—De mí mismo, para empezar. De mi vida.

—Según consta en su ficha, sólo tiene treinta y seis años.

—Me siento como si tuviera trescientos seis –sonrió sin alegría— No espero que lo entienda, de todas formas. He visto demasiado y poco bueno. He estado en muchos sitios, ninguno de ellos recomendable. Después de esa chica –lanzó una mirada extraña al cuadro— abandoné en cuanto me fue posible la vida de mercenario y me alisté en la Legión Extranjera. Era muy duro pero aprendí mucho y me sentí útil. De no haber resultado herido, probablemente continuaría haciendo lo único que sé hacer. Antes de que haga ninguna observación… recuerdo perfectamente que le dije que había sufrido un accidente. Podría entenderse como un accidente laboral. No me apetecía contarle mis batallas.

—No confiaba en mí, supongo.

—No se lo tome como algo personal, doctora. No confío en nadie.

—Como ya le dije, no soy un confesor de pueblo. Yo ni juzgo ni absuelvo. Escucho, observo, y ayudo a mis pacientes a ayudarse en la medida de lo posible y hasta donde ellos me permiten. Lo que haya podido hacer queda entre usted y su conciencia, ambos tienen que ponerse de acuerdo y reconciliarse.

—Yo no tengo conciencia.

—Ah. Por eso sacó a una muchacha de aquel sitio en lugar de violarla y asesinarla. Por eso, según ha dicho usted mismo, no atacaba a mujeres ni niños. Por eso no duerme. Porque no tiene conciencia. ¿Distingue entre el bien y el mal, o tampoco tiene esa capacidad?

—No me haga esto, señora. Es muy poco profesional por su parte. Distingo entre el bien y el mal y en cada situación decido libremente entre uno u otro. No soy un psicópata de manual. O tal vez sí, eso tiene que decidirlo usted. De todas formas su evaluación es únicamente para mí, soy autosuficiente. No tengo que enseñársela a nadie.

—Es usted su propio jefe.

—Bueno, puede decirse así. Después de tantos años tuve que buscarme la vida. No me resultaba fácil encontrar trabajo; soy poco sociable, un inadaptado. Me asesoré bien e invertí en bolsa. Tuve suerte, mucha suerte en realidad. Pude despedirme y vivir por mi cuenta sin tener que dar explicaciones a nadie.

—¿En qué trabajaba?

—Primero de portero en un club nocturno, un sitio caro y exclusivo. Más tarde como chófer y guardaespaldas de una dama que sale en las revistas de sociedad. Ahí fue cuando me decidí a hacer inversiones, me aconsejó muy bien.

—No parece un trabajo muy agobiante.

—No lo era. Hasta que… bueno, eso es otra historia.

—Por supuesto.

—Doctora, ¿usted cree que tengo remedio?

—Señor Dubois, no sea tan duro consigo mismo. Le espero la semana próxima, si todavía le apetece venir.

—¿Me vendería su cuadro?

—Ni por todo el oro del mundo. Cuídese mucho, y aliméntese.

VALENTINA

Valentina se limpió las manos con un paño y retrocedió para ver el cuadro. Aún no estaba terminado, sólo había rellenado con color una parte del fondo. Desde la exposición colectiva había recibido muy buenas críticas. Se sentía algo abrumada. Aquel día estaba sola, Brigitte se había ido a la Plaza pese al frío, siempre se acercaba algún comprador. Sonó el teléfono.

—Valentina Moreau.

—¡Valentina! Soy yo, Christine.

—¡Mamá! Qué alegría. Te he tenido un poco abandonada, perdóname.

—No pasa nada. Sentí mucho no poder acercarme a la exposición, cariño. Sé que fue un éxito.

—Lo fue. Creo que no estaba preparada para tanto. Tengo muy poca producción, sabes que me gusta trabajar despacio. Pero como Maurice Leroy me compró un cuadro se ha despertado el interés por mi trabajo.

—Eso es muy bueno. No te apures.

—Temo morir de éxito, mamá…

Una risa cálida sonó al otro lado.

—¿Qué tal si lo celebramos? Tengo unos días libres y me gustaría verte. Llegaré a París mañana.

—Sí, por favor. Qué alegría. Te alojarás conmigo. Verás mi buhardilla de Montmartre, vivo como los antiguos bohemios.

—Suena encantador. Acepto, por supuesto. Te he echado de menos, Valentina. Parece que han pasado siglos desde que viniste a pasar las Navidades.

—Yo también te he echado de menos, mamá. Hasta mañana.

Decidió dejar el trabajo. Miró el reloj. Tenía que comprar y llevar la ropa sucia a la lavandería. Se quitó el blusón manchado y se lavó la cara y las manos. Tras cepillarse el pelo cogió su abrigo y su bolso y se marchó cerrando la puerta con llave. Estaba emocionada por la visita de Christine, que tanto la había ayudado. Entre los tres periodistas se ocuparon de conseguirle un pasaporte falso para sacarla de Bosnia, pero fue ella quien tramitó su solicitud de asilo político, su tutora primero porque era menor de edad y después su madre cuando la adoptó legalmente, la que había movido hilos y sufrido los trámites burocráticos para que obtuviera la ciudadanía francesa. Tanto ella como su marido, Valentin, fueron auténticos padres para ella.

Adoptó el nombre de Valentina en reconocimiento a aquel hombre bueno y paciente. Su casa de Estrasburgo había sido la suya hasta que se mudó a París. Valentin murió a causa de una grave enfermedad y fue un consuelo para la periodista tenerla cerca. Ella le había pagado los estudios. Era madre, amiga, protectora y confidente. Se lo debía todo después de que aquel soldado le hubiera salvado la vida. También sentía cariño por Andrew y Peter, "sus tíos" estadounidenses, con quienes seguía manteniendo contacto. Un verano las invitaron a Christine y a ella a visitarlos en Boston, les pagaron los pasajes de avión y el hotel. Andrew vivía en una zona próxima a la Universidad de Harvard con su mujer y sus dos hijos; Peter disponía de un pequeño apartamento en un lugar emblemático: cerca de la casa de Paul Revere. Pasaron quince días maravillosos, agasajadas por la familia de Andrew y acompañadas en todo momento por Peter. Valentina se enamoró de la ciudad y casi de Paul, el hijo mayor de Andrew que el siguiente curso entraría en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Paul la correspondía. Pero todo se truncó cuando una noche en que la había llevado a una fiesta con sus amigos, intentó besarla. Valentina reaccionó mal, se puso a temblar y apartando a Paul salió corriendo con el chico detrás de ella, asustado también. A duras penas pudo convencerla de que no podía dejarla sola y debía llevarla al hotel en su coche. Era evidente que su padre no le había contado la historia de la guapa chica francesa que le había cautivado. Paul le hizo llegar una nota de disculpa y un ramo de flores. No fue al aeropuerto. Allí terminó su incipiente historia de amor. Andrew y Peter siguieron muy pendientes de ella pero no se habló nunca de la fiesta frustrada ni de Paul. De vuelta a Estrasburgo Valentina continuó con sus estudios de Arte, de pintura y de anatomía. Pasó un curso en Florencia y otro en Londres. Aunque Christine le mandaba dinero ella trabajaba en sus horas libres dando clases de francés. Sus relaciones amorosas resultaron tan desastrosas como la de Boston. Ni el simpático y guapo italiano ni el serio y comedido inglés lograron acercarse lo suficiente a ella. Hacía muchos bocetos aunque pintaba poco. Sabía lo que quería pero nunca le satisfacía el resultado. Cuando estuvo preparada se marchó a París. Le dijo a Christine que necesitaba vivir por su cuenta, independiente, y la periodista respetó su decisión. Valentina no permitió que volviera a hacerle transferencias y tampoco le comentó sus dificultades económicas. No fue un «ya has hecho demasiado por mí», sino un «tengo que encontrar mi lugar como pintora y crecer como ser humano y como artista.» Un año ya en París. Y Christine venía en carne y hueso después de largas conferencias que se empeñaba en pagar ella a cobro revertido. Aunque Valentina había pasado las fiestas navideñas en Estrasburgo, era la primera vez que Christine la visitaba. Ya en su casa metió la ropa sucia en una bolsa y se marchó a la lavandería más próxima. Mientras se lavaba y secaba la ropa se sentó y abrió un libro. No vio a un hombre alto y rubio que se quedó parado al divisarla, incapaz de moverse. Cuando Valentina hizo ademán de levantarse el hombre se dirigió rápidamente a la máquina más alejada y quedó de espaldas a ella. Valentina pasó muy cerca de él pero no se fijó, absorta en sus asuntos. Sonreía contenta.

Colocó la ropa limpia en los cajones y volvió a salir para hacer una compra de alimentos. Christine comía de todo. En su casa no resultaba sencillo cocinar porque el espacio para la cocina era diminuto, pero quería ofrecerle algo especial. También invitaría a cenar a Brigitte para que ambas se conocieran. Decidió acercarse a la Plaza para decírselo en persona. La vio en animada charla con un comprador y esperó a que se quedara sola.

—¿Cómo van las ventas?

—Ha habido días mejores. ¿Qué te trae por aquí?

—Mañana viene Christine a pasar unos días conmigo. Quiero invitarte a cenar, así os conocéis mis dos mujeres más importantes del mundo.

—¡Eh! Yo soy tu mejor amiga en el mundo.

—Christine es más que amiga, es mi madre adoptiva. No te pongas celosa.

—No, nada de celos. Estoy deseando conocerla. No faltaré. Llevaré vino y éclairs de crema y chocolate, ¿te parece bien?

—Perfecto.

—¡Oh, Dios mío! Es él…

—¿Qué? –Valentina miró sorprendida a Brigitte.

—Acaba de pasar. El tío más guapo de París, el que me compró tu cuadro.

—¿Estás segura?

—¿Crees que podría olvidar una cara como esa? ¿Dónde se habrá metido?

—Ya sé que te gustó mucho, pero no deja de ser un desconocido que se paró aquí de casualidad.

—Sí. Seguro que ni me recuerda. Qué pena.

—Si el destino quiere que os volváis a encontrar, os encontraréis; pero no te obsesiones con él.

—¿Tú no sientes curiosidad por saber quién fue tu primer admirador?

—Bueno, dicho así, sí. Si vuelve a pasar avísame.

—¿Tienes tiempo para un café?

—Para eso siempre. Vamos.

Cruzaron la plaza. Brigitte iba a entrar en una cafetería pero Valentina le señaló otra.

—Mejor allí, que no hemos estado nunca.

—Parece muy llena, ¿no?

—Qué va. Venga, si hay mucha gente será porque el café es bueno.

Ninguna de las dos prestó atención al hombre que estaba leyendo el periódico al otro lado de la cristalera. Sólo vieron las hojas abiertas ante él y sus manos.

AUBRY

No le gustaba que se le amontonase la ropa sucia, así que iba con regularidad a la lavandería aunque nunca a la misma hora, no tenía esa rutina. Cargado con la bolsa conteniendo la ropa y el detergente caminó sin prisa hasta el establecimiento. Apenas traspasó la puerta le estremeció un escalofrío. Sentada y leyendo un libro se encontraba ella, su protegida. Se le cortó la respiración. Aunque ella levantara la cabeza y le mirara, no le reconocería. ¿O sí? Había sido capaz de guardar en su memoria sus ojos. Tal vez sintiera algo parecido al reconocimiento. No estaba preparado. No era el momento ni el lugar para acercarse a ella e identificarse, ni para que ella se hiciera preguntas en el caso de que le viera. De modo que optó por hacerse invisible. La chica pasó muy cerca de él, que estaba de espaldas pero aun así muy consciente de todo lo que hacía. Se tuvo que sentar. Si frecuentaba aquella lavandería significaba que vivía en la zona. Y la hora y el día de la semana indicaban que no tenía un trabajo con horario rígido. Si la había visto una vez, podría volver a verla. Ya tenía un hilo del que tirar.

Entró en su casa y guardó la ropa. Miró por la ventana pero no vio nada al otro lado, las cortinas estaban echadas. Le había parecido ver otras veces una chica rubia. ¿Sería ella? ¿Estaría viviendo enfrente de su casa? Aubry, que no creía en el destino, estuvo a punto de hacer un acto de fe. «Por favor, que sea ella», rogó interiormente a quien quisiera escucharle.

Se puso frente al cuadro de *El Ángel Caído*. Cada vez que lo miraba, es decir, constantemente, le embargaba la misma emoción. Cuando la dejó con aquellos periodistas ignoraba qué sería de ella. Nadie estaba a salvo en aquella ciudad sitiada, convertida en territorio de muerte y destrucción. Podían haber muerto los tres entre las ruinas calcinadas del coche. Podían haber ocurrido muchas cosas. Se atormentó durante años pensando en qué habría sido de ella, la chica que le había hecho ser bueno durante un instante, que había restaurado la bondad y la piedad en su corazón con aquella mirada de sus ojos grises que le derritió por dentro. Si fuera ella la rubia de la buhardilla de enfrente, eso le daría una nueva y fuerte razón para seguir viviendo, para reencontrarse consigo mismo; y, si podía soportar mirarse a los ojos, reencontrarse con ella. Mirando tras el cristal le hizo una promesa sagrada: «siempre cuidaré de ti.»

Se echó a la calle en una de aquellas caminatas frecuentes que le aclaraban la mente. Iba tan absorto que no vio a Brigitte que le miraba desde su puesto y avisaba a su amiga. Entró en la cafetería donde solía tomarse un café con un brioche y leer el periódico, las páginas económicas y culturales. El resto, lo que pasaba en el mundo, no quería saberlo. Se lo tomó con calma. Estaba pensando si volver a hacer una intentona en la Bolsa, aunque no necesitaba más dinero del que tenía. Al levantar la cabeza las vio pasar. La pintora pelirroja y ella. Ocultó la cara tras el periódico y las chicas, pese a mirar directamente hacia él, no hicieron caso. No importaba. Ellas dos se conocían, y ya sabía cómo localizar a la que le interesaba.

Los días siguientes se le fueron en observar discretamente desde la ventana y durante la noche a través del telescopio. Vio más movimiento del usual en la buhardilla: una mujer guapa de entre cincuenta y cincuenta y cinco años, de corta melena castaña, la pintora pelirroja, un

hombre joven rubio y “Ella”. Porque definitivamente, y así pudo constatarlo con el corazón desbocado, era la chica de Sarajevo. Procuró que el grupo no se percatara de su presencia. Estuvieron entrando y saliendo todos juntos hasta que la mujer se marchó. Entonces ella volvió a quedarse sola con las visitas frecuentes de su amiga y, lo que le incomodó mucho, el chico rubio. ¿Sería la pareja de la amiga o de ella? Sólo de imaginar que podía tener novio sentía dolor por dentro. Pero cómo no iba a tener a nadie. Era preciosa y andaría por los veinticuatro o veinticinco años. Era una niña cuando se la encontró y habían pasado casi ocho años. ¿Estaba enamorado de ella? Escondió la cara entre las manos y dejó que el dolor le inundara. No podía amar. El amor era un espejismo en el agua, en cuanto lo tocabas se desvanecía.

Escribió en su cuaderno: *desde que la vi supe que aquella niña aterrada estaría vinculada a mí a través del tiempo y del espacio. No me pertenece, pero algo de ella se quedó dentro de mí. Si su recuerdo hubiera desaparecido, me habría quedado en un desierto gélido y vacío*.

Recordó a su madre de pronto. Una mujer alta y delgada que tocaba el violín mientras él la escuchaba sentado en la alfombra. Un primer matrimonio corto y azaroso con un pianista, un músico de talento pero alcoholizado que se suicidó cuando él tenía cinco años. Un nuevo marido, alemán esta vez, también violinista. Los dúos musicales de ambos eran memorables. Pero su madre no era feliz, se escondía un dolor extraño tras sus ojos azules, demasiado grandes para su rostro. Recordaba perfectamente la extrañeza que sintió al trasladarse de Viena a Munich y especialmente el cambio de nombre cuando su nuevo padre le adoptó legalmente. Dejaron de hablar húngaro delante de él porque no les entendía, se convirtió en su lenguaje secreto al que recurrían cuando estaban solos. Cuando contaba quince años, aquella excelente violinista también se suicidó sin que nadie supiera por qué, no dejó ninguna nota. Él llegó a casa al término de la jornada escolar y se la encontró muerta en su dormitorio, atiborrada de barbitúricos. Aubry era consciente de que en ese momento inició el camino hacia su abismo particular. No pudo asimilar aquella muerte inexplicable. Por su parte el viudo, a quien él consideraba su padre, no tuvo paciencia con sus arrebatos de adolescente herido. Tras la última huida de la casa familiar renunció a él y Aubry terminó en un centro de menores hasta que cumplió la mayoría de edad. Nadie acudió a verle ni volvió a preguntar por él. Como si nunca hubiera estado en las vidas de las personas que habían sido su familia.

Aún no le había contado a la doctora que durante años soñó con el cadáver de su madre llamándole desde un túnel oscuro. Y después soñó con “Ella”, aquel rostro le acompañó en todos los lugares horribles por donde había pasado, llenándole de luz y ayudándole a conservar algo de humanidad.

¿Qué extraño destino los había llevado a los dos a vivir no sólo en la misma ciudad y en el mismo distrito, sino en la misma calle? Frente por frente. La veía sin necesidad de telescopio cuando ella apartaba las cortinas. Era su protector en la sombra. Tendría que prestar atención a aquel chico rubio que había visto con ella. Si era su novio se aseguraría de que la trataba bien y era digno de ella. De nuevo la idea de que estuviera con alguien le dolió. «Siempre cuidaré de ti, aunque me rechaces. Eres mi único amor en mi vida sin amor.»

VALENTINA

El caos habitual del aeropuerto envolvió a Valentina. Se situó en la salida de pasajeros buscando con la vista a Christine. Al fin la vio entre la multitud. Tiraba de una maleta pequeña con ruedas. Valentina sabía que Christine aprovechaba al máximo el espacio y era capaz de meter en un receptáculo mínimo todo lo que necesitaba. Lo había aprendido a fuerza de viajar rápidamente de un lado a otro ligera de equipaje. Aunque hacía un tiempo que no trabajaba como corresponsal. Había escrito un par de libros contando sus experiencias en zonas de conflicto ganando fama y éxito literario y económico. La vio salir al fin y la saludó con la mano. Cuando estuvo a su altura corrió a abrazarla.

—Deja que te mire. Estás preciosa, Valentina.

—Cuánto me alegro de verte, mamá. Tú también estás radiante. Vamos a coger un taxi.

El trayecto fue largo; y el tráfico, endemoniado. Al llegar a la casa ambas estaban agotadas.

—Ve a darte una ducha mientras yo preparo algo de comer. Te he dejado toallas en el baño. Brigitte me ha traído un colchón extra y tú dormirás en la cama.

—No, no voy a quitarte tu cama.

—Sin protestas. Anda, ve a refrescarte.

Comieron ensalada y sándwiches de mantequilla, pepinillos y queso y bebieron vino que Valentina había comprado para la ocasión.

—He invitado a cenar a Brigitte.

—Tu mejor amiga. ¿Y qué hay de ese chico? ¿Gilles?

—Gilles de Beaumont. También es pintor. Brigitte me ha dicho que lo va a traer aunque no le haya invitado. Está empeñada en emparejarme con él como sea –sonrió— No sabes cómo es Brigitte cuando se le mete algo en la cabeza.

—Que lo traiga, no hay problema.

—Es que ella sabe que yo no quiero tener ninguna relación y se empeña en no comprenderlo. Ni siquiera tú lo acabas de entender.

—Yo siempre voy a estar de tu parte, lo sabes. Ahora, entenderlo es otra cuestión. Han pasado muchos años, y afortunadamente a ti no te ocurrió nada. Viste cosas horribles, pero tú te salvaste de aquella barbarie. No dejes que los recuerdos empañen tu vida. ¿Se lo has contado ya a tu psicóloga?

—No, no sé cómo decírselo. No quiero volver a sentirme como cuando Paul quiso besarme. Sabía que no quería hacerme daño pero no pude asimilarlo. Solo imaginar que alguien me toca me produce ataques de ansiedad. Lo que vi escondida allí, lo que le hicieron a aquella chica… Era más o menos de mi edad. Hubiera podido ser yo. Tú me has ayudado mucho, mamá; la psicóloga también me está ayudando a sobreponerme a mis recuerdos. Pero no quiero tener novio ni nada parecido, no quiero mantener relaciones sexuales. No estoy preparada. Ya no soy una niña, tengo veinticinco años. Sé lo que quiero. Y sé que desconcierto a los hombres que se me acercan. Paul, el chico de Florencia, el de Londres. Todos desistieron al comprender que mis negativas iban en serio y no eran un ardid femenino. Mamá, en todo este tiempo sólo un hombre ha ocupado mis pensamientos. Sé que es una locura, pero no puedo olvidarle. Daría algo por volver a encontrarle y hablar con él como dos seres humanos.

—Cariño, no quiero ser aguafiestas pero dudo mucho que eso ocurra. Esos hombres viven en constante peligro, son violentos y mueren violentamente. Probablemente tu salvador murió hace años, si no aquel mismo día. No deberías alimentar esas emociones románticas, Valentina. No vivas para un sueño, sino para tu realidad. Vive, honra la vida que él te dio y así le honrarás a él también.

—Algo me dice que todavía vive. Es más, que me está buscando.

—Valentina, esos pensamientos no te favorecen. Sé realista, no te encierres en deseos irrealizables.

—Mamá, no sé cómo explicarlo. No es que tenga sueños o premoniciones, no se trata de eso. Es una convicción profunda. De alguna manera siento que aquel día quedamos unidos –rozó la medalla— Si volvemos a encontrarnos él reconocerá la medalla. Y se acercará a mí, le resultará inevitable.

—Entonces le estás esperando.

—Sí, así es.

—¿Y qué harás si no le encuentras nunca?

—No lo sé.

—¿Qué puedo decirte, Valentina?

—Que aunque estoy loca, me quieres.

—Eso siempre.

A las siete y media apareció Brigitte en compañía de Gilles. Ella llevaba pasteles y él una botella de vino. Valentina le miró. La ropa negra le sentaba bien, hacía resaltar su tono de piel y el cabello rubio. Reconoció que era más atractivo de lo que recordaba. A Christine le cayó bien desde el principio, y adoró a Brigitte.

Resultó una cena y una velada muy agradable. Gilles se mantuvo tan pendiente de Valentina

como cuando la conoció. Se le notaba que ella le gustaba. Hablaron de arte, música, teatro, política. Gilles resultó menos conservador de lo que podía esperarse.

—No os dejéis engañar por mi apellido –rio— Mi familia es muy tradicional pero yo me salto todas las normas.

—Discúlpame, Gilles; pero pienso que ir de rebelde cuando se tienen todas las necesidades cubiertas no tiene ningún mérito.

—¿Qué quieres decir, Valentina? No me mantiene papá, si te refieres a eso. Soy independiente desde hace muchos años.

—No. Me has malinterpretado. Lo que quiero decir es que para ti resulta fácil ser la oveja negra, supongo que incluso te divierte. Afortunadamente puedes mantener tu independencia económica y vital. Lo difícil es ser rebelde e ir contracorriente cuando no se dispone de medios. Ahora mismo, ¿quién de nosotros podría vivir como Van Gogh, dándolo todo por la pintura aunque no vendiéramos ni un cuadro?

—Ya vivimos en buhardillas, querida mía. ¿Crees necesario que vayamos arrastrándonos de hambre, alcoholizados y medio dementes?

—Ni mucho menos. Justamente por eso no le veo sentido a que nos proclamemos rebeldes ante la sociedad. Innovadores en nuestro trabajo sí. ¿Pero rebeldes?

—Gilles es un provocador, en sus telas y en su vida.

—Brigitte, que me conoce bien, es inmisericorde conmigo. Pero tú eres cruel, Valentina. Para obtener tu favor estoy dispuesto a cortarme una oreja y depositarla a tus pies.

Los cuatro rieron. Valentina enrojeció ligeramente.

—No es necesario, Gilles. No sabría qué hacer con tu oreja.

—Venderla en una subasta, por supuesto –interrumpió Brigitte provocando más risas.

—No. En serio, Gilles. Te pido disculpas. No he sido nada amable contigo, y además eres mi invitado.

—No pasa nada. Sé perfectamente lo que querías decir –y cogiéndole una mano se la llevó a los labios.

A media noche se despidieron. Valentina recogió la mesa, puso la vajilla sucia en el fregadero y se descalzó, dejándose caer en el sofá junto a Christine, que bebía despacio otra copa de vino.

—¿Ese es el pintor que no te interesa, Valentina? Porque han saltado chispas entre vosotros.

Valentina suspiró y también se sirvió vino.

—He sido muy desconsiderada con él, le he dado un mal recibimiento. Pero ese hombre me agota, mamá. Esas chispas son de disensión. Cuando nos conocimos me pidió que fuera su modelo. ¿No conoces su obra? Es atrevida y novedosa, pero no ves una figura humana ni aunque pongas sus cuadros al revés. Tiene mucho éxito y se cotiza al alza. Sí, vale, es guapo. Condenadamente guapo. Pero no.

—¿Quieres convencerme a mí o a ti misma?

—A ti. Yo le conozco poco, pero Brigitte tuvo una aventura con él, incluso fueron pareja un tiempo. Le cuesta aceptar el rechazo y ha visto en mí un reto que quiere superar. Pero yo no soy el trofeo de nadie. Con Gilles no iré más allá de una cena entre amigos o visitar una exposición, nada de un viaje a su buhardilla con desayuno incluido.

—Estás en tu derecho, Valentina. No seré yo quien intente que te metas en la cama de nadie.

—Lo sé, mamá. Estás cansada, vamos a dormir. Mañana iremos al Louvre. ¿Cuánto hace que no pones un pie allí?

—Demasiado tiempo. ¿Qué salas veremos?

—Las que te apetezcan sin que nos empachemos. Siempre está hasta arriba de visitantes y es difícil acercarse a según qué obras. Si quieres saludar a *La Gioconda* entraremos en cuanto abran.

—*La Balsa de la Medusa* también, ese cuadro me impresiona muchísimo. Para el resto quedo e tus manos. Tú decides –bostezó discretamente— Me caigo de sueño.

—Acuéstate ya, mamá. Tienes preparada la cama.

Apagó las luces. La periodista no tardó en dormirse. Valentina encendió un cigarrillo y se puso detrás de la ventana mirando al otro lado de la calle. Se veía la luz del ordenador y al hombre sentado frente a la pantalla. De repente todo quedó a oscuras y percibió una sombra detrás del telescopio, no sabía si observándola a ella o a las estrellas. Christine se movió y suspiró en sueños. Valentina decidió acostarse también.

AUBRY

Me siento incómodo observándola en las sombras. Si se da cuenta me tomará por un maníaco y se asustará. Pero no sé cómo acercarme de forma natural. Ni siquiera sé cómo se llama. El cuadro está firmado con un apellido: Moreau. Nada más. Esa es sin duda su nueva identidad como la mía es Aubry Dubois. La doctora Leclercq no va a proporcionarme ninguna información adicional, existe el secreto médico—paciente. Me pregunto si ella le hablará de mí y le contará lo que sintió. No me olvides. No me olvides. ¿Seguirá llevando la medalla? Nos separan tan pocos metros. Creo que la próxima vez que la vea detrás del cristal la saludaré con la mano. Será una forma de aproximarme a ella y tranquilizarla. Los maníacos no saludan, se esconden para que no los descubran. Miro "El Ángel Caído" y siento una opresión en el pecho. El corazón no duele pero es como si me ardiera y doliera por dentro. Toco el rostro y las lágrimas de ese ángel sufriente como si fueran reales. Pero qué estúpido soy. Si no me recordara no pintaría esos cuadros en los que trata de representarme. Porque soy yo, sin ninguna duda; no mi cara pero sí mis ojos, lo único que pudo ver de mí. Sé valiente, Aubry o como demonios quieras llamarte. Ponte frente a ella y dile: "soy yo. Soy yo, amor mío." Ya lo he escrito. Es mi amor, la chica que se quedó en mi corazón y se negó a salir. Quiero ser su refugio. Quiero, deseo tenerla en mis brazos de nuevo pero con felicidad, sin miedo en su alma. Yo no tengo alma pero ella sí. Deseo hacerle el amor como la criatura de luz que es. Aubry, nunca has hecho el amor. Sólo has follado como quien se toma una aspirina para el dolor de cabeza. No puede ser lo mismo.

Cerró su cuaderno y abrió el de mandalas. Estuvo combinando colores durante media hora y se preparó un café. Abrió la ventana y algo se precipitó sobre él, sobresaltándole. Entonces se echó a reír. Un gato gris bastante sucio corrió por la habitación, asustado. Aubry cerró para que no se escapara.

—¡Eh, chico! Tranquilo. Espera.

Miró en el frigorífico. No sabía qué podía comer un gato callejero. Cortó unas lonchas de queso y se las sirvió sobre una servilleta de papel encima de la mesa. El animal bufó, desconfiado. Aubry hizo como que no le miraba y se apartó. El gato no tardó en empezar a comer, aunque mirando a un lado y a otro. Llenó un cuenco de agua y lo puso junto al queso. La sed se impuso a la cautela.

—Tú también eres un tipo solitario, ¿verdad? ¿O tienes una chica esperándote al otro lado del tejado?

El gato terminó de comer y beber, saltó de la mesa y corrió de nuevo por la habitación. Cinco minutos después se enroscó en el sofá y se quedó dormido. Aubry sonrió.

—Creo que ya tengo compañero de piso. O compañera, quién sabe.

No se atrevió a tocar al animal por si le atacaba en defensa propia. Se sentó a su lado y se

quedó quieto. El gato tardó más de una hora en despertarse. Entonces, por sí mismo, se subió a sus rodillas y ronroneó. Aubry le rascó la cabeza.

—Yo también me alegro de conocerte. Si quieres quedarte tienes que acatar las normas de limpieza. Pero primero ponerte nombre. Deja que te mire, a ver si eres un tío como yo o una señorita… Pues sí, todo un hombre. Te llamaré *Napoleón*.

Tenía que salir a comprarle comida, arena y una caja. Pero primero buscó en el listín telefónico la clínica veterinaria más próxima y llamó. Le informaron amablemente de lo que necesitaba el animal y le dieron cita. Tenía que ser desparasitado y vacunado; y le recomendaron la castración, tanto por la salud del gato como para evitarse olores cuando comenzara a marcar su territorio. Lo más sano e higiénico era operarle cuanto antes. Aubry tomó nota y salió de casa con la lista de la compra. Al regresar entendió lo que había querido decir el veterinario. La casa apestaba. El animal había hecho sus necesidades donde le había parecido mejor. Aubry limpió y ventiló, puso la caja de arena en el baño y llenó de croquetas y agua los recipientes. Dejó en el suelo junto al sofá la cesta rellena con un cómodo cojín y con rascador incorporado y guardó el transportin. Pero el gato prefirió el sofá, y sus rodillas cada vez que se sentaba. Dos días más tarde llevó a *Napoleón* al veterinario y ya le dejó ingresado con vistas a la operación.

—Se trata de una intervención muy sencilla –le explicaron— Mañana por la mañana le operaremos, le dejaremos una noche aquí y al día siguiente podrá venir a recogerlo.

***

Aubry estaba llegando a su edificio cuando vio salir a la chica rubia con la mujer. Era la primera vez que la veía con toda claridad. Se quedó parado sin poder respirar. Era ella. Era ella con su aspecto etéreo. Ella miró en su dirección y se quedó absorta, como intentando encajarle en un punto de sus recuerdos.

—Valentina, ¿Estás bien?

—¿Qué? –parpadeó— Oh, sí, perdona. Me he distraído. Vamos, *La Gioconda* nos espera.

Aubry no volvió a mirarlas. Entró en el portal. En cuanto las perdió de vista salió y se encaminó hacia la parada del metro.

No las encontró en el Museo. Los visitantes llenaban las salas y como de costumbre una multitud se agolpaba delante de la enigmática *Mona Lisa*. Cuando se acercó a *La Balsa de la Medusa* hacía cinco minutos que habían abandonado la sala. Hubiera sido un ejercicio cansado e inútil deambular de un lado a otro, así que ya que estaba allí se dedicó a ver las antigüedades romanas. Terminó la visita ante la escultura de *Eros y Psique*, de Canova. Se sintió extrañamente conmovido.

Encontró a Valentina y a su acompañante cuando ya no las buscaba, tomando el aperitivo en

una cafetería próxima al Museo. Decidió sentarse en una mesa libre que le permitía verlas y oírlas y pidió una cerveza. Escuchó la voz de Valentina hablando quedamente. Cerró los ojos. Era la misma voz que le había dicho algo en un idioma que no entendió, hablando en un francés académico y correcto. Hizo como si no las viera ni oyera, absorto en su cerveza y en el libro que había abierto. En un momento dado sintió que ella le miraba fijamente, pero resistió la tentación de volverse. Pasó una página del libro. Ella, Valentina, comentaba angustiada la posibilidad de que la hubieran violado antes de que la sacaran de allí. Aubry decidió que era el momento de marcharse, no podía soportar tanto sufrimiento en aquella voz cristalina.

Otras dos voces se sumaron a las de las dos mujeres y escuchó pronunciar sus nombres: Valentina y Christine. Reconoció la voz de la pintora pelirroja. Él debía ser el chico rubio. Miró disimuladamente para confirmarlo. Una exclamación de la pelirroja le demostró que ella no sólo le había visto, sino reconocido. Maldijo en su interior por no haberse marchado a tiempo, y de repente la tenía a su lado sonriendo con toda la cara.

—¡Si es usted! –Aubry la miró sin expresión— Disculpe que me presente así. No quería molestarle.

—¿En qué puedo ayudarla?

El rostro de la pelirroja cambió. Se ruborizó intensamente.

—Perdone. Me he equivocado de persona, lo siento mucho.

En una fracción de segundo, Aubry decidió cambiar de táctica. Se puso en pie educadamente.

—Discúlpeme usted, señorita. Ahora la he reconocido. Usted es la pintora que me vendió el cuadro.

—Sí, así es… Bien, le dejo. Sólo quería saludarle.

—¿Me permite que la invite? Siéntese, por favor.

—Gracias. Pero estoy con unos amigos. En otra ocasión, tal vez.

—Por supuesto. Que tenga un buen día.

—Aunque… ¿por qué no nos acompaña en nuestra mesa? Está la autora.

Aubry hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Se lo agradezco. Me encantaría conocer a la artista pero no es buen momento. En otra ocasión. Discúlpeme, debo irme ya.

Le hizo una inclinación de cabeza y se marchó en dirección contraria a donde estaba el grupo de amigos. Decididamente no era el mejor momento y lugar para aparecer delante de Valentina. Necesitaba encontrarse con ella en un lugar más tranquilo y los dos solos.

Probablemente se desatarían muchas emociones, no sabía cómo reaccionarían y no quería testigos.

Caminó durante varias horas hasta que cogió un taxi para volver a su casa, cansado y con la pierna molestándole. Vio los juguetes de *Napoleón* dentro de la cesta. Al día siguiente iría a buscarlo a la clínica.

—Te echo de menos, cabroncete. Pero si te cuelgas del cuadro tú y yo tendremos un problema.

Buscó un analgésico en el armario del baño, se sirvió un vaso de whisky y se lo tragó con el licor. Puso un disco con una suite de Bach y se relajó en el sofá. Cuando el calmante comenzó a hacerle efecto se quedó dormido.

VALENTINA

Se sentía emocionada y feliz de haber compartido aquella visita al Louvre con Christine. Un par de salas bien disfrutadas, para no empacharse. Valentina comentó riendo que no debían exponerse a sufrir el *Síndrome de Stendhal*.

—Yo vengo cuando la entrada es gratuita y veo lo que más me apetece en ese momento. Podríamos pasarnos horas ante cada cuadro, analizándolo detalle a detalle. Lo que me agobia es tantísima gente, daría algo por verlo yo sola.

—Hemos conseguido acercarnos bastante a *La Gioconda*, que no es poco. Vamos a sentarnos en ese café. ¿Qué te apetece?

—Pues vino blanco y crêpes de salmón. ¿Y a ti?

—Lo mismo.

—Brigitte y Gilles se nos unirán en el postre. Espero que no te importe.

—No, en absoluto. ¿Van los dos en el mismo paquete?

—Eso parece. Brigitte lleva cosido a Gilles a sus ropas. Pero por mucho que lo exhiba delante de mí no va a lograr que me interese. Respeto su talento, sin duda, pero como hombre no me impresiona.

—Es guapo. Muy guapo, para ser precisa.

—Lo sé. Tiene además ese aire aristocrático tan especial. Pero no me provoca emociones amorosas. Apenas le conozco, además. Y empieza a cansarme que Brigitte se lo traiga puesto a cada momento.

—Díselo. Es tu mejor amiga, ¿no? Dile claramente que te molesta.

—Ella cree hacerlo por mi bien. Quiere que me enamore, que me divierta, que celebre la vida. No entiende que mi forma de divertirme y celebrar la vida es pintando. No se lo puedo reprochar, solo desea que me olvide del pasado y viva el presente. Pero no quiero enamorarme.

—¿Cómo llevas la terapia con Vivianne?

—Despacio. Me propuso someterme a una sesión de hipnosis. Pero…

—¿Pero? A mí me parece muy buena idea.

—Tengo miedo, mamá. Hay una parte que no recuerdo, no sé si quiero saberlo. ¿Y si me violaron antes de que él apareciera? Ese rechazo que siento a que me toquen no es normal.

—Cariño, no te violaron. Cuando Peter y Andrew te trajeron al hotel y me llamaron avisé a un médico que casualmente se había refugiado allí, hubiera sido inútil llamar a alguien de la Cruz Roja, estaban desbordados. Comprobó que no tenías heridas graves, solo moretones y rasguños; y te examinó para ver si habías sufrido violencia sexual. Todo estaba bien. En ese aspecto puedes estar tranquila.

—¿De verdad? ¿No me lo dices para que no me deprima?

—Nunca me permitiría mentirte en un asunto tan grave y que te importa tanto. Nadie te violó, Valentina. Lo que ocurriera y temes recordar sería bueno que lo sacaras fuera para sanar del todo. Pero lo decides tú, por supuesto.

—No lo sé. Aún no estoy preparada.

—Sin presiones, cuando tú decidas.

—¡Oh! Ahí llegan mis pintores preferidos, puntuales para el postre y el café.

Gilles besó la mano de Christine con mucha ceremonia y sonrió a Valentina.

—¿Qué tal por el Museo?

—Divino. Como siempre.

—Querida Valentina, te iba a traer una de mis orejas como trofeo pero Brigitte me lo ha impedido.

—Ha hecho bien. No quiero tus orejas, Gilles. Y dejémoslo ya, por favor. No es gracioso.

—Perdón, he empezado con mal pie. ¿Pasteles y café para todos?

Brigitte se puso en pie como un resorte.

—¡Oh! No puedo creerlo. Mira, Valentina, está ahí.

—¿Quién? ¿Pero dónde vas? Brigitte…

Pero la pintora pelirroja ya se había acercado a la mesa donde un hombre muy alto y rubio leía un libro.

—¿Quién es ese? –Gilles los miró directamente.

—No lo sé. Debe ser un amigo de Brigitte.

—Pues no lo parece. Diría que no está muy complacido de verla. ¿Se habrá equivocado de tipo? ¿O será uno de sus antiguos amantes?

—Pareces una vieja chismosa, Gilles.

—¿Por qué siempre te enfadas conmigo? –El pintor se quedó muy serio.

Valentina iba a responder cuando volvió su amiga, muy desconcertada. El hombre de la mesa se fue.

—¿Qué ha pasado?

—Apenas me ha reconocido. Es el tío que compró tu cuadro, Valentina.

—¿Ese?

—Sí. No ha sido muy cortés aunque ha intentado arreglarlo invitándome a su mesa. Yo le he dicho que se sentara con nosotros, que estabas tú, pero no ha querido. Vaya, qué chasco.

—Diría que le he visto antes –dijo pensativa Valentina.

—Le hemos visto las dos esta mañana –intervino Christine— Justo enfrente de tu casa.

—¡Oh, no! El psicópata que me espía con su telescopio.

—¿Cómo que un psicópata? Explica eso. Si te observa tienes que llamar a la policía.

—No sé, creo que me espía. O tal vez no, no lo sé. Vive justo enfrente de mi buhardilla. Le he visto subido al tejado por la noche, y también mirando a través del telescopio.

—Pero, ¿tienes un vecino mirón?

—No quiero crear una falsa alarma. He exagerado llamándole psicópata. Cuando me instalé él ya estaba. No he recibido cartas ni llamadas alarmantes. De hecho, es la primera vez que coincidimos en la calle. Se pasa toda la noche despierto.

—Valentina, tú también le observas…

—¿Yo?

—Cielos, tenemos un romance de ventana a ventana.

Valentina miró mal a Gilles, que se reía en voz baja.

—No sigas por ahí, Gilles.

—Valentina, ahora lo comprendo todo. Ya sé por qué te enfadas conmigo –miró a Brigitte — Amiga mía, has pecado de apresurada. No es a mí a quien Valentina quiere ver, sino al tipo misterioso del telescopio. ¿Y dices que compró uno de sus cuadros?

—Sí, *El Ángel Caído*. Se quedó paralizado al verlo. Dijo que lo quería, lo pagó y se lo llevó.

—¿Qué te pasa, cariño?

Christine se alarmó al ver a Valentina blanca como la tiza. Gilles pidió agua.

—Bebe un poco –se puso detrás de ella y le masajeó las sienes— Tranquila, no es como si te estuviera tocando.

—Gracias, Gilles. Ya estoy bien. Disculpad, no quiero estropearos la tarde.

—Gilles quería invitarnos a cenar en su estudio.

—No es buena idea, Brigitte. Señoras, un placer haber compartido este momento con vosotras. Cuídate, Valentina, descansa un poco. Ya nos veremos.

—Espera, Gilles. Christine y yo iremos encantadas, gracias.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Bien. Hasta luego, entonces.

Brigitte miró la figura del pintor alejándose, su cabello rubio y largo hasta los hombros, su conjunto caro que se adaptaba a él como un guante. Suspiró.

—¿Qué ha pasado aquí exactamente?

—Ahora no, Brigitte. Te lo contaré cuando esté más tranquila. De verdad.

—Bien. Yo también me tengo que ir. Ya no me merece la pena pasarme por la Plaza, me voy a casa a ducharme y ponerme guapa para la cena. Christine, te van a sorprender sus cuadros.

***

Valentina se acercó a la ventana y levantó un poco la cortina. No vio a nadie.

—¿Ves el telescopio, mamá? Esas dos ventanas son las suyas. Ahora no está —comenzó a maquillarse. Christine, ya arreglada, se sentó en el sofá— He reaccionado mal con Gilles y con Brigitte, pero ha sido todo tan extraño…El hombre de la cafetería no solo es mi vecino sino el que compró mi cuadro. Tengo que saber quién es de verdad.

—Es extraño, sin duda. No tiene sentido que os observéis mutuamente como en una película de miedo.

—¿Y si es él, mamá? ¿Y si por una casualidad del destino vive frente a mí y estamos destinados a encontrarnos de nuevo?

—Yo no creo ni en casualidades ni en destinos, Valentina. Ahora, si el tipo de enfrente y el soldado son el mismo hombre cambiaré de opinión. Así que compró uno de tus cuadros.

—Brigitte me dijo que lo miró como si estuviera hipnotizado, quedó casi en trance. O ese hombre es extremadamente sensible a la pintura o me reconoció. Por eso me sorprende que no se uniera a nosotros, hubiera tenido oportunidad de verme bien y comprobarlo.

—No sé, cariño. O le intimidó que estuviéramos nosotros y prefirió marcharse. Lo que no creo es que apareciera allí por las buenas. Te estaba buscando. Y si te está buscando es porque sabe quién eres y quiere contactar contigo. Pero…

—¿Pero?

—Ten cuidado. No sabes en qué estado mental puede encontrarse. Con esa vida que lleva debe de estar lleno de traumas.

—Tiene problemas en una pierna, le he visto cojear. No creo que esté para guerras y combates. Que arrastre traumas es otra cuestión. Se pasa las noches despierto, fumando. Yo también arrastro traumas.

—Tú eres una víctima de aquel espanto. Él fue verdugo.

—Conmigo, no. Pudo haberme matado allí mismo y no lo hizo. Me puso su medalla al cuello y me sacó de aquella casa. Quería ponerme a salvo. Solo le vi los ojos; y tenían expresión humana, no sé si entiendes lo que quiero decir. No iba drogado ni borracho. Ojos grandes muy azules, aunque eso no tiene nada de excepcional. Cuando me cogió en sus brazos escuché el latido de su corazón. Le iba a mil, estaba a un paso de la taquicardia. Lo que había ocurrido, lo que había visto, le había alterado como a cualquier persona normal. Tenía sangre en el uniforme y en las manos.

—Valentina, tranquilízate. Por favor. Intenta disfrutar de la cena. Pero si no te apetece, no vamos. No te sientas obligada.

—No. Ya he dicho que iremos. Te gustarán los cuadros de Gilles. Utiliza todo tipo de materiales. Se ha convertido en el niño mimado de los marchantes. Si está en vena nos hará reír con sus anécdotas.

—Tú te pones bastante agresiva con él.

—No puedo evitarlo. Ese aire de espíritu superior me enerva. Me mira como diciendo: «caerás en mis brazos tarde o temprano.» Y en eso se equivoca.

—¿No has pensado que a lo mejor está enamorado de ti de verdad?

—No. No lo creo. No me conoce tanto. Su historia con Brigitte acabó hace un tiempo, aunque siguen siendo buenos amigos. Y sé que después de su ruptura se siguieron acostando cuando les apetecía, sin compromiso ni exclusividad. Bueno, ese acuerdo les venía bien a los dos

y se sentían más cómodos, sin reproches ni exigencias. Brigitte me ha dicho que desde que Gilles me conoció no ha vuelto a follar con ella, y cree que con nadie. Perdona la expresión, es la que utilizó. Pero eso no significa nada. Brigitte es maravillosa, se merece alguien que la ame para siempre. ¿Te cuento un secreto? Le gusta muchísimo mi… él –señaló hacia la ventana— Desde que le vio en la Plaza. Lleva todo este tiempo intentando verle y hoy se ha dejado llevar por el entusiasmo.

—No le ha ido muy bien.

—Eso parece. Yo le había dicho que todo para ella, que no me interesa ningún hombre. Eso ha cambiado. Creí que tal vez había muerto o que estaría tan lejos que jamás volvería a saber de él. Pero está ahí, a tan poca distancia que le veo cada noche.

—Así que ahora que le has encontrado lo quieres todo para ti.

—Y él también me quiere, estoy segura.

AUBRY

Llevar al gato a casa animó a Aubry. *Napoleón* tenía muy buen aspecto y parecía más calmado, dormía más.

—Ha sido por tu bien, chico –le decía acariciándole la cabeza— Aunque yo también me sentiría frustrado si me hubieran hecho lo que a ti. Ahora engordarás y te moverás como un pequeño saco. Tendré que ponerte a dieta. ¿Adivinas quién vive al otro lado de la calle? Valentina. Ella también me mira desde su ventana. Parecemos dos personajes de una película observándonos a distancia. De haberse encontrado sola el otro día creo que me hubiera decidido a acercarme; pero estaban sus amigos, y sobre todo ese tipo rubio. ¿Quién demonios será?

Sonó el timbre. Aubry miró la hora y se preguntó quién sería, aunque sólo podía tratarse de su asistenta ya que nunca recibía visitas.

—He adoptado un gato –le dijo— ¿Supondrá un problema para usted?

La mujer miró al animal, que se había quedado dormido en su cesta.

—No, señor Dubois. Me gustan los gatos.

—*Napoleón* es muy bueno. Bien, me voy. Tómese una taza de café, por favor. Siempre se lo dejo preparado y no se lo bebe.

—No es necesario, gracias. Y si se va por mí, ya le he dicho que no me molesta.

—Prefiero irme, de todas formas.

—Hoy sólo podré quedarme dos horas, tengo asuntos personales que resolver.

—Bien. Volveré dentro de dos horas, entonces.

No le daba tiempo a irse muy lejos. Se acercó a la ventana. La de enfrente tenía las cortinas echadas. De repente una mano las apartó y abrió. Valentina apareció en el marco de la ventana y miró directamente hacia él, que se había ocultado detrás de su cortina. Ella colocó unas macetas de flores y las regó. Volvió a cerrar la ventana pero con las finas cortinas apartadas.

—Adiós –le dijo Aubry a la asistenta, que había conectado ya la aspiradora. Ella le hizo un gesto de asentimiento.

Eran las nueve de la mañana. Entró en una cafetería, pidió un café y encendió un cigarrillo. Leyó las páginas culturales y las de economía, como de costumbre. Otro café y un par de cigarrillos más. En el camino de vuelta no pudo evitar acercarse a la Plaza de los pintores. Distinguió a lo lejos a la pelirroja pero no se acercó. Ya no la necesitaba. Comenzó a llover y sintió un pinchazo en la pierna. Faltaban cinco minutos para las once cuando entró en su casa.

Pagó a la mujer y cerró. Como siempre, no había tocado el café. Aubry suspiró. Se lo bebió él acompañándolo de galletas. Se le había olvidado decirle que de la caja de *Napoleón* se ocupaba él, y al entrar en el baño vio que la había limpiado y cambiado la arena.

—¿Has visto que amable es Denise con nosotros, *Napoleón*? Pero no debe ocuparse de tus cosas, compañero. Le daré un extra por el trabajo y le diré que tú eres cosa mía.

Se sentó frente al ordenador y lo encendió. Tecleó el nombre de Valentina Moreau en el buscador. No encontró mucha información. Había estudiado en Estrasburgo, Florencia y Londres. Sabía que era francesa de adopción como él pero no venía ninguna referencia a ese hecho. Buenas críticas sobre su trabajo pictórico. Poco más. Pasó las páginas del listín telefónico hasta dar con Moreau, V. y miró las páginas blancas. Ambos datos coincidían. Valentina Moreau vivía efectivamente en su misma calle, frente a él, en la buhardilla correspondiente. No existía error posible. La chica aterrada se había convertido en una pintora con gran futuro, sin duda gracias a los dos periodistas a los que la confió. Se preguntó qué papel habría ejercido la mujer que pasó unos días con ella, Christine, y a la que llamaba “mamá.”

La primera parte de su objetivo estaba cumplida: encontrar a la chica que se quedó en su corazón cuando la dejó en manos de otros. La segunda parte, acercarse a ella cuando estuvieran solos, llegaría pronto. Los dos solos, sin nadie interrumpiendo el momento más emocionante de su vida y esperando que también de la de ella. Esa misma tarde se lo contó a la psicóloga durante la consulta.

—Le veo más animado que la última vez, señor Dubois.

—Lo estoy, doctora. He dado con Valentina Moreau –sonrió viendo la expresión de Vivianne Leclercq— Se ha producido una consecución de acontecimientos extraordinarios. Ignoro si se trata de un caso de serendipia, pero así y todo ha ocurrido sin que tenga que volverme loco buscándola. No solo la he encontrado, sino que llevo un año viéndola a diario. Vive en la buhardilla frente a la mía, al otro lado de la calle.

—No sé qué decirle. ¿Y ha hablado con ella?

—Todavía no. He tenido un par de ocasiones pero no me parecieron adecuadas. No sé cómo reaccionará cuando me identifique, ni cómo reaccionaré yo. Ni la lavandería ni una cafetería junto al Louvre eran los mejores lugares.

—¿Pero por qué? Lleva años pensando en ella, y ahora que la ha encontrado retrasa darse a conocer. Ni siquiera tiene que recorrer toda la ciudad. ¿Qué le asusta?

—Todo. Ella me vio matar a la otra chica. Supongo que lo tendrá muy presente. No sé si comprenderá que no fue un asesinato a sangre fría sino compasión. No sé qué puede recordar y de qué manera. Qué abismos puedo abrir cuando me mire.

—Usted ha visto dos cuadros suyos. Vuelva a mirar el que tiene delante. ¿Qué ve?

Aubry contempló atentamente las dos figuras.

—Veo su propio título, doctora: piedad. Hay mucho dolor pero también mucho amor. Ella, Valentina, ha trazado cada pincelada con amor. Es como… ¿cómo le diría? Una resurrección. Pero no de la mujer, sino del hombre. Ella convierte a un perfecto hijo de puta despiadado que ha pasado por la vida como un Jinete del Apocalipsis, en un ser humano con todo lo que implica. Nada puede volver a ser igual después de esto. Él ha visto un destello de luz. Muy pequeño y muy lejos; pero lo ha visto, y por dentro algo de él ha cambiado.

—¿Así se siente, señor Dubois?

—Sí, doctora. Así me siento.

—¿Cree que Valentina le odiará cuando le reconozca? ¿La mujer capaz de pintar algo así será capaz de odiarle?

Aubry movió la cabeza negativamente. Gruesas lágrimas brotaron de sus ojos e inundaron sus mejillas. La psicóloga le tendió la caja de pañuelos de papel y le dejó llorar en silencio mientras tomaba notas.

—Creo que me vio las manos manchadas de sangre. De la otra chica y del que estaba a punto de violarla. Los matamos a todos, yo me encargué personalmente de acabar con él y debió ver cómo lo hacía. Quería que aquel maldito cabrón sufriera y sufrió. Después tuve que matar a la chica para que descansara en paz –se secó los ojos— Tengo que pensar bien cómo y dónde acercarme a Valentina. Ella también me observa desde su ventana –sonrió tristemente— Debe pensar que soy un maníaco. Nos miramos y cuando nos damos cuenta de que el otro se siente observado, nos ocultamos detrás de las cortinas.

—¿A qué juegan con eso?

—No es un juego. Yo velo por ella y ella desconfía de su vecino, no sabe a qué atenerse conmigo. La próxima vez cogeré a *Napoleón* y la saludaremos los dos.

—¿Napoleón?

—Mi gato. He adoptado un gato callejero que se metió en casa. Así que ya no vivo solo.

—Eso es bueno, señor Dubois. Hacerse cargo de un animal le ayudará a romper su aislamiento.

—Bueno, somos dos tipos solitarios. El pobre ya no puede correr detrás de las chicas de los tejados, le han operado por el bien de ambos.

—¿Y usted?

—¿Yo? Doctora, yo no estoy castrado. Me operaron de fimosis cuando era niño y el problema desapareció. Lo tengo todo en su sitio. Y solo me arriesgaría a correr por Valentina.

—No le preguntaba por su integridad física, señor Dubois.

—Como ya le dije, hace mucho que no estoy con una mujer. Me he hartado de f… uf, perdone, quiero decir que empiezo a necesitar algo más que sexo a palo seco. Le voy a confesar una enormidad, doctora: estoy enamorado de Valentina. Lo sé porque no me había ocurrido nunca. Lo sé también porque no es sexo a palo seco lo que quiero de ella; de hecho, no me atrevería a tocarle un cabello. Pero… lo que quiero no está a mi alcance: regalarle flores y bombones, invitarla a cenar, pasear cogidos de la mano. Esas cosas tan cursis que se ven en las películas. Lo que hemos pasado los dos ha sido demasiado duro; y yo ni siquiera sé demostrar amor.

—¿Cree que ella le ha reconocido?

—Diría que no. Soy su vecino raro, el que se sale al tejado por las noches y mira por un telescopio. Lo que sí sabe probablemente es que yo compré uno de sus cuadros, su amiga debió decírselo.

—De todas formas le veo más calmado, señor Dubois. ¿Sigue teniendo pesadillas?

—Desde que encontré a Valentina duermo mejor. Saberla a salvo y haciendo algo que le gusta me ayuda mucho. Hay otra pesadilla de la que no le he hablado aún –la psicóloga comenzó de nuevo a tomar notas— Mi madre.

—Usted mencionó que era violinista.

—Sí, y excelente. Huyó de Hungría con su familia en el cincuenta y seis. Lo habían pasado muy mal durante la guerra, los nazis persiguieron y asesinaron a algunos de sus parientes, y con el comunismo su situación no mejoró.

—¿Eran judíos?

—No. Católicos. A mí me educaron en el catolicismo. Fue mi madre quien me regaló la medalla que yo le puse a Valentina, lleva grabada en el reverso la palabra “siempre” en húngaro. Mi madre era muy joven cuando se instalaron en Viena. Se casó allí con un pianista, también húngaro y huido. Ella y los suyos escaparon de los comunistas, igual que mi padre biológico. Él se suicidó cuando yo tenía cinco años. No se encontraba bien, sufría depresiones constantes, estaba alcoholizado. Se tiró por una ventana de nuestro piso. Cuando mi madre se casó con el violinista alemán nos trasladamos a Munich, él me adoptó legalmente y me cambió el nombre. Fue el único padre que conocí porque el de verdad se fue muy pronto. También era católico, ya sabe que en Baviera la mayor parte de la población lo es. Tocaban duetos, crecí con la música. Me enseñaron a leer partituras y a tocar el violín y el piano, lo que me permitió aprobar el exámen de ingreso en el Conservatorio. Tenían oído absoluto, yo lo tengo muy bueno pero ni de lejos como ellos. Y un día llegué a casa y encontré a mi madre muerta encima de su cama, rodeada de los frascos de las pastillas que se había tomado. Yo tenía quince años. No dejó ninguna nota, no habíamos visto ninguna señal que nos alarmara y nos hiciera sospechar de sus intenciones. Sencillamente, al quedarse sola en casa se suicidó. Qué extraño, ¿verdad? Que personas religiosas se suicidaran cuando el catolicismo considera el suicidio un pecado. Ahí empezó mi viaje al infierno, doctora.

—¿Qué ocurrió?

—Yo tenía quince años, como le dije. No era la mejor edad para asumir la muerte brutal de mi madre. Me rebelé contra el mundo. Mi padre se deshizo de mí, harto de mi comportamiento. Me recordó que en realidad no era mi padre y no estaba obligado a cargar conmigo. Pero sí lo era, ¿verdad? Me había adoptado legalmente y llevaba su apellido. Terminé en un centro de menores. Da igual cómo lo llamaran; era una cárcel llena de críos medio desquiciados por sus circunstancias, mezclados con delincuentes juveniles también víctimas de su entorno que se habían convertido en verdugos. Comencé a soñar con mi madre, pesadillas horribles. Ella quiere arrastrarme a un túnel de oscuridad del que no se puede salir. Ese sueño lleva atormentándome desde entonces, y demasiadas veces se mezcla con los recuerdos más horribles de mi vida.

—¿Le trataron mal en aquel lugar?

—¿A qué llama tratar mal, doctora? Usted debe saber cómo son esos sitios.

—¿Qué le hicieron allí, señor Dubois?

Aubry comenzó a llorar descontroladamente. Vivianne Leclercq vio ante ella a un niño abandonado sufriendo más de lo que podía soportar. No se acercó a él, le dejó que descargara su dolor hasta quedar exhausto y vacío. Le alcanzó la caja de pañuelos y un vaso de agua.

—¿Se encuentra mejor, señor Dubois?

—Estoy hecho trizas. Me muero de vergüenza.

—No tiene por qué. Había abandonado a su niño interior e ignorado su sufrimiento, haciéndole creer que no le afectaba. No debe sentirse avergonzado ni culpable, señor Dubois. Ni ante nadie ni, sobre todo, ante sí mismo. Trátese bien, deje de matarse. Reconcíliese con Aubry Dubois y conviértase en amigo suyo. Descanse un poco y dejemos la sesión por hoy, ha llegado al límite. Antes de que se marche, ¿me permite una sugerencia? Sea cursi con Valentina. Arriésguese con ella.

VALENTINA

—Me ha costado lo mío que aceptes tomarte algo conmigo. ¿Qué tienes en mi contra?

Valentina bebió un trago de su vino blanco frío y miró a Gilles, cuyos ojos verdeazulados brillaban.

—No tengo nada contra ti, Gilles. Creo que eres un magnífico pintor y una buena persona. Pero no me gusta que me agobien. Bueno, aquí me tienes.

—Sé que Brigitte se ha pasado llevándome a todas partes cuando tú no estás especialmente interesada en verme. No te enfades con ella, te quiere mucho. Además yo también tengo mi parte de responsabilidad, me muero por verte.

—Yo también la quiero mucho. Es mi mejor amiga.

—Mira, tengo que decírtelo personalmente. No me gusta esconderme. Ya sabes lo que ha habido entre Brigitte y yo, supongo.

—Sí, me lo ha contado. Y también me ha dicho que después de vuestra ruptura pasabais la noche juntos de vez en cuando, por diversión y amistad.

—Es cierto. Nos queremos mucho aunque no estamos enamorados y no tenemos ningún compromiso. Además, y si no te lo ha dicho te lo digo yo, no he vuelto a tener relaciones con ella desde que te conocí. A Brigitte le deseo mejor en todo y me disgustaría que le ocurriera algo malo. Pero no es mi chica.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Valentina, no soy el tío excéntrico y caprichoso que crees. Se trata de una pose de cara a la galería –al ver que ella sonreía, rio en voz baja— Bueno, un poco sí, pero no tanto como imaginas. Tú eres un misterio que me gustaría desentrañar. Estoy enamorado de ti desde que te conocí. Te amo, Valentina. Y si trato de estar cerca de ti es para que me conozcas de verdad.

—Gilles, agradezco tu sinceridad pero no sé qué decirte. No esperaba que te declararas así de repente.

—No me digas eso de “no eres tú, soy yo”, por favor.

—No te lo iba a decir. Es que yo no me he planteado tener ninguna relación. Te aprecio, pero no es suficiente.

—Estás enamorada de otro.

—Tal vez. Pero además hay otras cuestiones en las que no voy a entrar.

—Valentina, no siento un deseo morboso de ser tu primer hombre. Sé que hay tíos que se vuelven locos con eso, pero personalmente pienso que no debe ser para tanto. Te quiero, estoy enamorado de ti. Dame una oportunidad.

Valentina se sonrojó y le miró fijamente.

—¿Quién te lo ha dicho? Solo lo sabe Brigitte.

—Brigitte no me lo ha contado. Me he dado cuenta yo solo. Salta a la vista que no has estado con nadie. Creo que es eso lo que te da ese aire tan etéreo. La diosa intocable que enamora a sus adoradores.

—Déjalo, por favor.

—Es tu vecino, ¿verdad? El tipo raro. Brigitte también está obnubilada con él. Ten mucho cuidado, Valentina. Hay mucho demente disfrazado y la vida real no es como en las películas.

—No se trata de mi vecino, más bien me asusta un poco que se suba al tejado y se pase la noche en vela.

Gilles sonrió tristemente.

—Tú tampoco duermes mirando lo que hace. No tengo ni la mínima oportunidad contigo, ¿verdad?

—No, Gilles. Ni tú ni nadie. Ya te he dicho que no me planteo tener ninguna relación ni necesito enamorarme para llevar la vida que he elegido.

—No elegimos enamorarnos, Valentina. Sucede cuando menos lo esperamos, y muchas veces con quien menos lo esperamos. Me ha pasado contigo. Cuando vi el catálogo de la exposición me pregunté cómo se podía pintar así, quién era la artista capaz de provocarme semejante estremecimiento interior. No eres consciente de lo que logras con tu trabajo, de las sensaciones que despiertas. Mira, hablan mucho de mis cuadros porque experimento y no busco lógica ni coherencia; es una pintura acorde a nuestros tiempos, caótica y sin sentido o con el significado que cada observador le quiera dar. Cuando leo esas críticas en las que se van por las ramas metafísicas me río a carcajadas. «El artista nos quiere decir que…» «El artista nos pone frente a…» Sandeces, cariño. Ni quiero decir ni pongo frente a nada. Es como pinto. Fin de la historia. Pero tú, Valentina… Tú eres una Maestra, con mayúsculas. Me vuelvo loco con tus cuadros. ¿Pintas en trance?

—No. Qué disparates dices.

—Pues lo parece –le sonrió con gran cariño— Venga, a mí puedes contármelo: invocas a los espíritus de Leonardo y Waterhouse antes de dar la primera pincelada.

Valentina se echó a reír, una carcajada fresca y espontánea.

—No seas loco, Gilles. Ya me gustaría, no creas. Pero todo lo que hago es de este mundo.

—No, ni mucho menos. Tocas lo sublime con las manos y lo traes a la tierra. Haces magia. Haces alquimia. Amor mío, ¿cómo es posible que no entiendas que llenas de luz y amor cuanto tocas?

—No hago eso, Gilles.

Él le cogió las manos entre las suyas.

—Es justamente lo que haces. Es lo que me has hecho aun sin pretenderlo. Pero entiendo que no me dejarás acercarme a ti. Esa especie de ángel del abismo es quien ocupa tu corazón, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

Ninguno de los dos reparó en el hombre que se había quedado parado mirándolos. Cuando vio que Gilles le cogía las manos, siguió su camino despacio y muy abatido.

—Lo siento, Gilles. Pero no voy a mentirte ni a darte falsas esperanzas. Es mi único amor.

—¿Quién es?

—No lo sé. Tampoco sé dónde está, o si todavía vive.

—No puedo luchar contra un sueño –suspiró profundamente— Hay otro tema por el que quería verte: un encargo.

—¡Oh! ¿Para ti?

—Casi. Papá quiere un cuadro para su sede empresarial aquí en París. A mí me rechazó desde el primer momento, detesta mi pintura. En cambio está enamorado de la tuya. Le prometí que hablaría contigo e intentaría convencerte.

—¿Y en qué ha pensado exactamente?

—Eso lo comentará contigo. Toma, su tarjeta. Si te parece bien llámale y concertáis una cita. Yo sólo soy el intermediario. Por tus honorarios no te preocupes, estarán a tu altura.

—Claro. Le llamaré. Gracias.

—No me las des, todo el mérito es tuyo. Vio *La Soledad* en casa de Maurice Leroy y la foto de *La Piedad* en el catálogo. Espero que lleguéis a un acuerdo. Y te harán más encargos, no me cabe la menor duda.

—Ojalá.

—Cuando hables con Christine dale saludos de mi parte.

—Lo haré. Quedó encantada contigo.

—Es una mujer fantástica. A mí también me encantó. Por cierto, he comprado sus libros.

—¿Sí?

—Y aunque cambió los nombres por seguridad, reconocí a alguien. No te alteres… Perdona, entiendo que no quieres hablar de ello y no quiero sonsacarte. No me malinterpretes. Valentina, ¿podríamos ser amigos, al menos?

—Sí, Gilles, seremos amigos. Discúlpame tú a mí también, siempre he sido muy agresiva contigo y no lo mereces.

—Ya está, Valentina. Yo no vuelvo a hablarte de amor y conservaré mis orejas.

Valentina volvió a reírse.

—Y dale con las orejas. Gilles, ¿puedo decirte algo? Tu amor por mí no es más que un espejismo, no es real porque apenas me conoces.

—Tú eres un ser mágico enamorado de un sueño que yo no he soñado. ¿Crees que se puede morir de amor?

—No lo sé. Pero sí se puede morir de desamor. Tú no vas a morirte, Gilles, querido amigo.

Él le besó las manos.

—No me moriré, te lo prometo.

AUBRY

Sintió que el corazón se le paraba. Valentina y el chico rubio se cogían de las manos mirándose a los ojos. Qué necio había sido creyendo que ella le estaría esperando a través del tiempo. Era una mujer preciosa y joven que aprovechaba la vida que le había regalado. Ese había sido su objetivo: que ella viviera y fuera feliz donde y con quien deseara.

«Misión cumplida, Aubry. Ella está bien, a salvo de todo mal, rodeada de amor. Así debe ser. Y tú la cuidarás desde la distancia, tras la ventana, atento a salir en su defensa si fuera necesario. Espero que ese tío rubio sea digno de ella. Si no se porta con ella como un hombre le partiré la cabeza. No ha sobrevivido al horror para ser pasto de cualquiera. Tengo que averiguar quién es, pero ¿cómo?»

De repente se le ocurrió la forma. Había descartado a la pelirroja demasiado a la ligera. Ella sabía muy bien quién era aquel chico bien vestido. Solo era cuestión de preguntar con habilidad. Se dirigió a la Plaza del Tertre y efectivamente la encontró en su puesto, pintando un lienzo de pequeñas dimensiones. Al verle, casi se le cayó el pincel de las manos.

—Hola –Aubry le sonreía con toda la cara.

—¡Oh! Usted de nuevo.

—Quería disculparme por mis malas formas, me costó reconocerla.

—No importa, no pasa nada. No tengo ningún cuadro como el que se llevó la otra vez.

—No quería comprar sino presentarle mis excusas –le tendió la mano— Aubry Dubois.

—Brigitte Girard –el apretón fue firme y cálido. A Brigitte le dio la impresión de que él deslizaba la palma de la mano por la suya antes de soltarla. O tal vez lo imaginó, porque era lo que le hubiera gustado. Suspiró interiormente.

—¿Puedo invitarla a un café?

—Claro. Un segundo.

Brigitte recogió los materiales. Se encaminaron hacia de las cafeterías de la misma plaza.

—¿Es usted aficionado a la pintura, señor Dubois?

—Aubry, por favor. Medianamente. No soy un entendido pero hay cuadros que me gustan. Y el tuyo me pareció espléndido.

—No lo pinté yo, sino una amiga. Valentina Moreau.

—Lo sé. He visto tu obra y no se parece en nada a lo que me llevé. Además me dijiste que la autora estaba en tu grupo de amigos. Y tú no te apellidas Moreau.

—No. Soy Girard. Y nunca pretendí hacer pasar ese cuadro por mío.

—Por supuesto. No me malinterpretes, por favor. ¿Sois muy amigas?

—Es una gran artista. Pero si estás interesado en su trabajo no la verás por aquí. Pinta por encargo.

Aubry se dio cuenta de que no estaba dispuesta a hablar abiertamente de Valentina. Era una buena amiga.

—Por cierto, la he visto hace un momento pero no he querido molestarla –le sonrió— No me ha parecido correcto interrumpir un momento idílico. Aunque seamos vecinos no hemos coincidido nunca.

—¿Tú eres vecino suyo?

—Sí. Pero ya te digo que no hemos coincidido nunca.

—Ya sé quién eres, el del telescopio.

—¿Cómo dices?

—¡Oh! Bueno, vi tu telescopio desde la casa de Valentina.

—Me gusta mirar las estrellas, no lo uso para espiar al vecindario como James Stewart en *La ventana indiscreta*.

—Pero Valentina te interesa.

—Brigitte, no sé a qué te refieres. No la conozco excepto como pintora. Y no creo que esté bien que hablemos de ella como dos viejas chismosas.

—Es mi mejor amiga y me preocupo por ella. ¿Qué has querido decir con lo del momento idílico?

—Pues resulta que vamos a ser dos chismosos –Aubry rio— Estaba con el chico rubio del otro día, con sus manos en las de él.

—Te ríes pero sólo para mantener el tipo. No te ha hecho maldita la gracia.

—Eh, despacio, Brigitte. Yo no conozco a tu amiga. Pero tú al tipo rubio sí, estaba con vosotras.

—Sí, es un buen amigo de las dos.

—¡Oh! ¿Es lo que creo?

—¡No!

—Perdona, no te enfades. Supongamos que tienes razón y Valentina me interesa como mujer. ¿Está saliendo con él? Lo pregunto para no perder el tiempo.

—Pregúntale a ella, Aubry.

—No puedo. Me mandaría al diablo y con razón.

—¿Quién eres, Aubry?

—El vecino raro del telescopio. Creo que ya te he entretenido demasiado. Gracias por tu tiempo.

—Gracias por el café. Aubry… Gilles es pintor, como nosotras; y notable, por cierto. Lo que haya o deje de haber entre ellos es asunto suyo. Deja tranquila a Valentina.

—No tengo intención de molestarla, descuida.

Se llevó una mano de ella a los labios y salió cojeando un poco. Brigitte se quedó sentada un momento más, mirándole. Su ropa desgastada y la cazadora de cuero le daban aspecto de chico rebelde y un poco salvaje. Se preguntó por qué no había aprovechado la ocasión. Visto tan de cerca todavía le había gustado más. Era tan guapo, con un cuerpo impactante y una voz sensual que la había enloquecido. Hablaba muy buen francés aunque con algo de acento. «Va detrás de Valentina, pero a mí no me importaría pasar un buen rato con él. Debe ser impresionante en la cama. Soy imbécil», se recriminó a sí misma.

Cuando Aubry salió de la cafetería se puso muy serio. Brigitte podía haberle mentido para despistarle. Necesitaba saber si Valentina amaba a Gilles. Sonrió sin alegría rememorando las miradas de Brigitte, como si estuviera interesada en él. Su lenguaje corporal había sido muy claro. Pero no le interesaba tener un encuentro sexual con la mejor amiga de Valentina, ¿para qué? Él se había enamorado por primera vez en su vida y no estaba dispuesto a distraerse con otra chica, por muy atractiva que fuera. Se paró junto a un escaparate y entonces vio a Valentina, sola y aparentemente camino de su casa. Aubry se retrasó y llegó a la suya cuando ella ya había entrado en el portal. Rellenó el comedero de *Napoleón*, se dio una ducha, puso un disco y se sirvió una cerveza. Cuando comenzó a oscurecer se situó tras la ventana. Vio a Valentina hablando por teléfono un buen rato. Se olvidó de cenar. Enfocó el telescopio hacia ella para verla mejor y se quedó rígido: se le veía claramente la medalla que él le había puesto, la tocaba y miraba la inscripción del reverso, que evidentemente no sabía leer. Si había albergado alguna duda respecto a su identidad, acababa de desaparecer. Valentina era, indudablemente, la chica de Sarajevo. ¿Qué le había dicho Brigitte? ¿Que pintaba por encargo? Fantástico. Le encargaría un cuadro. La excusa perfecta para acercarse a ella y darse a conocer.

Sintió hambre y abrió una tarrina de ensalada con queso. Encendió un cigarrillo, bebió un café muy fuerte y apagó las luces. Vestido con un chándal oscuro se encaramó en el tejado. Hacía bastante frío, aunque la noche hubiera sido espléndida de no ser por la contaminación lumínica. Todas las casas estaban ya a oscuras pero deslumbraban las farolas. De todas formas

París no dormía nunca, se parecía a él. Los neones del Moulin Rouge destellaban en la distancia. De repente Valentina abrió la ventana y le miró directamente. La ropa oscura no le había vuelto invisible, su pelo rubio destacaba en aquella negrura que no era absoluta. Aubry levantó una mano y la saludó.

VALENTINA

—Me he retrasado un poco, lo siento.

—No se preocupe, señorita Moreau. Siéntese y cuénteme qué ha hecho desde la última sesión.

—Gilles de Beaumont, el pintor, se me ha declarado.

—¡Vaya! Eso es estupendo.

—No lo es. Lo estupendo es el encargo que me ha hecho de parte de su padre. Toda una responsabilidad. Quiere un cuadro para el vestíbulo de su sede de aquí.

—¿Lo va a hacer?

—Naturalmente. No puedo dejar escapar esta ocasión. En cuanto a Gilles, le he dicho que sólo seremos amigos. Yo no le amo.

—¿Sigue obsesionada con su soldado, mercenario o lo que fuera?

—No es obsesión, doctora. Es mi verdadero amor. Dice mi madre, Christine, que probablemente ya estará muerto, pero yo siento que aún vive y me busca –sonrió tristemente— A veces creo que es mi vecino de enfrente, que el destino nos ha puesto tan cerca uno del otro para que no pierda la esperanza.

—Háble me más de ese hombre. Creí que le tenía miedo.

—Al principio, sí. Temí que fuera un psicópata. Pero no ha hecho nada para acercarse a mí de ninguna forma. Solo le he visto una vez en la calle, cuando fui al Louvre con Christine. Se sentó en una mesa cerca de la nuestra. Brigitte le reconoció y se acercó a saludarle pero quedó muy decepcionada. Estuvo muy seco con ella y ni nos saludó, aunque le invitó a sentarse con nosotras. Pero hace unos días tomaron café juntos y él le preguntó por mí. Brigitte esquivó las preguntas lo mejor que supo. Me llamó por teléfono y me contó la conversación.

—¿Qué quería saber de usted?

—Si tenía algo con Gilles, principalmente. Brigitte le respondió que me lo preguntara a mí. Y después, aquella misma noche, le vi sentado en el tejado sobre su ventana. Me asomé y me dejé ver, para que comprendiera que sé lo que hace y demostrarle que no me asusta.

—¿Y qué hizo él?

—Saludarme con la mano como si fuéramos amigos de toda la vida.

—¿Piensa que se hubiera dejado sorprender si tuviera malas intenciones?

—No lo sé, supongo que no.

—Por cierto, ¿Brigitte le ha dicho cómo se llama o tampoco lo sabe?

—Él se presentó antes de invitarla. Dijo que se llama Aubry Dubois. Y me comentó que aunque habla francés muy bien se le nota cierto acento que no supo identificar. Después se perdió en banalidades sobre su aspecto físico, lo guapo y sexy que le parece. Nada que me pueda importar.

—Aubry Dubois, entonces.

—¿Le suena?

—¿Qué? No, no. Aubry es poco frecuente, parece sacado de una novela medieval.

—Ahora que lo menciona, es verdad. Tiene nombre de caballero andante… —quedó pensativa— "El Elfo del Bosque". Seguro que se lo ha inventado para impresionar a Brigitte.

—O a usted, más bien. Sabía que su amiga le repetiría la conversación palabra por palabra. Y dígame, a usted que le ha visto al menos una vez a la luz del día, ¿qué le parece? ¿Es tan atractivo como le pinta Brigitte?

Valentina rompió a reír, ruborizada.

—Le voy a ser sincera, doctora. Es más que guapo. Tiene algo muy especial. No me sorprende que Brigitte haya enloquecido por él. Le gustó desde el principio, cuando compró el cuadro. O mucho me equivoco o no parará hasta tenerlo en su cama.

—¿Y esa cara, señorita Moreau? Si a usted no le interesa ese hombre guapo y sexy, no debería importarle con quién se acuesta.

—Es que… doctora, he llegado a pensar, a desear que ese Aubry Dubois sea él, el hombre que me salvó en Sarajevo. Porque si fuera él, y créame que estoy pidiendo al universo o a quien quiera escucharme que lo sea, no me gustaría verle en brazos de Brigitte ni de otra mujer. Perderlo por segunda vez sería demasiado, me partiría el corazón…

—Llore, llore cuanto necesite.

Valentina no podía parar de llorar. Cogió un puñado de pañuelos de papel y se limpió los ojos y la nariz.

—¿Está segura de que es el mismo hombre?

—No. Probablemente no lo es. Pero necesito tanto que lo sea que me imagino que un día nos encontraremos frente a frente y nos diremos: «eres tú.» Pese a todo, doctora, lo necesito.

—¿Pese a todo?

—Tenía sangre en las manos. Él… él… no puedo recordarlo. ¿Y si él me…? No, no puede ser. Christine dice que no me agredieron sexualmente. Pero, ¿Y si lo hizo y luego se arrepintió?

La nueva crisis de llanto fue peor que la anterior. Valentina hipaba y se ahogaba. Vivianne Leclercq, que nunca se permitía tocar a sus pacientes por muy mal que los viera, se acercó a ella y la abrazó.

—Tranquilícese, querida. No ocurrió nada de eso, Christine tiene razón. Yo he visto sus informes médicos y no sufrió ningún ataque sexual, nadie la violó. Que él tuviera sangre en las manos entra dentro de lo normal en esas circunstancias tan horribles. Su ángel de las tinieblas no la tocó excepto para sacarla de aquel lugar y librarla de una muerte segura.

Poco a poco Valentina se fue tranquilizando. La psicóloga le sirvió agua.

—Vaya a lavarse la cara, querida. Emplee el tiempo que necesite.

Valentina se encerró en el baño. Al volver, se encontró a la doctora junto a la ventana abierta fumándose un cigarrillo que se apresuró a apagar.

—Vaya. Lo siento.

—No se disculpe. Y no lo apague por mí. Doctora, he pensado que debería someterme a la hipnosis que me propuso.

—¿Está segura?

—Del todo. Cuanto antes recuerde, antes me liberaré.

—Bien. Dígame cuándo estaría dispuesta.

—Hoy mismo.

—Pero ahora no, señorita Moreau. Tengo pacientes esperando. ¿Le parece bien a las seis? A esa hora la consulta está cerrada y nada ni nadie nos molestará.

—A las seis, doctora Leclercq. Gracias. ¿Tengo que hacer algo especial?

—Nada en absoluto. Vaya a su casa, descanse, y ni se inquiete ni obsesione. No le garantizo que usted sea capaz de entrar en la hipnosis, hay personas a las que resulta imposible hipnotizar. Tendremos éxito si usted colabora y confía completamente en mí. Olvídese de lo que haya podido ver en las películas. La espero esta tarde. Y si no logramos nada no se desanime, volveremos a intentarlo más adelante si quiere.

No se lo contó a Brigitte. Sí a Christine, a la que llamó por teléfono.

—*Lamento no estar allí para acompañarte*.

—No pasa nada, mamá. Ya soy mayorcita para afrontar sola lo que descubra. Te llamaré al

volver a casa.

—*No te olvides, sea la hora que sea. Estaré esperando*.

Con ropa cómoda y zapatillas, el cabello recogido en una trenza, Valentina llamó a la puerta de la psicóloga. Se tumbó en el sofá con la habitación en penumbra y la doctora Leclercq inició el protocolo de la terapia. Al abrir los ojos estaba escondida tras unos cascotes y vigas. Escuchó gritos desgarradores. Hombres uniformados asesinaban a los que se habían refugiado allí huyendo de los ataques de la artillería enemiga. Ella conocía muy bien aquellos uniformes, habían sembrado el terror en las calles de su ciudad. A tiros y a cuchilladas terminaron con todos, hombres, mujeres y niños que no pudieron defenderse. A una chica muy joven la violaron entre todos y después la acuchillaron sin mirar dónde. Pero no la remataron, la dejaron agonizando convertida en una masa informe. Patearon el cuerpo y comenzaron a alejarse. Valentina salió de su escondite arrastrándose, mirando los muertos irreconocibles, la sangre que manchaba el suelo y salpicaba las paredes. Habían hecho una carnicería indescriptible. La chica tirada como un trapo apenas tenía aspecto humano. Pero no se habían ido, todavía se escuchaban sus risas. Uno de ellos se volvió y la vio. Corrió hacia ella avisando a sus compañeros.

—Aún nos queda una de postre.

Era muy joven, escasamente veinte años, de pelo oscuro y ojos verdes enrojecidos y con las pupilas dilatadas. Valentina nunca había visto los órganos sexuales masculinos excepto en los libros de arte. Le subió la falda y comenzó a manosearla, rompiéndole la ropa interior. Sonaron más disparos. Otros seis hombres habían entrado y los mataron por la espalda. El que parecía el jefe se encargó de él personalmente. Valentina, que ya estaba en shock, quedó muda de espanto. Perdió la noción del tiempo. Le vio en pie ante los cadáveres de los civiles asesinados, y cómo daba agua y clavaba su cuchillo entre las costillas de la chica que agonizaba a su lado. Cuando se le acercó intentó pedirle que la matara a ella también pero no salió ningún sonido de su boca. Bebió atragantándose y miró a los ojos a aquel desconocido uniformado. *Por favor, mátame a mí también*, le susurró. No pareció entenderla pero le hizo sonidos como los que se hacen a los niños asustados. Pese a las condiciones en que se encontraba se dio cuenta de que él estaba al borde de las lágrimas. Escuchó su corazón latiendo dolorosamente y al máximo cuando la levantó entre sus brazos. Había sangre en sus manos y en su uniforme aunque se había limpiado en las ropas del hombre joven al que había matado. Valentina dio un grito que debió escucharse en todo el edificio. La psicóloga la guió de nuevo y la sacó del trance. Había grabado y apuntado todo. La dejó llorar hasta que se vació.

SEGUNDA PARTE:
EL AMOR

Hello, is it me you´re looking for?

(*Hello*, Lionel Richie)

-1-

El vestíbulo era imponente. Luc de Beaumont quería un cuadro grande para la pared del fondo junto a los ascensores, de manera que cualquier visitante al entrar fuera lo primero que viera.

—¿En qué había pensado, señor de Beaumont?

—Un paisaje, creo, con alguna alegoría mitológica a su elección. Mire, yo no entiendo nada de pintura; y después de ver la obra de Gilles, todavía menos. Sinceramente, señorita Moreau, me basta con saber que no se va a parecer en nada al estilo de mi hijo.

—Gilles es un gran artista reconocido, señor de Beaumont. Pero no se preocupe, sé lo que quiere y procuraré estar a la altura de sus perspectivas. Dentro de unos días le presentaré varios bocetos para que elija.

—Lo dejo en sus manos, señorita Moreau. Mi secretario le entregará el contrato. Sea cual sea la decisión final, se le pagarán tanto los bocetos como su tiempo. Gracias.

—A usted, señor de Beaumont.

El secretario la acompañó fuera del despacho y llamó al ascensor privado, despidiéndose cortésmente de ella. Mientras bajaba, Valentina rió y palmoteó, lanzándose besos frente al brillante espejo. El contrato era sustancioso incluso aunque al padre de Gilles no le convencieran los bocetos. «Pero le gustarán», pensó entusiasmada. Tenía que contárselo a Brigitte, no podía esperar. Además en cuanto llegara a casa llamaría a Christine. Y que no se le olvidara escribir a Andrew y a Peter, los tenía un tanto abandonados últimamente y no era justo. Ellos también eran su familia.

Cuando se acercaba al puesto de Brigitte, Aubry se alejaba. Resopló con disgusto. No obstante, alcanzó a verle entrar en una cafetería. Bien, con suerte le encontraría allí. Ya no volverían a esquivarse, se acabó el juego del gato y el ratón. Tenía que verle y cerciorarse de si era “Él” o no de una vez por todas.

—Cariño, te has perdido a tu fan por muy poco. Ha venido directamente a preguntarme por ti.

—Brigitte, le he visto, sé dónde está ahora mismo. Escucha, grandes noticias…

Se lo contó todo atropelladamente. Brigitte la abrazó.

—Gilles dice que él no ha tenido nada que ver, pero no me lo creo. Ha sido muy amable.

—Lástima que no le quieras como él a ti, Valentina.

—Deja eso, Brigitte. Gilles cree amarme pero no es así. Y de todas formas sabe que no le correspondo. No puedo obligarme a amarle, no funciona así. Tengo otra cosa que contarte, y muy importante; pero aquí y ahora, no. Ven a cenar esta noche. Y no le digas nada a Gilles, es solo para nosotras. El viernes de la semana que viene por la noche os llevo a los dos a cenar para celebrarlo.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—A sorprender a mi fan, como tú le llamas.

—Quiere encargarte un cuadro, pero me da la impresión de que solo es una excusa.

—Ya veremos. Si quiere un cuadro, un cuadro tendrá.

Casi corrió los metros que la separaban de la cafetería. Entró temblando y miró a su alrededor. Al fondo, con la pared a su espalda, Aubry fumaba leyendo un libro. Frente a él una taza de café y un crêpe dulce. Valentina se acercó y se paró a su lado.

—Tengo entendido que me estaba buscando.

Él cerró el libro y se puso en pie como un resorte. Palideció al verla.

—Así es. Permítame que me presente. Me llamo Aubry Dubois.

—Valentina Moreau.

—La artista. Por favor, siéntese –Aubry apartó una silla— Su trabajo es realmente extraordinario, señorita Moreau. ¿Le apetece un café?

—Gracias. Bien, aquí me tiene.

—Deseo encargarle un cuadro. He recurrido a la señorita Girard porque no sabía cómo contactar con usted.

Valentina sonrió y le miró directamente. Aubry se ruborizó.

—Señor Dubois, dejémonos de juegos. Usted sabe cómo contactar conmigo. De hecho, su buhardilla está frente a la mía.

—Discúlpeme. Sé dónde vive usted pero no sabía cómo acercarme sin que nos hubieran presentado. Me gusta su trabajo, como le he dicho. Y si usted no está demasiado ocupada quiero encargarle un cuadro no demasiado grande para mi buhardilla. Puede hacerse idea de las medidas porque debe ser más o menos como la suya. Respecto a la temática, la dejo a su elección.

—¿Por qué?

—Los Moreau empiezan a estar muy bien cotizados y estoy pensando en invertir en arte.

—Ahora voy a tener mucho trabajo, señor Dubois. Tengo un encargo importante que me

llevará varias semanas de trabajo. Cuando termine podemos volver a hablar de su cuadro.

—¿No tiene ayudantes?

—Señor Dubois, no tengo un taller con ayudantes y aprendices, estoy sola –sonrió— Ya me gustaría, pero únicamente cuento con mis dos manos.

Valentina se dio cuenta de que miraba su medalla.

—Perdone, no quería ser indiscreto. Es que me ha sorprendido esa medalla. ¿Es usted católica?

—¿Yo? No. Es un recuerdo. ¿Usted lo es?

—Lo fui. ¿Me permite verla?

—No me la quito nunca.

—Comprendo. Pero no puedo acercarme a usted a una distancia tan corta. Perdone.

Valentina vaciló. Pero se desprendió la cadena del cuello y se la pasó a Aubry. Él estaba muy emocionado dándole vueltas entre sus dedos. Miró el reverso. Ella también se sentía emocionada viendo su reacción.

— *Siempre* –leyó Aubry en voz baja.

—¿Cómo ha dicho?

—Aquí pone *siempre* en húngaro. ¿No lo ha visto usted?

—Bueno, claro que he visto algo escrito pero no sabía en qué idioma. ¿Habla húngaro?

—Es mi idioma materno, aunque mi lengua natal sea el alemán. Es curioso que tenga usted una medalla con una inscripción en húngaro.

—Es un recuerdo.

—Sí, me lo ha dicho. Mi madre tenía una igual, con este lema. También era un recuerdo. Me la regaló a mí y yo la regalé también. Tenga.

Se la devolvió. A Valentina le temblaban las manos, y sintió que a él también. No se atrevía a hablar. Le miró a los ojos fijamente y él sostuvo su mirada.

—¿Sabes que los ojos son lo único que no cambia nunca en una persona? –le preguntó ella de repente.

—Lo sé. Los tuyos son tal como los recordaba. Eres tú, ¿verdad?

Valentina parecía al borde del desmayo. Aubry le pidió agua, que ella a duras penas pudo

beber. Él le sujetó el vaso cuidadosa y discretamente.

—Vámonos, Aubry –susurró— No quiero dar un espectáculo en público.

Le rodeó la cintura con un brazo y la sacó de la cafetería con la mayor normalidad posible. Ella apenas podía respirar. Recorrieron las calles concurridas como en trance, hasta llegar a los Jardines Renoir. Valentina se desplomó en un banco. Aubry se arrodilló frente a ella. Los dedos femeninos le recorrieron la cara, se hundieron en su pelo, que se estaba dejando crecer, y rozaron sus párpados.

—Eres tú. Tú, por fin.

—No llores. Soy yo. Y eres tú. Nosotros aquí, vivos.

—Te reconocí con mi corazón antes que con los ojos. No he hecho más que buscarte y esperarte estos años.

—Y yo he vivido con tu recuerdo, con la esperanza de encontrarte un día.

Aubry apoyó la cara en las rodillas de Valentina y le besó las manos. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar.

—¿Es verdad esto? ¿Está ocurriendo?

Aubry se levantó y se sentó en el banco, atrajo a Valentina hacia él y la rodeó con sus brazos, hundiendo la cara en su cuello. Permanecieron así sin ser conscientes del paso del tiempo. Escuchaban su corazón y su respiración, temiendo separarse por si aquel momento se desvanecía.

—¿Qué hacemos ahora? –preguntó Aubry con voz ronca.

—Había invitado a Brigitte a cenar pero anularé la cena. Quiero estar solo contigo.

—No. Cena con ella. Pero déjame que vaya a tu casa cuando se marche. Tenemos mucho que contarnos. No te preocupes, no tengo malas intenciones ni intentaré nada contigo. ¿Confías en mí?

—Y en quién si no, Aubry. Si hubieras tenido malas intenciones yo no estaría aquí, segura entre tus brazos.

Él le hizo sonidos tranquilizadores y la besó en el pelo.

—Hablaremos, Valentina. Tenemos todo el tiempo del mundo. No llores… sécate los ojos… así…

Se resistían a separarse y levantarse del banco. Aubry deshizo el abrazo suavemente y la ayudó a ponerse en pie. Caminaron muy juntos, él le rodeaba los hombros con un brazo y ella le enlazaba la cintura. Parecían dos enamorados más. El trayecto se les hizo muy corto. En la puerta de Valentina se pararon uno frente al otro.

—Espérame, Valentina. Vendré.

—Ven. A la hora que sea. ¿Puedo contarle a Brigitte que te he encontrado?

—Claro. ¿Ella sabe algo de mí?

—Lo sabe todo. Hasta luego, Aubry.

Aubry la besó en la cabeza y cruzó la calle. Ya no tenía por qué ocultarse. Apartó las cortinas y miró hacia la ventana de la chica, que también había echado a un lado las suyas y tampoco se ocultaba. La vio entrar en el baño y salir envuelta en una inmensa toalla, el cabello recogido en otra más pequeña. Se secó el pelo y lo cepilló hasta dejarlo liso y brillante. La perdió de vista y volvió a aparecer vestida con un bonito y sencillo vestido gris y verde oscuro que realzaba su figura esbelta. Aubry sonrió. Había tenido cuidado de no quedarse desnuda delante de él, sabiendo que la estaba mirando. Se saludaron con la mano y ella le lanzó un beso con las puntas de los dedos. Él cogió a *Napoleón* y le movió una pata. Valentina puso cara de asombro y se echó a reír. Aubry dejó de mirar cuando apareció Brigitte.

Aubry se dio una ducha y salió del baño secándose el pelo con una toalla. Se puso una prenda interior y un pantalón negro de algodón. Por el rabillo del ojo vio a las dos chicas pegadas a la ventana, por lo que terminó de vestirse con la primera camiseta que encontró preguntándose cuánto tiempo llevarían mirándole. Comenzó a prepararse la cena. Tenía una botella de vino en el frigorífico y un paquete de galletas de queso. Decidió llevar ambas cosas a casa de Valentina. Apartó una loncha de salmón ahumado para el gato. El animal volvió a quedarse dormido. Puso la Sonata para violín y piano opus 96 de Beethoven y se sentó a escuchar la música mientras se fumaba un cigarrillo y se bebía un café.

***

—¡Dios mío! Los milagros existen. Palabra de atea.

A Valentina le dio un ataque de risa al escuchar primero los gritos y después el tono solemne de Brigitte, que había llegado con pasteles y una botella de champán.

—Tenemos mucho que celebrar y se merece una copa de champán, o dos. ¡Qué demonios! Vamos a emborracharnos –había dicho alegremente al entrar.

—¿De qué milagros hablas? Aunque es verdad, existen.

—Frente a nosotras está la mayor prueba. No puedes perderte esto. Ven, corre.

Se acercó a su amiga y miró hacia donde ella señalaba sin ningún recato. Vio a Aubry sin camisa enfundado en un pantalón negro. Brigitte dio una patada en el suelo.

—Te has perdido lo mejor por no darte prisa –se reía con risa nerviosa. Valentina abrió la boca pero no dijo nada. Se ruborizó— ¿Has visto algo más perfecto en tu vida? Es mucho más impactante de lo que parece vestido. Te recuerdo que tengo derecho de prioridad, yo le vi primero. Cariño, daría algo por tenerlo entero para mí aunque sólo fuera un ratito.

—¿Aubry? Sé que te impresionó mucho, Brigitte. Mira cuántas cicatrices tiene. Ha llevado una vida muy dura. Tengo que contarte algo relacionado con él.

—Presiento que tengo que olvidarme de ese bombón. Hay algo entre vosotros, ¿verdad?

—Es más que eso, Brigitte. Te lo cuento cenando. Primero quiero brindar por la mejor amiga del mundo –le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero, Valentina. Pero no me tengas en ascuas. Vamos a sentarnos a la mesa y empieza.

—Aubry es él, Brigitte, el soldado de Sarajevo. Le he encontrado y nos hemos reconocido. Eso sí es un milagro y no su cuerpo increíble. Otra noticia es que me he sometido por fin a la terapia con hipnosis porque tenía muchas lagunas en mis recuerdos. Me aterraba la idea de que me hubieran violado y sobre todo que hubiera sido él. Pero fue mi ángel de la guarda. Lo que le hizo al que me tenía a su merced es indescriptible y te lo voy a ahorrar, porque estamos cenando y porque no es necesario recrearse en los detalles. Siempre soñé con encontrarle y me imaginaba que él también me buscaba. Tú sabes lo mal que lo he pasado, mis traumas y el rechazo a que me tocaran. Ahora sé por qué y puedo trabajar en ese problema y sanarme. Respecto a Aubry… Bueno, él ni se imaginaba que yo podía estar tan cerca. Cuando vio el cuadro lo compró porque me reconoció. Me ha observado todo este tiempo intentando averiguar si la chica de la buhardilla de enfrente era yo. No quería espiarme; estaba pendiente de mí, atento a que no me ocurriera nada, cuidándome en las sombras. Es él, Brigitte. Por supuesto ha reconocido su medalla y a mí se me han abierto los ojos. Aubry me salvó y me dejó en manos de Andrew y Peter, quienes a su vez me confiaron a Christine porque siendo una mujer podía cuidarme mejor que ellos. Llevamos un año mirándonos, deseando cada uno que el otro fuese el que buscábamos. Los milagros existen, Brigitte.

Brigitte la escuchaba con lágrimas en los ojos. Valentina también lloraba.

—Me preguntas si hay algo entre nosotros, Brigitte. Cómo no va a haberlo. Vivo gracias a él, a su acto de amor en medio de tanto odio. Su amor y su compasión me salvaron. Yo… yo le amo, Brigitte. Me enamoré de él sin saber quién era. Se quedó en mi corazón. Le he pintado esperando que algún día viera mis cuadros y comprendiera que le buscaba. Brigitte, no sé si tú le quieres de verdad o simplemente te ha deslumbrado su aspecto. Para mí no es un capricho. Es mi amor. No sé si él me ama así o sólo me tiene afecto y se siente aliviado por saberme viva y bien. Pero en el fondo de mí siento que me quiere también. Mi psicóloga dice que nos hemos salvado el uno al otro.

—Parece que Aubry ha sido para mí lo que tú le dijiste a Gilles que eras para él: un espejismo.

—¿Te lo ha contado?

—Gilles me lo cuenta todo, Valentina. Me llamó y me hizo un relato detallado de vuestra conversación. Estaba muy afectado, la verdad.

—¿Y tú estás afectada, Brigitte? Lo último que desearía es hacerte daño.

—No te preocupes, no elegimos a quién amar. Creo que me consolaré con Gilles, nos consolaremos mutuamente. Respecto a Aubry y tú sólo puedo alegrarme por ti, cariño. Que os hayáis encontrado es un acto de justicia –sonrió aunque tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas— ¿Te lo imaginabas tan guapo y sexy?

—No. No tenía idea de qué había debajo del pasamontañas.

—Pues… ¡Sorpresa! El tío más guapo de París.

Terminaron riendo las dos. Se sirvieron otra copa de champán.

—La última para mí.

Valentina estuvo a punto de decirle que esperaba a Aubry; pero se calló para que no creyera que la estaba echando.

—Y ahora que lo tenéis todo resuelto, ¿qué vais a hacer?

Valentina suspiró y movió la cabeza, indecisa.

—No lo sé. Ni sé si lo tenemos todo resuelto. Nos hemos reconocido pero sólo es el principio. Espero que no sea también el final, Brigitte.

—¿Qué final? Es el principio de vuestra vida juntos. Os queréis, os habéis encontrado cuando nadie daba un céntimo por esa posibilidad, los dos sois jóvenes y guapos y estáis sanos.

—Sanos por fuera. Christine me avisó de que él podía ser mentalmente inestable. Todo lo que ha visto y hecho tiene que haberle dejado huella. Poco a poco, Brigitte. Soy muy feliz pero debo ser también realista.

—Cuando él te confiese su amor, ¿qué harás? ¿Llevarle a un psicólogo antes de darle una respuesta?

—Yo soy la primera que está consultando con una psicóloga. Aunque después de la hipnosis me siento mucho más serena.

—Quiero la narración exacta y detallada de cada episodio, incluidos los eróticos. Sobre todo de los eróticos.

—¡Brigitte! No seas bruta –Valentina ocultó la cara pero se le escapaba la risa.

—Venga, no… Ese cuerpazo, esos labios sensuales, ese…

—¡Ya! –Valentina la interrumpió algo escandalizada— Brigitte, no tienes vergüenza.

—Pues no. Ninguna. Ya me conoces. Si no le hincas el diente a ese pastel yo misma te llevaré a un loquero. No os podéis conformar eternamente con miraros de ventana a ventana.

—Esta tarde nos hemos abrazado. No podíamos soltarnos.

—Ese abrazo no cuenta, fue fruto de las circunstancias. Precioso y conmovedor, pero no apasionado. Valentina, si él se te acerca para abrazarte y besarte en condiciones y te pide más, ¿qué harás? ¿Salir corriendo otra vez?

—Creo que no.

—Bueno. Me voy más tranquila.

—¿Te marchas ya?

—Sí, cariño. Es bastante tarde y me he pasado con el champán. Pídeme un taxi, por favor.

—Llámame cuando llegues a tu casa, quiero saber que estás bien.

—Si no caigo dormida sobre la alfombra, lo haré –parpadeó— Me gustaría ir a casa de Gilles. Necesito que me abracen y supongo que él también; pero no puedo aparecer por las buenas.

—Brigitte, no entiendo por qué no estáis juntos en serio.

—Es largo de contar, otro día hablamos de eso.

Desde su ventana Aubry vio a Brigitte entrando en un taxi. Se calzó unas zapatillas deportivas y se puso la cazadora, apagó la luz y salió.

-2-

Valentina abrió la puerta antes de que llamara al timbre. Aubry entró llevando una bolsa con el vino y las galletas, que dejó encima de la mesa. Se quedó mirando a la chica como si aún no creyera que era ella. Valentina también le miraba temblando.

—Estás aquí. Estás aquí, Aubry. Bienvenido a mi casa.

—Bienvenida a mi vida, Valentina.

Dieron un paso uno hacia el otro y se abrazaron en medio del pequeño salón. Aubry la besó en el pelo con el corazón desbocado. Ella le cogió las manos.

Al primer golpe de vista Aubry apreció todos los detalles de la buhardilla, más pequeña que la suya y con un único espacio, sin nivel superior. Parcamente amueblada con muebles reciclados, las macetas de la ventana como único adorno y cortinas alegres. Las paredes estaban pintadas a la tiza de azul claro y el suelo era de vinilo también azul. Pese a la modestia era una vivienda agradable, muy femenina.

—Ven, vamos a sentarnos. ¿Te apetece tomar algo? Tengo pasteles y champán.

—Yo he traído vino y galletas de queso. Pero no me apetece comer nada, solo escucharte. Cuéntame todo lo que sucedió después que te dejé, cómo llegaste a París. ¿Aquellos dos se hicieron cargo de ti?

—Andrew y Peter, los periodistas estadounidenses. Primero intentaron dejarme con los Cascos Azules, pero no se lo permitieron. Estaban muy conmocionados. Tú les habías asustado mucho, creyeron que ibas a matarlos. Otros tipos aparecieron detrás de ti y los apuntaron con sus armas.

—Mis hombres. No íbamos a hacerles nada. Sólo quería que te sacaran de allí. De haber podido, yo mismo me hubiera hecho cargo de ti.

—¿Y si ellos se hubieran negado?

—La amenaza resultó muy efectiva, no se hubieran atrevido a arriesgarse a una negativa. Pero te juro que si hubieran hecho ademán de subir al coche sin ti hubiera dado la orden de dispararles. No fue necesario, eso es lo único que importa.

—Me llevaron a su hotel y avisaron a una amiga suya, una periodista francesa, Christine Moreau. Ella llamó a un médico. Fueron muy buenos conmigo. Me procuraron documentación falsa para sacarme del país. Ellos se quedaron algún tiempo antes de regresar a los Estados Unidos y Christine volvió a Francia conmigo. Tuvo que batallar mucho para lograr mi custodia, yo era menos de edad. Le costó visitas y llamadas sin fin; pero lo logró. Quedé a su cargo, su marido y ella me adoptaron y solicitaron que me concedieran la nacionalidad. Viví con ellos en

Estrasburgo y Christine me matriculó en una Academia de Arte. Después papá Valentin murió y quedamos las dos desoladas. Me pagó los estudios en la Universidad y los cursos en Florencia y Londres. El año pasado me instalé en París, aquí.

—Me di cuenta de que se estaban haciendo reformas pero no presté mucha atención en ese momento, yo también estaba con las obras de mi casa. Aunque te he visto desde entonces. ¿Y los periodistas?

—Viven en Boston. Christine y yo viajamos allí el verano anterior a que me matriculara en la Universidad, nos invitaron. Nos llamamos por teléfono y nos escribimos regularmente. Nunca hemos perdido el contacto. Son maravillosos.

—¿Christine es la mujer que pasó unos días contigo?

—Sí. Mi madre, amiga y consejera. No sé qué hubiera sido de mí si no me hubiera adoptado. Pero todo fue gracias a ti, Aubry. A ti que te compadeciste de la pobre chica que estaba a punto de sufrir el mismo destino que la otra.

—No podía permitirlo. Sé que me viste matarla, Valentina. Pero no fue para ensañarme con ella.

—Lo sé. No podía sobrevivir. Estaba agonizando lenta y dolorosamente. Tuviste un gesto de humanidad con ella. Y conmigo.

—Dime, ¿viste algo más?

—Lo había olvidado. Pero mi psicóloga me sometió a hipnosis y volví a revivirlo. Te vi, vi lo que hiciste y cómo lo hiciste. No soy quien para juzgarte porque me salvaste la vida. Estabas a punto de llorar. Tu corazón latía tan deprisa que creí que te ibas a morir allí mismo. Igual que ahora, Aubry. Mira, tu camiseta se mueve al ritmo de tu corazón.

—Tenía tanto miedo de que me rechazaras, Valentina. Y ahora siento tanta alegría que casi no puedo resistirlo. Déjame mirarte. Estás preciosa. Una mujer preciosa. Una pintora única.

—Yo también quiero mirarte. Sí, son tus ojos. Aquellos ojos llenos de humanidad y sentimiento. Por fin puedo ponerte cara.

Le pasó los dedos por la frente y los párpados. Aubry cerró los ojos.

—Qué manos tan delicadas y suaves tienes. Es como si estuvieras deshaciendo todos los malos pensamientos dándome calma y alegría. Gracias.

—¿Y qué fue de ti, Aubry? ¿Qué hiciste hasta llegar a París?

Aubry se quedó muy serio. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y atrajo blandamente a Valentina. Ella le apoyó la cabeza en el hombro. Se lo contó todo en voz baja, un relato largo que la dejó sin respiración. Sus lágrimas silenciosas le empaparon la ropa.

—Ya ves que fui de un infierno a otro hasta que ingresé en la Legión Extranjera y me gané la nacionalidad francesa. Fue una buena decisión. Después vine a París, trabajé, y con buenos consejos arriesgué en Bolsa.

—¿Sí? Debe ser muy complicado.

—Lo era para mí. Pero tuve suerte, mi jefa me apoyó y asesoró. Vivo tranquilamente, no tengo muchos gastos. También voy a una psicóloga, la doctora Leclercq.

—¿Cómo has dicho? –Valentina levantó la cabeza para mirarle.

—La doctora Vivianne Leclercq. Por cierto, tiene un cuadro tuyo en su consulta.

—¿Cuánto hace que te trata?

—Varios meses. Necesitaba un psicólogo y busqué en la guía telefónica. Sé que tú también eres paciente suya; mejor dicho, lo deduje cuando vi tu cuadro y no quiso darme ningún detalle sobre la pintora. Le dije que te buscaría por mi cuenta. Que tengamos los dos la misma doctora es tan casualidad como que tú te instalaras frente a mi casa.

—¿Crees en la casualidad?

—No. Pero me da igual cómo se llame. Lo único que importa es que estamos aquí los dos al cabo del tiempo.

—Mamá, Christine, me dijo que probablemente ya habías muerto.

—Estuve a punto. Pero sobreviví para encontrarte.

—¿Por eso cojeas?

—Entre otras cosas, sí. Estoy lleno de cicatrices.

—Lo he visto antes, cuando ibas sin camisa.

—No lo he hecho para que me vieras, hubiera sido ridículo por mi parte. Además, en cuanto os he visto pegadas al cristal he terminado de vestirme.

—Yo sólo te he visto las cicatrices, por si te preocupa.

—La pelirroja sí ha visto lo que no debía –Aubry se mostró tan incómodo que Valentina sonrió— Creí que estaríais a lo vuestro. Lo siento. No soy un exhibicionista.

—Lo sé. Olvídalo, no pasa nada. Dime, ¿cuántos años tienes ahora?

—Treinta y seis. Tú veinticinco, ¿no? Una mujer joven y bella en la flor de la vida. ¿Eres feliz con ese Gilles?

—Aubry… quiero decirte una cosa.

—Dime.

—No hay nada entre Gilles y yo. No hay nada entre nadie y yo. No he tenido nunca aventuras amorosas, ni novios ni parejas sentimentales –A medida que hablaba vio que los ojos de Aubry brillaban.

—Yo tampoco tengo a nadie, Valentina. Aunque a diferencia de ti he tenido encuentros sexuales, muchos. Solo sexo, sin amor –y le contó los episodios eróticos intentando cuidar su lenguaje, incluso la visita de Sissi y lo que había pasado entre ellos.

—No tenías por qué contármelo.

—Tú tampoco tenías por qué, y lo has hecho. Quiero que lo sepas todo de mí por mí mismo, Valentina. Sé que no soy un hombre ejemplar y no quiero que te engañes conmigo. Tú eres lo único bueno de mi vida. Que tú defiendas tu intimidad no me sorprende, de todas formas. Aquello fue demasiado para ti. Te deben dar ataques de angustia cuando un hombre se te acerca mucho.

—Sí, no soporto la idea de que me toquen… No te apartes, Aubry. Tú estás en mi vida, me siento segura a tu lado y me quedaría abrazada a ti toda la eternidad.

—Yo también te abrazaría eternamente.

—Tengo sed, ¿y tú?

—También. Deja que abra la botella.

Aubry retiró con un dedo una gota de vino de los labios de Valentina y lo llevó a los suyos. El largo cabello rubio de ella le rozaba la cara y respiró su aroma a limpio. Olía a perfume floral dulce.

—¿Me das uno de tus cigarrillos? —él lo encendió y se lo pasó— ¿Lo fumamos a medias, Aubry?

—Como si fuéramos dos adolescentes. Nunca he fumado a medias con una chica.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo que tú quieras, Valentina. Tengo que decirte algo. No sé si me creerás, pero estoy enamorado de ti. Real y profundamente enamorado de ti. Cuando te dejé con los periodistas te quedaste en mi corazón. Nunca he querido a nadie, por eso sé que a ti te amo.

—Y yo te amo a ti, real y profundamente. Eres mi único amor.

—Entonces, me quieres.

—Siempre y para siempre.

Valentina le apoyó una mano en el corazón. Aubry suspiró. Se produjo un silencio. Él sintió el peso de la cabeza de Valentina y escuchó su respiración regular. Se había dormido. Con cuidado la descalzó y la tumbó en el sofá, tapándola con su cazadora, porque no se atrevió a llevarla a la cama y acostarla. Él se sentó en el suelo y apoyó la cabeza cerca de su cintura. Sin saber cómo también se quedó dormido sin necesidad de somníferos. Y por primera vez no tuvo pesadillas.

Le despertó el roce de unos dedos en su pelo. Abrió los ojos y parpadeó. Le costó un instante comprender dónde estaba. Tenía el cuello envarado.

—Buenos días, Aubry.

—Buenos días, Valentina. Lo siento, me quedé dormido. Ya me voy.

—No te disculpes. Ha sido muy especial despertarme y verte a mi lado. Pero has estado muy incómodo ahí.

—He dormido profundamente. Ni insomnio ni pesadillas. Ha sido tu proximidad.

Se levantó e hizo un gesto de dolor. Movió el cuello de un lado a otro.

—No te irás sin desayunar. Mientras pasas al baño prepararé café y tostadas.

Aubry comprendió que tenía hambre en cuanto olió el desayuno. Pero como vio que Valentina comía muy poco él también se contuvo.

—Tengo que ir al estudio, Aubry. Pasaré allí todo el día. ¿Quieres que comamos juntos?

—Voy a estar ocupado. Te invito a cenar. Te recogeré a las siete.

Se abrazaron estrechamente. Aubry volvió a besarla en el pelo y después en los ojos.

—Hasta luego, Valentina mía. Te quiero.

—Te quiero, Aubry.

***

Aubry se duchó y afeitó, se puso ropa limpia y salió con la bolsa de deporte. Regularmente iba a nadar y al gimnasio para mantenerse en forma. Entraba en cuanto abrían al público, para no encontrarse con demasiada gente en el agua y en el vestuario. No quería que sus cicatrices llamaran la atención, eran demasiadas y destacaban en su piel blanca. Nadó hasta distender todos los músculos. Pensó que tenía que comprarse ropa para llevar a cenar a Valentina. Su armario era escaso y no quería ir de cualquier manera. Necesitaría un traje, camisa, corbata y zapatos. Podía permitirse un conjunto de calidad aunque fuera caro. Encargó un ramo de flores para que se lo

llevaran antes de las siete. No sabía qué flores le gustaban, así que se dejó aconsejar por la dependienta: una combinación de lirios y rosas a los que añadió una caja de bombones y una tarjeta. La doctora Leclercq le había dicho que fuera cursi con Valentina, que se arriesgara. Estaba bastante desconectado del mundo actual, pero las flores y los bombones eran un clásico y no se le ocurría un obsequio mejor.

Para él mismo Aubry terminó comprando un traje muy elegante y discreto, también aconsejado por el encargado de la tienda, de color gris oscuro, camisa blanca y corbata azul marino. Se decidió por zapatos negros acordonados.

Le costó algo más conseguir una reserva para dos, pero lo logró tras muchas llamadas. Un restaurante céntrico y bonito con cocina de diseño. Esperaba que a Valentina le gustara la elección. Además, aquella misma noche había decidido pedirle que fuera su novia, su pareja, su amada. Le dio un beso en la cabeza a *Napoleón*. Calentó en el microondas un paquete de lasagna de verduras, su almuerzo tardío que comió sentado frente al ordenador. Se puso en contacto con sus agentes de Bolsa. Al cierre de los mercados había ganado una considerable cantidad de dinero que quedó registrada en su cuenta oficial. La otra, la de Suiza, continuaba siendo su secreto mejor guardado por seguridad, la vida daba muchas vueltas y nunca se sabía lo que podía ocurrir. Aunque ahora que Valentina había entrado en su vida en algún momento tendría que contárselo, no quería ocultarle nada.

Vio llegar a Valentina a las seis, a punto para prepararse de cara a la cena. A las siete menos cinco le llevaron el ramo. A las siete Aubry llamó a su timbre.

***

Nada más llegar al estudio, Valentina abrió su cuaderno de bocetos. Estuvo garabateando, pensativa. Luc de Baeaumont quería algo mitológico en un lienzo de dos metros de alto de alto por tres de largo. Anotó lo que iba a necesitar para encargarlo. Cerró los ojos un momento y unas imágenes acudieron a su mente: Orfeo y Eurídice; pero no el final trágico y conocido de la historia, sino el principio. Dos enamorados jóvenes y llenos de sueños. Orfeo tocando la lira sentado en el suelo bajo un árbol, rodeado de flores y animales, y Eurídice reposando con la cabeza en sus rodillas. Para Orfeo se inspiró en Aubry, como siempre, y como siempre solo reprodujo sus ojos. Eurídice era ella misma. Descansó para comer, aunque no tenía mucha hambre. Marcó el número de Christine.

—*¡Cariño! ¿Cómo estás?*

—Tengo novedades, mamá. Le he encontrado.

—*¿Cómo?*

—A él, mamá. Es Aubry Dubois, mi vecino. Ya nos hemos reconocido mutuamente. No sabes lo feliz que soy. Le he tenido ahí todo este tiempo sin ser consciente de quién era. Nuestra

búsqueda ha terminado. Tengo que decírselo a Andrew y a Peter.

—*¿Estás segura de que es él?*

—Completamente. Anoche vino a casa, hemos pasado la noche juntos.

—*¿Cómo, juntos?*

—Bueno, no así juntos. Yo me quedé dormida, él me puso en el sofá y se sentó en el suelo, pero en vez de marcharse se durmió también. Hemos desayunado los dos esta mañana.

—*¿Y te has fiado de que se quedara contigo?*

—A estas alturas, mamá, sé que si hubiera querido hacerme algo hubiera aprovechado la ocasión que tuvo. Es muy respetuoso, al menos conmigo lo es. Mamá, nos amamos y no volveremos a separarnos. Quería contártelo para que te alegraras por mí. ¿No te alegras?

—*Todo lo que te haga feliz, me hace feliz. Solo te deseo lo mejor. Si es eso lo que quieres cuenta con mi apoyo.*

—Es lo que quiero, mamá, a Aubry en mi vida. Me ha invitado a cenar esta noche. Nos hemos contado nuestra historia después de Sarajevo. Por cierto, también es paciente de la doctora Leclercq. No puede ser casualidad, mamá. Estábamos destinados a encontrarnos y amarnos. Sólo puedo dar gracias.

—*Estoy deseando conocerle en persona.*

—Ven cuando quieras. Te echo de menos.

—*Y yo a ti. Cuídate mucho y tenme al día.*

La siguiente llamada fue a Luc de Beaumont para decirle que ya tenía el boceto. La citó en su despacho al día siguiente a las once.

Destapó el lienzo que estaba pintando y dio unas cuantas pinceladas. Se alejó para observar el efecto. Sólo le faltaba terminar el fondo. Le estaban lloviendo los encargos. A Brigitte empezaba a no irle tan bien, lo que a Valentina le apenaba. Su amiga se había portado muy bien con ella sin escatimarle contactos y no acababa de arrancar, se había bloqueado. Gilles arrasaba. Valentina los admiraba y elogiaba y había propuesto una exposición de los tres juntos sobre todo pensando en Brigitte. Gilles y ella tenían un estilo muy parecido. Valentína tenía un público muy especial porque su trabajo era único, fuera de todas las modas. «He tenido mucha suerte», pensó. En aquel mundo competitivo y caprichoso resultaba difícil sobrevivir. Se abrió la puerta y apareció Brigitte. Valentina corrió a abrazarla.

—¿Y este recibimiento?

—Me alegro mucho de verte, tengo noticias.

La pelirroja se quitó el chaquetón y se puso la blusa de trabajo, sonriéndole a Valentina. Le

hizo gestos impacientes para que comenzara a hablar. Su amiga encendió un cigarrillo y suspiró.

—Aubry estuvo anoche en casa, después de irte tú.

—¡Oh! Qué gran noticia. Cuéntame con todo detalle.

—Venga, no imagines, que no pasó nada. Nos quedamos dormidos y hemos desayunado juntos.

—¿Y?

—Y nada más.

—¡No! Por favor. Me das a decir que no hicisteis el amor como dos locos.

—No pasó nada. No era el momento. Nos abrazamos, él me besó en el pelo y en los ojos muchas veces. Fue maravilloso. Me había prometido que no intentaría nada y cumplió su palabra.

—Estuviste en los brazos del hombre más guapo y sensual de París y no te lo comiste vivo. No tienes remedio.

Valentina soltó una carcajada.

—Si ha de ocurrir ya llegará. No hay que forzar las situaciones. Brigitte, fue maravilloso. He encontrado a mi amor. Me ama, Brigitte, y yo a él. Tenía que compartirlo contigo.

—Me alegro por ti, de verdad.

—¿Y tú cómo estás? No me llamaste anoche.

—Fui a casa, como te dije. Gilles me telefoneó y estuvo hablando más de una hora. Cuando colgó ya era muy tarde para llamarte. Aunque mejor así, hubiera interrumpido tu encuentro con Aubry.

—No pasa nada. Lo que no entiendo es por qué Gilles y tú os dispersáis tanto, cuando es evidente que sentís una intensa atracción mutua.

—Gilles no quiere compromisos, al menos eso dice. Le agobia la exclusividad.

—Tonterías, Brigitte.

—Por ti estaba dispuesto a cambiar, de todas formas. Es curioso, hace muy poco que le conoces, no has tenido ningún contacto íntimo con él y sin embargo le has llegado al corazón como nadie antes. Yo no quiero verle nervioso y de mal humor porque así no es divertido. Cuando fuimos pareja llegó un momento en que incluso dejó de pintar. Rompí con él porque me afectaba demasiado. Desde entonces hemos pasado mucho tiempo juntos y él me lo cuenta todo. Tiene que madurar emocionalmente, supongo. Va y viene, se entusiasma con sus conquistas y después me llama. No le dura ninguna relación, la mayor parte de las veces no llega a relación,

sino a un encuentro casual. Eso sí, es muy discreto porque no le apetece ser carne de portada y hasta ahora ha tenido suerte de que ninguna de esas chicas haya vendido su historia a una revista. Pero siempre estamos el uno para el otro. Funcionamos muy bien como amigos íntimos. Yo también tengo mis historias sin continuidad y se las cuento. Está muy afectado por tu rechazo, Valentina. ¿Sabes? Se ha enamorado de ti de verdad. Pobre Gilles, por primera vez estaba dispuesto a dar su corazón sin condiciones, había empezado a cambiar por ti. Entiende que quieras a otro y no volverá a molestarte en ese aspecto, pero le duele mucho. Nunca le había visto tan mal. Bueno, así es la vida.

—Nunca he querido hacerle daño, Brigitte. Pero mi corazón ha estado siempre en otro sitio.

—Por eso no te permitías enamorarte.

—Le esperaba a él. Además tenía que superar mis miedos y traumas. Sin Aubry, si no le hubiera encontrado, seguiría reacia a cualquier relación amorosa.

—Ahora ya no tienes que preocuparte, Valentina.

—¿Y tú, Brigitte?

—¿Yo? No sé. Ando un poco a la deriva, como Gilles. Pero mi trabajo me da más dolores de cabeza. Me he estancado. Voy a diario a mi puesto en la Plaza, vengo al estudio, muerdo los pinceles hasta agujerearlos. Y siempre es lo mismo. Como siga mucho tiempo así, de joven promesa voy a pasar a ser vieja pintora fracasada.

—No digas eso. Eres una pintora excepcional. Todos tenemos baches alguna vez. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Préstame dos gramos de tu talento –le sonrió tristemente— Tengo que reflexionar y experimentar hasta encontrarme otra vez en el lienzo.

—Estoy esperando que me respondan de la galería. Sería fantástico exponer los tres.

—Las tendencias cambian tan deprisa que no me da tiempo a adaptarme.

—No tienes que pintar según las tendencias, sino según Brigitte Girard, una artista única.

—Si a los treinta años no te has encontrado a ti misma, no merece la pena que te sigas buscando.

—Pero qué disparate. ¿Quién te ha dicho semejante sandez?

—Yo misma. Pero volvamos a Aubry y a ti. ¿Ya es oficial?

—Todavía no.

—Controlaré mis palabras y mis impulsos. No soy una arpía que le entra a los novios de sus amigas.

—Lo sé, Brigitte. Me ha invitado a cenar hoy, me recogerá a las siete.

Brigitte miró su reloj.

—¿Y qué haces todavía aquí? Ve a arreglarte y ponte bien guapa. Mañana espero tus noticias. Venga, vete.

Riendo, Valentina se despidió de su amiga. Ya en casa permaneció indecisa ante el armario abierto. No tenía mucha ropa; y solo dos vestidos para los eventos, que iba alternando. No sabía dónde irían e hizo un gesto de fastidio. Se decidió por el vestido negro, con ese color siempre se acertaba. Zapatos bajos porque no tenía de tacón. Tampoco tenía adornos, ni unos pendientes. Solo la medalla de plata. Se miró en el espejo, preguntándose cómo se vería maquillada y con un vestido sofisticado. Tendría que ser en otro momento, porque para esa cena ya no le daba tiempo a mejorar su aspecto.

Cuando sonó el timbre creyó que era Aubry. Quedó sorprendida y emocionada al ver el precioso ramo de flores y los bombones. La tarjeta era también muy bonita. *Siempre. Aubry*. Se fijó en la letra, algo irregular pero trazada con mano firme. Él ya le había contado lo del centro de menores y cómo se había interrumpido abruptamente su educación musical, aunque sí terminó los estudios obligatorios. Besó la tarjeta y puso las flores en agua. A las siete en punto volvió a sonar el timbre. Esta vez era él. Estaba muy diferente con aquella ropa buena y cara, elegante y guapísimo. Aubry le besó las manos y le acarició la cara.

—Estás preciosa, Valentina. Qué vestido tan bonito. ¿Vamos ya?

—Sí. Gracias por las flores y los bombones, Aubry. Me gustan mucho.

—No estoy acostumbrado a hacerle regalos a una chica. No sabía si habría acertado.

—Has acertado. ¿Te apetece un bombón?

Él sonrió y movió la cabeza, tragándose las palabras que había estado a punto de decir. «La única dulzura que me apetece eres tú.» La cogió de la mano tirando de ella hacia la puerta.

—Después. Vamos o llegaremos tarde.

-3-

El taxi los dejó en la puerta del restaurante, un establecimiento muy chic que se estaba empezando a poner de moda. Los acompañaron a la mesa y les sirvieron una copa de champán de bienvenida. Examinaron la carta.

—Yo no como carne –dijo Aubry.

—Yo tampoco. Ni soporto olerla

Aubry y ella intercambiaron una mirada muy especial, comprendiendo. Se decidieron por una ensalada de pescado y vichyssoise, y pidieron agua mineral para beber. De postre, milhojas y otra copa de champán para acompañar. Aubry levantó su copa hacia ella.

—Por ti, Valentina. Mi amor.

—Por ti, Aubry. Mi amor. No te he dicho lo guapo que estás, te sienta muy bien esa ropa.

—La ocasión lo merecía. Pero tú deslumbras.

Valentina miró a las mujeres que cenaban cerca de ellos. Aubry le sonrió.

—Son muy sofisticadas y llaman la atención, ¿verdad? En cambio tú deslumbras por ti misma, no por los artificios de tocador y por las joyas. Irradias luz, amor mío. Eres mi ángel de luz, me has salvado de mí mismo. Quería decirte una cosa.

—Dime, Aubry.

—Aunque no soy digno de ti me sentiría muy honrado si accedieras a ser mi novia.

Valentina le miró con los ojos agrandados por la emoción.

—¡Oh, sí! Sí. Y no digas que no eres digno de mí. No conozco a nadie que merezca más mi amor que tú.

—No llores, por favor. Van a pensar que te estoy tratando mal.

Valentina se secó los ojos. Una espléndida mujer de mediana edad los miró, alarmada.

—Me ha pedido que sea su novia –le susurró Valentina.

—Enhorabuena, querida. Pero… ¿no es usted la pintora? Estuve en la exposición con Maurice Leroy.

—Ahora la recuerdo. Discúlpeme, no la había reconocido.

—Permítame que les haga llegar una botella de champán, con mis felicitaciones.

—Gracias.

Aubry se puso en pie y la saludó con una inclinación de cabeza. Inmediatamente les llevaron la botella. Ellos volvieron a brindar. Cuando se marcharon saludaron a la mujer y a sus acompañantes.

—No es el momento ni el lugar para hablar de trabajo, pero me pondré en contacto con usted –le dio una tarjeta de excelente calidad y Valentina la suya, diseñada por ella misma— Buenas noches.

—¿Sabes quién es? –preguntó Aubry en el taxi.

Valentina miró la tarjeta.

—Émilie de Villette. Se mostró muy interesada en mi trabajo. Es una mujer muy bien relacionada.

—Ha sido una cena memorable, Valentina. En todos los aspectos.

—No te cambiaría por todo el éxito del mundo, Aubry –Valentina había apoyado la cabeza en su hombro— No me serviría de nada ser la pintora más admirada si tú no estuvieras conmigo.

—Siempre estaré contigo. Siempre cuidaré de ti. Eres mi amor.

Aubry pagó la tarifa y ayudó a Valentina a salir del coche. Estaban delante del portal de ella. Aubry la abrazó blandamente. Con su metro sesenta de altura y sus cuarenta y ocho kilos de peso se la veía muy menuda entre sus brazos. Sintió los labios de él en su pelo.

—Buenas noches, amor mío. Nunca había llamado amor mío a nadie. Se me hace extraño y bonito a la vez. Descansa.

—¿No subes conmigo?

—Pero solo un momento. Mañana tienes una cita importante.

—Es a las once. Puedo trasnochar un poco. Ven.

Le dio la llave para que abriera la puerta y encendió la luz. Miró por la ventana.

—Parece que hoy mi vecino no está en su casa –bromeó— me pregunto dónde se habrá metido.

—No —Aubry se había situado detrás de ella, rodeándole los hombros y la cintura con los brazos— Creo que tenía una invitación irresistible para comer bombones con una joven encantadora.

—¿Te apetecen de verdad?

—Sí, mucho.

Valentina se movió y quedó frente a él. Le oyó respirar fuerte.

—Voy a buscarlos. –le tembló un poco la voz.

Se apartó de ella inmediatamente. Valentina abrió la caja después de luchar con los lazos. Sirvió vino para los dos y se sentó en el sofá con las piernas recogidas y entre un nido de almohadones.

—¡Qué ricos!

Cogió un bombón de trufa y se lo puso a él en la boca. Aubry le besó las yemas de los dedos. Bebió un trago de vino y se puso en pie.

—Es hora de que me vaya, Valentina.

—Te acompaño a la puerta.

—Mucha suerte mañana, amor mío.

Se besó la yema de su índice y lo apoyó en los labios de ella. Valentina repitió el gesto.

—Te quiero.

—Te quiero, Aubry. Salúdame desde tu ventana.

—Valentina –se había puesto muy serio— ¿Sabes por qué me voy?

—Lo sé, Aubry. Hasta mañana.

Cerró por dentro cuando él salió y apoyó la espalda en la puerta. Había estado a punto de pedirle que se quedara, y con toda seguridad él deseaba quedarse. Pero era mejor no forzar la situación. Brigitte le diría que eran dos anticuados y que las cosas no funcionaban así. Se asomó a la ventana y le vio mirándola fijamente. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Levantó una mano y ella le lanzó un beso.

***

—Señorita Moreau, su boceto me parece bien. ¿Tiene algo más?

—Este, de Dido y Eneas. Pero si no le convence ninguno de los dos puedo hacer otros.

—Me gusta más el primero. ¿Orfeo y Eurídice? Sí, me inclino por este. Adelante. ¿Cuánto

tardará en terminarlo?

—Trabajando diariamente, calculo que un mes.

—Bien. Anunciaremos el evento y haremos una presentación oficial en cuanto cuelgue de la pared. Quiero darle la importancia que se merece. Tener un Moreau en mi sede de París no es cualquier cosa.

—Gracias, señor de Beaumont.

—¿Ha visto a Gilles?

—El viernes ceno con él y otra pintora.

—¿Brigitte Girard?

—Sí –Valentina se dio cuenta de que su amiga no era del agrado del padre de Gilles, aunque ignoraba por qué— Cenaremos los tres.

—Bien. Espero el cuadro dentro de un mes. Estoy a su disposición para lo que necesite. Y no se preocupe, no me pasaré por su estudio a romperle los nervios dándole prisa.

—Puede venir cuando quiera, señor de Beaumont. No me molesta. Gracias.

—Gracias a usted. ¿Émilie ya la ha llamado?

—¿La señora de Villette? Todavía no.

—Pronto lo hará. Que pase un buen día, señorita Moreau.

Cuando salió a la calle llovía. Valentina tuvo que reprimir el deseo de cantar y bailar, como en las películas. Dejó que el agua la inundara, feliz. El encargo se había concretado y llegarían más cuando vieran el cuadro ocupando su lugar. Se iba a esmerar más que nunca. *El Sueño de Eurídice* representaría su entrada oficial en sociedad. Tenía que contárselo a Brigitte. Se dio cuenta de que iba empapada de agua aunque la lluvia había durado poco. La encontró resguardada en su puesto, enseñando una perspectiva de la Plaza del Tertre. Los brillantes colores se entrecruzaban, había que fijarse mucho para distinguir las siluetas. El cliente, un turista, adquirió el cuadro y se marchó sonriente.

—Ya tiene su recuerdo de París –le dijo Brigitte al verla— ¿De dónde vienes así? ¿No llevas paraguas?

—No lo llevo nunca. Vengo de la entrevista con el padre de Gilles. Voy a pintar *El Sueño de Eurídice*, ha aprobado el boceto.

—¡Bien! Vamos a celebrarlo con un café, antes de que te pilles un resfriado.

—Acuérdate de nuestra cena. Ya se lo he recordado a Gilles.

—No me olvido. Ahora cuéntame lo tuyo.

—Fuimos a cenar. Y él tampoco come carne, como yo. Brindamos con champán. Y me pidió que fuera su novia. Ya es oficial.

—¿En serio? Entonces nos lo presentarás oficialmente.

—Por supuesto.

—Me alegro tanto, Valentina.

—Estaba guapísimo con un traje muy elegante. Parecía otro.

—Pues fíjate, a mí me gustaba mucho con su aspecto de chico salvaje –se echó a reír— He dicho me gustaba. Y después de la cena, ¿qué?

—Fuimos a mi casa, comimos bombones… ¡oh! Casi me olvido y es importante: me envió flores y bombones. Fue un detalle precioso. Pues eso, comimos bombones, bebimos vino y él se marchó.

—¿Así que se marchó después?

—No hubo un antes ni un después. Comimos bombones y se marchó.

—Pero, ¿no te ha pedido que te acuestes con él?

—No. Ni siquiera un beso. Bueno, me besa en el pelo y la frente, pero todavía no lo ha hecho en la boca. Aubry me conoce y entiende mis miedos. No tengo miedo de él, por supuesto, pero no se atreve a ponerme en una situación que me angustie. Se marchó justamente porque deseaba quedarse conmigo y no era el momento. Él solo quiere que yo esté bien y en paz conmigo misma y con lo que me rodea. No es un novio al uso, no sé si me entiendes. Nunca ha demostrado amor a nadie y teme herirme. Es un chico salvaje, Brigitte, lo has descrito muy bien. Un hombre que lleva media vida viviendo en el caos y la violencia y está intentando liberarse de sus demonios internos.

—Y un tío así es capaz de regalarte flores y bombones.

—Y de marcharse cuando se sintió a punto de descontrolarse.

—Cariño, no le dejes escapar. Hay mucha arpía suelta esperando su turno.

Se rieron las dos. Valentina pidió otro café.

—Tengo que ir al estudio y empezar a trabajar.

—Y yo a mi puesto. Luego te veo.

Lo primero que hizo Valentina fue telefonear a Christine para contarle las novedades.

—Ya somos novios oficialmente, mamá. Estoy deseando que le conozcas.

—*Yo también estoy deseando conocerle, cariño. ¿Se lo has dicho ya a Andrew y a Peter?*

—Les escribiré esta noche. Supongo que se van a quedar asombrados, lo único que recuerdan de él es un tío armado hasta los dientes que los aterrorizó.

—*Pero ten mucho cuidado y sé prudente, Valentina. No se cambia de vida tan fácilmente.*

—No te preocupes, mamá. Todo va bien. Te quiero.

***

—Doctora Leclercq, la he encontrado.

Vivianne Leclercq miró atentamente a Aubry.

—¿A quién ha encontrado, señor Dubois?

—A la chica de Sarajevo. Valentina Moreau, antes Alma Thuel. Es ella, la pintora que vive frente a mi casa. Nos hemos reconocido –Aubry sonreía abiertamente por primera vez desde que le trataba— Ha aceptado ser mi novia. Sé que usted la conoce, doctora, ella me ha contado por qué viene a su consulta y la sesión de hipnosis. Por mi parte desde que he dado con ella duermo bien, no mezclo alcohol con la medicación; y es más, desearía dejar de tomar pastillas. Ya no las necesito.

—No puede interrumpir su medicación de golpe, señor Dubois. Le iré disminuyendo las dosis hasta que ya no le haga falta. Tiene mejor aspecto, desde luego. ¿Cuida sus comidas?

—Oh, sí. Ya no estoy solo y necesito mantenerme sano y equilibrado. Tengo una poderosa razón para seguir viviendo. Se lo he contado todo. Ella, Valentina, me ha aceptado tal y como soy, con todas mis sombras. No me he vuelto una buena persona de repente pero estoy en el camino. Por ella haré lo que haga falta y dejaré de hacer todo lo que pueda herirla. Su luz ilumina mis tinieblas. Tal vez haya esperanza para mí, después de todo. No sé si ella le hablará de mí en su próxima sesión.

—No le contaré nada, señor Dubois. Aunque la señorita Moreau sea su novia, es mi paciente. Lo que ella quiera decirle queda entre ustedes dos.

—Ni yo trataría de sonsacarla. Quería consultarle algo, doctora. Sé que Valentina sigue siendo virgen, y yo tenía muy malas costumbres. No soy de piedra pero ella es de luz. No me atrevo a tocarla ni a pedirle que haga el amor conmigo porque no sé demostrar amor con mi cuerpo.

—¿Qué intenta decirme, señor Dubois?

—¿En serio, señora? ¿No lo sabe?

—Señor Dubois, no se trata de lo que yo crea entender sino de lo que usted quiere decir exactamente.

—Si algún día llego a tenerla en mis brazos –dijo en voz baja— y créame que me muero por tenerla, no sé si sabré cómo demostrarle todo el amor que siento por ella, o si el salvaje egoísta que ha vivido en mí será más fuerte que yo. Y eso me preocupa mucho.

—Oh. Bueno, señor Dubois, permítame una sugerencia sencilla: deje que su corazón se exprese por usted. Si la daña de alguna manera, si destroza sus sueños, demostrará que sigue siendo –y uso sus propias palabras— el mismo hijo de puta despiadado que ha pasado por la vida como un Jinete del Apocalipsis. Esto no se lo digo como su psicóloga, sino de ser humano a ser humano.

Aubry palideció y permaneció en silencio largo tiempo.

—Gracias, doctora. Ha respondido a mi pregunta con toda claridad. Me mataré antes que hacerle eso.

—No hay necesidad de que muera nadie, señor Dubois. Depende de usted, es libre de elegir y decidir.

***

—He venido a despedirme de usted y a darle las gracias.

Vivianne Leclercq miró a Valentina y le sonrió.

—Ya se siente preparada y segura para caminar por la vida sin ayuda.

—Sí, doctora. Los fantasmas y los malos sueños han quedado atrás. Soy consciente de todo lo que ocurrió, me comprendo mejor y sé cómo superar las dificultades que encuentre. No hubiera podido lograrlo sin usted.

—Me alegra verla tan decidida.

—Le he encontrado.

—¿A quién?

—Al soldado de Sarajevo. El hombre que me salvó la vida, al que he buscado todos estos años. Y usted sabe quién es, doctora.

—Sí. Aubry Dubois. La cuestión es si usted sabe quién es él, señorita Moreau.

—Oh, sí. Me lo ha contado todo, no se ha escondido ni justificado. Nos amamos. Me ha pedido que sea su novia y he aceptado. Me siento tan feliz. Todos estos años de dolor se han disipado. Ya no tengo miedo de amar porque le amo a él.

—¿Se acuesta con él? ¿Mantienen relaciones íntimas?

—No. Eso es algo de lo que no hemos hablado. Aubry no me lo ha pedido, si lo hace le diré que sí. Pero parece reacio a hablar del tema. En ningún momento ha intentado tocarme ni besarme. Nos abrazamos y me besa en el pelo, o en las manos, me acaricia la cara; pero nada más. Creo que le intimida. Un hombre como él no puede tener miedo de eso, pero creo que es justamente su experiencia con el sexo lo que le hace retraerse. Me dijo que para él era como tomarse una aspirina para el dolor de cabeza. Aquí te pillo aquí te mato, conseguir sus gramos de placer y nada más. Usó un lenguaje mucho más moderado de lo que esperaba, supongo que no quería escandalizarme.

—¿Sabe qué perspectivas tiene con usted?

—Somos novios. Supongo que convertirnos en pareja será el próximo paso. Pero con calma y sin forzar la situación. Sabe que no he estado con nadie y eso para él también es nuevo, aunque al mismo tiempo le hace sentir especial. A ver, si me hubiera acostado con todos los hombres de París no le daría un ataque; pero me quiere solo para él y para siempre. Me parece que le da más importancia de lo que quiere demostrar, que valora mucho que me inicie con él en las relaciones íntimas. Aunque no creo que sea lo que Gilles llama el deseo morboso de ser el primer hombre de una mujer –sonrió— Aubry parece emocionado pero no lo llamaría morbo.

—¿Su Gilles?

—Gilles de Beaumont, el pintor; pero no es mío. Me lo dijo cuando me declaró su amor. Que no sentía el deseo morboso de ser mi primer hombre, que no debe de ser para tanto.

—Es otra forma de verlo.

—Aubry quiere ser el único, le importa más eso que ser el primero o el último.

—¿Pero?

—Pero mejor si no hay antiguos amantes por ahí.

—¿Nunca se ha sentido atraída por su amigo Gilles? ¿De ninguna forma?

—No. Es guapo y educado, y una buena persona, no lo dudo. Pero muy promiscuo y…

—¿Y Aubry no lo es?

—Doctora, Aubry lo fue pero ya no lo es, me está esperando también para la realización sexual, tanto mía como suya. Ya le digo que no hemos hablado del tema pero sé que le parece

casi mágico que mi primera vez sea con él. Es tan anticuado como yo, supongo.

—Su Aubry parece bastante machista.

—¿Usted cree? No se me había ocurrido. De todas formas yo vengo de una familia muy tradicional. Mi madre se casó virgen, y a mí siempre me pareció muy natural esperar al matrimonio.

—¿Se van a casar?

—Aún es pronto para pensar en bodas, acabamos de encontrarnos y todo lo que nos ha ocurrido nos ha marcado. Pero sería lo normal, creo. Nos amamos y no queremos volver a separarnos. Aunque lleguemos a vivir juntos preferiría que termináramos casándonos. Siempre que Aubry esté preparado para el matrimonio y para tener hijos. Me gustaría ser madre, doctora. Pero Aubry y yo no hemos hablado de un futuro a largo plazo. Vivimos el presente.

—Le deseo lo mejor, señorita Moreau.

—Gracias por todo, doctora.

—Entonces, esta es su última consulta.

—Sí, doctora. Espero verla de todas formas en las exposiciones, le enviaré invitación. Me va muy bien en el trabajo.

—¿Seguirá pintando al señor Dubois?

—Los ojos, como siempre. Él estará conmigo también en los cuadros.

***

Valentina había perdido la noción del tiempo. Cuando miró la hora eran las diez de la noche. Limpió el material, se lavó las manos y cubrió el lienzo con un paño. Había tenido un día muy ocupado entre la consulta de la doctora Leclercq y su trabajo en el estudio. No había visto ni a Brigitte, que no se había pasado por allí, ni a Aubry. Él, que no deseaba molestarla mientras pintaba, tampoco la había vuelto a telefonear después de la primera llamada matinal para desearle un buen día.

La noche, aunque fresca, era muy agradable, y caminó sin prisa. Al poco de entrar en su calle sintió un escalofrío, como si alguien la estuviera observando. Miró a su espalda pero no vio a nadie. Comenzó a andar más rápido. Estaba a punto de entrar en su portal cuando dos individuos la abordaron de malas formas. Uno sacó un cuchillo mientras el otro le tapó la boca y casi la ahogó. Valentina pataleó pero no pudo desasirse ni gritar. Aubry saltó sobre ellos de repente y los atacó, persiguiéndolos cuando se dieron a la fuga. Diez minutos después estaba de regreso. Valentina había logrado abrir la puerta y entrar en el patio. Sudaba de angustia y le

temblaban las piernas. Acabó sentada en el suelo hiperventilando. Aubry se arrodilló a su lado buscando posibles heridas. Suspiró aliviado al ver que estaba ilesa. La subió a la buhardilla en brazos y la dejó sobre el sofá.

—Ya está, amor mío. Toma, bebe agua. Te voy a preparar un té.

—¿Los has encontrado?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué ha pasado?

—Les he dado su merecido pese a mi pierna y su cuchillo.

—¿Están muertos?

—No lo sé. Aunque si se mueren, mejor para todos. Necesitarán varios días de hospital, aunque dudo de que se atrevan a ir a alguno. Ahora lo importante eres tú, Valentina. ¿De verdad estás bien?

—Sí, no te preocupes. Asustada pero entera. Aubry, ¿tú vas armado?

—No. No tengo permiso de armas ni llevo ninguna escondida. No lo necesito. Conozco las técnicas de combate cuerpo a cuerpo, y aunque he perdido agilidad puedo defenderme muy bien; y, sobre todo, defenderte a ti.

Le sirvió té y se sentó a su lado. Ella le apoyó una mano en el brazo izquierdo.

—¿Qué es esto? ¿Sangras? Vamos a urgencias ahora mismo.

Aubry se encogió de hombros.

—No es nada, un rasguño. No necesito un médico.

—Tengo que curarte, espera un momento que traiga el botiquín.

Aubry comenzó a protestar pero ella no le hizo caso.

—Deja de gruñir y quítate la sudadera.

Aubry suspiró y se quitó la sudadera gris con capucha. Valentina se quedó muy seria al ver de cerca las cicatrices. Pero se concentró en restañar la sangre y desinfectar el corte, que no necesitaba puntos. Le puso una gasa y una tirita y le alcanzó una aspirina, que le obligó a tomar pese a sus reticencias. Le rozó las cicatrices suavemente. A Aubry se le cortó la respiración.

—Cuántas heridas, Aubry. Debiste sufrir mucho.

—Ya no importa, Valentina. El dolor físico se olvida.

—¿Y este tatuaje?

—Es un símbolo vikingo. Será mejor que me ponga esto.

—¿Por qué no quieres que te toque?

Los ojos de Aubry destellaron. La apretó un momento contra él y la besó en la sien.

—Sí quiero, Valentina. No imaginas cuánto. Acábate el té antes de que se enfríe. ¿Quieres comer algo?

—No. Se me ha cerrado el estómago.

—Entonces deberías acostarte y descansar. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Valentina se encerró en el baño y salió con el pijama puesto, un modelo a rayas que imitaba los uniformes antiguos de las cárceles pero en color rosa, con un número en la parte frontal. Aubry miró hacia ella al escuchar que abría la puerta y se echó a reír de forma espontánea.

—Es la primera vez que te escucho reír a carcajadas.

—Es muy divertido –tenía la boca llena de risa— Solo te falta la bola de hierro. Venga, acuéstate y duerme, amor mío.

Valentina cerró los ojos. De repente los abrió y vio la sombra de Aubry junto a la ventana. Fumaba mirando hacia la calle.

—Aubry, no te vayas. Quédate conmigo. Aquí cabemos los dos, tiéndete a mi lado.

Aubry se acercó a la cama, se descalzó y se tendió encima del cobertor. Valentina se aproximó a él, que la abrazó, y no tardó en quedarse dormida. Aubry escuchó su respiración y aspiró el aroma de su pelo y su perfume floral. Comenzaba a quedarse dormido cuando ella gritó. Decía algo que no entendía, temblaba y lloraba. Aubry la despertó con la mayor suavidad que pudo.

—Valentina, no pasa nada. Solo es un sueño. Estoy aquí. Todo está bien.

—He tenido una pesadilla horrible…

—Es normal, después de lo que te pasó anoche. ¿Quieres agua? –le llevó un vaso y le secó el sudor de la cara— Ya ha pasado, vuelve a dormir.

—¿Te vas a quedar?

—No me iré, si es lo que quieres.

—Pero ven conmigo, métete dentro de la cama –apartó el cobertor y las sábanas y le hizo un sitio— Así estarás más cómodo.

Aubry obedeció y se acostó en el hueco cálido que ella le había dejado. Valentina apoyó la cabeza en su pecho.

—Escucho tu corazón, como aquella vez. Qué deprisa late.

Aubry la besó en el pelo.

—Duerme, amor mío –a su memoria acudió una canción que le cantaba su madre para dormirle cuando era niño y la cantó para ella en voz baja— *Este van már alkonyu, nyuszi füle lekonyul. Dorombol a kiscica, aludj te is… Valentina*[2]

Despertaron a la vez. Se miraron a los ojos, algo perplejos al verse uno al lado del otro. Aubry le sonrió.

—Buenos días, Valentina.

—Eres tú. Buenos días.

—¿No te acuerdas?

—Sí, sí. Es que me ha parecido un sueño. Pero eres tú de verdad.

Aubry la besó en la frente y apartó el cabello de ella que le rozaba la cara. Se abrazaron todavía somnolientos.

—¿Anoche me cantaste una nana o lo he soñado?

—Te canté. Para tranquilizarte y que durmieras en paz.

—Tienes una bonita voz. ¿Me cantarás todas las noches?

—Cariño, todas las noches que me quede contigo te cantaré. Ha sido muy especial. ¿Qué te apetece desayunar? Te lo preparo.

—Fruta, tostadas y café, por favor.

Cuando salió del baño duchada y vestida la buhardilla olía a café y a pan tostado. Aubry había preparado un banquete con lo que encontró. Mientras tomaban café, Aubry miró muy serio a Valentina.

—Nunca había despertado al lado de una mujer, y por supuesto de una a la que amara. Me siento agradecido. Ha sido una experiencia maravillosa.

—Me has dado una gran prueba de amor, Aubry. Que la primera vez que he dormido con un hombre sea contigo es un regalo de la vida. Me has enseñado que no todas las demostraciones de amor son físicas.

—Eso me lo has enseñado tú, Valentina. Estoy aprendiendo de ti. Nunca he querido a nadie ni me han importado los sentimientos de los demás, supongo que es porque yo mismo era

incapaz de sentir algo. Te has convertido en mi único amor en mi vida sin amor ni emociones. Me estás transformando en un ser humano. Quiero ser bueno porque tú lo eres. Ven aquí.

La atrajo hacia él y la abrazó como si tuviera miedo de perderla.

—No desaparezcas, Valentina. No te vayas de mi vida.

—¿Y dónde podría ir sin ti después de haberte encontrado?

—Qué bien hueles, a dulzura y a café.

Valentina rio y le rozó los labios con los suyos.

—Qué bien sabes, a amor y a café.

Aubry respiró fuerte y cerró los ojos. Deshizo su abrazo muy despacio y la besó en la sien.

—Recuerda que esta noche tenemos la cena con Brigitte y Gilles.

—¿Es esta noche ya? ¡Joder! Perdona, es que lo había olvidado por completo. Así que me vas a presentar oficialmente a tus amigos. Dejaré de ser el tío raro del telescopio. ¿Saben quién soy de verdad?

—Solo Brigitte. A Gilles no le he hablado de Sarajevo. Imaginó que amaba al hombre que represento en mis cuadros, lo llamó ángel del abismo sin tener muy claro si existía de verdad o yo lo había soñado.

—Ángel del abismo. No iba muy desencaminado. Tú eres un ángel de luz. ¿Te acompaño al estudio? Me da miedo que vayas sola.

—No. No te obsesiones. Es la primera vez que me han atacado en la calle, no creo que se repita. Y tú tendrás cosas que hacer.

—Una muy importante: cuidarte.

—Iré y vendré sola. Volveré a las seis para arreglarme. ¿Me recogerás a las ocho?

—Puntualmente. ¿Iréis elegantes o a lo bohemio?

—Creo que bohemios –rió Valentina— Voy a llevaros a un restaurante lleno de pintores y escritores. Pero tú ponte lo que te apetezca, estás muy guapo de chico malo y con traje también.

—Me buscaré algo en consonancia con vosotros y el lugar.

—Pero no te disfraces. No son pintores medio locos ni escritores que fuman hashish y beben absenta, al menos en público. La auténtica bohemia se perdió hace mucho.

Rieron los dos. Aubry limpió los restos del desayuno y fregó los platos.

—Me voy a casa. Hasta la tarde, amor mío.

Valentina le acompañó a la puerta. Aubry le dio un beso en los labios, poco más que un roce, y se marchó.

-4-

Valentina tuvo un movimiento de pánico al verse en la calle, miró a un lado y a otro pero todo se veía normal, como de costumbre. Caminó a paso rápido hacia el estudio. Brigitte había estado allí. Olía a humo, las colillas desbordaban del cenicero, y a vino procedente de una botella vacía y dos copas. Pero no había estado sola, el diván donde descansaban tenía huellas de escarceos amorosos. Valentina resopló. No le importaba que Brigitte llevara allí a quien le apeteciera, aquel espacio era tan suyo como de ella, pagaban el alquiler a medias; pero le molestaba que no limpiara después. Abrió la ventana para ventilar y se puso la bata de trabajo. Casi inmediatamente apareció Brigitte.

—Oh, ya has llegado. No he tenido tiempo de limpiar esto, ahora mismo me ocupo.

—Sí, por favor. No es muy agradable de ver, y piensa que yo también me siento ahí.

—¿Estás enfadada?

—No, Brigitte, solo te pido que no seas tan descuidada.

—Te lo prometo –le dio un sonoro beso en la mejilla— He estado con Gilles, los dos necesitábamos algo de consuelo. Y en su honor debo decir que se ha superado a sí mismo.

—¡Oh! Bueno, mejor para ti.

—En cuanto deje todo en orden me voy a comprar pasteles. ¿Cómo quieres el café?

—Solo, sin leche ni azúcar. He desayunado bien. Y cuanto antes termines y traigas el café antes te contaré algo.

—Voy a volar.

Valentina destapó *El Sueño de Eurídice* y lo examinó. Consultó los bocetos, hizo alguna rectificación. Había distribuido los colores en la paleta cuando volvió Brigitte. Se quedó mirando el cuadro.

—Es maravilloso. Estoy deseando verlo terminado.

—Gracias, Brigitte. Y yo verlo colgado en su sitio. A lo mejor el padre de Gilles se pasa un día por aquí. Me dijo que no vendría a molestar pero le noté muy interesado y le invité.

—Está demasiado ocupado, aunque nunca se sabe. Ahora, cariño, deja el pincel y cuéntame eso tan estupendo mientras desayunamos. Estos pasteles están que solo les falta hablar.

—Verás. He dormido con Aubry.

Brigitte dio un gritito y salpicó café y pastel.

—Perdona. Pero lo has soltado sin anestesia. Cuéntame todos los detalles.

—Debería empezar por lo importante.

—Cómo, lo importante. *Eso,* cariño, es lo importante.

—Eso es la consecuencia. Ayer me quedé trabajando hasta tarde, y cuando estaba cerca de casa dos tipos me atacaron. Uno de ellos llevaba un cuchillo. Entonces apareció Aubry. Debió verlos desde la ventana antes que yo y adivinó sus intenciones. Me liberó de ellos y los persiguió. Yo estaba aterrada…

Brigitte, que había palidecido de la impresión, soltó el aire que había estado conteniendo.

—Me voy a volver loca. Primero, ¿te han atacado? ¡Qué horror! ¿Pero estás bien de verdad? ¿Qué te hicieron?

—No me hicieron nada porque apareció Aubry y me libró de ellos. Tuve mucha suerte de que los viera y le diera tiempo a bajar a la calle. Me di cuenta de que le habían herido, le habían cortado aunque por suerte no fue nada importante. No le dio ninguna importancia a su herida pero no podía permitir que se le infectara, así que le curé. No estaba por la labor de quitarse la sudadera, no creas, pero finalmente se dejó curar. Le toqué las cicatrices y el tatuaje y casi se le salió el corazón. Lleva un tatuaje vikingo muy bonito. Se volvió a vestir con tanta prisa que no atinaba a sacar la cabeza por el cuello.

—Eso es porque al tocarle le pusiste a cien –dijo Brigitte muy seria— Así que tus manos jugaron con ese torso apolíneo.

—¡No! Cómo eres, Brigitte, no le toqué así, solo le rocé las cicatrices con las yemas de los dedos.

—Pues peor me lo pones. Cariño, no tienes ni idea de lo que provocaste en él, ¿verdad? Claro, así acabasteis. Quiero todos los detalles.

—Lo de quedarse a dormir surgió solo. Se iba a quedar conmigo hasta que me durmiera pero le pedí que no se marchara y se acostó a mi lado. Vestido, por cierto. Solo se descalzó. Incluso me cantó una nana. Y esta mañana me ha preparado el desayuno. ¡Oh! Y me ha besado en los labios.

—¿Y no intentó nada, dices?

—No. Me tuvo abrazada toda la noche, me tranquilizó cuando tuve pesadillas, y me cantó una nana.

—Eso sí que no lo había oído nunca, Valentina. Un tío como él cantando nanas a su novia y durmiendo con ella sin más. ¿Sabes?, es precioso. Anticuado y cursi, pero precioso.

—Para besarnos y acariciarnos siempre habrá tiempo. Pero esta historia de amor que estoy viviendo con Aubry es única, no me la quitará nadie. Además, sabe que cuando me lo pida yo me entregaré por completo; pero no quiere precipitar un momento único para los dos. Ni yo tampoco, Brigitte. Es muy fácil hacer una chapuza. Quiero recordar mi primera vez con Aubry como un regalo. Porque quiero que sea el único hombre de mi vida.

Brigitte le sonrió con cierta tristeza.

—Mi primera vez fue con un compañero de clase de Bachillerato, en el baño de una discoteca. No tuvo ningún cuidado, terminó tan deprisa como había empezado, y se marchó dejándome allí sin saber qué hacer. Un asco, ¿no?

—Lo siento, Brigitte. Te merecías algo mejor.

—Bueno, eso fue hace mil años. Mi vida sexual ha mejorado mucho desde entonces. Hablemos de cosas más alegres. Nuestra cena.

—Llevaré a Aubry.

—¿Le apetece venir?

—Por supuesto. Aunque todos os habéis visto de una forma u otra –la risa de Brigitte le hizo soltar una carcajada— y alguna más que otros –recalcó— quiero hacer las presentaciones de manera adecuada.

—Le trataremos bien.

—De eso estoy segura. Resulta una persona muy agradable cuando se le conoce. Es de natural serio, no se ríe mucho; aunque anoche cuando vio mi pijama se rió a carcajadas. Sabe que sois mis amigos más especiales.

—Será una cena estupenda. Tenemos mucho que celebrar. Ahora te dejo, no quiero entretenerte y yo ya llego tarde.

Le lanzó un beso y se marchó. Valentina siguió pintando. El fondo bucólico se iba abriendo paso a paso para acoger a los amantes que reposaban bajo un árbol, ella dormida sobre las rodillas de él. Se comió una barrita energética y bebió un zumo sin dejar de pintar. A las cinco dio la jornada por concluida. Había avanzado mucho.

Tal como había calculado, a las seis ya estaba en su casa. Eligió una falda negra y una blusa blanca de manga larga, medias con calzas de color negro y opacas sujetas con un lazo pequeño por encima de la rodilla, y botines bajos. Tenía un único abrigo de entretiempo, una gabardina roja. Como siempre sin maquillaje excepto la crema facial hidratante, Frente al espejo probó a recogerse el pelo y terminó dejándolo suelto. Se miró largamente: ojos grises brillantes, casi demasiado grandes para su cara, pestañas largas y tupidas de un rubio más oscuro que el cabello, labios rosados. Piel muy blanca y pómulos algo marcados. Había logrado integrar a Alma Thuel en el interior de Valentina Moreau. «Viviendo honro a los míos», se dijo. Miró por la ventana pero no vio a Aubry. «Debe de estar poniéndose guapo.»

Aubry no había perdido el tiempo. Sus agentes habían completado unas operaciones en Bolsa que le hicieron ganar otra cantidad ingente de dinero. Tanto, que casi se asustó. Miró a *Napoleón*.

—Compañero, tengo que ser prudente. Tanta suerte no puede ser buena. Me arriesgo a confiarme y perderlo todo en un mal cálculo. Tenemos que regalarle algo bonito a Valentina, ¿no te parece? Va a venir muy pronto a vernos y espero que te portes como un caballero, nada de hacer tus cosas mientras ella esté aquí. No, hoy no vendrá. O tal vez sí, después de la cena. ¿Qué hago, *Napoleón*? ¿La invito a subir o le preparo algo especial otro día? Mejor otro día, tienes razón. Espérame, voy a comprarle un regalo a mi chica.

No conocía sus gustos, solo sabía que no llevaba más adornos que la medalla de plata. Tampoco se había fijado en si tenía los lóbulos de las orejas horadados. Titubeó en la joyería. La dependienta, muy joven y amable, tuvo mucha paciencia con él. Le enseñó piezas en plata muy juveniles. Terminó comprándole un brazalete de plata liso y estrecho con un pequeño ópalo incrustado. Un objeto sencillo y bonito. Le costó más caro el joyero para guardarlo que el brazalete. La dependienta lo envolvió con un papel de regalo especial y le añadió un lazo. Aubry lo pagó todo, encantado con sus compras, y se marchó. Estuvo mirando tiendas de ropa masculina hasta que encontró algo que le gustó para llevarlo en la cena.

A las ocho, llamó al timbre de Valentina. Ella lanzó una exclamación de asombro al verle en el umbral.

—¿Eres tú?

—Soy yo –Sonriendo, la besó en la mejilla.

—Estás tan distinto. Me gusta muchísimo esta ropa. Deja que te vea bien.

Vestía totalmente de negro, moderno y con mucho estilo, y calzaba botas acordonadas.

—Tú sí que estás bellísima, amor mío. Te he traído un pequeño obsequio.

Valentina cogió el paquete y deshizo el lazo cuidadosamente. Quitó el papel procurando no rasgarlo y abrió la boca al ver el joyero redondo de esmalte y plata, con espejo en la parte interior de la tapa. Sobre el fondo de terciopelo negro brillaba el brazalete. Miró a Aubry al borde de las lágrimas.

—Es precioso, gracias. ¿Me lo pones?

Alzó la muñeca hasta sus ojos para ver bien el efecto. Aubry la abrazó, un abrazo más apretado e intenso. Buscó su boca y la besó en los labios. Valentina suspiró y le correspondió. Aubry sintió despertar su cuerpo y un deseo intenso de tocarla. A punto de introducir una mano bajo la falda, reaccionó y se apartó.

—¿Nos vamos ya? No debemos hacer esperar a tus amigos.

El restaurante estaba en el Barrio Latino. El taxi los dejó muy cerca. Caminaron los pocos metros que los separaban del local despacio y cogidos de la mano. Había mucha animación en las calles. Valentina miró a Aubry, que destacaba por su estatura y su presencia.

—Es la primera vez que paseamos así.

—Un día para recordar, el primero de los muchos que vendrán. Nada nos impide mostrar que nos amamos. Qué sensación tan extraña y cálida. Me siento tan libre. Soy libre contigo. ¿Es aquí?

—Sí –Valentina miró su reloj— Nos hemos retrasado unos minutos, ya deben haber llegado.

Sentados a una mesa al fondo, Brigitte y Gilles les hicieron una señal con la mano. Brigitte con un vestido largo de colores llamativos y manga larga; Gilles luciendo la elegancia descuidada de siempre, con un fular de seda gris al cuello. Valentina intercambió besos en las mejillas con ellos, que se quedaron mirando a Aubry sin dar crédito a lo que veían. Parecía otro.

—Brigitte, Gilles, os presento a Aubry Dubois. Mi novio. Aubry, ellos son mis mejores amigos, Brigitte Girard y Gilles de Beaumont.

—Ya nos habíamos visto. Encantada, Aubry.

—Mucho gusto, Aubry.

Brigitte y Aubry se besaron y Gilles le tendió la mano. El pintor, que reconoció asombrado la marca del perfume sutil y caro de Aubry, llenó las copas de todos.

—Un brindis por Valentina y sus éxitos bien merecidos. Tu trabajo ha encandilado a mi padre.

—Es un hombre muy amable.

—Y tú, Aubry, ¿también te dedicas al arte?

—No. No tengo ningún don especial. Simplemente vivo tranquilo.

—Pero algo harás, aparte de mirar las estrellas.

Valentina frunció el ceño. Percibió cierta hostilidad bajo el tono educado de Gilles.

—Colecciono cuadros de Valentina. Y el resto del tiempo me dedico a gestionar mi patrimonio –Aubry había respondido seriamente, sin indicios de que le afectara la intención de Gilles.

—¿Oh? Vaya.

—Los Moreau empiezan a estar muy cotizados y tengo intención de hacerle encargos personales a Valentina. Quiero crear una colección privada importante, y más adelante una

galería propia. Suya, no mía.

—Un proyecto ambicioso, amigo mío.

—Pero factible. Un paso por vez. Y vosotros, ¿qué planes tenéis?

—Vamos a organizar una exposición entre los tres.

—Qué interesante.

—Aubry, ¿tienes conocimientos de astronomía o solo te entretienes con el telescopio?

—Soy autodidacta. He aprendido por mi cuenta física y astrofísica y he estudiado los mapas estelares. Como sabéis, las estrellas se mueven; mejor dicho, no ellas aunque lo parezcan, sino que el movimiento de la tierra hace que cambien de lugar. Si mirásemos el mapa de nuestra fecha de nacimiento, veríamos cómo ha variado hasta la actualidad. También, y como soy muy curioso, me dio por leer trabajos de arqueoastronomía. Pero no quiero aburriros, prefiero escucharos. Al fin y al cabo los artistas sois vosotros –miró a su alrededor— ¿También hay escritores aquí?

—Unos cuantos –Brigitte intervino en la conversación— ¿Ves ese de ahí con barba larga y gafas de pasta? Es poeta. El de la mesa de al lado que lleva un chaleco de brocado ha ganado un premio de novela.

—Entonces, son famosos.

—Hay de todo, no creas. Abundan más los literatos en ciernes que se dejan ver y tratan de llamar la atención de los otros.

—Curiosa fauna –Aubry les sonrió— ¿Y os tratáis pintores y escritores o cada cual va a lo suyo?

—Los escritores tienen el ego más grande que la Torre Eiffel –espetó Gilles— No los aguanto.

—Ah. ¿En serio?

—No hagas caso, Aubry –Brigitte rio— Los pintores son insoportables. Créeme, conozco a unos cuantos.

Aubry levantó su copa hacia ella. Era consciente de que Gilles no le quitaba los ojos de encima, evaluándolo, y que tampoco apartaba la vista de Valentina, lo que no le gustó en absoluto. Cogió una mano de ella y la llevó a sus labios sin mirar a Gilles. No habló mucho porque, efectivamente, prefería escuchar y examinar las voces. Con su oído musical casi absoluto podía sacar conclusiones bastante exactas sobre ellos. Brigitte coqueteó descaradamente con Gilles y logró hacerle reír, consiguiendo que además él se relajara y contara alguna de sus anécdotas más jugosas. Un nombre deslizado en la conversación le dejó rígido.

—…Le dije a Sissi: «cariño, eres fabulosa pero demasiado para mí. Prefiero los platos más

ligeros.»

—¿Esa Sissi? –Brigitte parecía asombrada.

—La conozco de siempre, su padre y el mío se han tratado mucho –miró a Valentina, que también se había impresionado al escuchar el nombre— Es una de las celebridades que salen en las revistas del corazón.

—No leo esas revistas, no sé quién es quién.

—Son gente normal con algo más de dinero, o con un título heredado de sus nobles antepasados.

—Como nuestro Gilles.

—Bueno. Cada uno nace donde nace. No voy a pedir perdón ni a suicidarme por eso. Soy pintor por mí mismo, lo que pueda tener me lo he ganado con mi trabajo.

—Eso es verdad. No le atosigues, Brigitte.

—¡Oh! Ha ocurrido un milagro cósmico: Valentina defendiéndome. Esto merece un brindis –rieron los dos y rozaron sus copas— Tu novia es despiadada conmigo, Aubry. No me pasa una.

Pero Aubry no prestaba demasiada atención. Escuchar el nombre de la odiada Sissi le había resultado demasiado desagradable. Y si se movía en el círculo de Gilles de Beaumont, cabía dentro de lo posible que se la encontrara en una exposición. Como novio oficial de una pintora reconocida la acompañaría a todos los eventos. Si alguien intentaba presentársela, ¿qué podría hacer? Fingir no reconocerla y confiar en que ella hiciera lo mismo. Sintió náuseas.

—¿Te encuentras bien, Aubry? Tienes mala cara.

—No. Perdonad. Es que no soporto el olor de la carne –bebió un trago de vino— Valentina y yo no la comemos.

—Así que tú tampoco. Bueno, cada uno tiene sus manías.

Remataron el postre con champán. Brigitte y Valentina fueron al baño y los dos chicos se quedaron solos. Aubry le ofreció un cigarrillo a Gilles, cogió otro para él y encendió los dos.

—Ahora que las señoritas no están, ¿quién coño eres, Aubry? Hablas muy bien pero con acento alemán. Y no me trago que te dediques a gestionar tu patrimonio y a mirar mapas celestes. Escucha, si le haces algo a Valentina te hundiré en un infierno del que no podrás salir.

—Aunque te parezca inverosímil, eso es exactamente lo que hago. Legalmente soy tan francés como tú y tengo un pasaporte que lo demuestra. Y no me hables del infierno, no tienes idea de cómo es. Yo, sí. Pasaré por alto la amenaza en atención a que la quieres y solo deseas lo mejor para ella. Igual que yo. La única diferencia es que ella me ha elegido a mí con pleno conocimiento de causa. No te engañes. Valentina sabe perfectamente quién y qué soy.

—Qué serios estáis.

Valentina se mostró preocupada. Gilles reaccionó con elegancia y Aubry le reconoció el mérito.

—Le estaba comentando a Aubry que Brigitte me contó lo de tu ataque. Menos mal que él estuvo allí para salvarte. Me quedé muy impresionado. Fue muy valiente.

—Lo fue de verdad. Arriesgó su vida por mí.

—Pero no hablemos más de eso, por favor –pidió Aubry— Solo hice lo que debía, no hay ningún mérito en eso.

Cuando le llevaron la cuenta a Valentina, Gilles protestó.

—No puedo dejar que lo pagues todo tú sola. Yo pondré la mitad.

—Ni hablar. Os he invitado yo con mucha alegría. No te quiero oír, Gilles.

—¿Vamos a otro sitio?

—Si no os importa, Aubry y yo nos iremos a casa. Estoy un poco fatigada.

—Vámonos tú y yo a terminar la noche, Gilles.

***

—¿De verdad hablabais del ataque, Aubry? Gilles y tú –El taxi los había dejado cerca pero no en la propia calle, y Valentina aprovechó aquel paseo para preguntar con curiosidad y preocupación.

—No. Creo que a él le ha dado un subidón de testosterona y se ha puesto agresivo conmigo. Sin perder las formas me ha amenazado. No sé por quién me ha tomado. Es cierto que soy un tipo peligroso pero jamás contigo, Valentina.

—Brigitte no le ha contado nuestra historia. No quiero hablar de ti con él, así que no sabe nada.

—Mejor. No parece mal tío aunque diría que es inmaduro e irresponsable. Tu amiga está enamorada de él pero pierde el tiempo, debería buscarse a otro.

—¿De verdad estamos cotilleando de nuestros amigos?

A Aubry se le escapó la risa.

—Qué ejercicio más absurdo. Dejémoslo.

—Me gusta tanto verte reír. Y me gusta tu bonita sonrisa.

—A mí me gusta todo de ti, Valentina. Tu delicadeza, tu belleza interior, tu preciosa envoltura.

Aubry se quedó parado delante de Valentina. No quería despedirse, y ella también parecía reacia a separarse de él.

—¿Subes?

—Pero solo un momento.

Ella encendió las luces. Aubry las apagó todas excepto la de la lámpara de pie, aunque amortiguó la intensidad.

—Es por si ese indiscreto nos está mirando. ¿Quieres que hable con él?

—Sí… dile que le echo de menos. Que venga por los tejados como un gato, dejaré la ventana abierta.

—No le tientes así, tal vez lo haga.

—Le estaré esperando. Díselo.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

Le había cambiado la voz a un susurro sensual que erizó la piel de Valentina.

—Te estoy esperando –le dijo en voz baja— Cuando quieras, cuando me lo pidas. No te rechazaré. Te amo.

—Y yo te amo tanto que podría esperar al fin del mundo para tenerte en mis brazos.

—¿Por qué al fin del mundo, Aubry?

—Porque eres lo único bueno que he recibido en mi vida, mi regalo de amor. Y no quiero estropearlo. Me fumaré un cigarrillo a medias contigo y me iré.

—¿Te apetece una copa de vino?

—También a medias. Quiero beber de la misma copa que tú.

Valentina se enroscó junto a Aubry en el sofá. Él mojó un dedo en el vino y se lo pasó a ella por los labios antes de besarla. Valentina le rodeó el cuello con los brazos. La besó hasta que ella entreabrió los labios y dejó que la besara en la boca. Se estremeció al sentir cómo la lengua de él exploraba y saboreaba el interior de su boca y su lengua. Le hundió los dedos en la camisa, que

desabrochó con dedos impacientes, tirando hasta que le dejó con el torso desnudo. Acarició y besó sus cicatrices dejando un rastro húmedo. Las manos de Aubry se deslizaron hasta sus pechos, acariciándolos por encima de la ropa antes de desabrochar la blusa, que terminó quitándole y dejándola a un lado. Buscó los cierres de su top de encaje blanco y lo apartó. Sus manos y sus labios se apoderaron de los pechos plenos y turgentes. La cogió en brazos y la dejó encima de la cama sin dejar de acariciarla y besarla suave y cuidadosamente. Se arrodilló frente a ella para descalzarla, desatando los lazos de las calzas y besando los pies, las piernas bien formadas y bonitas y el interior de sus muslos. La falda también terminó en el suelo. Rozó la prenda interior de encaje sintiendo cómo ella se estremecía y clavaba los dedos en el cobertor. Valentina suspiró y gimió en voz baja. La desprendió de la última ropa y besó su intimidad, que le supo dulce. Despacio y con mucho cuidado acarició el interior tierno y cálido antes de saborearlo. Sabía muy bien cómo hacerlo y qué buscar para que Valentina llegara al éxtasis pleno. Las manos de ella se aferraron a las de él y sus dedos se entrelazaron mientras los espasmos sacudían el cuerpo femenino. Aubry quiso esperar a que ella descendiera de su nube de placer, no tenía prisa, le emocionaba la reacción de Valentina, entregada y disfrutando de aquel preludio que precedía al despertar de la sexualidad plena. Intentó unas caricias más profundas y Valentina lanzó un gemido de dolor. Volvió a besarla despacio, besó y acarició su vientre hasta calmarla. Se tendió junto a ella para abrazarla estrechamente, llenándola de caricias.

—Soy yo –le susurraba Aubry— Soy yo. Te amo.

Hundió la cara en su cuello; y al besarla, de repente se dio cuenta de que estaba llorando. Gruesas lágrimas desbordaban de sus ojos cerrados y se deslizaban por sus mejillas mojándole el cuello. La piel de Aubry se humedeció con su llanto. Se hizo a un lado inmediatamente.

—Perdóname, Valentina. Lo siento mucho. Soy un salvaje.

—¿Qué?

Ella despertó de aquella especie de trance y le vio consternado.

—Te he hecho llorar. No estás preparada para esto, todavía no.

—Amor mío, lloro de felicidad, no de miedo o de tristeza. Lloro de amor.

Pero el momento pasional se había roto. Valentina buscó bajo la almohada el cabezal del pijama, que le llegaba a las rodillas, y se lo puso. Se arrodilló en la cama frente a él, que no se atrevía a mirarla.

—Mírame, Aubry. No me has asustado ni disgustado.

—No soporto verte llorar. No soporto ver llorar a ninguna mujer. Es superior a mí, me lleva a lo peor de mi vida. Te he invadido, tú confiabas en mí y mira lo que he hecho, lo que he estado a punto de hacerte. No era esto lo que esperabas de mí, ¿verdad? No sabes cómo me siento.

Valentina le abrazó. Él temblaba, tenía los ojos oscurecidos, sumido en recuerdos que le dolían. No sabía qué decir. Se levantó para llenar una jarra de agua, le encendió un cigarrillo y le besó en los párpados. Poco a poco él se fue calmando.

—Amor mío, eres tú. Eres tú, no un malvado abusando de mí. Lo que me has dado, lo que he vivido contigo, es lo más extraordinario y maravilloso de mi vida. Cómo voy a tener miedo de ti ni a rechazarte. No eres él y no te he confundido con él. Amor mío, Aubry…lo que ha pasado no nos separará, ¿verdad?

—Nada ni nadie podrá separarnos. No pienses mal de mí.

—Mi amado Aubry, no puedo pensar mal de ti, solo puedo quererte. Mira a tu alrededor. No estamos en Sarajevo, ni en ninguno de esos lugares de espanto por donde has andado. Yo no soy una víctima ni tú un verdugo. Soy yo, eres tú, y todo está bien. No eres un ser del abismo ni un ángel caído. Eres mi amor, ¿comprendes?

Él se puso en pie, buscó su camisa y se la puso apresuradamente, tropezando con los botones.

—Será mejor que me vaya.

—Tengo miedo, Aubry.

Él la miró con los ojos dilatados.

—Tengo miedo de que si sales por esa puerta no vuelvas.

—Volveré.

—¿Cómo lo sabes? Yo no lo sé. Aubry… si te pierdo ahora no sabré qué hacer. Aubry, quédate. No me toques, no me beses si no quieres, pero no te vayas. Quédate conmigo esta noche. Porque si te vas los dos tendremos pesadillas horribles, volveremos a estar solos y rotos.

—Ven aquí.

Valentina corrió a sus brazos. Se secaron mutuamente los ojos con los dedos.

—Termina de ponerte tu pijama de presidiario y a la cama, cariño.

—Qué tarde es, ¿verdad? –a Valentina se le cerraban los ojos.

—Duerme, amor mío. No me moveré de tu lado. ¿Te he decepcionado?

—No. Duerme tú también.

Valentina cayó en un sueño profundo. Emanaba de ella un aroma cálido y dulce. Aubry permaneció con los ojos abiertos viéndose a sí mismo en otro lugar oscuro y húmedo al que no quería volver en sueños. Se arrimó a la chica buscando seguridad. Contó los latidos de su corazón. Ella se movió y quedó entre sus brazos. La escuchó suspirar y murmurar algo en aquel idioma que no entendía. Repitió varias veces una palabra. Aubry se dio cuenta de que llamaba a su madre. Volvía a ser la niña desvalida a la que él debía defender con su propia vida. *Mindig vigyázni fogok rád*[3], susurró en su oído. Y también se dio cuenta de que con ella recurría con

frecuencia a su idioma materno, que hacía años que ni hablaba ni escuchaba. Terminó durmiéndose abrazado a ella.

Despertó con el roce de unos dedos en su cara. Valentina le miraba al fondo de los ojos.

—Has hablado en sueños –le dijo.

—Tú también. ¿Qué decía?

—No lo entendí. ¿Y yo?

—Tampoco lo sé.

—Aubry, ¿estás bien?

—Sí, amor mío. Y agradecido por haberme quedado. ¿Te preparo un café?

—Vamos a desayunar a algún sitio, me apetece salir.

Ninguno de los dos parecía querer aludir a la noche anterior. Aubry suspiró y se lanzó.

—Valentina, lo siento. No sé qué esperabas de mí pero sé que te he fallado como hombre y como amante.

—¿Piensas que no has estado a la altura? Aubry, todo lo que me has dado ha sido nuevo y mágico. No te puedo comparar con nadie, ni lo haría aunque hubiera habido alguien antes. No me importa lo que hayas hecho ni con quién, ni cómo. Conmigo fuiste muy delicado y tierno y pensaste en mí más que en ti mismo. ¿Es que no comprendes que me has hecho un regalo maravilloso? ¿Qué te quiero tanto que deseo llenarme de tu amor? Solo tenía miedo de perderte.

—Si te pierdo me perderé a mí mismo y ya no habrá retorno. Ven, mi dulce y bella mujer de luz –la besó repetidamente en los ojos— Mientras te duchas voy a mi casa a ducharme yo también y cambiarme de ropa. Además quiero ver a *Napoleón*. ¿Me das media hora?

—Ni un segundo más.

Se calzó sin acabar de atarse las botas, se puso el chaquetón y salió. Valentina remoloneó unos minutos antes de levantarse. Las sábanas olían a Aubry, a su perfume. Su propia piel también. Había estado muy cerca de vivir aquella experiencia íntima de la que tanto hablaba Brigitte. Le había asustado con sus lágrimas, que él no había comprendido. Revivió cada caricia con un estremecimiento. Se metió bajo la ducha anhelando que él estuviera allí. Cuando Aubry llamó al timbre media hora más tarde, Valentina iba sencillamente vestida con pantalón vaquero, sudadera azul y zapatillas, el cabello recogido en una trenza. Él también había vuelto a su estilo habitual.

—*Napoleón* está deseando conocerte.

—Y yo a él. Dile que en cuanto su compañero de piso me invite iré a visitarle.

—Te invita él. Su compañero de piso no tiene modales.

—¿Qué hacéis los domingos? ¿Cosas de chicos?

—Básicamente. Pero… si una chica muy especial quisiera comer con nosotros, sería bien recibida.

—Dime que no será comida precocinada.

—No quiero mentirte, lo será. Eso sí, nada de carne. ¿Entramos aquí?

Pidieron café y croissants. Había varios cuadros en las paredes y Aubry los miró con interés.

—Son de Brigitte.

—¿En serio? Aunque este estilo me resultaba familiar. Parece que le va bien.

—Ojalá –suspiró Brigitte.

—¿No? Perdona, no debo preguntar sobre su vida privada.

—Yo le hablo de ti, así que puedo hablar de ella contigo. La quiero mucho, ¿sabes? Se ha portado siempre muy bien conmigo, es una verdadera amiga. Me da pena y algo de vergüenza que me prefieran a mí. Mi primera exposición seria me la facilitó ella, colgué mis cuadros al lado de los de otros pintores conocidos, como ella misma y Gilles. Gilles es el niño mimado y se están olvidando de Brigitte.

—Y tú eres la princesa. Pero no te sientas culpable, no le estás quitando nada. Todo lo que has ganado lo debes a tu trabajo. Veo que es un mundo implacable.

—Ni te imaginas cuánto.

—Por cierto, lo que le dije a Gilles no fue ninguna improvisación, ya lo tenía pensado. Crear una galería para ti, si te parece bien.

—Sería un sueño. Pero un sueño muy caro, no puedo permitírmelo.

—Yo sí. Tengo otras ideas que quiero concretar antes de contártelas. Luego tú decides porque se trata de tu trabajo, no del mío.

—Hablaremos de ello con calma, me interesa todo lo que pienses. ¿Me acompañas al estudio? Tengo que entregar el cuadro a tiempo. Así te lo enseño. No me gusta mostrar el trabajo a medias pero quiero que tú lo veas.

El estudio tenía un olor especial. Valentina suspiró y abrió la ventana. Por lo demás, estaba limpio.

—¿Quién fuma hashish, Valentina?

—Gilles, cuando le da por ahí. A veces viene aquí con Brigitte. Ella le invita a quedarse mientras pinta, y hablan.

—Más que eso –Aubry miraba el diván— ¿Alguna vez te ha molestado?

—No. Asimiló mi rechazo lo mejor que supo y no volvió a sacar el tema. Además sabiendo que estoy contigo ni se le ocurriría hacerme proposiciones. Pero mira, a ver qué te parece *El Sueño de Eurídice* –destapó el cuadro. Aubry se impresionó.

—Sigo estando ahí, el músico tiene mis ojos.

—Siempre estás en todos mis trabajos. Es Orfeo con su esposa, Eurídice. ¿Conoces la historia? –Aubry negó con la cabeza. Valentina se la contó.

—Yo también iría a buscarte al inframundo, pero te aseguro que no haría nada que pusiera en peligro tu regreso. Y si no pudiera sacarte, me cambiaría por ti –le pasó un brazo sobre los hombros y la estrechó contra él— Te dejo trabajar, si me quedo te distraeré. ¿Paso a recogerte?

—A las nueve. ¿Puedes bajar a buscarme unas galletas y zumos? Así no tendré que parar para comer.

—Claro. Ahora vuelvo.

Le llevó un paquete con fruta, zumos, sandwiches vegetales, galletas y chocolatinas.

—Aquí hay para varias personas.

—Cómetelo todo como una niña buena –la besó en la frente y se marchó.

Mientras Valentina trabajaba Aubry cogió el metro hasta el centro y paseó por la orilla del Sena. La catedral de Notre Dame se alzaba hasta el cielo, bellísima y rodeada de turistas. Los barcos también iban saturados de visitantes. Se sentó mirando al río. Tenía mucho en qué pensar. La sensación de extrañeza y consternación aún enturbiaba su ánimo. Ver llorar a Valentina le había superado, por mucho que ella asegurara que eran lágrimas de felicidad. Su amor y su deseo por ella le desbordaban, pero no podía poseerla mientras las lágrimas femeninas le quemaban la piel. Así, no. La ocasión apasionada y tierna se había frustrado. No sabía si habría otra. Pero tampoco sabía cuántas veces más podría dormir a su lado sin que el cuerpo reclamara su parte. Le intimidaba que Valentina no estuviera preparada y que el ser despiadado que se agazapaba en su interior viera la ocasión de despertar.

Entró en una librería y compró más libros de psicología y astronomía, que hojeó mientras comía desganadamente una quiche de verduras. Después se acercó a la Torre Eiffel pero no se quedó allí más de diez minutos, el ir y venir de los visitantes le aturdió. Volvió a su casa.

—¡Aubry!

Se dio la vuelta. Brigitte agitaba una mano. Él suspiró resignado y se acercó.

—¿Dónde vas? ¿Y Valentina?

—Ella está en el estudio y yo voy a casa. No tengo que recogerla hasta las nueve.

—Te quedan horas por delante. ¿Me aceptas un café?

—Cómo no.

Debía ser amable con la mejor amiga de su novia. Aunque se sintió incómodo al recordar que le había visto desnudo. No obstante Aubry se dio cuenta de que Brigitte ya no le miraba como antes, era el chico de su amiga y se había convertido en territorio prohibido.

—Sabes que quiero mucho a Valentina, ¿verdad?

—Lo sé, Brigitte. Pero espero que no vayas a hacerme ninguna advertencia. Lo que hay entre Valentina y yo viene de lejos.

—Ella me lo contó todo. Cuando supe que eras tú se me puso la piel de gallina. Esas cosas no pasan a diario. ¿Te adaptas bien a la vida normal?

—Llevo dos años viviendo en París y no me he metido con nadie. Sé lo que es el bien y el mal, tengo sentido del honor y de la lealtad. Creo que me he adaptado bien a la tranquilidad de una vida sencilla. Brigitte, si quieres decirme algo, dilo y no des rodeos.

—Ahora que sé quién eres me resulta extraño estar sentada aquí contigo. Antes eras como un personaje de película, *El Capitán América* o algo así; pero joder, eres de carne y hueso, comes y bebes. Tienes manos grandes, fuertes y bonitas. No imagino que las utilizaras para…

—Para matar personas, ¿no? Supongo que Valentina también te contó cómo acabé con el hijo de puta que iba a violarla. El mal no es una película de terror, es una realidad que convierte en un mal chiste las películas de miedo. Las personas como tú, Brigitte, buenas personas, decentes, con vuestros problemas de trabajo, de dinero, de amor, lo que sea, os moriríais de miedo si supierais lo que hay fuera de vuestra burbuja. El Coco existe, el Hombre del Saco existe, la maldad perversa existe. Todo lo que os hayan contado en vuestra infancia sobre el infierno no es ni una pálida sombra del verdadero infierno. Mira, mientras le hacía aquello a aquel tío no me reía como un psicópata. Era un hombre como yo, más joven que yo. Probablemente tenía madre, hermanas, puede que también una novia. Unos años antes seguramente corría detrás de las chicas para robarles un beso. Pero allí, en aquel sitio, había perdido su humanidad. Iba drogado, bebido, medio loco. Era el monstruo que acecha en las pesadillas. Y se encontró con otro monstruo que no esperaba: yo.

Brigitte bajó la cabeza. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Qué esperabas, Brigitte? No soy un superhéroe con capa y antifaz.

—Dime, ¿hubieras sido capaz de… violarla… de mutilarla…?

—No. En ninguna circunstancia. Nunca lo he hecho. No me estoy, ¿cómo diría? santificando. He hecho cosas horribles, atroces, que no tienen cabida en esta tarde de principios de primavera en una ciudad civilizada. ¿Quieres saber si duermo por la noche? He empezado a dormir gracias a ella. Y mis manos que han matado y mutilado, se transforman en manos llenas de amor cuando la toco. Tengo un pasado malo que Valentina conoce. Y tengo un futuro bueno gracias a ella.

—Así que la tocas.

—La he tocado, sí. He tenido su cuerpo entre mis brazos pero no he llegado al final. No estaba preparada todavía.

—Me ha contado que dormís juntos.

—Es verdad. Dormimos abrazados y ahuyentamos nuestras pesadillas y miedos.

—Supongo que sabes que ella…

—Es virgen, sí. Y lo seguirá siendo mientras ella lo quiera así. No la voy a agobiar.

—Valentina es muy afortunada.

—Yo soy el afortunado. Pero cuéntame de ti, Brigitte.

—Soy una pintora mediocre, me temo.

—¡Eh! Esa no es la actitud. ¿Sabes lo que creo? Que mientras sigas colgada emocionalmente de Gilles no llegarás a ninguna parte.

—¿Qué? Tú no sabes nada de Gilles.

—Cariño, no te erices conmigo. Tú me has preguntado y yo te he hablado con toda honestidad, te he confesado cosas íntimas porque eres la mejor amiga que mi novia podía tener. Por eso te hablo así, porque no es justo lo que te estás haciendo. Él no está enamorado de ti, te utiliza.

—Nos utilizamos mutuamente. Por lo demás, está enamorado de Valentina.

—Te utiliza y manipula, Brigitte; pero sufres tal dependencia de él que no lo notas. Y no está enamorado de Valentina. La quiere, pero no lo suficiente para pensar en ella sin egoísmo. Solo se ama a sí mismo, más bien a su reflejo en el espejo. Te mereces algo mejor que Gilles. Pero es tu vida, cielo. Tú decides.

—No tengo suerte con los hombres. Al menos Gilles y yo nos conocemos bien.

—¿Y qué harás cuando se case?

—¿Cómo? Si le conociste ayer, ¿de qué boda hablas?

—No sé nada. Pero un hombre como él, de familia de prestigio, de éxito, guapo por añadidura, es normal que tenga una prometida o futura prometida guardada en algún cajón. Seguramente su padre le arreglará un compromiso satisfactorio para todos. ¿Y qué harás? ¿Ser su amante en la sombra? ¿Esperarle el día que se aburra y se pase por tu casa?

—Eres cruel, Aubry.

—Soy muy cruel, Brigitte. Pero me atrevo a serlo contigo porque eres una buena chica y no ves lo que te está haciendo. No creas que le odio o estoy celoso de él, es que le he visto tal y como es. Y a ti también. ¿Te apetece otro café? No nos separemos disgustados.

—No sé si aceptar o marcharme a mi casa a llorar.

—No llores, por favor. Las lágrimas femeninas me angustian. Te pediré otro café. No te vayas así.

Brigitte se limpió los ojos con los dedos y bebió un trago de su taza.

—Dices que no estás celoso de Gilles. Pero él sí lo está de ti. Desde luego no le volverá a decir nada a Valentina, respeta su decisión. Pero no comprende qué la ha llevado a ti porque no conoce la historia. Bueno, ella no quería nada con él y se lo dejó muy claro desde el principio. Pero de repente aparece un desconocido salido de no sabe dónde y consigue lo que él quería.

—Valentina no es un trofeo, ni un premio para el mejor –se había puesto muy serio— Me molesta que se una su nombre a deseos egoístas de otros.

—¿Entonces tú no eres egoísta?

—Soy muy egoísta. Excepto con ella.

—Pese a que me has hecho pasar un mal rato me alegro de haber hablado contigo, siento que te conozco un poco mejor. ¿Qué planes tenéis? ¿Vais a vivir juntos?

—Poco a poco. Todo irá al ritmo que marque Valentina, yo no tengo prisa ni la voy a presionar en ningún sentido.

—¿Tomamos café otro día?

—Cómo no. Siempre que quieras. Imagino que le vas a contar nuestra conversación.

—A menos que tengas algún inconveniente.

—Ninguno. Yo también se la voy a repetir. Hasta donde yo sé, no tenéis secretos la una con la otra. ¡Oh! Por cierto, Brigitte: pídele a Gilles que no vuelva a fumar hashish en el estudio, hay otros lugares donde puede hacerlo.

Aubry dio un ligero beso a Brigitte en la mejilla y se marchó a su casa.

-5-

—Ya estás aquí.

Aubry abrazó a Valentina cuando le abrió la puerta. Eran las nueve de la noche y las calles estaban muy animadas. Cenaron en un restaurante familiar, pequeño y modesto. Típica comida francesa acompañada de un buen vino de la casa.

—Es un lugar encantador, no había estado nunca.

—Yo un par de veces, me apetecía traerte. No es sofisticado pero se come bien y el trato es agradable. ¿Cómo te ha ido el trabajo?

—Lo llevo muy adelantado, entregaré el cuadro en el plazo previsto. El señor de Beaumont lo quiere celebrar por todo lo alto, se ha pasado un momento para verlo. Yo le invité y se ha animado.

—¿Le ha gustado?

—Más que eso. Está entusiasmado. Me ha dicho que convocará a la prensa y a la televisión el día que colguemos el cuadro en el vestíbulo, y que convencerá a sus socios para que me hagan encargos. Después nos llevará a cenar.

—No entiendo el “nos”.

—Tú estás incluido, naturalmente. Le he dicho que tengo novio y que vamos en el mismo paquete. También me ha llamado la señora de Villette. Por fin. ¿La recuerdas?

—La dama del restaurante.

—Me espera el martes, hemos quedado a tomar un té.

—Tú sola, imagino. Es por trabajo.

—Sí, yo sola. Pero después te lo contaré todo.

—Mañana *Napoleón* y yo te esperamos a comer. He hecho una compra especial, espero que te guste. No soy muy bueno en la cocina pero me esforzaré.

—Sea lo que sea me gustará. ¿Llevo algo? ¿El postre?

—A ti misma. Es cuanto necesito.

—Aubry… quiero decirte algo.

Paseaban de la mano. Habían decidido regresar andando. Aunque la temperatura era fresca

y amenazaba lluvia.

—Dime.

—Te quiero muchísimo. Muchísimo.

—¿Pero?

—Sin peros. Sin objeciones. Te miro desde la ventana y me pregunto por qué estamos separados por unos pocos metros. Quiero estar contigo.

—Y yo quiero estar contigo. Aunque sí tengo un pero, Valentina. Me tengo miedo. Te he tenido en mis brazos y he podido contenerme, pero no sé cuánto más podré. Te amo de forma completa, y eso incluye el deseo físico. Tu calor, tu belleza, toda tú, cuanto eres incluido tu precioso cuerpo. No quiero que accedas para complacerme. Tú no estás preparada para una relación completa, lo sé. Te voy a ser absolutamente honesto, amor mío. Deseo entrar en tu cuerpo con todo amor y entrega, poseerte del todo y que tú me poseas a mí. Pero es pronto para ti. Fue tan intenso tenerte desnuda en mis manos y en mis labios que casi lo olvidé. De no haberme percatado de tu llanto hubiera llegado al final y me sentiría miserable.

—Estoy más preparada de lo que imaginas, Aubry. Tengo veinticinco años. Deseo lo mismo que tú y con la misma intensidad. Deseo terminar lo que comenzó anoche, deseo tus manos y tu boca en mi piel, y más, todo tu cuerpo unido al mío temblando de éxtasis y emoción.

—Lo crees, pero no es así. No, si lloras cuando te toco. Me tengo miedo, amor mío. No quiero hacer nada que te devuelva al horror de aquel día.

—No te atormentes. Yo también tenía mucho miedo antes de encontrarte. Nunca pude permitir que un hombre se me acercara mucho, y menos que tratara de besarme y tocarme. Pero contigo todo está bien porque te quiero. Y tú me quieres. No habrá violencia sino amor inmenso. No fueron lágrimas de pena, sino de alegría. El placer exquisito de sentirte en mi carne. Se puede llorar emoción y de ternura, Aubry. No me provocaste recuerdos dolorosos, sino que los sanaste. No podemos seguir viviendo condicionados por esa experiencia, Aubry. Tenemos derecho a una vida normal con las complicaciones normales del día a día, sin mirar atrás. No soy una niña aterrada, Aubry. Soy una mujer. Una mujer que desea y necesita ser completada por ti.

—Tienes razón. Es que he jurado cuidarte, y me espanta ser yo quien te provoque sufrimiento.

—No podrías cuidarme mejor, Aubry. Nadie podría comprenderme mejor que tú. Iré contigo donde sea, a cualquier sitio. Si me pides que salte desde un precipicio porque tú estarás abajo para recogerme, saltaré sin dudarlo.

Aubry se paró delante del edificio de Valentina y le cogió la cara entre las manos.

—Eres una mujer muy valiente y fuerte, Valentina. Me pregunto qué he hecho para merecerte. Cómo alguien tan salvaje y oscuro como yo puede tener el amor de un ser de luz. Me salvas de todos los abismos. Daría mi vida por ti si fuera necesario.

—No eres tan malo como crees, Aubry. Yo soy testigo. Amor mío, quiero estar contigo de forma completa, ahora mismo. No me hagas esperar más, me duele todo de lo que necesito tus caricias.

Aubry la abrazó y la besó en la frente.

—Estoy muy emocionado, cariño. Me tiembla todo el cuerpo, y el corazón.

—A mí también me tiembla, Aubry. Abrázame muy fuerte y dime que no me soltarás nunca.

—Nunca te soltaré, amor mío.

Encendieron una lámpara y Aubry bajó la intensidad de la luz. Valentina se colgó completamente de él, que la levantó para ponerla a su altura. Como la noche anterior, la dejó encima de la cama y comenzó a desvestirla sin dejar de acariciarla. La besó despacio, al principio suavemente y cada vez con mayor pasión. Ella suspiró y le correspondió con cierta torpeza.

—Enséñame a amarte –le susurró.

—Qué dulce sabes, qué tierna.

A Valentina le quemó el tacto de sus manos y su boca. La piel de Aubry ardía. Fue dejando huellas húmedas por toda su piel. Ella comenzó a tirarle de la ropa para quitársela y le pasó las manos por el cuerpo provocándole estremecimientos, mirándole, mientras él dejaba que le tocara para sentirle suyo. Aubry volvió a acariciarla y besarla tan íntimamente que Valentina se mareó. Jadeaba clavándole los dedos. Otra vez lloraba pero Aubry ya supo a qué atenerse. Besó sus lágrimas. Con la mayor delicadeza de la que fue capaz se abrió paso hasta el interior de ella, controlando la fuerza de su pasión. Valentina gritó y le arañó en un espasmo de dolor, y aquella laceración imprevista se unió al placer intenso que sentía. Él no dejó de besarla y susurrarle. Aubry, sin apartarse, la miró profundamente a los ojos, rodeados de ojeras violáceas. Tenía una gota de sangre en los labios, que se había mordido, y él la restañó con un beso.

—¿Ya ha terminado? –preguntó con voz ronca.

—Acaba de empezar, amor mío.

Valentina sintió que la sensación de dolor se atenuaba, sustituida por oleadas de placer que nunca hubiera imaginado tan intensas. Se sumergía en aguas profundas y salía a flote perdiendo la noción de todo excepto de su cuerpo unido al de Aubry. Finalmente, él la besó en la boca, un beso calmado y lento, y se hizo a un lado. Valentina le apoyó la cabeza en el pecho.

—Ha sido como morir y resucitar una y otra vez –le dijo, aún sorprendida.

—Sí, así es, muerte y resurrección de la carne. Como cruzar un túnel oscuro hacia la luz. Gracias, amor mío.

Ella se incorporó para mirarle y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ha sido mágico, ¿sabes? Nunca había sentido así. Para mí también es muy especial porque es la primera vez que he hecho el amor y he sentido amor –ella asintió con la cabeza, comprendiendo. Las otras veces de él, lo que le había contado, no eran nada que más que desahogos físicos sin importancia. Ella no era una "aspirina", era su amada— ¿Tienes sed, cariño? Te traeré agua.

Aubry se levantó y le llevó un vaso de agua. Valentina bebió atragantándose.

—Descansa, amor de mi vida.

—Oh, las sábanas están hechas un desastre.

—Están preciosas, adornadas con tu sangre virginal. ¿Sabes que en algunas culturas cuelgan las sábanas de las novias para que todo el mundo las vea?

—Lo sé. Pero ni se te ocurra sacar éstas a la ventana, me moriría de vergüenza.

—Nada de vergüenza, amor mío. Eres mi mujer. Aunque tranquila, que no las voy a exhibir. Solo hay que llevarlas a la lavandería.

Valentina rió en voz baja.

—Soy tu mujer. ¿Eso has dicho?

—Porque lo eres. Esto ha sido tan importante para ti como para mí, nunca podría banalizarlo. No soportaría que lo hicieras con otro hombre.

—Nunca, Aubry. Si mi madre pudiera verme se pondría triste porque en nuestra familia las chicas deben llegar vírgenes al día de su boda. Debían. Ya no queda nadie. Pero yo le diría que soy tu mujer y se alegraría por mí. Viviendo honro a todas las mujeres de mi linaje. Amando, amándote a ti, las devuelvo a la vida. ¿Qué sucede?

Aubry palideció y se tapó los ojos.

—Lo que has dicho tan bello sobre la vida… perdóname, no he tomado ninguna precaución. ¿Cómo he podido olvidarme? Lo siento, Valentina, no lo he hecho a propósito.

—Te has derramado dentro de mí.

—Completamente.

—No me importa. De verdad. Me da igual. Lo importante es lo que he vivido, lo que hemos vivido –se movió y se quejó— Estoy dolorida, como si tuviera agujetas.

—Venga, descansa, cariño.

—Pero tú no te duermas –le sonrió, somnolienta.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque quiero más.

—Mi preciosa y mimada mujer quiere más amor. Yo también.

***

Despertaron a la vez y se miraron. No recordaban qué habían soñado, y ninguno había oído al otro hablar en sueños. La luz inundaba la buhardilla.

—¿Qué hora es?

Aubry miró el reloj.

—Algo más de las ocho. ¿Cómo estás, amor mío? ¿Sientes molestias?

—Ya no. Estoy bien. Solo tengo hambre.

—Nos damos una ducha y desayunamos.

—Ve tú primero y mientras yo cambio las sábanas.

Aubry se levantó. Valentina le miró detenidamente. A plena luz del día las cicatrices destacaban con toda nitidez, así como la marca de su pierna izquierda. Por lo demás tenía un cuerpo espléndido y bien musculado. Él también la miró.

—Qué preciosa eres. Pareces un hada.

Cuando salió del baño le goteaba el pelo. Se vistió mientras ella se duchaba. Tardó bastante, tanto que comenzó a preocuparse. Dio un toque en la puerta.

—Valentina, ¿va todo bien?

—Ya salgo. No pasa nada.

Olía a flores. Tras secarse el cuerpo y el pelo, Valentina se desenredó y peinó la larga melena. Aubry no dejó de mirarla.

—Vamos a desayunar, cariño. Y de paso conoces a *Napoleón*.

—¿A tu casa?

—Que es también la tuya.

Cruzaron la calle y subieron a la buhardilla de Aubry. Valentina vio que era más grande y cómoda que la suya. Se quedó parada delante de su cuadro. *Napoleón* fue presentado oficialmente, Valentina le besó en la cabeza y el animal ronroneó contento.

—No te emociones, compañero –dijo Aubry muy serio— Es mi chica. Tengo que arreglarle primero, hace horas que falto de casa.

Limpió la caja, llenó el comedero, le puso agua y se lavó las manos.

—Ahora, nosotros.

Preparó el desayuno para los dos y conectó el tocadiscos, la Sinfonía número 7 en la mayor, opus 92, segundo movimiento de Beethoven. Valentina había recorrido la vivienda y miraba por la ventana libre su propia casa.

—Se ve diferente desde aquí. El telescopio es enorme.

—Ven a sentarte, amor –se situó tras ella rodeándole los hombros con un brazo y besándola en la sien— ¿Te gusta? ¿Te gusta la música?

—Mucho. Me gusta todo. Tu casa es muy acogedora.

—Te daré copia de la llave para que entres y salgas a tu aire. Aunque, la verdad, lo que más me gustaría es que te trasladaras aquí conmigo. No puedo conformarme con verte desde la ventana, necesito más.

—¿No te importa tenerme aquí? Me preocupa un poco la convivencia, los dos estamos acostumbrados a vivir solos.

—No tienes más que traer tus cosas. Brigitte podrá visitarte igual. Si no te adaptas a mis manías puedes volverte.

—No creo que vuelva allí. Seguiré pagando el alquiler los próximos meses antes de decirle a mi casero que me voy. Los muebles son todos de segunda o tercera mano, no tienen ningún valor aunque los haya pintado. Prefiero vivir contigo y con *Napoleón*. ¿Quién es más maniático de los dos?

—Yo, sin duda.

Con las tazas de café en la mano se apoyaron en el cristal de la ventana viendo caer el agua.

—Es un milagro, Valentina. Un milagro para alguien que no cree en los milagros. Tú aquí, iluminando la mañana con tu sonrisa.

La estaba abrazando y besando. Valentina se abandonó en sus brazos. La subió en brazos a la parte de arriba.

—Deseo hacerte el amor, Valentina.

Se olvidaron de comer. Se amaron y durmieron sin mirar la hora. Llovió todo el día. Al caer la tarde se levantaron y compartieron la ducha, enjabonándose mutuamente y besándose bajo el agua. Cenaron lo primero que cogieron del frigorífico y se fumaron un cigarrillo. El gato también durmió toda la tarde.

—¿Cuándo te mudarás? Te ayudaré con las bolsas.

—Mañana después de salir del estudio. Te dejo una noche para que reflexiones.

—No tengo nada que pensar. Lo que tú decidas. Supongo que se lo vas a decir a Brigitte.

—A Brigitte, a Christine y a Andrew y a Peter.

—Claro, Christine y los americanos son tu familia.

—Están deseando conocerte de verdad.

—Y yo a ellos. Conocernos como seres humanos y hablar sin miedo. Nos lo hemos ganado. Les estoy muy agradecido, tanto a ellos como a Christine. Respecto a Brigitte, tomé café con ella ayer y hablamos.

—Lo sé. Me gusta que os llevéis bien los dos.

—Es una chica estupenda y te quiere mucho.

—Estoy rodeada de personas que me quieren; es más, me sobreprotegen como si me fuera a romper.

—Te lo mereces, te mereces todo lo bueno.

Valentina bostezó discretamente. Aubry sonrió.

—Te estás durmiendo.

—Eso creo. Estoy tan bien abrazada a ti, desprendes tanto calor que se me cierran los ojos. Además, mi cuerpo reclama descanso.

—¿Ya te has cansado de mí, dulce criatura?

—No, de ti nunca. Pero tanta actividad sexual me está pasando factura. He pasado de cero a cien en muy poco tiempo, amor mío. Es maravilloso y agotador. No quiero quedarme dormida cuando volvamos a empezar. Tengo mucho que aprender aún.

—Y yo estoy deseando enseñarte y aprender de ti.

—¿Qué puedo enseñarte yo que tú no sepas?

—Ternura y delicadeza, entrega generosa, risa feliz. Y mucho más.

—Te amo, Aubry.

—Te amo, Valentina. Eres la primera mujer que me ha dicho que me ama y la primera a la que se lo he dicho yo. No estoy acostumbrado a las palabras de amor, tendrás que tener paciencia conmigo. Pero aunque no te lo diga tan a menudo como mereces quiero que sepas que eres mi único amor para siempre.

—Y tú mi único amor para siempre. No quiero irme a casa, quiero dormir aquí contigo. Me he acostumbrado a sentirte cerca y me costará coger el sueño.

—Quédate, cariño. Dime qué necesitas para mañana y voy a buscarlo en un momento.

—Ropa limpia y el neceser.

—¿Quieres tu pijama carcelario?

—No sé si voy a necesitarlo –rio divertida. Los ojos de Aubry destellaron.

—Cogeré lo que me parezca. No te muevas.

A Aubry se le hizo raro estar en la casa de Valentina sin ella. Olía a su perfume. Tocó sus cosas mientras abría cajones y seleccionaba algunas prendas. Encontró su lencería perfectamente agrupada y cogió un top, rozó la blonda, lo soltó y acarició los lazos de una braguita azul, aspirando su perfume floral. «No seas pervertido, Aubry. ¿Qué haces manoseando la ropa interior de tu novia?» Miró por la ventana y la vio tumbada en el sofá con el gato encima, los dos pacíficamente dormidos. Se le escapó una risa cariñosa.

***

—Le veo muy bien, señor Dubois.

Aubry asintió con la cabeza y sonrió brevemente a la psicóloga.

—Estoy muy bien, doctora. Definitivamente he dejado de mezclar calmantes y alcohol, como en condiciones, duermo profundamente. Y además reconozco mi cara cada vez que me miro en el espejo.

Vivianne Leclercq se quedó muy seria.

—Explíqueme eso de que reconoce su cara. No me lo había mencionado hasta ahora.

—Fue algo pasajero, doctora. A veces me levantaba y al mirarme en el espejo mientras me afeitaba veía mi cara distorsionada, o con una expresión extraña. Parpadeaba y cada rasgo ocupaba de nuevo su lugar. No se trata de prosopagnosia, sé lo que es y no lo he padecido nunca. Reconozco y recuerdo las caras sin ningún problema. El único problema pasajero fue con

la mía. Tal vez se debió a la sobremedicación con alcohol y el insomnio.

—Debería hacerse pruebas neurológicas. Puedo recomendarle a un colega, un neurólogo extraordinario.

—No, doctora. No es necesario. He seguido sus indicaciones y ya no tomo ansiolíticos, he terminado las últimas dosis. No quiero más. Mi vida personal ha mejorado mucho. Vivo con Valentina, se ha trasladado a mi casa y la convivencia es maravillosa. Somos felices juntos. Ella ha informado a Christine Moreau y a sus amigos estadounidenses. Todos la apoyan y yo la adoro, como no podía ser menos.

—¿Está seguro de no querer hacerse esas pruebas, señor Dubois?

—Completamente. Lo que necesito es concluir ya con la terapia, doctora. Tengo muchos proyectos.

—Para usted o para Valentina.

—Para ambos. Me gustaría comprar una casa en un pueblo costero, en el Mediterráneo, con viñedos y un gran cobertizo o algo así para que Valentina instale su estudio. También crear una galería para ella, donde exponer y conservar su obra.

—Muy interesante. Y muy caro. ¿Dispone de esos fondos? Es complicado conseguir préstamos y avales incluso para una pintora tan reconocida.

—Dispongo de suficientes bienes propios, doctora. Para realizar esos proyectos y vivir Valentina y yo los años que nos queden.

—Me sorprende usted, señor Dubois.

—No me gusta hablar de dinero y mi estilo de vida es muy sencillo. A Valentina le gusta la idea de la galería y la casa.

—Así que usted no tiene secretos para ella.

—No. No tendría sentido. La confianza mutua es la base de una relación.

—¿Van a casarse?

—Si ella acepta, eso espero. Ahora está muy agobiada por el trabajo, esperaré para pedírselo.

—¿Se ve casado, señor Dubois?

—Si me pregunta si me veo capacitado para tener esposa y llevar una vida familiar, le diré que sí. Sé que seré un buen marido porque mi actitud hacia Valentina no va a cambiar por el hecho de estar casados. Respecto a si estoy preparado para tener hijos, dudo que todos los padres lo estén antes de serlo. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Pero no veo por qué no podría ser un buen padre y darles a mis hijos lo que yo no tuve. Un paso por vez.

—Entonces, ¿qué quiere de mí, señor Dubois?

—Usted ya ha cumplido su cometido, doctora. Solo me queda darle las gracias por su paciencia y su ayuda.

—Se ha ayudado usted mismo, señor Dubois. Yo solo le he acompañado en la medida que me lo ha permitido. Le deseo toda la suerte, se la deseo a los dos.

—Gracias, doctora.

Se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza y salió de la consulta. Volviendo a su casa en metro casi cantaba. Valentina estaba dando los últimos toques a *El Sueño de Eurídice* y no quiso molestarla. En pocos días trasladarían el cuadro a su ubicación con despliegue de medios y la tensión nerviosa comenzaba a hacer efecto. Aubry no veía el momento en que pudiera descansar antes de emprender el otro encargo importante. Llevó la ropa sucia a la lavandería y después salió a hacer unas compras. Quería sorprender a Valentina con una cena especial. Llegaba siempre muy cansada y apenas comía nada aparte de fruta y yogures.

***

Valentina había tardado muy poco en decidirse a vivir con Aubry. Avisó con el tiempo reglamentario a su casero pero se mudó antes de que terminara el plazo. Sus ropas, artículos de tocador y libros ocuparon su lugar en la nueva casa. El resto se quedó en la buhardilla. El propietario quedó muy contento porque arreglada y amueblada aunque fuera sencilla y someramente le permitía subir el alquiler.

Brigitte quedó muy sorprendida porque no imaginaba que todo iría tan rápido. Estaban las dos en casa de la pelirroja tomando chocolate.

—Venga, cuéntame. Te ha cambiado la cara. ¿Ya te has comido a ese bombón?

Valentina se echó a reír, ruborizándose.

—¡Lo has hecho! No puedo creerlo. Quiero todos los detalles ahora mismo. ¿Dónde, cuándo, cómo?

—La primera vez fue en mi casa, el sábado por la noche. El cómo… bueno, ya te puedes imaginar. Como todo el mundo.

—¡Ah, no! No hay como todo el mundo. Venga, habla.

Valentina se lo contó con palabras sencillas, intentando sobre todo transmitirle las sensaciones y sentimientos.

—No es solo lo que hizo con sus manos, sus labios, su lengua, es todo. Bueno, no puedo hacer comparaciones pero fue único. Y cuando por fin… cuando vio que era el momento, que yo lo deseaba tanto como él, fue como morirme y resucitar. Me dolió muchísimo al principio aunque tuvo mucho cuidado; pero después ya solo sentí éxtasis y ganas de más. No sabía que se podía disfrutar tanto y con tanta intensidad, eran oleadas constantes de placer que me ahogaban. Me llevó al clímax tantas veces que casi me desmayé, apenas podía soportarlo. No me imaginaba que podía ser así, Brigitte.

—Has tocado el cielo, cariño –Brigitte suspiró— Pero dame detalles suyos, ya sabes… no te pongas roja, estás hablando conmigo y además yo ya pude ver algo de esa fruta prohibida. A ver, qué te has echado al cuerpo para envidia de todas las mujeres –le sonreía con toda la cara y comenzó a hacerla reír— Cuenta, no seas egoísta.

Valentina dejó la taza sobre la mesa y se tapó la cara. Se le escapaba la risa entre los dedos.

—Tremendo –logró articular— todo lo que viste e imaginaste pero más –Brigitte soltó una serie de gritos agudos.

—¡Oh! Te odiamos, te odiamos –no paraba de darle besos en la cara, riendo mientras le juraba que la odiaría siempre— ¿Qué planes tenéis?

—Ahora mismo tomarme unos días de descanso en cuanto el cuadro ocupe su lugar. Después comenzar el encargo de la señora de Villette. Respecto a Aubry y a mí, seguiremos juntos compartiéndolo todo.

—¿Qué te ha encargado la señora de Villette? Si no es un secreto, claro.

—A ti te lo puedo contar. Es bastante especial. Quiere un tema religioso para su villa de Niza, un Nacimiento. Yo no he pintado nunca cuadros religiosos, pero lo que me ha sorprendido es que me ha facilitado fotos familiares. Quiere que María y José sean sus propios padres; el Niño, su hermano; y los Reyes Magos, sus dos abuelos y un tío materno a quien quería mucho.

—¡Vaya! ¿Y lo vas a hacer?

—Por supuesto. El entorno, la ropa, todo, lo deja a mi inspiración, solo las caras deben ser las que ella me ha indicado.

—Joder, creo que eso no se veía desde el Renacimiento.

—No lo sé. En todo caso es un buen encargo y estoy encantada. Aunque ahora lo que más me apetece es tomarme ese descanso y estar con Aubry. Me ha propuesto que pasemos esos días en un pueblo del Mediterráneo.

—¿Habrá boda?

—No hemos hablado aún de eso, pero a mí me gustaría casarme con él. Tenemos tiempo. Si me lo pide, aceptaré sin dudar.

—Qué historia tan bella, parece una novela. ¿Sabes qué me dijo tu Aubry? Que mientras siga colgada de Gilles no avanzaré en mi trabajo.

—¡Oh! No se me había ocurrido pensarlo, pero creo que tiene razón. Gilles es un lastre colgado de tu espalda. Está claro que no va a hacer nada por ti, resta en vez de sumar. Ya no sé cómo decirte que esa relación es demasiado tóxica, Brigitte. No sois pareja, no tiene en cuenta tus sentimientos, pero no siente escrúpulos a la hora de meterse en tu cama cuando le conviene.

—Y yo soy la idiota que se lo permite.

—Brigitte, no eres idiota. Le quieres todavía. Le quieres demasiado para tu bien, y no creas que aguantando sus caprichos recuperarás su amor.

—Según Aubry, ni me quiere ni me ha querido nunca, solo se ama a sí mismo. ¿Cómo ha podido conocerle tan bien en un momento?

—Aubry es muy inteligente y por su experiencia de vida conoce muy bien a las personas. No llores, cariño. El mundo es muy grande y tú eres una gran pintora, no hagas caso de lo que pueda opinar Gilles.

—¿Sabes que su padre no me ha mandado invitación para la presentación de tu cuadro?

—¿Cómo? Eso no puede ser. Tú eres invitada personal mía, al igual que Aubry y mi madre. Hablaré con el señor de Beaumont.

—No lo hagas. Ni él ni Gilles me quieren allí ese día.

—Pero yo sí te quiero allí. No voy a permitir que ninguneen a mi mejor amiga.

—Si tú se lo pides, el señor de Beaumont te dirá que por supuesto. Pero no se trata de eso. Le sentaría muy mal, y a Gilles también. No quiero ir, Valentina. Cualquier día me pasaré por el edificio y veré tu cuadro tranquilamente. No te preocupes, de verdad. Aunque tú estés conmigo todo el tiempo, sabiendo que ni Gilles ni su padre están cómodos me sentiría como una convidada de piedra. Además, no podrás estar conmigo todo el tiempo, eres la invitada de honor, la protagonista de la fiesta. Te veré en las fotos oficiales y en la televisión. Y brindaré por ti, por la mejor amiga del mundo.

—Maldito Gilles, de todas formas –a Valentina se le saltaban las lágrimas— Lo que no entiendo es qué tiene contra ti su padre.

—¡Oh, eso! Me considera vulgar, plebeya y sin clase. No le gustan ni mis cuadros ni yo, le da repelús que tenga un puesto en la Plaza, mi forma de vestir. Además cree que voy detrás del dinero y la fama de su hijo. No es cierto, pero lo cree firmemente. No me considera digna de los de Beaumont.

—¿A estas alturas del mundo piensa así? Yo también soy pintora y me trata muy bien. No lo entiendo.

—Es muy conservador. Tú le has caído muy bien por tu forma de ser y comportarte. Oye, Aubry no tendrá un hermano gemelo por algún sitio, ¿no?

—Hasta donde yo sé es hijo único y no tiene parientes ni amigos. Lo siento.

—Hubiera sido demasiado bueno. ¿Sabes algo de nuestra exposición?

—Me llamarán uno de estos días, pero va por buen camino. Aunque después de lo que me has dicho, voy a eliminar a Gilles. Expondremos solas las dos.

—¡No! Déjalo como está. No hagas ni digas nada. Este asunto tengo que solucionarlo yo sola, Valentina. Quiero sacar a Gilles de mi corazón pero mantenerlo como amigo.

—¿Lo harás de verdad?

—Oh, sí. Se acabó tenerlo en el estudio a cualquier hora, y estar a su disposición cuando quiere sexo fácil y sin complicaciones. Voy a empezar a vivir por mi cuenta, Valentina.

—Bien por ti, cariño. Encuéntrate y deja que tus pinceles hablen con tu nueva voz.

***

Valentina tapó el lienzo y se lavó las manos y la cara. Ya había terminado el cuadro. Tenía que dejar que la pintura se secara completamente antes de trasladarlo. Miró la hora. Eran cerca de las nueve y Aubry no tardaría en llegar. Sonó el timbre.

—¡Gilles! Si buscas a Brigitte no está.

—Quería hablar contigo antes de que te marcharas. ¿Me dejas entrar?

—Claro, pasa.

Gilles dejó sobre la mesa una botella de vino y un paquete de galletas saladas. Se paró delante del cuadro.

—¿Puedo verlo?

—Desde luego. Pero no lo toques, está recién terminado.

Valentina levantó el paño. Él se quedó en silencio. Se movió, acercándose y alejándose para verlo desde diferentes ángulos. Le brillaron los ojos.

—Joder…joder…joder… —susurró. Se volvió hacia Valentina y tragó saliva. Ella vio que estaba muy emocionado— Esto es… papá se va a morir. Dios mío, no puedo creerlo… ¿Tú sabes lo que has creado?

—¿Te gusta de verdad?

—No banalices. No es que me guste. Va más allá de eso. Has creado una obra de arte única, parte el corazón. Tú negarás que invocas a Da Vinci y a Waterhouse, pero esos dos te poseen mientras pintas. Es increíble. De verdad, estoy al borde del infarto. Eres maravillosa, tienes ese toque divino concedido a muy pocos –le cogió las manos y se las besó. Después abrió el vino— Vamos a brindar por la mejor pintora del siglo veintiuno. No sabes lo humilde que me siento cuando veo tus cuadros.

Valentina supo que lo decía sinceramente. Le sonrió, agradecida, y bebió. Ambos se sentaron en el diván.

—Gilles, me alegro de verte porque quiero comentarte algo sobre la presentación. Verás, le dije a tu padre que mis invitados personales iban a ser Aubry, Christine, la doctora Leclercq y Brigitte. Pero Brigitte no ha recibido su invitación, y sin ella no la dejarán entrar. ¿Sabes qué ha podido pasar?

Gilles se puso muy serio.

—Mira, Valentina, no voy a mentirte. Papá no soporta a Brigitte. Y a mí no me apetece llevarla como acompañante.

—¿Pero por qué?

—Porque voy a comprometerme con Valérie de Villette y no quiero a Brigitte mirándome como un cordero degollado cuando me vea con ella. Sí, se lo diré personalmente, descuida. Y sé que me montará un escándalo a su manera, lágrimas y silencios.

—¿Pero es que no le guardas ni un mínimo de consideración?

—Soy un egoísta, lo sé. Pero a ese juego hemos jugado los dos, nunca le prometí nada. Hubiera preferido comprometerme contigo, Valentina. A papá le gustas y no hubiera puesto objeciones. Como tú me dejaste muy claro que no te intereso, he buscado otra chica adecuada. Valérie es culta, elegante y discreta. Me conviene, y nuestras familias han dado su visto bueno. Ese evento será nuestra primera aparición en público como novios oficiales y no tardaremos en anunciar el compromiso de boda. Brigitte se va a llevar un berrinche, prefiero que patalee en privado y no durante la fiesta.

—Imagina que la llevo conmigo.

Gilles suspiró fuerte.

—Pues entrará aunque su nombre no esté en la lista, naturalmente, porque papá no va a hacer un feo a la pintora invitada de honor. Ni él ni yo haremos ninguna alusión, y en la cena le diremos al maître que se las apañe para buscarle hueco en una mesa. De verdad, Valentina, no lo hagas. Resultará incómodo y así sí quedará en evidencia.

—Es mi mejor amiga. Me parece horrible esta conspiración contra ella cuando se presenta un cuadro mío. ¿Sabes cómo me siento de miserable?

—Tú no, yo soy el miserable. Lo sé y lo asumo. Y ya que estamos hablando con tanta claridad, hay otro a quien me hubiera gustado dejar fuera pero me ha resultado imposible: Aubry Dubois.

—¿Mi novio?

—Ese Aubry, sí. Brigitte me dijo que te ibas a ir a vivir con él –la miró detenidamente durante tanto tiempo que Valentina se molestó.

—¿Qué estás mirando, Gilles?

—A ti. Lo has hecho, ¿verdad? Se te nota. Ya no tienes ese aire espiritual y limpio que te rodeaba. Sigues preciosa pero no es lo mismo. Me pregunto por qué has permitido que ese tío te toque. No puedo ni quiero imaginarte en sus brazos porque se me revuelve todo por dentro.

—No sigas por ahí, Gilles. No te importa.

—Sí me importa porque tú me importas y no me fío de él. Amor mío, ese Aubry salido de ninguna parte, ¿quién es?

Volvió a sonar el timbre. Valentina se levantó para abrir y Aubry apareció en la puerta. La besó y la abrazó sin ver a Gilles hasta que estuvo dentro del estudio. Le cambió la cara. Gilles no se inmutó.

—He venido a ver el cuadro de Valentina para informar a mi padre, que está impaciente. Espera a verlo por ti mismo, es lo mejor de lo mejor. ¿Te apetece una copa de vino? Estamos bebiendo a la salud de la mejor pintora del mundo.

—Claro. A la salud de Valentina. Por ti, amor mío. ¿Ya has terminado tu trabajo?

—Sí, mira a ver qué te parece.

Volvió a levantar el paño. Aubry se quedó como petrificado.

—No tengo palabras. Debería estar colgado en el Louvre.

—En eso coincido contigo, Aubry. Es digno de tener su propia sala en el museo.

—O de tener su propio museo. Ven aquí, Valentina. Has creado un milagro pictórico.

Gilles, viendo que iba a abrazarla y a besarla delante de él, se movió y se levantó, distrayéndoles.

—Ya he prolongado mucho mi visita. Valentina, mi padre va a quedar conmovido cuando vea lo que has hecho. Mandará gente para que lo traslade. Nos veremos en la fiesta. Aubry, imagino que a ti también te veré.

—No lo dudes, allí estaré con Valentina.

Al quedar solos, Aubry murmuró algo que Valentina no entendió.

—Asno pomposo –remató en francés.

—No le esperaba, me ha pillado de sorpresa.

—¿Qué quería?

—Ver el cuadro, eso es verdad. Y después explicarme personalmente por qué han eliminado a Brigitte de la lista de invitados.

—¿No dejan ir a Brigitte? Eso es cosa de ese cabrón arrogante.

—Se va a comprometer con una chica de la familia de Villette, acudirán juntos. Y Brigitte le estorba.

—Se lo dije. Le dije que la dejaría tirada por una chica de su propio círculo. Qué injusticia.

—Creo que en el fondo Brigitte se esperaba algo así, aunque no tan pronto. A mí me disgusta que no esté en un acontecimiento que me concierne. Si la llevo con nosotros le harán un hueco, pero eso resultará también humillante para ella. Brigitte tampoco quiere ir así.

—Qué contratiempo. Entiendo que estés disgustada. Vamos a casa ya, amor. Caminar un poco te sentará bien. ¿Estás muy agotada?

—Sí, pero contenta porque ya he terminado el encargo.

—*Napoleón* ha preparado la cena, y se pondrá triste si no te lo comes todo. Después de cenar te masajearé los pies. Y después a dormir como una niña buena.

—¿Y si no quiero ser buena?

—Ah, vaya.

—Quiero al chico de los tejados entrando por la ventana y haciéndome el amor como solo él sabe.

—Y él quiere amarte con todo su cuerpo hasta que te desmayes en sus brazos.

—Dime, ¿mi aspecto ha cambiado desde que estoy contigo?

—No comprendo la pregunta. Estás preciosa como siempre, tu cara brilla de felicidad. No, estás más preciosa aún –hizo un sonido de fastidio— ¿Qué te ha dicho Gilles? ¿Qué se te nota que ya no eres virgen? Será imbécil. Tu aura de hada sigue ahí, amor mío. Un hada de luz y de amor. Porque tú eres luz y amor. Él sí que es espeso, gris y pegado a la tierra.

—No te enfades, Aubry.

—No me enfado, cariño. No voy a dejar que nos estropee la noche. El chico de los tejados está deseando entrar y hacerte morir de amor hasta que se haga de día.

—Entonces me lo comeré todo para que *Napoleón* no se disguste y le esperaré despierta y deseosa. Díselo.

—Ya lo sabe. Te regalará una estrella para que ilumines su camino.

-6-

Aubry abrió mucho los ojos cuando vio a Valentina. El vestido corto de fiesta de pálido color rosa dejaba un hombro al descubierto y se ajustaba como un guante a su cuerpo esbelto y delgado. Era un modelo engañosamente sencillo, de gasa, que realzaba su piel blanca y sus ojos grises. Los zapatos plateados de tacón la elevaban diez centímetros sobre el suelo. Había ido a un centro de belleza, además, donde le habían recogido el pelo en un moño bajo, y maquillado. Era la primera vez que se maquillaba y no se reconoció al verse en el inmenso espejo. La esteticista la animó a hacerlo a diario. Sus únicas joyas eran la medalla, que no se quitaba nunca, y la pulsera. Ella, por su parte, también quedó asombrada ante el aspecto de Aubry, elegantísimo con esmoquin, zapatos negros de charol modelo Oxford, gemelos de plata lisos. Parecía incluso más alto. Perfectamente afeitado y con el pelo peinado hacia atrás con fijador para no despeinarse.

—Amor mío, estás bellísima. Mírate… Eres una princesa de cuento.

—Y tú el Príncipe Azul. Qué guapo y elegante, Aubry.

—Tengo que estar a tu altura y del acontecimiento, es lo mínimo. Es la primera vez que me visto así, espero que no se me vea torpe con esta ropa.

—No. Es como si hubieras llevado esmoquin toda la vida, te mueves con soltura y naturalidad. Vas a ser el más guapo de todos.

—Y tú la más guapa –le sonrió— Te besaría, pero no quiero estropear tu maquillaje –le besó las manos y la ayudó a ponerse el chal sobre los hombros.

—Qué pena que mamá no pueda estar hoy con nosotros –suspiró Valentina. Christine Moreau finalmente no había podido viajar a París.

—La próxima vez, cariño. Habrá más ocasiones.

Un coche enviado por Luc de Beaumont los recogió. Valentina puso cara de asombro: había seguridad privada, photocall, incluso una alfombra azul oscuro en la entrada para no ensuciarse los zapatos. Profesionales de la prensa y freelances a la caza de fotos no oficiales, un equipo de televisión.

—No puedo creer que hayan montado semejante despliegue. Parece la entrega de los Oscar. ¿Todo esto es por mi cuadro?

—Por tu cuadro y por ti. De Beaumont y sus socios tienen que estar más que encantados con tu trabajo. Te han preparado el recibimiento que mereces, amor mío. Disfrútalo. Es tu momento.

—Pero tú conmigo, Aubry. No me dejes sola.

—Pero cómo voy a dejarte sola. Jamás. Solo me eclipsaré discretamente cuando te entrevisten. La artista eres tú.

Hubo un momento en que los flashes de las cámaras la deslumbraron, pero sonrió a todos y respondió a las preguntas con sencillez y amabilidad. El cuadro estaba tapado. Cuando apartó el paño de terciopelo y lo dejó al descubierto, la misma Valentina se quedó impresionada pese a haberlo pintado ella. Los colores brillaban con vida propia. Parecía que las figuras iban a moverse de un momento a otro.

—Querida, su manejo de la perspectiva es magistral, casi diría que uno puede entrar en el cuadro.

—Gracias, señor Leroy.

—Hablaremos con calma en otro momento, señorita Moreau.

Vivianne Leclercq, sobriamente vestida de negro, se acercó a Valentina.

—Gracias por la invitación, señorita Moreau. Su obra es majestuosa. Disculpe que no me quede más tiempo, solo he venido un momento a ver su nuevo trabajo y saludarla.

—Aubry ha venido conmigo, ¿dónde se ha metido? –le vio unos pasos detrás de ella— Aubry, ven. Está aquí la doctora Leclercq

La psicóloga miró incrédula al caballero elegante que se acercaba a ella. No se parecía al Aubry que iba a su consulta con ropa desgastada. Él besó su mano.

—Encantado de verla, doctora. Ha sido muy amable viniendo.

—No me lo hubiera perdido por nada, soy una admiradora de la pintura de su novia. Me alegra verle, señor Dubois. Me alegra mucho verles a los dos. Mucha suerte y éxito a ambos.

No había demasiados invitados, y todos cuidadosamente seleccionados. Valentina y Aubry saludaron a Émilie de Villette, que estaba allí con su marido y su sobrina Valérie, a quien acompañaba Gilles.

—Valentina, te presento a Valérie de Villette, mi prometida.

Las dos jóvenes se miraron y se saludaron. Valentina tuvo que reconocer que Valérie era perfecta; no solo físicamente resultaba atractiva y elegante, sus modales refinados y su impecable dicción eran un plus. Llevaba conjunto de seda de falda y chaqueta de profundo color violeta y zapatos y bolso beige. El cabello castaño claro le llegaba a los hombros, una melena corta muy cuidada con flequillo. Sus ojos color miel miraban directamente.

—Conozco su trabajo. Sus cuadros son maravillosos.

—Gracias.

—Llámame Valérie. Los amigos de Gilles son mis amigos.

—Y el caballero es el señor Aubry Dubois, prometido de nuestra artista.

Aubry se inclinó y besó la mano de Valérie.

—A sus pies.

—Aubry, yo soy Valérie.

De Beaumont padre se llevó a Valentina para presentarla a sus socios y a otras personas importantes de su círculo. Aubry miraba disimuladamente intentando descubrir si Sissi se encontraba allí, pero no estaba. Distinguió a su abuela, tan hierática como siempre. Luc de Beaumont se aproximó a él llevando a Valentina del brazo.

—Valentina, Aubry, quiero presentaros a una gran amiga y amante de la pintura. La señora Isabelle de Lavoissier.

Se acercaron a ella, que los miró sin cambiar de expresión.

—Isabelle, ¿me permites que te presente a nuestra artista? La señorita Valentina Moreau y su prometido, el señor Aubry Dubois.

La dama sonrió brevemente al hombre y a Valentina. Aubry besó su mano. Ella le reconoció en el acto, pero no pestañeó.

—Es usted magnífica, querida. La llamaré y hablaremos. ¿Usted también es pintor, señor Dubois?

—No, señora. No soy artista.

—Su prometida es excepcional, tiene un toque divino.

—Soy muy afortunado, señora de Lavoissier.

—¡Oh! Isabelle, discúlpanos a Valentina y a mí, quiero que conozca a alguien. Aubry, te dejo al cuidado de esta dama hasta que volvamos.

—Será un honor.

Isabelle de Lavoissier le miró seriamente pero sin hostilidad. Cuando un camarero pasó con una bandeja llena de copas de champán, Aubry cogió una y se la ofreció. La mujer aceptó.

—No esperaba encontrarle aquí. Me ha sorprendido usted. ¿De veras es el prometido de la joven?

—Así es, señora. Estoy aquí por ella.

—La vida da muchas vueltas. Deduzco que usted ha seguido mis indicaciones invirtiendo tal y como le han aconsejado mis agentes de Bolsa.

—Sigo cada paso que me indican y les dejo hacer su trabajo. Son muy eficientes. Le doy las gracias de nuevo, señora de Lavoissier, su ayuda me resultó de mucha utilidad.

—Se ayudó usted mismo, yo solo le di el primer empujón. Me gustan las personas ambiciosas y usted no me ha decepcionado –vio que volvían Valentina y de Beaumont y cambió de conversación— ¿Hay boda a la vista? Soy una anciana romántica y adoro las historias de amor con final feliz.

—Más adelante, si Valentina me acepta.

—No tarde en pedírselo. Querida mía, le deseo toda la felicidad. La llamaré.

Los invitados a la cena fueron aún más escasos, y todos íntimos. Gilles y Valérie se sentaron junto a Valentina y Aubry.

—Me ha dicho Gilles que no eres pintor.

—No. No soy artista. Pero me gusta la música.

—Querida, Aubry es un especialista en astrología.

—¿Oh? ¿Preparas cartas astrales?

Aubry tuvo que contenerse para no mover un músculo. Eso era algo que estaba intentando aprender de Gilles, su imperturbable calma aristocrática, no perder los estribos oyera lo que oyera.

—Astronomía, Valérie. Me temo que Gilles se ha confundido. Y no soy especialista, solo me gusta leer sobre ello. Astronomía y arqueoastronomía.

—Qué interesante. Uno de mis amigos de Londres es astrofísico.

—¿Y tú a qué te dedicas, Valérie? –Valentina intervino lo más rápidamente que pudo.

—Soy abogada.

—Está doctorada en Derecho Internacional. No seas modesta, querida mía.

—En su campo es tan brillante como Valentina en el suyo –dijo de Beaumont padre. Se le notaba encantado con su futura nuera.

Valentina y Valérie se sonrieron mutuamente. La pintora pensó en Brigitte, preguntándose qué estaría haciendo. Tantas idas y venidas por los caminos sentimentales, y había comprendido que estaba enamorada de Gilles cuando ya era demasiado tarde. El juego había terminado.

—¿Tomarás el té con tía Émilie y conmigo una de estas tardes? Me gustaría que fuéramos amigas.

—Por supuesto, Valérie. En cuanto vuelva de mis pequeñas vacaciones. Además, la señora de Villette y yo tenemos que concretar algunos detalles de su encargo.

—¿Dónde te vas, Valentina?

—Nos vamos, Gilles. Aubry y yo. Al Mediterráneo.

—Niza está preciosa en esta época, antes de que se llene de turistas.

—Vamos a Collioure –aclaró Aubry.

—¡Es precioso! Te encantará, Valentina. Además allí está enterrado un poeta español, Antonio Machado. No olvides ir a visitar su tumba. De verdad que os va a gustar. ¿O tú ya lo conoces, Aubry?

—No. Todavía no. Estuvimos mirando bastantes pueblos y al final nos decidimos por ese, han pasado muchos pintores por allí. Valentina necesita tranquilidad y descanso.

—Valérie es una enamorada de la poesía de Machado –dijo Gilles— Lo lee en el original.

—Eso es porque he estudiado español más tiempo que tú, Gilles. Y sí, adoro su poesía –y recitó a media voz en francés algunos de sus versos más conocidos —Es una traducción aproximada. Os recomiendo su lectura.

—¿Por qué un poeta español está enterrado en Francia? –preguntó Aubry con curiosidad.

—¡Ah, querido! La política y sus vaivenes. Oscar Wilde también está enterrado aquí. Francia es la tierra de la *Liberté, Égalité et Fraternité*, pese a que algunos de nuestros antepasados, de Valérie y míos, perdieron la cabeza bajo ese lema. Pero dejemos la política, no es un tema adecuado para tratar durante la cena. ¿Cómo vais a viajar?

—En tren. Es la mejor opción.

—Para pocos días parece bastante lejos, hay sitios preciosos cerca de París.

—Me apetece ir al mar –dijo Valentina— Es muy relajante.

—Sobre todo ponte mucho protector solar, con la piel que tienes te puedes abrasar incluso yendo por la calle. Por lo demás es muy buena elección –Valérie rozó delicadamente las manos de Valentina —¿Cuándo os vais?

—Dentro de tres días. Me hace mucha ilusión.

La cena transcurrió tranquilamente, y tras una última copa de champán se levantaron de la mesa. Les habían hecho fotos al entrar en el restaurante, pero ya no había nadie esperándolos.

—Ha sido una noche perfecta. Gracias, señor de Beaumont.

—Gracias a ti, querida. Cuídate y descansa.

—¿Nos vemos a la vuelta?

—Claro, Gilles.

—Voy a llevar a Valérie a casa. Buenas noches a todos.

Una vez en la buhardilla, lo primero que hizo Valentina fue descalzarse con un suspiro de alivio. Echó una ojeada a *Napoleón*, que dormía pacíficamente en su cesta. Aubry y ella se abrazaron estrechamente. El corazón de él latía al máximo.

—¿Sabes? Lo que más recordaba de ti aparte de los ojos era el ritmo de tu corazón. Qué fuerte late.

—Late por ti y para ti. Eres lo único importante de mi vida. Deja que te lo demuestre, amor mío. Ven conmigo.

Mucho más tarde, cuando Valentina yacía relajada en sus brazos, Aubry encendió un par de cigarrillos para los dos. Fumaron un instante en silencio.

—Valentina, nunca imaginé que llegaría a encontrarme con algunas personas de mi vida anterior en el mismo plano.

—Yo tampoco imaginé que me relacionaría con personas tan importantes.

—Eso es bueno para ti. No solo entienden de pintura sino que pueden comprar cuadros. Y tú empiezas a estar muy cotizada, principalmente por ese tipo de clientela. Ahora todos quieren algo tuyo en sus paredes.

—Me da un poco de vértigo.

—Podrás con todo. La fama es muy caprichosa, ya lo sabes. Coge las oportunidades tal y como aparezcan. Pero quiero hablarte de otra cosa que me preocupa. Isabelle de Lavoissier ha dicho que te llamará. Yo fui su chófer y guardaespaldas.

—¿Ella era tu jefa?

—Sí. No te di el nombre porque ni en sueños pensé que volvería a hablar con ella.

—¿Te ha reconocido?

—Perfectamente. Pero delante de los demás se ha callado, es una verdadera dama. Otra historia es su nieta Sissi.

—Sissi…

—La misma –vio que el rostro de Valentina se ponía gris— Cariño, ya te lo conté. Fue un juego violento, feo y sucio; pero jugamos los dos. Si te la encuentras en casa de su abuela ten cuidado con ella, no te confíes. Es retorcida y maligna. Nos odiamos mutuamente. La conozco

demasiado bien, es la serpiente en el jardín.

—¿Y qué podrá hacer? ¿Envenenarme?

—No… No te hará nada físicamente, pero hay muchas formas de hacer daño. Normalmente anda por Suiza, y cuando le da por ahí pasa unos días con su abuela. Solo te pido que tengas cuidado.

—Lo tendré, por supuesto. No conozco a esas personas y no sé cómo reaccionan.

—Como te dijo Gilles, son gente normal con dinero y con poder. El poder a veces lleva al lado oscuro.

—Tú y yo lo sabemos, Aubry. Lo hemos sufrido.

—Así es. Pero afortunadamente tú no has entrado en ese mundo oscuro y malvado, yo sí he vivido allí. No quería hablar de eso, perdona, no voy a estropear tu éxito.

—Mañana llamaré a Brigitte, imagino que estará disgustada.

—Es probable. Llévala a comer a algún sitio y habláis tranquilamente.

—Buena idea. Alcánzame el cenicero antes de que la ceniza se te caiga encima.

—No me quemes.

Valentina, creyendo que él bromeaba comenzó a reír en voz baja, pero de repente vio de cerca las marcas de quemaduras en el cuerpo de Aubry, huellas de cigarros y a saber de qué más, y sintió un nudo en la garganta. Besó las cicatrices recorriéndolas con sus labios delicadamente.

—Oh, sí, te voy a quemar con mis manos, mi piel, mi boca, mi lengua. Te voy a arrastrar a una espiral de sexo, saliva y sudor, y haré que tu cuerpo se abrase pegado al mío. Quiero beberte, saborearte, envolverme en ti. Porque te amo del todo. Eres todo mío, chico salvaje de los tejados –susurró roncamente.

Aubry parpadeó asombrado, pero reaccionó tal y como ella esperaba.

—¿Sí, mujer sensual y atrevida? –murmuró con sus labios unidos a los de ella— ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi dulce y tímida chica?

—Déjala que descanse. Esta noche, lo que queda de noche, me perteneces. Cierra los ojos y no pienses en nada, solo siente.

—¿Qué vas a hacer?

—Calla y siente, amor mío.

Notó el cabello de ella resbalando por su pecho y lo enredó entre sus dedos. El tacto delicado y húmedo le provocó estremecimientos. La dejó hacer.

Cuando Valentina despertó se encontró con la mirada de Aubry.

—Buenos días, amor. Te quiero.

—Buenos días. Te quiero, Valentina. Tengo que confesarte una cosa, pero no te enfades –le sonreía lleno de humor— Esta madrugada, mientras dormías una mujer increíble se metió en mi cama. Y me hizo algo que nunca me hubiera atrevido a pedirte a ti.

—¡Oh! ¿Y qué fue?

—No preguntes, no es para tus oídos. No me pude resistir, no soy de piedra.

—Conque esas tenemos. ¿Me despisto un momento y te enredas con una desconocida? Tengo que decirle a *Napoleón* que monte guardia por la noche, para que ninguna descarada toquetee a mi chico.

—No volverá a ocurrir. Si aparece otra vez, la echaré.

Comenzaron a reír los dos. Valentina parecía un poco cohibida. Aubry la besó.

—De verdad, fue increíble por lo inesperado. Creí que me moría. Me alegra tanto que entre nosotros ya no haya vergüenza ni tabúes. Adoro a mi novia salvaje.

—Yo también me alegro. Adoro a mi novio salvaje.

—Amor mío, quiero más. Más de ti, más de todo. Y lo quiero ahora mismo.

—Yo también quiero más. Somos amantes insaciables de carnalidad y de sueños. *Csillagok gyúlnak és lehullnak, de te mégall tál szememben. Ízed, miként a barlangban a asend, számbon kihülve leng*[4] –recitó Aubry mirándola fijamente.

—¿Qué es eso, Aubry? ¿Un poema?

—Es de la *Oda* del poeta húngaro Attila József. Mi madre lo leía; y de repente, no sé cómo, lo he recordado. Tú brillas en mis ojos como una estrella radiante y mi boca está llena de tu sabor dulce y cálido. Si creyera en el alma sé que tú serías mi alma. Tú eres lo bueno en mí, Valentina. Eres el amor y el deseo hechos carne buscada y encontrada. Eres mi carne amada, Valentina. Eres la luz hecha sexo y el sexo hecho luz y amor.

—Y estoy aquí, Aubry. Estoy aquí para que me hagas sentir viva y vivas en mí.

—Te quiero tanto. No puedo parar, soy un adicto a tu intimidad tierna y húmeda. Ven conmigo, amor mío. No puedo esperar más. ¿Quieres? ¿Quieres?

La respuesta de Valentina fue un suspiro voluptuoso mientras las manos de Aubry se perdían en su cuerpo.

***

La lluvia le mojaba la cara mientras caminaba hacia la Plaza del Tertre. Había telefoneado a Brigitte a su casa y al estudio sin obtener respuesta. Esperaba encontrarla en su puesto. «Tengo que comprarme un teléfono móvil», pensó. Ahora que ya estaba recibiendo tantos encargos le convenía estar localizable. Sentía la frescura del agua en la cara y el calor íntimo de las caricias de Aubry en su interior. Nunca hubiera creído que iba a resultar un amante tan apasionado, posesivo y tierno a la vez. Era como si hubiera guardado intacto todo su potencial de amor para entregárselo a ella.

—¡Brigitte!

La pelirroja se volvió y le sonrió. Al estar a su lado, Valentina la besó en la cara.

—Te he estado llamando.

—Hoy he venido pronto. No tenía nada que hacer en el estudio.

—Deja esto y vamos a tomar un café, anda. Tengo cosas que contarte.

—Y yo a ti. Venga, total con esta lluvia no vendrán muchos clientes.

—Vamos a pasar un día de chicas, tú y yo.

—¿A Aubry no le importa?

—Él no me controla, Brigitte. Soy su novia, no su esclava. Vamos a sentarnos y te digo.

—Primero yo, cariño. He visto las fotos en el periódico. Estás fantástica. Menuda foto de familia, con *la crème de la crème* de la alta sociedad parisina; o, al menos, parte de ella. El que no sale es Aubry.

—No quiso posar. Fue muy discreto y se mantuvo en segundo plano. Pero estaba guapísimo, más bien espectacular con su esmoquin, como si lo hubiera llevado toda la vida. Resultó el acompañante perfecto.

—Ya llegamos al meollo: los acompañantes, *la* –recalcó— en este caso. Imagino que la conociste. He leído su nombre en el periódico.

—Sí, Gilles nos la presentó a Aubry y a mí. No es que le hiciera gracia tener allí a Aubry, pero se comportó. En cuanto a Valérie, resultó encantadora. Muy natural. Me ha invitado a un té con su tía Émilie, la que me ha encargado el *Nacimiento*, cuando vuelva de las vacaciones.

—¿Te vas? Pero espera, que no quiero distraerme. Gilles vino a mi casa a hablar conmigo. Me explicó claramente por qué no me habían inscrito en la lista de invitados. No soy exactamente su ex, aunque algo parecido, y no quería molestar a su prometida. También me dijo que no le quedaba otra opción que aguantar a tu novio. Bueno, ya ha pasado la fiesta y la cena de

gala y he sobrevivido.

—¿Cómo estás de verdad, Brigitte?

—Bueno, le di tal bofetón a Gilles que casi le arranqué la cabeza. Pero luego nos reconciliamos.

—¿Cómo? ¿Habéis vuelto a las andadas?

—No en cuanto al sexo. Le he dicho muy claramente que si quiere algo que se lo pida a su prometida, con la que por cierto no mantiene relaciones íntimas porque van a esperar a casarse. Lo que hay que oír. Pero como amigos nos hemos dado otra oportunidad. En el fondo no podemos romper nuestra amistad, son muchos años. Y sin tenerle por aquí podré reorganizar mi vida.

—Pues claro que sí.

—¿Cómo fue el acto?

—Parecía salido de Hollywood, con alfombra y todo. Christine no pudo venir al final, pero la doctora Leclercq sí estuvo. Se quedó estupefacta cuando vio a Aubry, solo le conocía con los vaqueros desgastados y un jersey viejo.

—Eso me recuerda otra cosa. Gilles mencionó que Aubry tiene mucho dinero, es muy rico, escandalosamente rico, dijo, aunque no se le nota.

—Yo no sé cuánto tiene, no se lo he preguntado. Lo que sé es que no ha escatimado en ropa cuando ha hecho falta, y que se ha negado rotundamente a que yo participe en los gastos de la casa. Él lo paga todo.

—Vaya. No sé de dónde habrá sacado Gilles la información, pero no se inventa las cosas. Y me dijo algo más…Que trabajó como chófer y guardaespaldas de la abuela de su amiga Sissi.

—Isabelle de Lavoissier. Lo sé. Y no es ninguna deshonra, es un trabajo tan digno como cualquier otro.

—Parece que Sissi se lo contó de una manera, despreciándole como si hubiera sido un criado de su abuela.

Valentina tuvo que esforzarse para que no se le notara el asco que sentía al escuchar el nombre de Sissi.

—Qué majadería, Brigitte. Aunque hubiera sido un criado, ¿qué? Pero era chófer y guardaespaldas de la señora de Lavoissier, un puesto muy bien pagado. Tenía una habitación propia y todo lo que necesitaba. Gilles no logrará menoscabar a Aubry diga lo que diga. Yo le conozco y él, no. Aunque no tuviera nada le querría igual. Pero es independiente y gestiona sus fondos. No le pienso preguntar a cuánto ascienden sus bienes terrenales, no le incumbe a nadie. Y la señora de Lavoissier le trató anoche como a uno más, por cierto. No mencionó a nadie que

había trabajado para ella y ya le conocía.

—Olvidemos a Gilles y háblame de la cena.

—Pocos invitados. Un menú muy bien seleccionado y los vinos los había elegido personalmente el señor de Beaumont. No faltó un detalle. A quien no vi fue a la señora de Beaumont.

—Está fuera, en uno de esos viajes extraños y repentinos de rica excéntrica y sobrealimentada –Valentina la miró, incrédula. Su tono había sonado resentido— Es igual. Y tú, ¿estás contenta?

—Mucho. Me van a llover los encargos si todos cumplen con su intención de llamarme. Por eso nos vamos una semana, necesito desconectar un poco. Solo me llevaré un cuaderno de bocetos y lápices de colores. Vamos a Collioure, al mar.

—Aún no he terminado de contarte. Mientras tú andabas con los famosos yo me fui al teatro. Vi una obra de Shakespeare. Al finalizar la obra me acerqué a la puerta de salida de los artistas a felicitar al grupo.

—Ajá. Veo que hay algo más que me tienes que contar.

—Uno de los actores, Edouard, me invitó a tomar algo con ellos. Lo pasé tan bien, eran todos tan creativos. Mantuvimos una conversación muy amena. Les conté que además de pintar sé restaurar muebles y diseñar y coser ropa. Puede que por ahí me salga un trabajo que me permita respirar y mejore mi economía.

—Eso es fabuloso, Brigitte. Cuánto me alegro por ti. ¿Y? ¿Ya está?

A Brigitte se le escapó la risa.

—Bueno, después tuve una función privada en casa, con Edouard. Ya me conoces. Estaba dolida por el asunto de Gilles –miró la cara de sorpresa de Valentina— No te asombres tanto. Necesitaba algo de cariño. Y creo que Edouard puede ser el amor definitivo de mi vida. Me gusta mucho. No sé, a ver qué pasa.

—Te deseo lo mejor, Brigitte.

—Háblame ahora de Aubry, cómo os va.

—Mejor que bien. Es tan… —hizo un gesto con las manos, buscando las palabras— Vale, quieres detalles…Es una máquina sexual infatigable, siempre dispuesto. No es solo que hagamos el amor como dos locos, que también, es otra cosa, es… uf, no sé explicarme, como si se fuera a acabar el mundo. Como si estuviéramos poseídos. Y no es solo sexo, ni mucho menos. El sexo es únicamente un lenguaje más, otra forma de comunicarnos. Quién me iba a decir que disfrutaría tanto de mi cuerpo y del suyo. Anoche me desmandé del todo con él, como si no fuera yo misma.

—Detalles, cariño.

Valentina se acercó a Brigitte y bajó más la voz. Brigitte se tapó la boca y la miró incrédula.

—Tú, mi Valentina, mi querida amiga conservadora, ¿hiciste eso? –Valentina asintió con la cabeza, ruborizada pero riendo con risa algo nerviosa— Se debió quedar flipando. Eso es algo que solo le he hecho a Gilles una noche que habíamos bebido de más, y solo aquella vez. Me dejas sin palabras.

—No te irás a escandalizar, espero.

—No, qué va. Es que lo estoy asimilando, nada más. Creo que ya lo he oído todo en esta vida. Oye, ¿y él…? –otro intercambio de confidencias— ¡Oh!, ¡Oh!

—Deja de decir «¡oh!, ¡oh!». Para mí todo es nuevo, y exquisito. Es un éxtasis que me eleva de este mundo a otro.

—Perdona. Es que en tan poco tiempo has vivido más que yo en muchos años.

—No sé si es mucho o poco, no se trata de eso. Es mi primer y único amor y no habrá nadie más en mi vida pase lo que pase.

—Esas cosas pasan pocas veces, Valentina. Estás viviendo una historia digna de una novela, y yo soy testigo privilegiado. Agradezco que lo compartas conmigo.

—¿Y con quién si no, Brigitte? Ni a mi madre, a Christine, le he hablado así. Solo le digo que estoy bien y soy muy feliz. Oye, ¿qué te parece si cogemos el metro y nos vamos a curiosear por el centro? Un paseo por el río, comer donde nos apetezca.

—Vamos. Además, aún no te he contado dónde vive Edouard, me dio su dirección: en un barco—casa.

—Pero no iremos a verle, este día es para nosotras. Ya me lo presentarás en otro momento. Si se ha pasado toda la noche en tu casa no habrá dormido mucho.

—No se quedó a dormir. Cuando terminamos se marchó, pero me dejó su dirección y su teléfono. ¿Debería llamarle, o esperar a que me llame él?

—No lo sé. Pero yo esperaría. Tampoco estaría mal que te enviara flores.

—Cariño, todos no son como Aubry. Solo había uno en el catálogo y te lo quedaste tú.

Había dejado de llover y la temperatura era muy agradable. Había quedado una mañana limpia y soleada. Se mezclaron con las personas que contemplaban la Torre Eiffel, pasearon por el Campo de Marte y por la orilla del río. Finalmente subieron a un bateau—mouche lleno de turistas.

—Qué agradable resulta. Todo se ve diferente desde aquí. Deberíamos haber subido antes a uno de estos barcos.

—Es otra perspectiva de la ciudad. Y no he traído mi cuaderno de bocetos.

—¿Qué pintarías, Valentina?

—Se me acaba de ocurrir la idea pero voy a hacerlo: un barco vikingo, y en primer plano un guerrero protegiendo con su escudo a una mujer.

—Esas mujeres se protegían solas. Él es tu escudo, ¿verdad?

—Mi escudo, mi refugio, mi hogar. Crees que yo también dependo en exceso de alguien y no sé protegerme sola. Que me lo dan todo hecho para que no necesite luchar por nada. Es cierto que he recibido mucha ayuda cuando más lo necesitaba. No sé qué hubiera sido de mí sin las personas que me protegieron, si Aubry no hubiera aparecido. Bueno, sí lo sé: estaría muerta, Brigitte, me hubieran asesinado allí mismo. La vida, el Universo, quien sea, me ha traído al hombre que me salvó la vida, al que buscaba desde entonces. Él es mi escudo y yo le he entregado mi confianza absoluta y mi amor. Nunca he pretendido ser una guerrera, pero tampoco soy débil y pasiva. Estoy con él porque quiero y le quiero. Y cuando pinto soy fuerte, todo lo que hay en mi interior se abre paso a través de los pinceles y los colores.

—No te disgustes, Valentina. No pretendía molestarte, solo exponía un hecho. Te cuida tanto que asombra. Es como si solo viviera para protegerte.

—Solo vive para amarme y protegerme, Brigitte. Creo que es él quien no tiene vida propia, que vive porque yo estoy con él. Pero a mí me pasa igual.

—Cariño, qué milagro tan inmenso. Si no lo viera con mis propios ojos no podría creerlo. Yo también me siento agradecida a Aubry por tener la mejor amiga del mundo. No puedo imaginarme sin ti y sin todo lo que hemos compartido.

Cerca de ellas había dos chicos haciendo fotos, y Valentina se dio cuenta de que uno de ellos las estaba enfocando.

—No nos hagas fotos, estás invadiendo nuestra privacidad.

—No hablo francés.

Valentina apenas logró entender aquella frase. Se lo repitió en inglés y él negó con la cabeza. Brigitte le miró taladrándole con los ojos.

—¡Que no nos fotografíes, joder, o te tiro la puta cámara al Sena! A ver si ahora lo entiendes, ¡gilipollas!

Él pareció impresionado por aquel estallido y guardó la cámara. Le dijo algo al otro y los dos rieron. Valentina parpadeó.

—¿Les entiendes?

—Sí. Alejémonos todo lo que podamos de ellos, Brigitte.

—Tienes mala cara, ¿qué decían?

—Tonterías, pero eso es lo de menos. Es el idioma lo que me ha puesto enferma. Ellos no tienen la culpa, pero hacía ocho años que no lo escuchaba y no me resulta agradable.

—¿Vienen de …? —Valentina asintió con la cabeza— Vaya. Con lo guapos que son.

—Ya, Brigitte. Por favor.

Temblaba como si tuviera frío. Bajaron del barco confundiéndose con los viajeros hasta que los perdieron de vista.

—Vamos a comer, Valentina. Tranquila, no te van a hacer nada. Estamos en París.

Se sentaron en una terraza y eligieron el menú. A Valentina aún le temblaba la mano cuando se llevó la copa de vino a los labios.

—Cálmate, por favor. Vamos a disfrutar de este día juntas, que dos idiotas no nos lo estropeen.

Valentina respiró hondo y volvió a beber.

—Háblame más de tu actor. Supongo que es guapo y divertido.

—Tiene muchas anécdotas, aunque es más agradable que divertido. Su sentido del humor es un poco especial. Guapo, lo es bastante aunque gana mucho en el escenario; pero sí, es guapo. De Carcasona.

—Un cátaro.

—No creo que tanto como eso. Pero conoce bien la historia del Languedoc y habla occitano además de francés. Me da un poco de miedo ilusionarme con él, ya me he llevado demasiadas decepciones.

—Ya me irás contando. Los actores de teatro también tienen sus rarezas, no solo los pintores.

—Pero son los más felices del mundo, aunque no tengan nada. Se transforman cuando interpretan, viven todas las vidas en una sola.

—No lo romantices, Brigitte. Cuando se quitan el maquillaje y los oropeles queda el ser humano desnudo.

—Y es un desnudo muy interesante, digno de ser pintado o esculpido.

Valentina rió tan fuerte que comenzó a toser.

—No me refería a eso pero ya me he hecho una idea. Te veo actuando.

—No. No tengo dotes interpretativas. Pero sí puedo diseñar vestuario, y ese aspecto le ha interesado mucho. Quién sabe. Estoy dándole vueltas a muchas ideas. No creo que seguir pintando me lleve a la fama, hay aficionados mejores que yo. La exposición que haga con Gilles y contigo será la última. Estoy pensando en volver a la Universidad y terminar Sociología.

—Acabar los estudios es una buena opción. Pero no dejes de pintar. Y si es Gilles quien te desanima, no le hagas caso.

—No es Gilles. Soy yo. Gilles siempre es honesto cuando se trata de pintura, no deja que sus sentimientos le obnubilen. Él ve que me he quedado atascada y sufro. No me ha desanimado, solo me ha sugerido que me replantee mi trabajo. Cada día me cuesta más ir a la plaza, ir al estudio, coger un pincel. Creo que cuanto tenía que expresar ya lo he agotado. Descansaré un tiempo, reanudaré mis estudios. Y después ya veré. Si surge una nueva Brigitte Girard, estupendo. Si no, seré socióloga o diseñadora de vestuario. Algo que me haga sentir bien y me ayude a llenar el frigorífico y pagar el alquiler.

—¿Tienes problemas económicos?

—Uf. No me gusta hablar de eso. Aunque hace mucho que no vendo un cuadro, solo pequeñas reproducciones para los turistas. Y con eso no me llega. Por lo menos tengo los muebles, pero son parches. Y todo está cada vez más caro. Necesitaría un mecenas, un empujón, algo. Imposible ahora mismo porque mi pintura ya no interesa. Ni siquiera a mí.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites, Brigitte.

—Lo sé, pero no puedo aceptar. No se trata de que me llenes la despensa cada semana, aunque te lo agradezco. Tengo que buscar la forma de salir de este bache. Todo trabajo es digno, me las apañaré. Puedes quedarte el estudio para ti sola.

—El estudio es más tuyo que mío, tú me lo ofreciste generosamente cuando no podía pagar mi parte. Así que tendrás allí tus cosas, guardarás tu llave, y vendrás cada vez que quieras. Aunque pague el alquiler sola, el contrato lo renovaré a nombre de las dos. Ese espacio sigue siendo tuyo, Brigitte.

—Gracias.

—No. Gracias a ti. Siempre. Pensaremos en algo. Me voy pasado mañana pero en cuanto vuelva nos pondremos manos a la obra.

-7-

Llegaron a la Estación de París—Lyon diez minutos antes de que saliera el primer tren a Collioure. Los dos estaban acostumbrados a viajar con poco equipaje, y llevaban todo lo necesario en sendas mochilas: ropa de baño, zapatillas cómodas, crema solar, sombreros y prendas ligeras de algodón, aunque añadieron algo más formal para salir a cenar. Valentina se mostraba ilusionada como una niña. Se trataba de un trayecto bastante largo, algo más de seis horas. Aubry le compró agua y zumos para que se mantuviera hidratada. *Napoleón* se había quedado al cuidado de Brigitte.

—Creo que son las primeras vacaciones de toda mi vida –Aubry parecía sorprendido al comprender que era así. Había viajado mucho, pero nunca por ocio— Y además de ser las primeras son contigo.

—Yo sí he viajado por vacaciones, con Christine, con compañeros de estudios e incluso sola. Un verano Andrew y Peter nos invitaron a ir a Boston. No hemos vuelto por falta de tiempo, igual que ellos no han viajado a París. Nos mandamos fotografías y todas las noticias.

—¿Saben que eres una pintora de éxito?

—Sí, y están muy emocionados. Tenemos muchos deseos de vernos. Mis queridos Andrew y Peter, son mis tíos y así los llamo –Valentina sonreía— Tío Andrew y tío Peter.

—¿Quieres que los invitemos a visitarnos? Como en la buhardilla no hay espacio para todos, les buscaré un buen hotel cerca de nosotros.

—¡Oh, sí! Pero Andrew está casado y no sé si querría venir sin Alison. Sus hijos ya son mayores y tienen su vida.

—Con Alison, por supuesto. ¿Y Peter?

—Peter se divorció, no le ha ido muy bien en el amor. Cuando encontró a su mujer ideal ella falleció muy pronto y quedó destrozado. Volvió a casarse y fue un desastre, de modo que se divorciaron. No tiene hijos.

—Si tú murieras quedaría algo más que destrozado –le brillaban los ojos de lágrimas contenidas— Me suicidaría inmediatamente para ir contigo.

—No digas eso, Aubry. De todas formas no tengo intención de morir y dejarte solo. Pero tampoco quiero verme sin ti. Dime que moriremos a la vez, juntos, dos ancianos tan enamorados como el primer día.

—Te lo prometo, amor mío. Viviremos hasta ser muy viejos y tendremos muchas fotos para recordar cómo éramos, y tus cuadros maravillosos aunque te tiemblen las manos y ya no puedas coger un pincel. Y aunque yo llegue a olvidar todo, te seguiré recordando. Pero no hablemos de

esto ahora, estamos de vacaciones.

—Aubry…

—Dime, cariño.

—¿Tendremos hijos? ¿Te gustaría?

Aubry suspiró y quedó silencioso y serio. Valentina sonrió tristemente.

—No ahora mismo, claro. Cuando estés preparado y si llegas a estarlo.

—No me malinterpretes, Valentina. Estaba recordando a mis padres. Él se suicidó cuando yo era pequeño. Un músico excepcional que no pudo o no supo sobrevivir a su pasado. Y ella cuando tenía quince años, sin dejar ninguna nota explicando por qué. No se debería hacer eso a ningún niño. Hay demasiados niños abandonados y sufriendo en este mundo por culpa de los adultos. Yo nunca he asesinado niños ni mujeres, lo sabes. Pero he visto hacerlo demasiadas veces y no hay perdón posible para algo así. Si tuviéramos hijos haría lo que fuera por ellos, cualquier cosa por muy cruel que resultara. Ellos no pasarían por lo que yo pasé mientras estuviera en mi mano evitarlo. Y sí me gustaría tener hijos contigo, Valentina. ¿Con quién si no?

—Si algún día tenemos hijos serán muy afortunados de tenerte como padre.

—Tengo que hacer muchos méritos para que se sientan orgullosos de mí.

—Yo me siento orgullosa de ti, Aubry. Más de lo que imaginas.

Le apoyó la cabeza en el hombro y no tardó en quedarse dormida. Habían hablado mucho la noche anterior, sobre ellos y su futuro. Y Aubry le había hecho el amor como si temiera que ella desapareciera de repente, con una especie de desesperación que la sobrecogía. «Te derrites en mi lengua como un terrón de azúcar –le había dicho— Eres una fuente de agua dulce que me inunda. Cuanto más te tengo, más te anhelo. No sé si el mío es un amor natural o he enloquecido de amor por ti. Pero si es locura no quiero curarme nunca. ¿Te sientes presionada, cariño? ¿Crees que te invado?» Valentina abrió los ojos un momento. Aubry notó que se movía y le ofreció un zumo.

—Descansa y duerme cuanto puedas, aún quedan varias horas.

—¿Sabes lo que creo, Aubry? Que los dos estamos locos y solo podemos estar el uno con el otro. Nadie más sería capaz de entendernos.

—Duerme –y la besó en los ojos.

Llegaron a Collioure pasada la una de la tarde. Hacía más calor que en París, y notaron la diferencia de temperatura después del viaje en el tren agradablemente refrigerado. Cargaron con sus mochilas y emprendieron el camino del hotel. Las calles, las casas pintadas de colores, la atmósfera del lugar, los envolvieron. El precioso alojamiento estaba en el centro histórico, muy cerca de la estación y también del puerto y de la playa. Lo primero que hicieron fue comer algo

en una terraza al aire libre y tomar café, ya que aún era temprano para registrarse.

—Podría pasarme la vida aquí –suspiró Valentina.

—Si quieres, lo haremos. A mí me da igual un sitio que otro siempre que sea contigo. Solo tú me atas a París.

—No me sorprende que tantos pintores hayan pasado por este lugar, qué luz tiene. Un poco más adelante, cuando tenga el trabajo más consolidado, sí sería bonito vivir en un pueblo pequeño y agradable y viajar a París solo cuando fuera necesario.

—Cuando tú me digas. Buscaremos una casa grande que se adapte a tus necesidades. Y si no puede ser aquí, en algún otro sitio cercano.

—Lo haremos, Aubry. Qué bien.

Se registraron en el hotel, subieron a la espectacular habitación que habían reservado, y se dieron un baño largo y relajante. Después descansaron un par de horas. Les informaron de que como era la Noche de San Juan, se quemaría una hoguera en la playa, recomendándoles que no se perdieran el espectáculo. Valentina se puso un fresco vestido de algodón blanco y sandalias planas, y él vaqueros y camiseta gris. Ella se cepilló el pelo y Aubry hundió los dedos en la larga y suave melena antes de que se lo recogiera en dos trenzas.

—Me gusta muchísimo tu cabello, parece seda de oro. Dejarlo resbalar entre mis manos es una delicia. Estoy loco por ti, Valentina.

—Y yo estoy loca por ti, Aubry.

Cenaron en el puerto, pasearon por las calles, y en torno a las diez de la noche se acercaron a la playa. Valentina se descalzó para pisar la arena y dejar que las pequeñas olas marinas le mojaran los pies. La animación era extraordinaria, reinaba un ambiente festivo y amistoso. Aubry le compró a Valentina un ramito de hierbas protectoras. Había música y bailes, y ellos se unieron aunque no conocían los pasos y tropezaban con sus propios pies. Todavía reían cuando abandonaron el grupo de bailarines. A media noche terminó la fiesta. Ellos se sentaron en la arena y contemplaron la luna, que estaba en cuarto menguante.

—Una noche así merece luna llena –dijo Aubry.

—Está perfecta, amor. Me gusta esta semioscuridad.

Se quedaron hasta la madrugada en la playa vacía. Volvieron al hotel despacio, cogidos de la mano.

—¿Qué hacemos mañana?

—Al mar, y por la tarde de paseo. Antes de marcharnos que no se nos olvide ir a la tumba del poeta Machado, si te apetece. Es una visita recomendada.

—Bien. No he leído nada suyo. ¿Y tú, Valentina?

—Tampoco. No sé nada de él. Podemos buscar en una librería un libro con sus poemas traducidos al francés, si hay. También tenemos que recorrer el Camino del Fauvismo. El Fauvismo es una forma de expresión pictórica, creo que te gustará. No se parece en nada a mi trabajo –le sonrió.

—No hay nada igual a tus cuadros. Eres única y diferente.

—Creo que me va a costar dormirme, no tengo sueño.

—Yo tampoco. Pero vamos a acostarnos, porque si no, no nos tendremos en pie.

—¿Y qué haremos hasta que nos durmamos?

—Pues… divagar sobre la influencia del cultivo de naranjas en la visión actual del cosmos.

—Serás tonto… —Valentina amortiguó el sonido de su risa— A mí se me ocurre algo mejor y más ameno.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata?

—Ya lo verás.

—Estás teniendo ideas muy atrevidas últimamente, amor mío.

—¿Y te molesta?

—Me seduce y me ata a ti con lazos irrompibles. Eres muy sensual, me fascinas.

—Y tú muy apasionado.

—Desde que estoy contigo, sí. Me has despertado.

—Y tú a mí también. Estoy deseando demostrarte cuánto. ¿Sabes lo que voy a hacer? Vendarte los ojos. No te ataré porque sé que eso te altera, pero no me toques hasta que yo te diga. ¿Serás capaz?

—Lo intentaré. Pero lo de taparme los ojos también me inquieta, amor. Me trae malos recuerdos.

—Entonces ciérralos y no los abras. Soy yo, Aubry, son mis manos y mis labios. Nunca te haré daño.

La semana se les pasó muy rápida. Se bañaban en el mar temprano teniendo mucho cuidado con la exposición solar. Aubry embadurnaba a Valentina con protector del factor más alto desde la cara hasta los pies. El primer día la chica estrenó un bikini muy sexy que le permitía lucir su esbelta figura. Aubry le puso mala cara y ella se rió.

—No pretenderás que me ponga unas bragas de cuello vuelto.

—¿Unas qué? –sus propias carcajadas le sorprendieron incluso a él— No te pido que te metas vestida en el agua, Valentina; pero ese modelito es terrible.

—Y muy moderno. Mira, todas las chicas van igual. No seas gruñón.

—No quiero mirar.

—Haz lo que quieras, yo me voy al agua —se echó a reír, pero la risa se le cortó de golpe al comprender que él no bromeaba.

—Valentina, en serio. No me gusta que mi mujer se exhiba así. No es machismo, sino prudencia. No necesitas demostrar nada. Me desagrada que te miren babeando, y a ti también debería molestarte.

—¿De verdad estamos discutiendo por un simple bikini, Aubry? No puedo creerlo. Si me lo pongo es porque ya no tengo miedo, porque estoy contigo. Que una mujer se ponga un traje de baño como éste no significa que se esté ofreciendo al mejor postor, ya deberías haberlo entendido. ¿Eso crees, Aubry? ¿Que me estoy ofreciendo?

—¡No! De ti jamás pensaré semejante cosa. No me malinterpretes.

—No te malinterpreto, ni mucho menos. Tienes un concepto horrible de las mujeres. Pero tú no eres mi carcelero ni mi dueño, yo decido cómo me visto. ¿De verdad eres así, Aubry? Dios mío… Me voy al agua, con o sin ti.

—¿Que tengo un concepto horrible de las mujeres, dices? Eres muy injusta, Valentina. Tengo un concepto horrible de los hombres, y muy buenos motivos para tenerlo. Valentina…

Viendo que ni le respondía ni le hacía caso, él la siguió con gesto resignado vistiendo un traje de baño de color oscuro que le llegaba hasta las rodillas. Al volver a las hamacas, Valentina no le dejó que le pusiera la crema solar, lo hizo ella.

—Valentina, ¿vas a seguir sin hablarme?

—¿Puedes ir a buscarme un refresco, por favor?

Aubry se puso la camiseta y se encaminó al puesto de bebidas. Valentina se dio cuenta de que unos chicos que acababan de llegar y se tostaban al sol a su lado no le quitaban los ojos de encima. Uno de ellos hacía ademán de levantarse cuando volvió Aubry. Valentina se puso el pareo de forma que le tapaba todo el cuerpo.

—Hostia puta. ¿De dónde ha salido ese morlaco? –susurró el que se iba a acercar a ella.

—Esa tía te acaba de salvar la vida –le dijeron sus amigos, también impresionados. Se hicieron invisibles y Aubry no reparó en ellos.

—Valentina, aquí tienes. ¿Y eso?

—Me iba a quemar. Creo que tienes razón y este bikini no es el más adecuado para tanto sol. Me compraré otra cosa. ¿Contento?

—Haz lo que quieras, yo no soy tu carcelero.

—Aubry, vamos a dejarlo ya. Quiero comprarme otra cosa. No estropeemos nuestras primeras vacaciones juntos por un pedazo de tela. Además tienes razón, es excesivo y yo no estoy acostumbrada.

Terminaron reconciliándose. En uno de los mercadillos cercanos a la playa Valentina adquirió un traje de baño entero con un estampado muy alegre. Él respiró aliviado aunque no volvió a hacer ningún comentario.

Por su parte, Aubry se mostraba reacio a dejarse ver mucho debido a las cicatrices, y solo en el último momento se quitaba la camiseta.

—No te avergüences, cariño. Si te miran, déjalos que miren y piensen lo que quieran. Tienes un cuerpo espectacular, no importa si está algo marcado, y tu tatuaje es de lo más seductor.

Pese a todas las precauciones Valentina se quemó. Los últimos tres días ya no fueron a la playa, con gran alivio de Aubry. Visitaron la tumba de Antonio Machado. Ella había insistido en llevarle un ramo de flores azules, blancas y amarillas, que depositó junto a la lápida. Aubry no dijo nada mientras duró la visita.

—Los cementerios me deprimen –comentó mientras volvían— No importa lo que hayas sido o hecho, ahí acaba todo. Se deshace el cuerpo, los huesos se vuelven polvo, y ya está.

—Yo no sé si hay otra vida, Aubry. Pero si no la hay, si no hay nada después, qué injusto para todos nuestros muertos, tanto sufrimiento, tanto dolor inútil.

—A lo mejor para seres como tú sí hay algo. En mi caso, mejor que no haya nada porque si existe el infierno iré allí eternamente.

—No digas eso, por favor. Imagina que hay un después, ¿lo que has hecho conmigo no te perdonaría el resto?

—No lo sé. Pero si el amor redime, entonces me dejarían estar contigo. Quién sabe, amor mío. No voy a ponerme a creer en el más allá de repente, solo por haber visto la tumba de un poeta. Tú eres lo único que me salva de mí mismo, Valentina. He entendido el simbolismo de tus flores, aunque los dos somos franceses y lo que fuimos antes solo es un recuerdo.

—Aunque volviéramos, ya no sería lo mismo. Lo sé.

—Si mi padre intentara encontrarme, lo que no ha hecho desde que me abandonó a mi suerte, no podría. He tenido varios nombres y ninguno le llevaría a mi yo actual. Solo existe Aubry Dubois, ciudadano francés corriente que paga sus impuestos, respeta las leyes y no

molesta a sus vecinos. Y que además está enamorado de la chica mejor y más maravillosa del mundo.

Valentina se quejó de que el sol la había mareado. Al llegar al hotel se dio un baño, se acostó y durmió toda la tarde. Cuando despertó se encontraba bien y dijo que tenía hambre.

—Hoy salimos a cenar en condiciones, cariño. Vamos a vestirnos para la ocasión.

Aubry había reservado mesa en un restaurante de comida mediterránea. Como ambos comían de todo excepto carne, tenían opciones de elegir entre varios pescados y ensaladas. El menú era excelente y disponían de buena carta de vinos. Valentina parecía muy etérea en su vestido corto de color marfil con escote halter y cuello en uve. Calzaba sandalias planas de color dorado oscuro y bolso haciendo juego. Aubry, informal pero con chaqueta sobre la camisa gris sin corbata. Ella seguía con su costumbre de no llevar más adornos que la medalla y el brazalete, Aubry había renunciado a regalarle pendientes porque tenía los lóbulos de las orejas sin perforar.

Brindaron por ellos, por los éxitos de Valentina y por su futuro. Cuando les llevaron el postre y el champán, Aubry se levantó y puso una rodilla en tierra ante Valentina. En su mano llevaba un estuche de terciopelo rojo que contenía un anillo de oro rosa con cristales de swarovski incrustados y un diamante central.

—Valentina, amor mío, ¿quieres casarte conmigo?

Valentina sofocó un grito de sorpresa tapándose la boca con las manos. Miró azorada a su alrededor. Todo el comedor estaba pendiente de ella, la miraban sonriendo y expectantes. No se esperaba una proposición de matrimonio tan pronto, y menos en público.

—Chica, dile que sí o me lo quedo yo –le dijo en tono divertido la mujer que estaba en la mesa de al lado. Todos rieron, incluido su marido.

—¡Sí! ¡Sí! –gritó.

Un estruendoso aplauso coreó sus palabras. Aubry le puso el anillo y le dio un beso ligero en los labios. Había preparado anticipadamente la petición, comprando el anillo y calculando cuándo ofrecérselo. Le pareció el mejor momento la noche anterior a su regreso a casa para sorprenderla. Y lo había logrado. Secó las lágrimas de ella con su pañuelo.

—Me haces muy feliz.

—Y tú a mí. No me lo esperaba. Qué broche tan precioso para estas vacaciones.

—Para qué esperar más, amor mío. No tiene sentido que seas mi novia eterna. Ahora sí estamos prometidos oficialmente. Y nos casaremos. Serás mi esposa.

—Y tú mi esposo. Cuando se lo diga a mamá, a mis tíos, y a Brigitte. Sobre todo a Brigitte. La invitaremos a cenar.

—Por supuesto.

—Y… a Gilles también, con Valérie. ¿Qué te parece? Sé lo que opinas de él, pero creo que es lo correcto.

—No sé qué decirte. Borrando a Brigitte de la lista de invitados también te hizo un feo a ti, como autora tenías derecho a tus propios invitados.

—Amor, vamos a olvidar eso. Brigitte ya ha encontrado a alguien.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

—Con los preparativos se me pasó decírtelo. Un actor de teatro. Podemos invitarle también a él, aunque no le conozco.

—A menos que durante estos días le haya salido otro pretendiente.

—No seas malo, Aubry.

—No soy malo, solo barajo una posibilidad. Mira, si sigue con ese actor que lo traiga como acompañante. Si no hay nadie o es otro tío, que venga sola y se apañen Gilles y ella. Yo solo la he llamado para para saber de *Napoleón*, que se está portando muy bien. No la ha arañado ni ha hecho ningún destrozo.

—Espero que le guste su regalo —Le habían comprado un bolso de oro vegetal confeccionado a mano.

—Le encantará. Le diremos que es de parte de *Napoleón* por haberle cuidado tan bien.

—Se va a volver loca cuando se entere. Y Christine, y Andrew y Peter.

—Todos vendrán a nuestra boda, amor. Invita a quien quieras, yo no tengo a nadie excepto a ti.

—¿Y tu padre, Aubry?

Aubry se quedó serio y triste.

—Renunció a ser mi padre, cariño. No le debo nada, ni siquiera la vida. No. Ese hombre no es nadie, no es nada.

—¿Algún compañero a quien apreciaras?

Él salpicó champán.

—Disculpa. Conocí tíos honestos y valientes en la Legión Extranjera, pero cuando lo dejé perdimos todo contacto y no sé por dónde andarán. Respecto a los otros, muchos están muertos y los que puedan vivir a saber qué habrá sido de ellos o en qué estarán metidos. No serían los invitados ideales. Dejé todo eso atrás, amor mío. Todo. ¿En las bodas civiles también se necesitan padrinos?

—No lo sé. Tendremos que preguntarlo. Pero si hace falta, Christine será tu madrina. Andrew y Peter se pegarán por ser el padrino, seguro. Brigitte y Valérie serán mis damas de honor. De todas formas cuando vayamos al Ayuntamiento a pedir fecha nos informarán de todo.

Habían pedido más postre y dos copas de champán, a lo que fueron invitados. Se marcharon en medio de las sonrisas y los parabienes de los presentes.

—Qué amables, ¿verdad?

—Mucho. A lo mejor no todos los días presencian una petición de matrimonio.

—Ha sido como en las películas. Estoy tan emocionada.

—¿Te apetece seguir paseando un poco para que te dé el aire?

—Paseemos camino del hotel. Creo que se me ha subido un poco el champán. Y tengo que terminar de recoger mis cosas.

—Hay tiempo.

—Me siento diferente ahora que soy consciente de que voy a ser tu mujer.

—Mi esposa. Mi mujer ya lo eres.

—¿Me tratarás de otra manera?

—Exactamente igual que hasta ahora.

En la habitación, Valentina se dejó caer encima de la cama. Aubry la descalzó y desvistió.

—Ve a lavarte la cara y los dientes como una niña buena. Avísame si te mareas.

Escuchó un ruido y se precipitó al baño, entrando sin llamar. Valentina vomitaba. Aubry la sujetó, apartándole el pelo de la cara.

—No, deja, es asqueroso.

—En la salud y en la enfermedad, en la embriaguez y en la sobriedad. Todos los días de mi vida.

—Si se te ocurre decir eso durante la ceremonia, te mato –jadeó Valentina.

—Reconoce que sería muy original. A ver, lávate la cara, las manos y los dientes. Me quedo aquí por si me necesitas.

—Sal. Tengo que usar el baño y no quiero hacerlo delante de ti.

—De acuerdo, me voy para que hagas pipí –Aubry se echó a reír y le revolvió el pelo—

Pero dejaré la puerta entornada.

—No. Ciérrala. Que se oye todo.

Divertido y conmovido a la vez, Aubry cerró la puerta. Después escuchó el sonido de la ducha. Ella salió envuelta en la toalla y se puso el pijama, un modelo de verano que llevaba estampada la figura de *Tweety* y que en su momento también había provocado la hilaridad de Aubry. Valentina se acostó y él también se dio una ducha. Pidió que los despertaran a las seis y media para desayunar a las siete y tomar el tren a París a media mañana.

Valentina despertó despejada y contenta. Había dormido profundamente y no tenía resaca. Miraba continuamente el anillo de compromiso.

—Déjame ver lo bien que te queda.

—Es el anillo más bonito del mundo, Aubry. No me lo quitaré nunca.

—De eso se trata, cariño. De que lo lleves el resto de tu vida.

—La vuelta se me va a hacer más corta. Tengo mucho en qué pensar. Las invitaciones, el almuerzo, los regalos para los invitados, el viaje de Luna de Miel. ¿Seguiremos viviendo en la buhardilla?

—Esa es la idea, sí. No tengo otra casa. Y *Napoleón* con nosotros.

—Pocos invitados, una boda íntima pero no sosa. ¡Oh! Va a ser un no parar. El vestido de novia y de las damas de honor, los zapatos, las flores, la música –vio que Aubry la miraba casi espantado y le besó en los labios— No imaginabas tanto trajín.

—No, la verdad. Creí que sería todo más sencillo, pero tú eres la protagonista y decides cómo ha de ser. Lo importante es que sea la boda de tu sueño.

—Brigitte y Valérie me ayudarán con todo.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—¿Aparte de estar en el Ayuntamiento el día señalado, bien guapo? Nada en absoluto, quitarte de en medio para no estorbar.

—Nos veo a *Napoleón* y a mí en el exilio.

—Eso, en Santa Elena. Brigitte te asignará alguna tarea.

—Miedo me da. Imagino que prepararás una noche de chicas.

—Me gustaría mucho. Pero un paso por vez.

Terminó durmiéndose apoyada en su hombro. Aubry la miró sonriendo con ternura. Se imaginó contándoselo a la doctora Leclercq. Quién iba a decirle que en tan poco tiempo no solo

encontraría a la chica de Sarajevo, sino que se casaría con ella. Porque estaba decidido a hacerlo. Tal y como le había dicho, no quería que fuera su eterna novia, viviendo juntos sin perspectivas. Quería casarse, tener esposa, ser un hombre de familia; y, por qué no, tener hijos. Nunca les faltaría de nada, él se ocuparía de todo, de que estuvieran cómodos y seguros y no expuestos a todos los males del mundo. No podía fallarle a Valentina, ni decepcionarla. *Mindig vigyázok rád*[5], ese era su lema. *Mindig szeretlek*[6]. Pasara lo que pasara.

***

—Mamá, Aubry y yo nos hemos prometido.

Un jadeo y un grito sofocado al otro lado del teléfono. La periodista tardó unos segundos en contestar.

—*Me dejas sin palabras, cariño. Me alegro mucho por ti, pero ¿estás segura de lo que vas a hacer?*

—Completamente, mamá. Es lo que más deseo, además. Aubry es el amor de mi vida, no puedo perderle ahora que le he encontrado. Su petición de matrimonio fue preciosa, como en las películas.

—*Pero la vida real no es una película, Valentina.*

—Cómo podría olvidarlo. En todo caso, lo que estoy viviendo es la historia de amor más bella del mundo. La vida nos ha concedido esta oportunidad y no vamos a desaprovecharla.

—*¿lo saben ya Andrew y Peter?*

—Les he escrito contándoselo. Se van a quedar de piedra. Aún no tenemos fecha, ya sabes que los trámites son lentos. En cuanto nos asignen día comenzaremos a organizarlo todo. Cuento contigo y con ellos, no podría casarme sin vosotros. Aubry se ocupará de vuestros viajes y alojamiento porque la buhardilla es pequeña para todos.

—*¿Quieres decir que él lo pagará todo?*

—Claro. Me ha dicho que los gastos de la boda, sean los que sean, corren íntegramente por su cuenta. No deja que me gaste ni un céntimo de lo que gano, incluso me regalará el vestido y todo lo que necesite para la ceremonia y el banquete.

—*Cariño, perdona la indiscreción, ¿tanto dinero tiene?*

—No sé cuánto tiene, mamá, no se lo he preguntado porque me parece muy feo. Conmigo no habla de economía. Sí puedo decirte que cuanto tenga se lo ha ganado.

—*Valentina, la cuestión es cómo se lo ha ganado*.

—No, mamá, no vayas por ahí. No hace nada ilegal, no es un delincuente. Hace las cosas lo mejor que puede y sabe solo pensando en mi bienestar. Se ganó el derecho a la ciudadanía por sus servicios al país. Es un hombre normal que ha dejado atrás su pasado. Por favor, hazlo por mí, no le juzgues sin conocerle.

—Perdona. Yo también me preocupo por ti. Pero eres lo suficientemente madura para saber qué te conviene. Lo siento, cariño. Aunque entenderás que esté deseando conocerle. ¿Por qué no venís unos días a casa?

—Me encantaría, pero estoy demasiado ocupada. Acabo de llegar de una semana de vacaciones y se me acumula el trabajo. No sabes la cantidad de encargos que me están llegando. Por cierto, me he comprado un teléfono móvil, copia el número… así estaré localizable.

—Lo tengo. ¿Sabes que te llaman la pintora de la alta sociedad?

—¿Cómo? Pero qué sandez, mamá. Trabajo para quien me lo pide. Si estas personas apuestan por mi pintura y me pagan bien, no tengo de qué quejarme. Son muy atentos conmigo, solo puedo agradecerles que me valoren. ¿Dónde has oído eso? Es igual, las noticias de ese cariz no me interesan. Lo importante es que mis cuadros sean valorados, el resto es cháchara.

—Tu boda suscitará interés. Y tu prometido.

—No tiene por qué. Va a ser una ceremonia íntima y sin publicidad, solo los invitados sabrán cuándo y dónde. Me voy a casar igual que cualquier mujer, de forma anónima rodeada de las personas que quiero. No vamos a ser material de revista. Sé que hacen su trabajo, lo valoro y respeto, pero mi boda no es de interés público. Solo soy una pintora como otras mil.

Christine dejó escapar una risa ligera.

—Ni mucho menos, pero ya se verá. Cuenta conmigo para todo, cariño. Avísame en cuanto tengas fecha. Te quiero.

—Te quiero, mamá.

Estaba muy seria cuando colgó el teléfono. Otra preocupación más. «Un paso por vez», murmuró. Y se puso a pintar.

***

Brigitte gritó al ver el anillo de compromiso en el dedo de Valentina.

—No esperaba que fuera tan pronto. ¿Ya tenéis fecha?

—Todavía no. Tenemos que reunir toda la documentación que nos piden, una tonelada de

impresos y certificados. No creo que antes de final de año podamos organizarnos. Pero está la ilusión y el compromiso –rio, contenta— Tendrías que haberlo visto, Brigitte. Un Príncipe Azul rodilla en tierra ofreciéndome el anillo y preguntándome si aceptaba casarme con él. Todo el mundo aplaudió. Fue maravilloso. Aunque me pillé una pequeña cogorza, me mareé y vomité nada más llegar al hotel. Y Aubry al pie del cañón, sin hacer ascos. Ni siquiera eso logró empañar nuestra noche especial. Pero dime tú, qué tal con tu actor. ¿Seguís juntos?

—Pues sí, Edouard y yo seguimos ahí, conociéndonos y aprendiendo uno del otro.

—¡Cuánto me alegro! Entonces le invitaré a él también a la cena de celebración. Quiero compartir mi alegría con vosotros. También Gilles y Valérie, Brigitte. Quiero tener a mis amigos.

—No me importa que esté Gilles acompañando a la Parca si le apetece. Yo tengo a Edouard y no le necesito. Además, seguimos siendo amigos entendiendo que cada uno tiene pareja estable.

—Genial. Además ahora Gilles habrá suavizado su aguijón respecto a Aubry, espero.

—No esperes tanto. Se va a casar con la chica de Villette pero sigue enamorado de ti y le molesta que tu historia con Aubry continúe. Esperaba que rompierais.

—Qué absurdo. Y aunque yo lo dejara con Aubry, ¿qué?

—No lo sabes, ¿verdad? Rompería inmediatamente su compromiso para volver a acercarse a ti. No ama a Valérie; la quiere, claro, la conoce de toda la vida, sabe que le conviene, pero ahí queda todo.

—Bueno, estoy deseando que vea mi anillo de compromiso y me vea a mí con Aubry. Además, le dejé bien claro dónde está mi corazón.

—Lo sabe. Sabe que eres mujer de un solo hombre y ahí le duele. Como él es, o ha sido, muy promiscuo, no comprende la exclusividad aunque ese va a ser ya el tema central de su vida.

—¿Y de la tuya, Brigitte? Ahora que estás con Edouard imagino que también ambos preferís exclusividad.

—Bueno, Edouard no es tan conservador como tu Aubry, pero dice que si se está con alguien es una falta de respeto irse con otra persona. No está a favor de las relaciones abiertas.

—¿Y tú qué opinas?

—A mí me gusta la variedad, ya sabes, nunca he estado solo con un chico. Pero voy a intentarlo con Edouard, necesito estabilidad emocional. Tú tienes otra mentalidad y Aubry también es muy especial con las relaciones de pareja.

—Los dos pensamos que es lo normal; en todo caso, nos funciona bien y somos muy felices juntos. Cada cual sabe, de todas formas. Entonces cuento con Edouard, no me des el cambiazo a última hora porque Aubry se subirá por las paredes.

—¿Quién se va a subir por las paredes?

Aubry acababa de entrar. Le dio un beso en los labios a Valentina y dos en las mejillas a Brigitte.

—Cosas nuestras, cariño.

—Valentina me ha invitado –Brigitte parecía cohibida.

—Me parece muy bien. He traído pasteles y vino. Quédate a cenar, Brigitte. *Napoleón* insiste, y yo también.

—¿Sí? Vale, me quedo. Aubry, tú eres lo más parecido a un cuñado que tengo. Mi cuñado de verdad es un tipo insoportable y pagado de sí mismo, pero como mi hermana le adora no hay más que decir. No nos hablamos.

—¿En serio? ¿Y con tu hermana?

—Tampoco. Ella defiende a capa y espada a ese cretino. Claro, que es su cretino y no el mío.

Aubry no hizo ningún comentario. Comenzó a preparar la cena, y para no molestarlas conectó los cascos y se puso a escuchar música.

—No es correcto hablar mal de personas que no están presentes y no se pueden defender, pero esos dos han traspasado todos los límites conmigo. Que les den. París es bastante grande para los tres, no hay peligro de encontrarnos en la panadería.

—Ya sabes que siempre podrás contar con nosotros, Brigitte. Aubry también te aprecia.

Brigitte estaba mirando a Aubry, muy atareado preparando una ensalada de queso y ajeno a lo que ellas hablaban.

—Además de guapo y detallista, cocina.

—Bueno, cocinar es mucho decir; pero lo intenta. Estaba alimentándose fatal y me he propuesto llevarle por el buen camino gastronómico, no puede comer eternamente platos preparados. Necesita comer mucho y bien con la estructura que tiene.

—Es que es muy alto y fuerte.

—¿Y Edouard? ¿Cómo es?

—Edouard Bertrand, actor de teatro realmente bueno. Algo más alto que yo, mide un metro setenta y cinco, delgado y bien proporcionado, pelo oscuro y ojos castaños con reflejos verdes. Me encanta su cuerpo flexible –rió maliciosamente— Lo he probado por tierra, mar y aire y ha pasado el control de calidad –Valentina, ruborizada, se unió a su risa— Tiene una dicción impecable, como no podía ser menos. Cuando está estudiando para meterse en un papel se

vuelve intratable –sonrió cariñosamente— Es una buena persona, un buen chico. Creo que es el mejor hombre que he encontrado hasta ahora. Espero que os guste.

—Seguro que sí, Brigitte.

Aubry se quitó los cascos y el sonido de la sonata número 21 en mi menor de Mozart llenó la buhardilla.

—Señoritas, la cena está lista.

—Qué rico –Brigitte atacó la ensalada y le hizo un cumplido sincero— Eres todo un entendido en música, Aubry.

—Solo aficionado. No toco ningún instrumento.

—Cariño, eres algo más que eso. No le creas, Brigitte. Sabe leer partituras y es capaz de transcribir cualquier nota que escuche. Su oído musical es extraordinario.

—Entonces bailarás muy bien.

—¿Yo? –Aubry pareció perplejo— No he bailado en mi vida, no sabría dar un paso.

—No te hablo de danza sino de un baile normal, moverte al ritmo de una canción en la discoteca.

—Tampoco he ido nunca a una discoteca. ¿Quién va allí aparte de críos?

—Mucha gente. ¿Entonces no bailas con Valentina?

—No.

—Pero eso no puede ser. Cuando terminemos de cenar, después del café pondrás una buena canción pop y te enseñaré.

—Solo tengo música clásica, Brigitte.

—Oh –Brigitte se había quedado sin habla.

—Aubry y yo nos divertimos de otra forma. Él pone uno de sus discos y miramos por el telescopio las estrellas, la luna, los planetas, todo lo que alcanza. También hace fotos estupendas acoplando una cámara réflex. Es un telescopio profesional con las máximas prestaciones, no un juguete.

—Ya veo. ¿Me dejarás mirar, Aubry?

—Por supuesto. Si te apetece, también podemos salir al tejado.

—No, gracias –Brigitte rió— Eso os lo dejo a vosotros. Estáis locos, ¿sabéis? Sois unos locos adorables.

***

Valérie y su tía enviaron un coche para recoger a Valentina. Ambas la esperaban en un salón abierto al jardín, vestidas con conjuntos veraniegos ligeros y elegantes. Valentina también se había vestido para la ocasión con su vestido color marfil y sandalias verdes a juego con el bolso.

—Gracias por venir, Valentina. Eres muy amable –Valérie la recibió como a una amiga— Mi tía quería verte antes de que nos vayamos a Niza.

—Entonces, ¿no vendrás con Gilles a la cena de mi compromiso?

—Oh, sí, no me perdería tu fiesta por nada.

—De modo que se ha comprometido, señorita Moreau. ¿Con ese joven tan atractivo?

—Sí, Aubry Dubois.

—No me suena el apellido, ¿de qué familia es?

—Bueno, él no procede de una familia notable, señora de Villette.

—Entiendo. Pero ha conquistado su corazón, ¿cierto? Eso es lo más importante. Además de los intereses familiares el amor es el ingrediente por excelencia.

—Amor no nos falta –sonrió Valentina.

—Qué romántico, una artista extraordinaria y un joven de virtudes incuestionables.

—Tía, el señor Dubois se dedica a gestionar personalmente su patrimonio, ¿verdad, Valentina?

—Así es. Está muy ocupado con sus asuntos.

—Por supuesto, querida. Bien, quiero enseñarle las ideas que estoy barajando para mi *Nacimiento*. Las he apuntado, lléveselas y estúdielas. Usted tiene la última palabra, pero tal vez puedan serle de utilidad.

—Sí, las leeré con toda atención, señora de Villette. Lo importante es que usted quede satisfecha con el resultado.

—No podría ser de otro modo. Es usted una pintora excepcional, no sabría calificar su estilo porque no se parece a nada.

—Gilles dice que eres una combinación de Leonardo y Waterhouse.

—Gilles es muy amable con mi trabajo.

—No, en absoluto. Si algo no es Gilles es condescendiente.

—De eso doy fe –apuntó Émilie de Villette— Lo que piensa lo dice. Y tratándose de pintura se lo toma muy en serio.

—A mi tía no le gustan sus cuadros –dijo Valérie maliciosamente.

—No es ningún secreto. Es que los mire como los mire, no veo nada.

—Si busca coherencia, no la hay. Pinta el caos y el desconcierto.

—Ah, estos artistas. Quién los entiende.

Tras un último refrigerio, Valentina se despidió.

—Espera, te acompañaré y así el chófer me dejará en casa.

Dentro del cómodo y amplio vehículo, Valérie suspiró.

—Disculpa a mi tía. No quería ser impertinente.

—De eso estoy segura. Aubry no tiene ancestros, pero no es el único. No todos aparecemos reflejados en el *Gotha*.

—Valentina, pero por supuesto. Y no pasa nada. Quieres mucho a Aubry, ¿verdad?

—Es toda mi vida.

—Yo quiero mucho a Gilles, le amo más de lo que imagina. Él a mí solo me aprecia. Es bueno, cariñoso y detallista conmigo. Cumple todas las normas del código. Pero falta algo.

—¿Por qué ha pedido tu mano, entonces?

—Todavía no lo ha hecho, esperaremos a septiembre. Bueno, no me resulta fácil de explicar. Estamos en el año dos mil, por Dios.

—Tienes obligaciones por tu posición. No te puedes casar con cualquiera.

—Gilles y yo nos conocemos de toda la vida. Y yo le quiero. Sé sus historias, todas, incluso las idas y venidas con la pintora amiga tuya. Y sé otra cosa, Valentina –la miró con ojos brillantes de lágrimas que se negaba a derramar— Que si tú le dieras la mínima esperanza, me dejaría plantada en el altar para correr a tus brazos.

—Valérie, escucha –Valentina estaba pálida y al borde del llanto— Yo no…

—Lo sé –la interrumpió— No debes disculparte, no eres responsable de lo que él siente por

ti y además es muy consciente de que tú no le has amado nunca. Cuando te vi tan unida a Aubry, cómo os mirabais, me conmoví. Gilles nunca me ha mirado así. Si es desdichado, ¿cómo podré ser feliz con él?

—Valérie, cariño, no tienes que casarte con un hombre que no te ama.

—Oh, sí. Tengo que hacerlo. Y nuestro enlace suscitará mucho interés, me temo. Aunque preferiría privacidad, no un reportaje fotográfico para una revista.

—¿Te acuestas con él?

—No. En mi familia somos muy tradicionales. Y aunque he tenido algunos novios mientras estudiaba, nunca pasamos de besarnos y de alguna caricia algo más arriesgada. Gilles y yo no nos besamos apasionadamente, es todo muy formal. Me tendrá en la noche de bodas, no antes.

—Yo pensaba igual hasta que conocí a Aubry; aunque a diferencia de ti no había tenido novios ni parejas. El primer beso, el primer acto de amor, ha sido con él.

—Pero vosotros os amáis de verdad. En nuestro caso se trata de una pose, de seguir las normas. Tuve que ponerle condiciones porque le conozco, no iba a caer en sus brazos ni a meterme en su cama como una ingenua. Sé lo que ha hecho porque él mismo me lo ha contado. Quiero que sepas que yo no tuve nada que ver en lo de tu amiga.

—Lo sé. Fue decisión suya. Y debo decirte que Brigitte estará en mi fiesta de compromiso con su novio.

—No tienes que darme explicaciones. Tu fiesta, tus invitados. Mira, de todas formas si ya no está con Gilles mejor para las dos. Valentina, ¿seremos amigas?

—Somos amigas, Valérie. Te agradezco tu sinceridad y tu confianza.

-8-

La despertaron las caricias y los besos de Aubry. Sin abrir los ojos, Valentina sonrió y le abrazó. Mientras él se ocupaba del aseo y comida de *Napoleón* ella abrió las ventanas y regó las macetas que había traído de su casa. Habían terminado el desayuno cuando apareció la asistenta. Aubry se marchó.

—Enseguida me voy yo también y la dejo trabajar.

—No me molesta, señora Dubois.

—De todas formas tengo que irme. Por favor, tómese un café y lo que le apetezca. Lo tiene preparado en la mesa.

—Gracias.

Pero sabía que, como siempre, lo dejaría intacto. Comprobó que llevaba las llaves y salió. Isabelle de Lavoissier no le había enviado su coche, así que cogió un taxi. La había citado en la cafetería del Ritz, de manera que aun en el caso de que estuviera en París, no tendría que ver a Sissi. Lo agradeció. No sabía cómo reaccionaría frente a ella.

—Mi nieta está deseando conocerla, señorita Moreau. Tal vez en la próxima ocasión que venga a París. Pasa la mayor parte del año en Suiza.

—Sí, cómo no.

—Ahora que estamos solas, debo decirle que conozco a su prometido. Trabajó para mí y jamás tuve una queja sobre su comportamiento y profesionalidad. Es ambicioso e inteligente, y tiene muchos recursos. Me alegra que haya prosperado tanto, todo se lo debe a sí mismo; yo solo le di unas cuantas indicaciones y le puse en contacto con mis agentes de Bolsa… ¡Oh! ¿No lo sabe? ¡Qué extraño!

—No hablamos de economía, señora de Lavoissier.

—Bueno, ahora que va a ser su esposa debería estar al tanto de sus finanzas. Me sorprende que no le haya dicho que es millonario, un hombre inmensamente acaudalado.

Valentina se atragantó con el té. Si aquella mujer decía que Aubry era rico es que lo era mucho. Tanto ella como las personas de su círculo por debajo de cierta cantidad todo lo consideraban bagatelas.

—No le gusta hablar de dinero, dice que es vulgar.

—En eso lleva toda la razón. Pero, querida, estamos solas las dos y perdonará las indiscreciones de una anciana. Me cae usted bien, señorita Moreau, y debo decirle que no me

gusta todo el mundo –se echó a reír— Para ser honesta, prácticamente no me gusta nadie.

—Es usted muy amable, señora de Lavoissier.

—En absoluto. Su prometido podría decirle que soy más bien antipática y exigente.

—No me ha dicho nada de eso.

—Porque es muy discreto y sabe guardar secretos, está muy bien entrenado. No se azore, querida. Es usted encantadora, parece un ángel —miraba aprobadoramente el vestido blanco sin mangas largo hasta el tobillo, sencillo como una túnica, y las sandalias de pálido color azul. Ambas cosas regalo de Aubry— Bien, volvamos al trabajo. Quiero un cuadro suyo para mi salón particular. Lo dejo todo en sus manos. Cuando tenga algunos bocetos enséñemelos y decidiré asesorada por usted. Deje volar su inspiración. Creo que mi problema será cuál elegir. ¿Cómo va el proyecto de su exposición?

—Muy bien. La inauguración será a mediados de septiembre. Estamos muy atareados.

—Ya imagino. Si mi cuadro está terminado para entonces, se lo cederé.

—Gracias. La señora de Villette me ha hecho el mismo ofrecimiento con el suyo.

—¿El *Nacimiento*? Magnífico. Será todo un acontecimiento.

—Pero no es mi exposición. De Beaumont y Girard también expondrán sus trabajos, y los dos son excelentes pintores.

—Sus trabajos se parecen mucho, parecen un calco uno del otro. Conozco muy bien a Gilles y puedo imaginar quién ha calcado a quién. La joven Girard no tiene talento, perdone que sea tan clara y dura. Su intención es loable pero infructuosa, por mucho que apoye a Girard no logrará nada. Como pintora ya está gastada. Gilles, por otra parte, tiene un talento extraordinario.

—Si me permite, aunque el estilo de ambos es similar lo que les diferencia es la intención de su obra.

—Querida, esas sutilezas se me escapan. Prefiero dar mi propia interpretación. La intención es demasiado subjetiva. Una vez que un artista ofrece su obra al público, deja de ser suya. Brigitte Girard ya ha dicho cuanto tenía que decir, si alguna vez llegó a decir algo. Va a ser un lastre para Gilles y para usted, no se deje llevar por el sentimentalismo. No tengo nada contra esa joven, ni siquiera la conozco personalmente. Pero he visto su obra, y aburre. ¿Usted lee las críticas sobre sus propios cuadros?

—Sí. Y consiguen sorprenderme.

—Hay que aprender a llevar la fama igual que la riqueza, con naturalidad y elegancia. Todo el mundo no vale para ser famoso, rico o ambas cosas. Su Aubry Dubois ha elegido pasar desapercibido y silencioso, lo que le favorece. Respecto a usted, su trabajo la hace brillar pero como ser humano se parece a él. Aunque no busca la fama a toda costa sus cuadros lo hacen por

usted. Espero que sean muy felices juntos, señorita Moreau. No deje que nada ni nadie interfiera en su pequeño paraíso.

El encuentro había sido ameno y agradable y le había dado para pensar. Le repitió a Aubry la conversación y él pareció sorprendido.

—No imaginaba que te hablaría de mí, creí que solo quería tratar del cuadro.

—¿Te ha molestado?

—No, amor. Me sorprende, nada más. Lo que no entiendo es por qué te ha mencionado el dinero.

—¿Querías guardarlo en secreto? Gilles también se ha enterado, no sé cómo. Ya sabes que me da igual si tienes o lo que tengas, te quiero por ti mismo y no por tus bienes terrenales.

—Lo sé. Debería habértelo contado, supongo, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer engreído o soberbio. Esas actitudes de «eh, cariño, soy rico, muy rico, ¿vienes conmigo?» me asquean. La discreción es mi norma, Valentina. Y sobre todo que no te falte nada. No es que no quiera compartirlo contigo o que tú no tengas acceso a mis cuentas, ni mucho menos. Todo lo mío es tuyo. Pago todos los impuestos y tasas, no tengo deudas y no debo nada al fisco. Lo siento, amor mío. No hago más que hablar de confianza mutua y no doy ejemplo. Sigo siendo un puto egoísta.

—No lo eres, conmigo no. Pero si no me dejas que aporte nada a los gastos ni me has preguntado qué hago con lo que gano. ¿Sabes lo que voy a hacer? Autorizar tu firma en el banco. Si voy a ser tu esposa es para compartir y que no haya mío y tuyo. No quiero que el dinero se interponga entre nosotros.

—No. Yo te autorizaré a ti. Con lo que tú ganas con tu trabajo haz lo que te parezca. Tienes muchos gastos en materiales y alquiler. Del resto me sigo encargando yo como hasta ahora. No quiero que nada cambie entre nosotros.

—Nada cambiará. Somos Aubry y Valentina Dubois. Hasta que la muerte nos separe.

Ese día ya no salieron. Mientras Aubry estaba frente al ordenador, Valentina trabajó en su cuaderno de bocetos. Le miró sin que él se percatara. «Hasta que la muerte nos separe», susurró lápiz en mano. Se le ocurrió una idea: retratar a la propia Isabelle de Lavoissier como la Pitia, sentada en el trípode de oro, y frente a ella Alejandro Magno representado como un hombre joven y rubio coronado de laureles. Los ojos serían los de Aubry, como siempre, pero ella no aparecía en la escena.

—¿Vas a pintar eso? –estaba tan abstraída que no reparó en que Aubry se había acercado a ella.

—Sí. Creo que a la señora de Lavoissier le gustará verse como la Pitonisa de Delfos. ¿Qué te parece?

—No tengo palabras, amor. De momento no pasa de ser un dibujo sencillo y ya me entran ganas de llorar viéndolo.

***

Aubry había reservado mesa en un selecto restaurante cercano a los Campos Elíseos. Valentina se había comprado el vestido y los complementos para la ocasión y volvió a pedir cita en el salón de belleza. No se lo había enseñado a Aubry, quería sorprenderle. Como era obligatorio vestir traje para entrar en el local, imaginó que él también había estado de compras. Era muy parco con la ropa, pero si hacía falta sabía estar a la altura. Se sorprenderían mutuamente. Valentina llegó a casa y escuchó el ruido del agua. Llamó a la puerta del baño.

—¡Amor! Ya estoy aquí.

—Entra –Aubry cerró el grifo de la ducha y la miró— Qué guapa te han dejado, ese maquillaje es increíble. Y qué bien hueles. Pero con el vapor te vas a despeluchar. Ahora voy.

Se la encontró a punto de ponerse un vaporoso vestido violeta hasta las rodillas, de cuello redondo y sin mangas, estampado ligeramente en plateado y negro. Pero lo que le dejó impresionado fue el conjunto de ropa interior negro, también nuevo. Suspiró.

—No me hagas esto a punto de salir, amor mío. Porque solo deseo abrazarte y faltar a la cena, que se diviertan sin nosotros. Me entran ganas de llorar mirándote.

—No me tientes, Aubry. Cuando volvamos podrás abrazarme hasta que se te quede el vestido entre las manos. Ayúdame con la cremallera y vístete ya, que llegamos tarde.

Además de subirle la cremallera de la espalda la ayudó a calzarse los zapatos modelo slingback de tacón muy alto, negros con un adorno plateado. El clutch era violeta como el vestido. Aubry, por su parte, se había comprado un traje de color azul muy oscuro, que combinó con camisa blanca y corbata a rayas grises y azules.

—Deja que te haga el nudo. Tú también estás guapísimo.

—No puedo desmerecer de mi bella y amada prometida.

Entraron en el restaurante tres minutos antes de la hora prevista. Acababan de sentarse cuando llegaron Gilles y Valérie. Algo más retrasados, Brigitte y Edouard.

—Disculpad, no querían dejarnos pasar –explicó Brigitte.

—¿Por qué?

—No llevaba chaqueta –dijo Edouard— Me han sacado esta no sé de dónde. Hemos explicado que somos vuestros invitados pero el maître estaba duro, hemos estado a punto de

llamaros.

—Bueno, lo importante es que ya estáis aquí. Brigitte, ¿nos presentas?

—Yo mismo lo haré –el actor hizo una reverencia— Edouard Bertrand, actor de teatro a vuestros pies, hermosas damas, y a vuestra disposición, caballeros.

—Ellos son mis amigos Valentina Moreau y Aubry Dubois, los anfitriones, y Gilles de Beaumont y su novia.

—Pero qué guapas vais, chicas.

Brigitte miraba asombrada los vestidos de las jóvenes, Valérie con un modelo en negro con escote barco y un par de pendientes de oro con pequeños rubíes como único adorno, y su maquillaje a todas luces hecho por profesionales.

—Gracias. La ocasión lo merece.

Brigitte iba ataviada según su forma habitual, una falda larga y sobre ella una blusa recogida con un cinturón, de algodón negro con una cenefa de flores rojas, y zapatos rojos. Edouard con pantalón negro y camisa blanca acordonada, el brillante cabello oscuro recogido en la nunca con un lazo de terciopelo negro. La chaqueta le sentaba mal y se le veía incómodo.

—Ha sido culpa mía –dijo Brigitte— Me olvidé de decirle a Edouard que había que traer chaqueta.

—Con este pequeño incidente del vestuario Gilles ha olvidado presentarnos –dijo Valérie mirando a Brigitte. Gilles se sonrojó.

—Perdón. Valérie, te presento a mi amiga Brigitte Girard. Brigitte, mi novia Valérie de Villette.

Gilles estaba muy molesto por el patinazo de Brigitte, pero disimuló. No se volvió a sacar el tema. El menú refinado, sin carne para Aubry y Valentina, y el excelente vino, los animó. Con el postre y el champán hicieron aparición los regalos. Valentina mostró su anillo de compromiso.

—Reconozco ese diseño, es de Gabrielle Leroux. Una diseñadora joven pero consolidada. Es precioso, Valentina, un estilo clásico pero renovado, el trabajo de la piedra y los cristales es especial. Conozco a Gabrielle, si quieres un día te llevo a su taller.

—Claro, será estupendo.

—Es la diseñadora de moda –apostilló Gilles— y sus trabajos son exclusivos, no hay dos iguales. Un acierto, Aubry.

—Yo ya lo había visto –dijo Brigitte.

—Un anillo de compromiso. Anticuado pero encantador. Mis felicitaciones a los dos –Edouard les sonrió.

Brigitte sacó un paquete del bolso envuelto en papel de regalo.

—Es para los dos. De parte de Edouard y mía. Disfrutadlo.

Valentina lo abrió con cuidado. Era un disco de arias de ópera.

—¡Oh! Es fantástico, gracias. Están nuestras arias favoritas.

—Y este es nuestro regalo.

Valérie tenía también un paquete en las manos. Valentina quitó el papel y descubrió una caja de plata. Al abrirla, sobre el fondo de seda dorada encontró dos vasos pequeños idénticos de cristal muy fino.

—¡Qué preciosos! Mira, Aubry.

—Son del siglo dieciocho. Me alegro de que os gusten.

—¿Los habéis comprado en un anticuario? –preguntó Brigitte.

—No, Brigitte. No los hemos comprado.

—Entiendo.

Hablaron fluidamente de música, de pintura y de literatura. Edouard contó anécdotas de sus actuaciones que los hicieron reír, se lució en el brindis improvisando versos, y les recitó un párrafo de una obra de Shakespeare en inglés académico.

—Eso no lo has aprendido de memoria para la ocasión, se nota.

—No –le sonrió a Gilles— Eso es el resultado de varios años de duro estudio en Inglaterra.

Gilles parecía cómodo y relajado con el actor aunque apenas habló con Brigitte.

—¿Puedo preguntar si vosotros dos vais en serio? –Brigitte le puso mala cara al pintor— Disculpa la impertinencia, pero estamos entre amigos y la curiosidad es normal.

—Vamos en serio, desde luego. Brigitte es la mujer más increíble que he conocido. Vosotros sabéis mejor que yo que es una artista espléndida, pero como ser humano supera a su arte.

—En eso llevas razón, Edouard. Brigitte es una mujer de grandes virtudes.

—Espero llegar con ella a este paso que estáis dando vosotros, Valentina y Aubry. ¿Hace mucho que os conocéis?

Aubry, Valentina y Brigitte se miraron. Él respondió enseguida.

—En realidad no, hace muy poco. Pero el amor es impaciente.

—Éramos vecinos –intervino Valentina.

—Y cuando llevaba ya un tiempo viéndola desde la ventana, le pedí que se casara conmigo –Aubry sonreía, y su tono de voz no permitía adivinar si hablaba en serio o en broma.

—¿De veras? Esto da para una obra de teatro. Ni Romeo y Julieta. Aunque sin muertos, espero. Porque la que liaron las dos criaturas, seis fallecidos en seis días.

Aubry no dijo nada. Valentina palideció. Gilles, que no conocía la historia, se rio.

—Sin muertos, amigo. Romeo y Julieta caminando felices hacia su enlace.

—Brindo por eso. A vuestra salud.

Era ya la hora del cierre del restaurante. Aubry pagó discretamente, dejando propina. En la puerta, Edouard devolvió la chaqueta.

—Yo le conozco –dijo de pronto uno de los camareros— Usted es Edouard Bertrand. Le he visto actuando. ¿Puede firmarme un autógrafo?

—Por supuesto.

—¡Jean! –el maître apareció con cara de malas pulgas— No entretenga a los señores.

—No molesta. Aquí tiene.

—Gracias, señor Bertrand. Buenas noches, señoritas, caballeros…

En la acera, Edourad resopló.

—¡Uf! No me gustaría tener de jefe a ese tipo. ¿Os apetece que vayamos a tomar una copa? A un garito de actores y otras gentes de mal vivir.

—Edouard, está demasiado lejos –Brigitte no parecía entusiasmada.

—Oh, ya veo, las damas lleváis tacones. Pero en metro no tardamos.

—¿En metro? —Valérie puso tal cara de asombro que el actor se echó a reír.

—Es la forma mejor y más rápida.

—Yo no he ido nunca en metro.

—Llamaré al coche. Las señoritas irán cómodas y nosotros descenderemos a las regiones inferiores. Valentina, puedes dejarle los regalos al chófer.

—Pero, ¿quiénes sois, en serio? Coche con chófer, y Valérie no ha pisado nunca el metro.

—Valérie de Villette y Gilles de Beaumont, ya nos han presentado.

—Imagino que el *de* de vuestros apellidos no está de adorno.

—No está de adorno. Venga, vamos ya. Brigitte, dale la dirección al chófer, por favor. Nos vemos en la puerta.

Las chicas subieron al coche y los vieron encaminarse hacia la parada del metro.

—Tu novio es muy guapo, Brigitte, tiene algo especial –Valérie sonreía amablemente.

—Es especial.

—El aura de los actores de teatro, ¿verdad, Brigitte?

—Qué prosaica me veo entre tanto artista –Valérie suspiró tristemente, arrancando una risa a las otras.

—Seguro que tienes muchas habilidades.

—Toco el piano y confecciono postres.

—No te imagino en la cocina con las manos llenas de harina y huevo –Brigitte puso cara de asombro.

—Pues sí. Me enseñó el chef de mi abuelo. Yo quería ser pastelera, me lo pasaba mejor haciendo tartas que aporreando las teclas con mi profesora.

—Pero no eres pastelera, imagino.

—No. Solo en mi tiempo libre. El resto soy abogada.

—¡Oh! Siempre viene bien tener un abogado a mano, nunca se sabe.

—Me dedico al derecho internacional, Brigitte; pero si alguna vez lo necesitas, te pondré en contacto con el abogado pertinente.

El local se encontraba en un callejón bastante apartado. Valérie miró con aprensión.

—¿Es aquí? –se tranquilizó a ver a Gilles y a los otros en la puerta.

—Dentro es mejor, hay muy buen ambiente.

Casi todas las mesas estaban ocupadas. Olía a vino, a humo de cigarrillos y a otro tipo de humo.

—Hashish –aclaró Brigitte— Solo les falta la absenta, aunque quién sabe.

—Creía que la bohemia ya había desaparecido.

—Prácticamente sí. Algo queda, pero no es lo mismo.

Se sentaron a una mesa razonablemente limpia, los chicos fueron a la barra a pedir una botella y vasos. Ellas se quedaron solas.

—*¿No es verdad, ángel de amor, que en esta apartada orilla…?*

Un actor español guapísimo se había arrodillado ante Valentina recitando apasionadamente. Valérie, que hablaba el idioma, se dirigió a él.

—No te entiende, no te esfuerces. Y no creo que conozca *Don Juan Tenorio*.

—¡Cómo! Hermosa dama –dijo en francés— ¿Será posible que no conozcas las andanzas de don Juan Tenorio?

—No, lo siento.

Valentina estaba cohibida al tenerle tan cerca. Aunque también le impresionó el sonido de la lengua, que no entendía pero le resultaba muy familiar por haberla escuchado a la bisabuela paterna, la *nonna*, si bien ella hablaba un español especial y antiguo.

—Tío, levántate, ¿qué haces? –Edouard se reía.

Detrás de él aparecieron los novios de las chicas. El español se puso en pie.

—Le recitaba a la preciosa rubia –le aclaró a Edouard— Pero no habla español.

—La preciosa rubia es mi prometida. ¿La estabas molestando?

Pese al tono de voz comedido, la altura y el aspecto de Aubry le intimidaron.

—No, tío, qué va. Mis disculpas, señorita. Disculpadme todos.

—Aubry, por favor. No es nada. No me ha molestado.

—Aubry, tranquilo –Edouard se había puesto muy serio— Daniel no pretende acosar ni faltar al respeto a nadie, ha sido una gracia. Es amigo mío, le conozco bien.

—De acuerdo. No pasa nada –se acercó a Valentina y se agachó junto a ella, hablándole en voz baja— ¿Estás bien? Parecías asustada.

—Se ha acercado mucho y eso todavía me altera, pero no lo ha hecho con mala intención.

—Todo aclarado, entonces. ¿Daniel? Siéntate con nosotros, siendo amigo de Edouard eres bienvenido.

—Gracias –los miró a todos— Me llamo Daniel Gallardo, humilde actor y juglar ocasional.

—Quiere decir que canta cuando le dejamos. Y nada de humilde, es un actor como la copa de un pino.

—Eso es cierto, le he visto actuar –dijo Brigitte.

Daniel, más calmado, lanzó un beso a la pelirroja.

—Te quiero, Brigitte.

Aubry llenó los vasos de todos, brindaron y bebieron.

—Por Aubry y Valentina. A su salud.

—¿Quién es ese tío? –preguntó Daniel en voz baja al otro actor— Me ha dado un susto de muerte, creí que me iba a arrancar la cabeza aquí mismo.

—Es el prometido de la rubia. Hoy celebran su fiesta de compromiso, los acabo de conocer. Creo que son todos pintores y amigos de Brigitte.

—Ese no es pintor, te lo aseguro. Diría que es o ha sido militar, operaciones especiales o algo así.

—No lo sé. Pregúntaselo.

—¿Yo? Aprecio mucho mi vida para cabrearle.

Edouard le sonrió maliciosamente.

—Le estaba contando a Daniel que sois todos artistas, pintores.

—Casi todos –dijo Gilles, que les había oído y comprendido la situación.

—Yo soy abogada.

Los dos actores miraban a Aubry.

—Yo no soy artista –terminó aclarando.

—Nuestro amigo es astrónomo –Gilles sonreía con toda la cara.

—¿Qué diferencia hay entre astronomía y astrología? –Daniel se atrevió a preguntarle a Aubry directamente, y, para su sorpresa, él le respondió con amabilidad.

Habían terminado el vino y Aubry fue a buscar otra botella. Cuando volvió a la mesa había dos más, una chica muy esbelta de cabello negro que dijo ser bailarina, y un chico que parecía un vikingo, también actor. Los dos, amigos de Edouard y Daniel. Terminaron la velada en la casa—barco de Edouard. Daniel cantó acompañándose de una guitarra que le prestó su amigo, la bailarina les hizo una demostración de danza contemporánea y los actores recitaron monólogos.

Valérie, que no estaba habituada a trasnochar, se quedó dormida con la cabeza apoyada en las rodillas de Gilles, quien no se movió para no despertarla. La casa olía a humo porque estaban fumando mucho. Valentina salió fuera a respirar, seguida por Aubry. Daniel los vio desde la ventana, él detrás de ella abrazándole los hombros como si temiera que se fuera a caer al agua.

—¿Seguro que ese tío es astrónomo?

—En realidad no, pero le interesa el tema.

—No sé, tiene algo… Parece el guardia de corps de su chica.

—Es una excelente persona, yo le conozco bastante bien y lo sé.

—Cariño, ni tú ni yo le conocemos en absoluto –Gilles miró muy serio a Brigitte— Pero basta de hablar de él, está ahí mismo.

Entraron los dos juntos. Valérie se despertó y puso cara de asombro, como si no recordara dónde estaba. Edouard preparó café para todos, y a las seis de la mañana se despidieron. Brigitte se quedó con él.

Aubry subió a Valentina en brazos hasta la buhardilla para ahorrarle las escaleras. La descalzó, buscó la cremallera del vestido, se lo bajó hasta los pies y lo hizo a un lado. Tocó el precioso conjunto de lencería de encaje negro y suspiró.

—No estoy dormida, amor.

—Me lo había parecido.

Valentina se movió, estirándose sobre la cama. Él le acabó de quitar la ropa y la abrazó, besándole todo el cuerpo. Los dedos de ella se enredaron en su camisa y los botones saltaron por el aire. Gritó en sus brazos pero esa vez Aubry no sufrió un ataque de angustia, la besó muy despacio hasta que los espasmos cesaron, y entonces sí se quedó dormida sin darse cuenta. Aubry renunció al sueño. Se duchó, aseó a *Napoleón* y se preparó un café muy cargado, todo en el mayor silencio para no despertarla.

***

Valentina tenía tanto trabajo que se quedó todo el verano en París prácticamente sin salir del estudio salvo para asistir a las festividades del 14 de julio. La ciudad se llenaba de turistas mientras sus habitantes habituales se marchaban de vacaciones. Brigitte acompañó a Edouard en su gira veraniega mientras Valérie y Gilles estaban en Niza. Aubry seguía su rutina de gimnasio y natación, leía los informes de los agentes de bolsa y pensaba si le convenía hacer algunas de las inversiones que le proponían. También buscaba una casa grande con terreno en la costa mediterránea, en un lugar tranquilo donde vivir en verano y Valentina tuviera espacio y silencio para trabajar.

A las siete Aubry aparecía por el estudio y Valentina y él cenaban en una terraza, paseaban por las calles, y terminaban las veladas mirando por el telescopio o encaramados en el tejado disfrutando de la noche.

—Ya no te da miedo sentarte aquí.

—No. La primera vez que te vi desde mi casa estabas aquí mismo y me sorprendió que alguien se atreviera a sentarse en el tejado. No sabía que tenías el acceso tan fácil.

—No estoy tan loco como para jugarme la vida por un capricho. Pero aquí arriba se está tan bien. Qué paz y qué silencio. Y contigo. Eres mi paz, Valentina, mi agua, mi verdadero hogar. ¿Te sientes agobiada o invadida por mí?

—¡No! ¿De dónde has sacado esa idea?

—No sé. A veces llego a pensar que me excedo. No quiero mostrarme dominante ni posesivo, es solo que me aterra que pueda pasarte algo y yo no esté ahí para protegerte.

—No me agobias, Aubry. Si llegas a invadir mi espacio te pediré que me dejes respirar un poco, tenemos la confianza absoluta uno en el otro como para hablarnos claramente sin herirnos.

—¿Cómo van tus cuadros? –le preguntó besándola en la sien.

—Adelantando. El *Nacimiento* me está resultando muy sencillo. Me he inspirado en los iconos bizantinos, mucho pan de oro. Y he comprado polvo de lapislázuli para el color azul. Carísimo, por cierto.

—¿Te compensará tanto gasto?

—Oh, desde luego. No me has preguntado cuánto me van a pagar las señoras de Villette y de Lavoissier.

—No tengo por qué, amor mío. Es tu trabajo. Y sé que estás cada vez más cotizada.

—Te lo voy a decir… pero no te caigas de la impresión –y le susurró la cifra total de ambos encargos.

—¡Joder! Perdona. Es fantástico. Tus cuadros lo valen –dejó escapar la risa— No sé si podré permitirme otro Moreau, tendré que conformarme con verlos en los catálogos.

—A ti no te cobraré, Eres mi modelo preferido.

—Y tú mi pintora preferida. Pero te querría igual aunque solo supieras trazar garabatos.

—Y yo te querría igual aunque de verdad fueras lo que aparentas –miró al cielo— La noche estrellada es un regalo más valioso que todos los diamantes.

—¿Recuerdas que te prometí que te regalaría una estrella? Pues ya la tienes.

—¿De verdad?

—Luego te la enseño.

—No, ahora mismo. No puedo esperar.

—Vamos, impaciente.

Entraron dentro y Aubry sacó un paquete que parecía un cuadro. Valentina, que creía que se la iba a enseñar por el telescopio, rompió a llorar de emoción: Aubry le había puesto su nombre a una estrella y le habían enviado el certificado enmarcado lujosamente, todos los datos, un mapa con su situación para que pudiera localizarla, y un charm de plata en forma de estrella con cristales azules de swarovski incrustados que ella decidió poner en su brazalete.

—Mi estrella. Gracias, amor mío.

—Mi preciosa y amada estrella Valentina, la que guía mi camino.

—Apaga la luz, Aubry. No quiero que nos vean desde el otro lado.

Los labios de él no tardaron en encontrar lo que buscaba en el interior tierno y húmedo de su cuerpo. El roce cálido y persistente la llevó al éxtasis de forma tan fulminante que se mareó. Aubry la subió a la cama y le transmitió su pasión y su urgencia mientras Valentina le clavaba los dedos en la carne.

—Sabes que te amo más allá del cuerpo y del sexo, ¿verdad? –le preguntó Aubry en voz baja cuando descansaban cogidos de la mano.

—Lo sé. Aunque no nos tocáramos, nuestros corazones se amarían sin roces y sin palabras. Pero estar contigo así es un regalo añadido. Me siento tan agradecida a la vida, Aubry.

—Y yo bendecido más de lo que merezco. Tú eres mi única redención posible. No te alejes de mí, Valentina. Sin ti solo me quedan la oscuridad y el abismo.

—Y dónde podría ir sin ti. Ni la muerte conseguirá que te olvide. No será hasta que la muerte nos separe, amor mío. Será a pesar de la muerte e incluso después. Si hay algo, si existe otra vida, volveremos a encontrarnos y nos reconoceremos.

—Y en todas esas vidas yo te amaré y cuidaré de ti. Eternamente, si hay eternidad.

—Eternamente, Aubry. Y si no hay eternidad, la crearemos para nosotros. ¿Estás llorando?

—No se lo cuentes a nadie. Soy el chico salvaje de los tejados.

—Ven aquí, mi amado chico salvaje. Hazme un hueco en tu carne para que me pueda dormir arropada por ti.

-9-

Valentina estaba terminando de preparar la exposición cuando recibieron la notificación de que su solicitud de matrimonio ya estaba tramitada. Aubry y ella se acercaron al Ayuntamiento y vieron las fechas disponibles. No quedaban días hasta marzo del año siguiente, a menos que quisieran aprovechar que había quedado un hueco libre a mediados de noviembre porque la pareja que se iba a casar ese día había anulado la boda.

—Tú decides, cariño. Por mí me casaría ahora mismo.

—Si aviso hoy a Andrew y a Peter podrán organizarse, aún quedan dos meses. Vamos a hacerlo ya., Aubry. ¿Seguro que no puede casarnos aquí y ahora?

—Si dependiera de mí –el funcionario se rio— saldrían ustedes de aquí con su certificado de matrimonio en la mano. Pero hay que seguir el procedimiento. Entonces, ¿les reservo esta fecha?

—Desde luego. Gracias.

Brigitte y Gilles dieron un grito al enterarse. Estaban controlando que los cuadros se desembalaran con cuidado y quedaran colgados en sus lugares. Pero su «¿Qué?» sonó muy diferente.

—Que nos casamos el jueves dieciséis de noviembre a las doce de la mañana.

Brigitte corrió a abrazar a Valentina saltando por encima de las cajas sin dejar de dar gritos de alegría. Después se quedó delante de Aubry sin saber cómo felicitarle. Aubry, sonriendo, la levantó hasta su altura y le dio un ligero beso en los labios. Brigitte hizo como que se desmayaba. Gilles por su parte, siendo muy consciente de la mirada de Aubry, besó a Valentina en las mejillas y después le ofreció su mano al novio.

—Nos alegramos mucho, desde luego, pero, ¿no es un poco precipitado?

—No –Valentina miró a Aubry sonriendo y después a Gilles— No vemos la necesidad de esperar. Ambos nos queremos, estamos bien juntos y deseamos formar una familia. Cuanto antes, mejor.

—Sabemos que es un paso muy serio –Aubry también miró a Valentina y la apretó contra él un momento. Respondió calmadamente a Gilles— Pero estamos dispuestos a asumir todas las responsabilidades.

Gilles pareció meditar un momento.

—¿Formar una familia? ¿Os refería a tener hijos?

—Desde luego. ¿A qué, si no? –Valentina parecía asombrada— Los dos estamos de acuerdo en tenerlos, cuando vengan y cuantos vengan.

—Muy respetable.

Aubry se marchó, y al poco los operarios también se fueron a comer. Ellos habían decidido comer allí unos bocadillos. Al quedar solos, Brigitte se acercó a Valentina.

—No sé si entiendo eso de cuando vengan y cuantos vengan.

—Cariño, quiere decir que no estamos tomando medidas para evitar el embarazo. En ningún momento. Al principio a Aubry le preocupó, pero para mí no es un problema que no se ponga nada, y por mi parte nunca he tomado anticonceptivos.

—Estáis locos los dos. No sabéis dónde os estáis metiendo.

—Lo sabemos, Brigitte.

—Yo sí me voy a meter donde nadie me llama, pero tengo que decirlo ahora que estamos solos. Prefiero un bofetón tuyo a un puñetazo de Aubry.

—¿De qué se trata?

—Al oír que no estáis tomando precauciones se me ha revuelto todo. Eres muy inocente, cariño. Tú solo has estado con él; pero, ¿sabes con cuántas mujeres ha follado Aubry y en qué condiciones higiénicas? Ni siquiera ha tenido la decencia de ponerse un maldito preservativo por tu propia salud, para no contagiarte ninguna guarrería.

—Lo sé todo. Me lo ha contado –Valentina no disimuló lo molesta que estaba.

Gilles, que había dejado de comer, se levantó, dio unos pasos por la sala y la miró fijamente.

—Vaya. Así que te ha hecho un relato detallado de sus polvos. Pues qué bien, ¿no?

—Gilles, ¿te pones vulgar deliberadamente para hacerme daño? –Valentina también se levantó y se enfrentó a él.

—Para hacerte daño no, amor mío. Para espabilarte, para que despiertes de esa especie de obsesión fanática con él. ¿Quién es, en definitiva, y de dónde ha salido? Brigitte, díselo tú, a ti te escuchará.

Brigitte miró a Valentina y no dijo una palabra.

—¿Es que a ti te parece normal esto, Brigitte? Vale, tiene dinero, mucho, aunque vive como si cobrara un sueldo de miseria. Es guapo, con un cuerpo de pasarela, y debe de follar como un profesional. ¿Se trata de eso, Valentina? ¿De sexo salvaje?

Valentina le dio una bofetada que casi le tiró al suelo, pese a la diferencia de altura.

—¡Cállate, imbécil! No sabes nada. No soy una puta, no me vendo ni por dinero ni por sexo. Y Aubry no es un pervertido, ni un chulo, ni un gigoló que vende su cuerpo. No voy a tolerar ni una falta de respeto más.

Gilles recuperó el equilibrio y se tocó la cara. Parecía a punto de llorar.

—De acuerdo. No sé nada, eso es verdad. ¿Por qué no nos lo cuentas? ¿Por qué no se lo cuentas a Brigitte? Oigamos el gran misterio de Aubry Dubois si es que se llama así, lo cual dudo.

—Yo ya lo sé, desde el principio –Brigitte no pudo quedarse callada más tiempo— Valentina me lo contó todo. Valentina, díselo. Dile quién es Aubry –comenzó a llorar. Se quitó las gafas y limpió los cristales empañados de lágrimas— Gilles, mereces que te partan la cara diez veces.

Valentina se dejó caer sobre la caja en la que había estado sentada y estalló en un llanto nervioso. Brigitte abrió una botella de agua y la obligó a beber. Se lo contó todo a Gilles, sin ahorrar detalles. El pintor, muy afectado, se arrodilló delante de ella para besarle las manos y la cara y abrazarla, profundamente conmovido. Le mojó el pelo con sus lágrimas. El corazón de Valentina parecía a punto de estallar, y el de él también.

—Perdóname, lo siento mucho. Nunca me hubiera imaginado que guardabas tanto dolor dentro de ti. No se lo contaré a nadie, quedará entre nosotros tres. Ni siquiera se lo diré a Valérie. Y Aubry nunca sospechará que lo sé. Valentina, amor mío, no llores más. No llores, por favor…

Valentina no podía hablar. Temblaba y se ahogaba entre los brazos de Gilles, que la abrazaba con fuerza y le acariciaba el pelo y la espalda. Se quedó exhausta y demacrada.

—Gilles, ¿puedes llevarla a su casa? Necesita descansar, no está en condiciones de seguir trabajando.

—Por supuesto. Vamos, levántate con cuidado, yo te ayudo.

—No… Os lo agradezco pero me quedo, no quiero dejaros a vosotros toda la supervisión. Dadme más agua y dejadme unos minutos para que me recupere. Ahora vuelvo.

Y se encerró en el baño. Gilles no se atrevía a mirar a Brigitte.

—Esto es… No sabes lo avergonzado que me siento.

—¡Bien! Avergüénzate de ti mismo al menos una vez en tu vida.

—Que haya tenido en mis brazos a la mujer que amo en estas circunstancias, sabiendo que no volverá a repetirse. Cuánto la he herido. No podré compensarle nunca este momento. Me siento horrible, Brigitte.

—Es un principio. Y eres horrible, Gilles. Eres horrible, egoísta y desconsiderado.

Agradece que Valérie no haya escuchado que Valentina es la mujer que amas, ni ella tampoco. Qué clase de hombre eres, capaz de comprometerse en matrimonio con una mujer que no le importa y a la que no ama.

—Si Valentina no me quiere, como es el caso, la única chica adecuada para mí es Valérie. Nos conocemos bien y sabe lo que siento. Sabe que la quiero aunque no esté enamorado de ella. Y sabe que nuestro matrimonio funcionará porque los dos conocemos las reglas.

—¡Serás cabrón!

—¿Estás celosa, Brigitte?

—Qué voy a estarlo. Yo tengo a Edouard.

—Y me alegro por ti, sinceramente.

Valentina volvió con la cara lavada y la trenza rehecha. Tenía mejor aspecto aunque seguía pálida y ojerosa. No hablaron porque volvieron los operarios y terminaron de recoger las cajas y barrer el suelo. Gilles colgó los cuadros de Valentina en los espacios correspondientes. A las seis ya habían terminado. Aubry apareció para recoger a su novia.

—Parecéis cansados –les dijo, sin sospechar el drama que habían vivido— Os invito a cenar. Vamos a casa.

—¿En serio? –Gilles no daba crédito a sus oídos— ¿A vuestra casa?

—Por supuesto. Valentina y yo estaremos encantados.

—Faltaría más, Brigitte, Gilles. Tenemos ensalada, aceitunas, queso y foie—gras. También puedo preparar patatas gratinadas con nata.

—Yo compraré vino y champán –dijo Gilles.

—Y yo pasteles.

—No, Brigitte, cariño. También me encargaré de los pasteles.

—Gilles, te presentaré a *Napoleón* y podrás ver un cuadro de Valentina que no se ha expuesto nunca.

—¿Un Moreau inédito? ¿Y lo tienes tú?

—Lo compró a través de mí –recordó Brigitte— Te va a impresionar.

—Como todo lo que pinta Valentina.

Salieron los cuatro. Gilles hizo un par de paradas para las compras. Brigitte parecía azorada.

—Yo no traigo nada.

—Te traes a ti misma. No hace falta más.

Gilles se quedó mucho tiempo parado frente a *El Ángel Caído*. Ahora ya podía hacer una lectura de la obra de Valentina. Aubry le observaba atentamente.

—Es magnífico. Dime, ¿lo prestarías para la exposición? Aparecerá con el cartel «colección particular». Sería impactante. ¿Te parece bien, Valentina?

—A mí sí, pero el cuadro es de Aubry. Él decide.

Aubry quedó pensativo, y finalmente asintió.

—Está bien. Lo prestaré.

Se sentaron a la mesa, comieron y bebieron, no sin antes de que *Napoleón* les fuera presentado y recibiera su ración de mimos. Brigitte contó lo más divertido de su tour con Edouard, y Gilles un par de historias sobre sus andanzas por Londres. Todos rieron, incluso Valentina. Aubry puso el disco que les había regalado Brigitte, y la potente voz del tenor entonó el aria en si menor de la ópera *Tosca*, de Puccini: *E lucevan le stelle…* De repente, el gato saltó a las rodillas de Gilles, ronroneó mientras él le acariciaba la cabeza, y volvió a enroscarse en su cesta.

—Dime, ¿de dónde sacaste a este cabroncete tan simpático?

Si Aubry estaba sorprendido por el cambio de actitud de Gilles hacia él, no lo demostró.

—Me cayó encima un día al abrir la ventana y decidió quedarse. Es muy bueno, no ha hecho ningún destrozo hasta la fecha.

—Qué suerte. El gato de mamá es un psicópata, me odia. En cambio a Valérie la adora.

—Bien por él. Seguro que mereces todos sus mordiscos.

—Mordiscos y arañazos, Brigitte. No me puedo acercar. Y no le he hecho nada, le compro juguetes y comida gourmet. Aubry, ¿ya tenéis pensado cómo celebrar la boda?

—Aún no. Ceremonia en el Ayuntamiento y después una comida íntima. Tenemos que buscar el espacio adecuado.

—¿Cómo de íntima la comida?

—En total, diez personas contándonos a nosotros. ¿Por qué?

—Un amigo mío posee un palacete en Versalles que ha reconvertido en hotel de lujo. Los jardines son magníficos, aunque noviembre no es un buen mes para eventos al aire libre. El oficiante podría trasladarse allí para la ceremonia. La carta de menús, vinos y postres es exquisita. Las habitaciones, suntuosas. He visto la suite nupcial, tan regia que el mismo Rey Sol podría dormir allí. Además dispone de varios salones, uno enorme y otros más pequeños. Podéis

contratar música en directo del estilo que prefiráis. No sé, ahí os dejo la sugerencia. Podéis ir a verlo sin compromiso.

—Gracias, Gilles. Lo haremos.

—Lo que sí tendrá Valentina es una noche de chicas.

—Me gustaría, Brigitte, pero algo sencillo. No me apetece andar por ahí hasta la madrugada bailando y bebiendo para llegar con dolor de cabeza y sueño a la ceremonia. Os invitaré a cenar a Valérie y a ti, nosotras solas, y espero que me ayudéis a elegir el vestido de novia y vuestros vestidos de damas de honor.

—Valérie se alegrará mucho de que cuentes con ella, Valentina.

—Cómo no, Gilles. Lo pasaremos bien las tres.

—Y tú, Aubry, ¿organizarás una noche de tíos?

—Creo que no. Como mucho, os invitaré a la ópera a Edouard y a ti.

—Cielos, no. ¿De veras? ¿Nada de bailarinas de barra y esas horteradas al uso?

—No. No en mi despedida de soltero. Ópera, hermano. Es lo que hay.

—Joder, es la primera vez que oigo un plan así. Un planazo, tío, estoy deseando que lo organices –la ironía de Gilles no hizo mella en Aubry.

Brigitte había empezado a reírse, pero comprendió que Aubry no bromeaba.

—Lo dices en serio. Los llevarás a la ópera.

—No te quepa la menor duda.

—Me ahorcaré con mi pajarita.

Se marcharon cerca de medianoche, todavía riendo. Gilles le dio un ligero abrazo a Aubry y besó las mejillas de Valentina.

—Gracias por la cena. Hasta mañana.

Al quedar solos, Aubry miró a Valentina.

—¿Me lo ha parecido, o Gilles ha estado amable conmigo?

—Ha estado amable. Era lo mínimo, le habías invitado a cenar a casa. Si llega a ponerse en su estilo, lo tiro por la ventana.

—Mi chica peligrosa. ¿Te parece bien lo de la ópera?

—Me parece genial, muy diferente. No me gustaría saberte en un club de striptease con una bailarina exótica entrándote.

—No –se había puesto muy serio— Esa clase de espectáculos ya no tienen cabida en mi vida contigo. Después de la representación vendré a casa. Esa es la idea.

—Si no te raptan los chicos, claro. Yo también quiero volver después de la cena. Como Valérie es de mi estilo, no habrá ocasión para que la cosa se descontrole.

—A mí tampoco me gustaría saberte en una actuación de bailarines disfrazados.

—Ni hablar, Aubry. Cena y a casa –Aubry sonrió y la abrazó.

—Tenemos que hablar sobre la sugerencia de Gilles. ¿Qué te parece?

—Por ver el sitio no perdemos nada. Que nos den un presupuesto y lo pensamos.

—Olvídate del presupuesto, eso da igual. Si a ti te gusta, lo reservamos. Podemos instalarnos dos o tres días antes y quedarnos dos días más. Con Christine y los americanos. Elige dónde quieres que pasemos la luna de miel.

—¿Dónde yo quiera?

—Donde tú quieras, amor.

—Me gustaría ver la Ciudad Prohibida.

—Pues allí iremos, corazón mío. Y ahora, ¿qué te apetece?

—¿Tú qué crees, Aubry Dubois? Que me hagas el amor hasta que me desmaye.

Se quedó dormida apoyada en él, con la larga melena desparramada sobre su cara. Aubry se la apartó de los ojos y no se movió. Pero el día había sido duro para ella, contar su historia a Gilles después de las insinuaciones de él y de la bofetada que le había dado, le pasó factura. Comenzó a soñar, una pesadilla vívida y escalofriante en la que Aubry no la salvaba, sino que la violaba salvajemente antes de apuñalarla. Gritó aterrorizada sin despertarse. Aubry, sobresaltado, la movió despacio hasta que ella abrió los ojos.

—Amor mío, tranquila. Estás conmigo.

—He tenido un sueño horrible, Aubry –lloraba y temblaba— Tengo miedo de volver a dormirme.

—Cuéntamelo, cariño, desahógate. Espera, te voy a traer agua –Valentina bebió atragantándose— Dime qué has soñado.

—Tú… Eras tú… Te quitabas el pasamontañas y yo veía tu cara y tus ojos llenos de odio. Tú me violabas y me acuchillabas… Ha sido espeluznante.

—Yo… En tu sueño me has convertido en tu asesino… —se le llenaron los ojos de lágrimas — Pero sabes que no te hice nada, amor mío. Me mataría antes que causarte el menor daño.

—No entiendo cómo he podido soñar algo así, Aubry. Lo siento.

—No te culpes. No eres responsable de tus sueños. Pero lo que me preocupa es qué puede haber causado esas imágenes, por qué era yo el agresor. Nunca te he mentido. Nunca.

—Amor mío, no sé por qué. Tú eres el único amor de mi vida. No quiero perderte, Aubry. No dudes de mi amor por ti, no estaría contigo si no te amara –él lloraba sin recato, profundamente herido. Valentina le acarició las cicatrices— No me odies, por favor.

—¿Odiarte? ¿Piensas que podría odiarte? Si eres la única persona a la que amo, si gracias a ti soy casi un ser humano normal. Siento dolor, no te lo negaré, porque no lo esperaba; pero tampoco voy a ser tan necio como para replantearme mis sentimientos a causa de una pesadilla.

—Amor mío, mi Aubry. Que yo te haya causado este dolor cuando eres el único hombre al que amo y he amado. ¿Podrás olvidarlo?

—Ven aquí –le rodeó con sus brazos— Ha sido un mal momento para los dos. Estamos organizando nuestra boda y es lo primordial. *Szeretnél feleségül venni, Valentina*?

—¿Qué me has preguntado?

—Si quieres casarte conmigo.

—¡Oh, sí! ¡Sí!

— Te amo tanto, Valentina. Comencé a vivir gracias a ti.

—Y tú me devolviste mi vida.

A Aubry se le fueron las manos bajo la ropa de dormir de Valentina, le quitó la camiseta y el pantaloncito de algodón blanco sin dejar de besarla y acariciarla, entregado y posesivo, prolongando el placer de ella hasta que la sintió desfallecer antes de dejarse llevar él mismo. Ambos entendieron que aquella vez había sido muy especial. Aubry respiraba fuerte en el cuello de Valentina. Ella le miró con los ojos orlados de ojeras y se pasó la lengua por los labios, secos.

—Tengo sed.

Tenían el agua a mano y se terminaron la jarra. Valentina cerró los ojos sin desprenderse de Aubry. Él le cantó en voz baja: *Aludj édes szerelmem. A szemedet hunyd be, kicsi rózsabimbó. Alszik az ibolya* [7]

***

La exposición fue un éxito, y el cuadro prestado por Aubry llamó la atención de los visitantes. *El Ángel Caído*, *El Nacimiento* y *Alejandro en Delfos* ocupaban un lugar preferente colocados en caballetes. Curiosos, entendidos y amigos se acercaron a la galería. Muy pronto las

obras de Valentina y Gilles mostraron el cartel de «adquirido.» Brigitte no vendió ningún cuadro, se paraban a mirar un momento pero el interés general se centraba en los de Beaumont y los Moreau, cada vez más cotizados. Brigitte, con sus flotantes ropas y sus abalorios, aguantaba el tipo lo mejor que podía, aunque se sentía decepcionada. Valentina, con un vestido negro hasta los pies engañosamente sencillo, sandalias planas de piel negra adornadas con cristales de swarovski y el cabello suelto, parecía fundirse con sus cuadros. Atendía amable y tímidamente a quienes se acercaban a ella, aceptaba una copa de champán o un canapé, y sonreía. Por dentro le apenaba el fracaso de su amiga, sintiéndose impotente. Gilles parecía en su elemento, con su elegancia descuidada y su don de gentes.

Por su parte, Valérie de Villette se movía con fluidez entre los invitados que conocía. Su tía Émilie e Isabelle de Lavoissier, que habían prestado sus cuadros, respondían a las preguntas de la prensa apartadas del foco principal de la exposición. Edouard no andaba muy lejos de su novia, apesadumbrado. Se daba cuenta de que la intención de Valentina de potenciar a Brigitte no había cuajado. Su pintura ya no interesaba. Aubry procuró quedarse al margen de todo y pasar desapercibido tras los saludos de rigor. La protagonista era Valentina. El cuadro cedido por él no revelaba su procedencia, estaba marcado sencillamente como «colección particular.» Como no había visto ni *El Nacimiento* ni *Alejandro en Delfos*, se entretuvo observándolos largo tiempo, admirado una vez más de que de las manos pequeñas y delicadas de su prometida pudieran surgir aquellas representaciones que parecían salirse del lienzo o introducir al espectador en su interior, según se mirara. Eran conmovedoras. Él también se apenó por Brigitte, pero miraba sus cuadros y no sentía nada ni veía nada; claro está que no era un experto, porque la obra de Gilles tampoco le emocionaba.

La exposición terminó con fotos de los tres artistas, sonriendo, brindando, Gilles entre las dos chicas cogiéndolas por la cintura y ellas con la cabeza apoyada en los hombros de él. Al quedar solos con la directora de la galería, bebieron una última copa de champán y conversaron unos minutos. La exposición se iba a mantener durante una semana. Los únicos cuadros que quedaban por vender eran los de Brigitte. Ya en la calle, la sonrisa de la pelirroja se borró.

—¿Vamos a celebrarlo a algún sitio? –propuso Gilles.

—Yo me marcho ya, no tengo nada que celebrar.

—Brigitte, no seas así. Quédate con nosotros.

—Prefiero marcharme. Tú haz lo que quieras, Edouard.

—Me voy contigo, naturalmente. Nos disculpáis, ¿verdad?

—Claro. Pero es una lástima que no os quedéis un poco más.

—Sí, bueno, si Brigitte no está con ánimo lo mejor es que la lleve a casa. Enhorabuena, ha sido una inauguración fantástica. Vamos, cariño –y se alejaron los dos en dirección a una parada de metro.

—Vaya. Esto no lo esperaba –Valentina parecía a punto de llorar.

—No te vengas tú también abajo, Valentina. Nadie tiene la culpa –Gilles suspiró— Aunque se veía venir me da pena la situación de Brigitte.

—Creo que deberíamos seguir con la celebración, no os flageléis por lo que ha pasado —Valérie intervino en la conversación— No es culpa vuestra si vuestro trabajo ha triunfado y el suyo no, cada uno de vosotros ha hecho las cosas lo mejor que puede y sabe, lo habéis puesto todo de vuestra parte. No se puede obligar al público a comprar o a admirar algo. Además aún quedan días, las cosas pueden cambiar para ella. Por favor, alegrémonos de lo que tenemos.

—Vamos entonces. Valentina y yo invitamos.

Se trataba de un local de moda y exclusivo. Los instalaron en el espacio VIP y les llevaron champán y canapés de caviar. No había demasiada gente. Valérie y Gilles comenzaron a bailar. La chica se movía con gracia, giraba entre las manos de Gilles. Aubry y Valentina quedaron admirados.

—Años de clases de danza –aclaró Valérie. Se sentó junto a ellos respirando normalmente, como si no le hubiera costado ningún esfuerzo.

—Nosotros no bailamos, no sabemos.

—Pero eso no puede ser. ¿No bailaréis un vals el día de vuestra boda?

—Será difícil.

—Eso hay que solucionarlo rápidamente. Aubry, a partir de mañana una hora diaria de aprendizaje. Os espero en mi estudio a los dos. Sin excusas.

***

El estudio de Gilles era mucho más grande y cómodo que el de Valentina. Ella ya había estado allí cenando con Christine. Dejaron un espacio y entre Gilles y Valérie se ocuparon de enseñarles a moverse al ritmo de la música. Valentina aprendió muy pronto. Aubry, con su oído musical, captó el ritmo y no tardó en ir perdiendo rigidez.

—¿Has sabido algo de Brigitte, Valentina?

—Sí. Hablé con ella a la mañana siguiente y se encontraba más animada. Menos mal. Pero me ha reiterado su intención de abandonar la pintura. Se va a ir a vivir con Edouard a su casa— barco y diseñará vestuario. La verdad es que cose muy bien.

—Lo importante es que haga lo que haga sea feliz. Ojalá ese actor le dure.

—Gilles…

—Perdón –miró a Valérie— Pensaba en voz alta. Lo que tenga que decirle a Brigitte se lo diré a ella.

—No creo que tengas que decirle nada, Gilles –Valérie se mostraba seria y molesta.

—Valérie, Brigitte es amiga mía y me preocupa su situación.

—Por supuesto.

Valentina se dio cuenta de que estaban a punto de verse involucrados en una discusión doméstica.

—Hemos hablado con tu amigo, Gilles. Ya tenemos acordada la visita.

—¿Sí? Magnífico. Ya me diréis qué os parece el sitio. Valérie y yo celebraremos nuestra fiesta nupcial allí.

—¿Ya tenéis fecha?

—El próximo abril, pero lo anunciaremos en nuestra fiesta de compromiso. Nosotros celebraremos una ceremonia religiosa.

—Pero si eres ateo –rio Valentina.

—Pero Valérie no, y debo respetar sus creencias. Además tampoco quiero malos rollos familiares.

—No seas tan desconsiderado, Gilles –Valérie se estaba enfadando –Ni mi familia ni yo misma te vamos a llevar a la rastra a la catedral.

—Querida mía, no te lo tomes así. Lo que importa es que tú tendrás tu ceremonia religiosa y tu tía y mamá no se subirán por las paredes. Nos debemos a lo que somos. Respeto profundamente tus sentimientos religiosos, los míos dan igual porque no los tengo.

—Es terrible ver cómo la religión, que debería unir, separa a las personas y demasiadas veces las conduce al odio.

—Es la primera vez que te escucho una opinión tan personal, Aubry.

—Sé lo que digo y por qué lo digo, pero no viene al caso.

Gilles y Valentina se miraron un momento, pero solo Valérie se percató de sus miradas y comprendió que compartían un secreto. Se preguntó qué sería.

***

El hotel les entusiasmó. Rodeado por un parque muy cuidado, con fuentes y un invernadero, mantenía el aire lujoso y elegante de antiguo palacio. El propietario vivía allí, en un ala privada. Les obsequiaron con una copa de champán de bienvenida y el amigo de Gilles en persona les enseñó el edificio.

—Gilles me comentó que son sus amigos. Para nosotros será un honor contar con ustedes como huéspedes. Señorita Moreau, conozco su trabajo y me parece extraordinario. Comencemos por la cafetería…

A ellos se les cortó la respiración cuando vieron la suite nupcial, con su enorme cama endoselada y los detalles en cristal, porcelana y plata. Los salones parecían una copia de los del palacio de Versalles, aunque demasiado grandes para tan pocos invitados.

—Contamos con un salón pequeño y acogedor. Se lo mostraré.

Les entusiasmó. Una mesa redonda para doce comensales, sillas tapizadas, lámparas de lágrimas de cristal, un estrado para los músicos y suficiente espacio para bailar.

—El empapelado de las paredes es el original del siglo diecinueve, así como las pinturas del techo y el suelo de madera –brillaba como un espejo— El estrado se incorporó cuando convertimos la casa en hotel, es el único detalle moderno.

—Es precioso –suspiró Valentina.

—¿Te gusta? Pues lo reservamos.

A Aubry también se le veía contento con la elección. Reservaron nueve habitaciones, incluida la suite nupcial, y el pequeño salón para la ceremonia y el banquete. Además acordaron el menú, con una degustación previa. Del catálogo de tartas Valentina escogió la de cuatro chocolates con cobertura azul decorada en blanco y rosa. Aubry, sonriendo, estuvo de acuerdo con todas sus decisiones. Pagó la reserva sin pestañear.

—Deseamos un cuarteto de cuerda para amenizar la comida –dijo Aubry— ¿Pueden recomendarnos algún grupo?

—Por supuesto. El hotel colabora con diferentes músicos, no habrá ningún problema. Y está la discoteca con servicio de bar, que ya han visto. Respecto a la decoración, ¿han pensado en algo concreto? Colores de los manteles y servilletas, las flores, si desean utilizar e iluminar el invernadero.

—Todavía no.

—Pueden hablar con la empresa que suele ocuparse normalmente de estos asuntos, si lo desean. Esta es su tarjeta. Señorita Moreau, sé que ahora va a estar usted muy ocupada; pero cuando tenga un hueco libre desearía encargarle un cuadro para el hotel.

—Por supuesto. Hablaremos con calma de ello. Es usted muy amable.

Los acompañaron hasta la salida. Aubry algo desconcertado con tantos detalles, radiante Valentina.

—Entonces solo nos quedan las flores y decidir la decoración. ¡Ah! Y los detalles para nuestros amigos, qué les vamos a regalar como recuerdo.

—Falta lo más importante, Valentina, tu vestido y los de las chicas.

—Nos iremos las tres de compras. Ya sabes que tú no puedes verlo antes de la ceremonia.

—Lo sé. Y tampoco dormir contigo la noche previa, por eso tendremos una habitación cada uno. ¿Nos dará tiempo a todo?

—Sí, cariño. Y sobrará. ¡Y tengo un encargo! ¿No es maravilloso?

—Es maravilloso, amor mío. Todo lo que te hace feliz me llena de alegría.

—Aubry, si todo esto te agobia lo cancelamos y nos casamos solos en el Ayuntamiento, únicamente con los testigos.

—No. No me agobia. Me resulta extraño pero no me causa angustia. Por nada del mundo te privaría de tu boda de ensueño, te mereces todo lo mejor. Sé que serás la novia más bella del mundo y no olvidaré jamás ese día. Lo que hemos olvidado ha sido el fotógrafo. Necesitamos un profesional.

—Tengo que apuntarlo todo y pedir ayuda urgente a las chicas.

—¿No has notado a Valérie un poco tensa con Brigitte últimamente?

—Desde la exposición, sí. Pero no sé si han tenido algún problema entre ellas, ninguna de las dos me ha comentado nada y no me parece adecuado preguntar.

—No les digas nada. Si tienen algo deben solucionarlo entre ellas. Además, Brigitte es tu mejor amiga y tienes que apoyarla.

—Eso siempre. Pero, ¿sabes? Conmigo también está diferente. Como si yo tuviera la culpa de que ella no prospere como pintora.

—No es cuestión de culpas, ya lo hemos hablado. Ni se te ocurra apagarte para que ella brille, sería una estupidez y no la ayudarías. Cariño, si está bloqueada y no quiere seguir pintando anímala pero no abandones tus pinceles para que esté contenta.

—Eso mismo me ha dicho Gilles.

—¿Gilles? ¿Cuándo has hablado con él?

—Ayer vino al estudio un momento. Nos fumamos un cigarrillo y se marchó. Había tenido un encontronazo con Valérie y otro con Brigitte, estaba de bastante mal humor.

—Uf. Las dos están celosas, pese a que Brigitte tiene a Edouard. Y si añadimos que Gilles no quiere a ninguna de las dos, el conflicto emocional está servido.

—Él sabrá lo que hace, pero está completamente decidido a casarse con Valérie. Y ella sabe a qué atenerse. Qué relaciones tan confusas. Yo no podría soportarlo.

Se habían desplazado en el viejo coche de él; pero Valentina, que no entendía de marcas, no hizo ningún comentario respecto al vehículo.

—Cariño, si este coche te parece incómodo lo cambiaré por otro nuevo. Hasta ahora me bastaba, pero ya no estoy solo.

—No hace falta. No distingo un coche de otro y este no parece tan malo. Si a ti te sirve, a mí también. Además no lo utilizamos nunca.

Aubry dejó el vehículo en el garaje y cogieron el metro. Valentina suspiró aliviada al entrar en la buhardilla.

—Tengo que decirte una cosa–Aubry estaba serio— Me voy mañana.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde y para qué?

—Serán un par de días nada más. Te lo contaré, no te preocupes, pero no ahora. De momento es un secreto.

—Pero vas a volver, ¿verdad?

—Cómo no voy a volver. Te llamaré por la noche. Tú aprovecha para hacer compras y comer con tus amigas. Y no te involucres en sus guerras amorosas.

—Entonces me quedo sola con *Napoleón*.

—Estaréis bien los dos. Cuando venga Denise déjala a su aire, ella sabe lo que tiene que hacer. Y ten mucho cuidado, amor mío, no vengas en metro si se hace demasiado tarde.

—No saldré por la noche, estaré esperando tu llamada. Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti. Pero estaré de vuelta muy pronto. No te despertaré cuando me vaya, tengo que coger un tren muy temprano.

—Necesito preguntártelo, Aubry: ¿este viaje tiene algo que ver con tu vida anterior? ¿Ha resucitado algún fantasma de tu pasado?

—No, Valentina. Mi vida anterior, mi pasado violento, quedó cerrado en su día. Este viaje tiene que ver con nosotros, con nuestro presente y especialmente con nuestro futuro. Deja que guarde el secreto hasta el momento adecuado, amor mío.

—Ya te echo de menos.

—Ven aquí, mi amada y dulce mujer, la mimada de la casa.

-10-

Aubry quería que fuera una sorpresa. Si la compra salía bien, sería su regalo de boda para Valentina. Le habían informado sobre un par de casas de campo con terreno de viñedos y frutales y un jardín enorme que casi parecía un bosque. A las afueras de la población pero comunicadas por una carretera rural que podía recorrerse en coche sin problema. Desde la terraza de una y desde las ventanas de atrás de la otra se veía el mar. Ambas estaban ubicadas en la Costa Bermeja. Nada más llegar alquiló un coche, y tras registrarse en el hotel y comer algo se acercó a ver la primera de las casas. El agente inmobiliario le acompañó explicándole las características y el aprovechamiento del espacio. Grande, bien distribuida, disponía de un desván diáfano de gran tamaño donde Valentina podría instalar su estudio. De todas formas necesitaba bastantes arreglos. Aubry recorrió la propiedad y miró cada rincón de la casa. Dijo que lo pensaría. Al atardecer dio un paseo por las calles del pueblo y cenó en un restaurante al aire libre desde el que se veía el mar. Se alojaba en un hotel modesto, para él solo no necesitaba lujos ni comodidades. Subió a su habitación para llamar a Valentina sin ruido ambiental. Hacía muy poco que él también se había comprado un teléfono móvil.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien. Acabo de llegar a casa, he pasado el día muy ocupada, trabajando y de tiendas. ¿Volverás pronto? No sé si podré dormir, me siento muy extraña sin ti.

—Quiero volver mañana. Yo tampoco podré dormir sin ti, Valentina. Siento un vacío en mi carne, un enorme agujero negro. Es la primera noche solo y ya sé que si no estuvieras conmigo no saldría de la oscuridad.

—Lo que estás solucionando, ¿va por buen camino?

—Sí, amor mío. Estoy muy contento. Mañana tengo otro asunto pendiente, y si sale como espero esa misma noche volveré a París –escuchó unos maullidos y rió en voz baja— Ya oigo a *Napoleón*.

—Te envía saludos. Él también te echa de menos.

—Valentina, amor mío, cuídate mucho. Si te pasara algo y no estuviera contigo no me lo perdonaría nunca.

—No me pasará nada. He cerrado bien la puerta y las ventanas y echado las cortinas. Mañana volveré a ir de tiendas con las chicas y estaremos muy ocupadas probándonos vestidos. También llamaré a Andrew y a Peter, les envié un correo electrónico anunciándoles nuestra boda pero me apetece hablar con ellos. Luego llamaré a mamá, antes de que se acueste.

—Tengo ganas de conocerlos. A Christine no la vi, pero los americanos no deben guardar buen recuerdo de mí.

—*Están muy sorprendidos, lógicamente. Pero todo ha cambiado y las circunstancias son otras. Os caeréis bien*.

—Por mi parte, estoy deseando estrechar su mano y besar a Christine, si ella me lo permite.

—*Seguro que sí* –Valentina rió.

—No te acuestes muy tarde. Tendré el móvil encendido por si necesitas algo, llámame a la hora que sea.

—*Intenta dormir, amor mío. Qué largas son las noches sin ti*.

—Demasiado largas y solitarias. Te amo, Valentina.

—*Te amo, Aubry*.

Cortó la comunicación. La conversación le pareció demasiado corta, pero no era muy locuaz por teléfono. Tampoco había querido decirle que tenía miedo de que volvieran las pesadillas.

Antes de que cerraran la cafetería decidió tomarse un whiskey. Había dejado ya la medicación, incluso la pierna le molestaba menos y rara vez cojeaba. Creyó que el alcohol le ayudaría a dormir. Se sentó a una mesa junto a la ventana y bebió despacio. Encendió un cigarrillo.

—¿Me invitas a uno?

La voz inglesa le sobresaltó. Miró a la chica que se apoyaba en la mesa. Llevaba una mochila colgada de un hombro. Demasiado joven, despeinada como si acabara de llegar de viaje, shorts vaqueros desgastados y camiseta arrugada.

—No parece que tengas edad para fumar.

—Tengo diecinueve años. Puedo fumar y beber.

Aubry miró a su alrededor. Estaban los dos solos y una camarera tras la barra mirando el reloj. Faltaba algo menos de media hora para cerrar el servicio de cafetería y se la veía cansada. Cogió el paquete y se lo alargó, encendiéndole el cigarrillo. Ella se sentó sin más.

—Pídeme una bebida, lo que tú estás tomando.

—Esto es whiskey, sin agua ni hielo.

—Perfecto. Otro para mí.

Él enarcó las cejas, pero se lo pidió a la impaciente camarera.

—¿De dónde eres, por cierto?

—De París.

—Yo de Londres. Hablas muy bien mi idioma aunque con acento raro.

—¿Tú no hablas francés?

—No. Cuatro palabras.

—¿Viajas sola?

—Pues sí. Voy de mochilera a mi aire, con un billete de interrail. Ahora vengo de España –bebió un trago e hizo un ruidito de satisfacción— Qué bien. Quiero ir a Niza y de allí a París y ya de vuelta a casa.

—Pues suerte con tu viaje. Buenas noches.

—¿Te vas ya?

—Van a cerrar la cafetería y además quiero acostarme.

—Oye, ¿podrías dejarme dormir en tu habitación?

—¿Cómo dices?

—No me queda mucho dinero y no sé dónde dormir.

La mirada de Aubry se endureció al mirarla. Ella se asustó.

—Espera un momento –se acercó a la camarera y le habló unos segundos. Volvió a la mesa — Hay un hostal muy cerca, es barato. Seguramente les quedará alguna habitación libre. Y niña, no deberías entrarle a desconocidos, puedes llevarte una sorpresa desagradable.

—Pero serás… —estaba tan indignada que no le salían las palabras.

—Pregúntale la dirección a la camarera y no la entretengas, está deseando terminar su trabajo.

Recogió el paquete de tabaco y el encendedor y llevó a la barra su vaso. Las dos chicas le vieron marcharse hacia el vestíbulo.

—Toma, la dirección, está a cinco minutos.

—No hablo francés.

—La dirección –repitió de mal humor la camarera en un inglés muy básico.

—Gracias. Por fin alguien amable.

—Si lo dices por mí, te equivocas –la otra entendió su inglés macarrónico y le puso mala cara— Amable ha sido él.

—Y si no tienen sitio, ¿dónde puedo ir?

—Al camping o a la playa. Tengo que cerrar ya.

—Gracias de todas formas. Serás borde –remató creyendo que no la entendería.

En su habitación, Aubry apagó todas las luces y abrió el balcón. Se sentó a fumar, escuchando los sonidos propios de la noche. Valentina no le llamó, lo que indicaba que en casa todo iba bien. Era muy tarde cuando se acostó. En otro tiempo y otra vida hubiera llevado a aquella chica a su cama y satisfecho todos sus impulsos sexuales. Pero ahora tenía a Valentina, el único amor de su vida, la chica que le había robado el corazón en un escenario de horror y muerte y devuelto su humanidad. Eso lo llevaba como un tesoro en su interior. Ninguna desconocida traspasaría la barrera de sus sentimientos. Tampoco necesitaba un cuerpo joven y bien dispuesto con el que jugar un momento. Cerró los ojos pero no durmió. Imaginó a Valentina abrazada a su almohada, tal vez con *Napoleón* a su lado, dormidos los dos pacíficamente. Sin Valentina no era nadie, una sombra que fingía vivir. De repente recordó el rostro pecoso de Renate, su amor del Instituto, con la que compartió su primer beso. Tenía una voz preciosa, alta y clara. Estudiaba canto. Tenían quince años y toda la vida por delante. Hasta aquel día en que llegó a su casa y se encontró a su madre muerta sobre la cama. El brillante estudiante se transformó en un adolescente frustrado. Faltó a clases, se escapó de casa. Al principio su padre le buscaba por los callejones donde se reunía con otros chicos para fumar droga y dormir en casas ocupadas.

«—Sigmund, no voy a permitir este comportamiento. Eres un chico de buena familia, deja de ir por ahí como un perro callejero.

—¡Me llamo Zsiga! ¿Por qué se suicidó mamá, eh? ¿Qué le hiciste, hijo de puta? ¡Te odio! ¡Y la odio a ella! ¡Ojalá te hubieras muerto tú!

El bofetón empeoró la situación. La siguiente vez fue la policía quien le encontró. No estaba ni drogado ni bebido, pero Konrad Schneider se desentendió de su hijo adoptivo.

—No puedo con él –declaró— Está desestabilizando nuestras vidas. Yo tengo mucho trabajo, no puedo cancelar conciertos. Y mi madre se ve imposibilitada para cuidarle, es violento e inestable. ¿Qué hago?

El estado se hacía cargo de los chicos como Sigmund. Su padre firmó los documentos necesarios, renunció a su custodia, y se lo llevaron.

—¡Papá! ¡Papá! –gritó desesperadamente.

Konrad Schneider apenas le miró.

—En realidad yo no soy tu padre, no tengo por qué cargar contigo y con tus problemas.

Se acabaron Renate, la música, sus aspiraciones. Y comenzó su infierno de palizas y abusos. A los dieciocho años se vio libre. Le reclutaron y cumplió el servicio militar obligatorio. No tenía dónde ir pero no regresó a su casa. Comenzó a moverse en un mundo peligroso y clandestino que le llevó a entrenarse como mercenario, y a participar en conflictos que no le importaban más allá del sueldo. Llevó a cabo un par de asesinatos selectivos muy especiales encargados por hombres poderosos a los que nunca vio y que nunca le vieron y le pagaron sin regatear. Después vino Sarajevo, Valentina y su derrumbe personal. Si se hubiera quitado el pasamontañas ella hubiera visto a un hombre con la cabeza afeitada y barba espesa. Nunca dejaba ver su rostro excepto a su equipo. Cambió su aspecto cuando lo dejó todo atrás y se enroló en la Legión Extranjera con una nueva identidad. Cuando comenzó a invertir en Bolsa, a través de operaciones complicadas borró su rastro y abrió una cuenta cifrada en un banco suizo a nombre de Aubry Dubois. Dos millones de dólares estadounidenses se reconvirtieron en francos suizos. Tras meditarlo cuidadosamente, cuando le pidió a Valentina que se casara con él traspasó aquel dinero convertido en euros a su banco francés, pagando los impuestos correspondientes. No quería secretos ni puntos oscuros en su relación. Su identidad era legal; sus inversiones, legales. Le habló a Valentina de sus actividades en Bolsa explicándole el estado de sus cuentas bancarias, le dio acceso, y se rio despacio cuando la pintora abrió la boca de asombro al constatar la totalidad de sus bienes.

—Con el estilo de vida que llevamos, aquí hay para que no pasemos necesidad ni nosotros ni nuestros hijos. Pero lo que tú ganas con tu trabajo es tuyo, amor mío, empléalo como te parezca.»

Gracias a Valentina llevaba una vida normal. Cuando se instaló en París era una sombra, un inadaptado que no dormía y se embotaba con pastillas y alcohol. No sentía nada excepto nostalgia y deseo de encontrar a la chica que le había mirado con los preciosos ojos grises llenos de terror. Le recolocó como pudo la ropa interior desgarrada y le bajó el vestido hasta las rodillas. Ella comprendió, pese a estar conmocionada por la horrible muerte de su agresor, que no iba a matarla. Él se limpió la sangre de las manos en las ropas del muerto y le dio agua. Le puso la medalla que le había regalado su madre en un gesto instintivo, a modo de talismán protector. Le hubiera gustado decirle muchas cosas, protegerla él mismo; pero no había tiempo para nada excepto para sacarla de allí y salvarla. Porque él, pese a su buena voluntad, no podía hacer más por ella.

Aubry se secó los ojos con los dedos. Hubiera matado a los periodistas si no se la hubieran llevado con ellos. Aquella misma noche, insomne, con más alcohol que comida en el cuerpo, escuchando las detonaciones y el crepitar de los incendios, susurró a las estrellas: *anya, óvd meg azt a lányt minden veszedelemtöl* (*).

Se sentía agradecido por primera vez en veinte años. No solo por seguir vivo, lo que podía considerarse un milagro teniendo en cuenta por lo que había pasado, sino por haberla encontrado. No sabía cuántas oportunidades así se le ofrecían a una persona a lo largo de su vida. Lo que sabía era que si por egoísmo, por estupidez, por una mala decisión, la perdía, se merecería todo lo malo que pudiera ocurrirle. Volver a la buhardilla vacía sin ella y su risa, no verla con los dedos manchados de pintura agitando su pincel hacia él, no fundirse con su cuerpo cálido y suave hasta alcanzar el éxtasis. No podía conformarse con migajas de placer después de tenerla a ella. Valentina era carne iluminada por dentro. «El sexo hecho luz. La luz hecha sexo», le había

dicho en voz baja después de su unión apasionada. «Si creyera en el alma, tú serías mi alma. Cada vez que me abrazas y me besas me salvas de mí mismo.»

Logró dormitar un par de horas. Se levantó, se puso ropa cómoda y zapatillas y salió a correr a la playa. Corrió hasta que la pierna comenzó a fallarle. Descansó un poco y volvió al hotel. Se dio una ducha, se lavó los dientes y se afeitó. El espejo le devolvió un rostro ojeroso. Resopló. No podía ir con aquella cara a su siguiente entrevista. Buscó en su bolsa de aseo el antiojeras que le había dado Valentina y se lo aplicó con cuidado, difuminándolo hasta que los círculos azulados desaparecieron.

Desayunó zumo de naranja, café con leche y tostadas con mantequilla y miel, terminando con un café solo y un cigarrillo. Después se subió al coche y condujo hasta su destino, algo más apartado. El agente le esperaba ya. La casa era muy parecida a la anterior en cuanto a distribución, pero además de desván tenía sótano que podía servir de despensa. En la parte baja se encontraban la cocina y el salón integrados en el mismo espacio, con una chimenea. En la planta superior tres dormitorios y dos baños. Un cobertizo de tamaño suficiente para instalar el taller de pintura. Un pozo en el jardín, muy grande aunque descuidado, con viñedos y frutales, y una terraza desde la que se

(*) *Mamá, protege a esa chica de todos los peligros*

veía el mar. A Aubry le gustó más que la que había visitado el día anterior. Resultaba más cara, pero a él le importaba menos el precio que la calidad de los materiales. Aquella era una buena casa. Y si un día tenían hijos el desván podía convertirse en dormitorio y zona de juegos. Como se trataba de un regalo sorpresa no podía consultar con Valentina. Allí mismo decidió que se la quedaba.

Le daba tiempo de comer antes de acudir a la oficina de la inmobiliaria para realizar los trámites del contrato preliminar y pagar la cantidad estipulada. Buscó un restaurante cerca del puerto, donde pidió pescado y una cerveza. Se estaba bien al aire libre, la temperatura era agradable. Tras un par de cafés emprendió el camino hacia la oficina. Le informaron de que tenía que esperar a firmar la escritura en la notaría.

—Es el regalo de boda para mi prometida –explicó— Comprendo el procedimiento, pero ¿no podría acelerarse un poco el proceso?

—Eso depende del notario, señor Dubois. ¿Cuándo se casan ustedes?

—El dieciséis de noviembre.

—No se preocupe, podrá regalarle las llaves a la señora Dubois atadas con un bonito lazo. Le llamaremos para la firma del contrato.

—De acuerdo. Gracias.

Eran las cuatro de la tarde. Había recogido el equipaje y pagado el hotel antes de desayunar,

solo le quedaba devolver el coche. Fue a la estación y consultó los horarios de trenes. Mientras esperaba hizo unas llamadas a sus agentes de Bolsa y a su banco. Después marcó el número de Valentina.

—*¡Aubry! Qué alegría*.

—Llego esta noche, cariño. No necesito quedarme más tiempo.

—*Iré a buscarte a la estación*.

—No. Espérame en casa, Valentina. Será demasiado tarde para que andes por allí tú sola. Cogeré el metro. Estoy deseando verte.

—*Y yo a ti. Tengo noticias.*

—¿Sí? ¿Buenas?

—*Gilles y Valérie me han traído al estudio la invitación a su fiesta de compromiso. Es obligatorio vestir de etiqueta.*

—Ya imagino. Será una celebración muy especial. ¿Me servirá el esmoquin o tendré que comprarme otra cosa?

—*Te servirá* –Valentina se rió— *No necesitas comprarte nada.*

—Pero tú sí. No puedes repetir vestido.

—*Ya lo hablaremos. Me he comprado demasiada ropa en poco tiempo y tengo que aprovecharla, me da rabia no poder ponerme alguno de esos vestidos, el de la última exposición es precioso.*

—Es precioso pero ya te lo han visto, cariño. Es una fiesta de alto copete y no puedes repetir. Ya hablaremos en casa de esto. Te amo, Valentina.

—*Te amo, Aubry. Hasta luego.*

Aubry compró el billete a París y dio un pequeño paseo. Poco antes de la salida ocupó su lugar en el tren. Tenía varias horas por delante para pensar. Se quedó dormido sin darse cuenta.

Valentina estaba acurrucada en el sofá con *Napoleón* en su regazo. Ambos se habían dormido. Al escuchar el sonido de la puerta, apartó al animalito con cuidado y se puso en pie de un salto. En cuanto Aubry entró le saltó al cuello besándole. Él dejó caer su bolsa de viaje.

***

Valentina y Aubry entregaron sus invitaciones y pasaron al salón reservado para la fiesta. Ya habían enviado el regalo de parte de los dos: un cuadro pintado por ella en el que había representado a los novios, a Gilles como Aquiles y a Valérie como Briseida. La tarde anterior se había celebrado una cena familiar en la que Gilles le entregó a Valérie el anillo de compromiso. Ambos estaban en la puerta con sus padres y tíos, respectivamente, recibiendo a los invitados. Los padres de Valérie habían muerto en un accidente y su tío paterno y su esposa Émilie ejercieron de tutores hasta su mayoría de edad. Valérie tenía un vínculo muy fuerte con los dos. A Valentina le sorprendió la madre de Gilles, a la que veía por primera vez. Antoinette de Beaumont parecía la hermana mayor de su hijo, también rubia, de piel cuidada y muy elegante.

Aubry captó muchas miradas. Con su estatura y complexión no pasaba desapercibido, y el esmoquin le daba un aire aristocrático que lucía con naturalidad. Valentina también deslumbraba con su vestido color gris humo hasta los pies, el cabello cepillado y suelto, sujeto por una fina diadema de plata con cristales incrustados, sin más joyas que la medalla y el brazalete, y zapatos plateados muy altos. El recibimiento fue cálido pero breve, los prometidos estaban muy ocupados saludando a todos los que entraban. Isabelle de Lavoissier les sonrió de lejos, lo que sorprendió a Aubry porque la dama apenas sonreía a nadie, y se acercaron a saludarla. Él le besó la mano.

—Querida Valentina, quiero presentarte a mi nieta. Sissi… Sissi, Valentina Moreau es la maravillosa pintora.

Valentina le puso por fin cara a Sissi de Lavoissier, recordándose que debía mostrarse cortés con ella. Muy alta, cabello corto al estilo *Bob*, bronceada ligeramente más por el efecto de la cabina de rayos uva que por la exposición directa al sol. Llevaba un vestido largo de color rojo, muy escotado y con una abertura que le llegaba hasta la cadera, y calzaba unos carísimos zapatos también rojos, con tanto tacón que parecía increíble que pudiera andar con comodidad. Se acercó con soltura sin mirar a Aubry, al que había visto nada más llegar.

—Tu cuadro es magnífico, Valentina. Se ha convertido en uno de los tesoros de mi abuela.

—Gracias, Sissi. Eres muy amable.

—¿Y quién es tu acompañante? ¿No nos presentas?

—Por supuesto. Mi prometido, Aubry Dubois.

—¡Prometido! Qué adorable, ¿verdad, abuela?

Aubry, sin mover un músculo, besó la mano de Sissi.

—A sus pies, señorita de Lavoissier.

—Y qué ceremonioso. Si me disculpáis, he de saludar a otros amigos. Luego nos vemos, Valentina.

—Claro.

Aubry apretó una mano de Valentina y se miraron. Tenían que disimular su malestar y sonreír. Gilles y Valérie se les acercaron tan pronto como pudieron. Gilles les procuró una copa de champán a cada uno.

—Gracias por venir. No podremos dedicaros mucho tiempo, ya veis a cuántos han invitado papá y Émilie y tenemos que estar con todos.

—Lo entendemos. Estás preciosa, Valérie.

—Gracias, Aubry. Valentina y yo estuvimos de compras; de hecho, este vestido lo eligió ella.

—Me lo dijo.

La muselina rosa ondulaba a su alrededor. Un vestido que destacaba por su sencillez, realzado por el collar y los pendientes de diamantes. Alargó la mano para que vieran el anillo de compromiso, de la misma diseñadora que el de Valentina. Ellos lo admiraron.

—¿Aún no han llegado Brigitte y Edouard? –preguntó Valentina— ¿O no los habéis invitado?

—¡Oh, sí! Valérie me obligó, no quiso que se repitiera el desplante anterior. Pero se retrasan.

—A mí ya me sorprendió que Brigitte no viniera de compras con nosotras.

—La llamé, pero se excusó. Es la primera vez desde que la conozco que Brigitte se niega a ir de tiendas.

—A mí no me mires, Valentina –Gilles se puso a la defensiva— Te aseguro que no he hecho ni dicho nada que pueda molestarla. Es más, Edouard me cae bien.

—Parece que llegar tarde se ha convertido en su marca. Ahí están –dijo Aubry.

Edouard iba muy elegante. Había alquilado el traje de etiqueta en un buen establecimiento y no se notaba, parecía suyo. Brigitte llevaba un vestido muy original de raso negro confeccionado por ella misma. Su novio le había regalado los zapatos, ya que ella no tenía modelos de fiesta. El bolso era el de oro vegetal que le habían regalado Valentina y Aubry.

—No me puedo permitir un vestido de alta costura como los vuestros –le dijo a Valentina. Valérie la oyó.

—No tienes que justificarte, Brigitte. Estás guapísima. Bienvenidos, gracias por venir.

—Os dejamos juntos, nosotros iremos y vendremos.

—Es la primera vez que me invitan a una fiesta así –Edouard estaba asombrado— Es como las de los ecos de sociedad.

—Estamos inmersos en el noticiario rosa –le dijo Aubry sonriendo— A mí me toca acostumbrarme como acompañante de Valentina, la famosa es ella. Mañana publicarán las fotos y emitirán las imágenes. Menos mal que lo han limitado todo a la entrada.

—¿Te gusta este ambiente, Valentina?

—Pues al principio me intimidaba, la verdad. Pero son personas como todo el mundo, Edouard. Me sorprende que a un actor como tú no le hayan invitado nunca.

—No gozo de tanto renombre. De no ser por Brigitte no estaría aquí. Pero ella tiene amigos muy importantes a todos los niveles, tanto emocional como socialmente.

—Brigitte es como mi cuñada. Más parece hermana de Valentina que amiga.

—¿Entonces eso nos convierte en cuñados, Aubry?

—Eso parece.

Pasaban constantemente camareros impecablemente vestidos con bandejas llenas de canapés fríos y calientes y copas de champán. En mesas apartadas atendían a los invitados que preferían agua y bebidas sin alcohol o una copa de cualquiera de los vinos selectos. Había sillones donde algunas mujeres descansaban de las molestias de los tacones y pequeñas mesas auxiliares. La orquesta ponía música de fondo. Aprovechando que Aubry se había quedado solo, Sissi se acercó a él.

—Así que ahora te crees igual que nosotros –sonreía pero sus ojos brillaban con expresión maligna.

—Yo no me creo nada.

—Espera… no me dejes plantada, ni se te ocurra. He oído que has ganado muchísimo dinero especialmente gracias a mi abuela. La pobre mujer empieza a estar senil y siente debilidad por ti. A las personas como tú la riqueza no os sienta bien, no sabéis disfrutarla. ¿De verdad esa pintora es tu novia? Tiene muchísimo talento, lo reconozco. Cuando vi su cuadro en casa de mi abuela se me cortó la respiración. Pero una mujer como ella no es para ti, Aubry. Tú eres un hombre violento y despiadado y ella parece un hada. ¿Te conoce de verdad? ¿Sabe lo que eres capaz de hacer?

—No voy a hablar de ella contigo.

—¿No? Mejor. No creo que ella te dé nada de interés. Tú y yo somos iguales, ¿verdad? Dos monstruos egoístas y desaprensivos. Por eso me gustas. Me gusta que me hagas daño y te me impongas, los otros me tienen miedo pero tú no porque me conoces muy bien.

Se movió lo suficiente para que él se percatara de que no llevaba ropa interior. Aubry le miró la abertura del vestido y después a los ojos.

—Sigues siendo la misma pequeña puta retorcida. Y eso que me estás enseñando no me

interesa, ya lo he visto antes y no me impresiona.

—Embustero –se reía en voz baja— Ay, querido, a mí no me engañas. Es verdad que todas las mujeres tenemos coño, pero no todas saben cómo usarlo. Y el mío ha hecho que algo dentro de tu pantalón se desperece. ¿Te parezco vulgar? Venga, somos viejos conocidos, no me digas que has olvidado el regalo que me hiciste, porque yo no.

—Ya basta, Sissi. Puedo ser más vulgar que tú. Recuerdo que no desaprovechaste ni una gota. Y aunque te cueste creerlo, no me apetece comer sobras teniendo en casa comida recién hecha.

—Eres adorable –se reía educadamente pero rezumaba maldad— ¿Por qué no vamos después a un sitio más tranquilo? Y tráete a esa ricura, podrá aprender algo.

—Déjame en paz. Me das asco.

Sissi bebió un trago de champán y volvió a reírse. Sin dejar de mirar a Aubry dejó que un hilillo de licor se deslizara desde sus labios y terminara resbalando entre sus pechos. Aubry le devolvió una mirada terrible.

—Contéstame a una pregunta y me iré, te lo prometo. No volveré a molestarte.

—¿Qué quieres saber?

—Si a tu pintora angelical también le metes tu pincel en la boca. No me mires así, he sido muy educada.

Aubry palideció. Se terminó su copa de champán y la dejó sobre una bandeja. Necesitaba tiempo para calmarse. Vio a Edouard acercándose a ellos. El actor, ignorando lo que estaba ocurriendo, estaba a punto de unírseles. En ese momento Aubry se inclinó educadamente ante Sissi.

—Si me disculpa, señorita de Lavoissier –y cogiendo del codo a Edouard se alejaron juntos.

—¿Quién es esa preciosidad, Aubry?

—Una amiga de Gilles.

—¿Tuya no?

—Yo no la conozco.

Aubry miró a su alrededor buscando a Valentina, y la vio hablando con Luc de Beaumont y Émilie de Villette. Le preocupaba que Sissi la hiciera daño con su actitud y sus palabras.

—¿Te diviertes, Edouard?

—Bueno. Yo tengo otro concepto de la diversión, pero no está tan mal. Escucha, la cantante es fantástica, qué voz tiene.

La orquesta llevaba una cantante que comenzó a interpretar una canción de moda. Tenía voz de soprano muy trabajada.

—Para ser tan joven es muy profesional –dijo Aubry. Y los dos se quedaron parados junto a una ventana fumando un cigarrillo.

—¿Habéis visto a Valentina? –Brigitte se había unido a ellos.

—Estaba con el padre de Gilles hace un momento.

—No la veo, habrá ido al baño.

Valentina comenzó a escuchar susurros y gemidos en cuanto entró en el baño. En la cabina de al lado alguien estaba practicando sexo sin ningún recato. No dio crédito a sus oídos. Mientras se lavaba las manos y retocaba su maquillaje los sonidos alcanzaron su punto álgido. Una de las puertas se abrió y salió un hombre joven vestido de etiqueta retocándose la ropa. Muy rubio y tan parecido a Gilles que al principio creyó que era él. Se azoró al verla, saludó con la cabeza y se marchó sin decir una palabra. Un remolino rojo le anunció a Sissi, que abrió un grifo y se refrescó cuidadosamente la cara. La miró sonriente.

—¿Nos has oído? No pongas esa expresión, no es para tanto, querida. Haberte ido. Yo no podía más, necesitaba un buen polvo para quitarme el aburrimiento. Esta fiesta es mortal, y el primo de Gilles es… ¿cómo te lo digo? –Hizo un gesto explícito con las manos. Valentina enrojeció de vergüenza— Venga, como si tú nunca hubieras visto uno. Tu chico tiene también un buen tornillo, el mejor, ¿o tú lo llamas pincel? Y tú unos labios preciosos –se reía con tal maldad que a Valentina se le llenaron los ojos de lágrimas— Bueno, un pequeño capricho más y lista –sacó de su bolso una cajita plana de oro, vertió el polvo blanco en el hueco entre el pulgar y el índice de su mano derecha y lo absorbió por la nariz— ¿Te apetece? Hay suficiente para las dos.

—No. Yo no consumo drogas.

—Vaya. Eres un dechado de virtudes. Pero pintas de maravilla, eres lo mejor que he visto en muchos años. ¿Me aceptas un consejo? Ten mucho cuidado con tu prometido, no es lo que parece.

—No quiero consejos tuyos, Sissi.

—Tú misma. Lo decía por tu bien, pero no hay más ciego que el que no quiere ver –le pasó un dedo bajo la barbilla— Eres un amor, de verdad. Qué pena de muñeca de azúcar para ese bruto. Aunque folla como un animal, le reconozco el mérito, y a las bellas les suelen gustar las bestias. No sigas con él, dejar que te folle es desperdiciar comida gourmet. Eres una mujer bellísima y sensual, y estás más desaprovechada que si fueras virgen. Cariño, tienes que aprender a sacar partido de tu bonito coño.

Valentina apenas pudo disimular la sensación de náusea. Sintió un asco intenso. Miró fijamente a Sissi, que sonreía.

—¿Para qué? –preguntó serenamente— No quiero que un montón de hombres me manoseen y me conviertan en un sumidero de saliva y semen.

La sonrisa se crispó en los labios de Sissi. Valentina comprendió que su respuesta le había hecho daño; pero se rehízo inmediatamente.

—No te enfades conmigo, ricura, es una conversación entre chicas. Si me gustaran las mujeres te echaría los tejos, ya sabes. Diviértete, cariño –le guiñó un ojo y salió. Valentina tuvo que apoyarse en el lavabo.

—¿Qué te pasa? No te encontraba.

—Espera, Brigitte. Tengo que vomitar.

—¿Estás bien, Valentina?

Tenía muy mala cara. Se enjuagó la boca y se refrescó. Brigitte le rehízo el maquillaje.

—No digas nada, es la noche de Valérie y de Gilles.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Nada. Demasiado calor. Ya está.

—¿Dónde os habíais metido?

—Calla, Edouard. Tertulia de chicas en el baño, tú no entiendes.

Los prometidos bailaron solos entre aplausos, y después otros se animaron.

—Demostradnos lo que habéis aprendido –animó Gilles a Aubry y a Valentina.

Ninguno de los dos tenía ganas de bailar, pero al ocultarse el uno al otro su desagradable encuentro con Sissi, no pudieron negarse. Una hora más tarde los invitados comenzaron a despedirse.

—¿Os apetece terminar la noche con gente de mal vivir? –preguntó Edouard, animado— Aún es temprano.

Aubry y Valentina se miraron.

—Si no estás cansada, vamos.

—Es que estoy un poco cansada, lo siento. Preferiría ir a casa. Además, así vestida y con tacones, no me apetece. Otro día. Divertíos.

Brigitte abrazó a su amiga.

—Te llamo mañana –dijo en su oído.

Aubry se sintió aliviado de no prolongar la velada. Estaba descompuesto y de ánimo sombrío. Subió en brazos a Valentina hasta la buhardilla, ella se descalzó y él le bajó la cremallera del vestido. Miró su bralette y el culotte de encaje blanco, pero no los tocó. Ella también parecía cohibida mientras él se desnudaba y se metía en la ducha. No le acompañó, esperó su turno. Se desmaquilló, se dio una ducha y se puso un pijama de algodón.

—Me voy a preparar un café, ¿te apetece?

—Sí, gracias.

Valentina luchó con la cafetera de estilo italiano que había comprado, y estuvo a punto de derramar el bote de café. Aubry le sujetó las manos.

—Yo lo hago. Siéntate.

Cuando el café comenzó a borbotear lo apartó del fuego. Sirvió dos tazas y se sentó junto a ella.

—Aquí tienes. No te que…

—¡Ah!

—Tranquila, cariño, espera un poco.

Valentina se levantó de un salto y corrió al baño. Al oírla vomitar, Aubry entró alarmado.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy mareada.

Se refrescó la cara y puso crema dental en el cepillo.

—Cariño, ¿lo hablamos?

Ella farfulló algo con la boca llena de espuma.

—Enjuágate. ¿Lo hablamos?

—No pasa nada, Aubry. Voy a acostarme.

—Yo también. Los dos necesitamos dormir. Ven, te llevo.

—No hace falta. Puedo subir la escalera.

Se acostaron sin tocarse, sabiendo cada uno que el otro no dormía. Aubry notó que Valentina estaba llorando.

—Amor mío, es inútil que disimules. Algo te ha pasado en la fiesta y no me lo quieres

decir.

—A ti también te ha pasado algo y te lo callas.

—No puedo decírtelo.

—Yo a ti tampoco.

Aubry se incorporó para mirarla.

—Valentina, no es casualidad que los dos estemos revueltos. No voy a pronunciar su nombre porque es obvio de quién procede nuestro malestar. Allí solo había una persona que podía hacernos daño. Di sí o no, nada más.

—Sí.

—Lo sabía. Ven, cariño, acércate a mí. Nunca he jugado sucio contigo, te quiero, lo que compartimos le da rabia y envidia porque no lo ha conocido nunca.

—¿Cómo es posible que lo que hacemos por amor se pueda convertir en algo obsceno? Estaba follando con el primo de Gilles, aunque eso no es asunto mío; pero fue muy clara al contarme por qué con él, me resultó desagradable. Y luego se refirió a ti, a tu…

—Ya. Por favor. Y no uses un término tan vulgar, no tiene cabida entre nosotros. Todo lo que toca lo ensucia, maldita zorra.

—¡Aubry!

—Perdona. Comprendo que te hayas descompuesto. Yo he deseado arrancarle la cabeza. Amor, no llores, me destrozas. Vamos a olvidar ese incidente, no le des más vueltas. Dejemos de hablar de ella o logrará su objetivo. Si vuelves a sentirte mal, avísame.

—¿Tú no duermes?

—Yo te cuido.

—Estabas muy guapo –dijo de pronto Valentina con voz somnolienta.

—Y tú, preciosa. Parecías una princesa de cuento.

—Abrázame fuerte, me gusta escuchar tu corazón.

—Late por ti. Nadie podrá cambiar eso, y menos un monstruo envidioso y perverso. Nada ni nadie nos separará.

—Lo sé. Qué paz siento en tus brazos.

No tardó en quedarse dormida, respirando apaciblemente. Aubry le apoyó los labios en el pelo y cerró los ojos.

-11-

El móvil de Valentina sonó mientras ella se duchaba. Aubry vio el número de Brigitte y lo cogió.

—¿Cariño? ¿Estás mejor? Anoche me dejaste muy preocupada con semejante vomitona.

—¿Cuándo vomitó Valentina, Brigitte?

—¡Aubry! Vaya, no sabía que eras tú. En la fiesta, me la encontré fatal pero me pidió que no dijera nada. ¿Ya está mejor?

—Dice que sí, aunque al volver a casa también se sintió mal, y esta mañana no ha aguantado el desayuno.

—¿Me dejas que me meta donde no me llaman?

—Dime.

—¿Quién le jodió la noche, Aubry? Estaba tan contenta y de repente se vino abajo. Si había alguna de tus antiguas amantes y se metió con ella voy te arranco la cabellera.

—Nada de amantes. Fue un mal momento.

—¿Con quién hablas?

—Valentina me ha pillado con su teléfono, Brigitte. Te la paso.

—Cariño, Aubry me ha dicho que has vuelto a sentirte mal

—Ya ha pasado, no es nada. Llevo mucho tiempo con exceso de trabajo y organizar la boda también me está estresando.

—Oye, ahora que él no me oye te lo voy a preguntar. ¿Alguien se metió contigo?

—No. Pásate por el estudio y hablamos, ¿te parece?

—Claro. Llevaré pasteles.

—No, por favor. Nada de comida. Tengo el estómago revuelto y me duele la cabeza –Aubry le hizo un gesto para que le pasara el teléfono— Brigitte, Valentina no irá hoy al estudio. Si te apetece venir a casa, os dejaré solas.

—¿No te molesta?

—En absoluto, cuñada. Venga, te esperamos.

—*¡Cuñada! Vamos prosperando* –rió Brigitte— *Gracias, cuñado.*

Una hora más tarde, Brigitte estaba en la buhardilla con una selección de repostería. Aubry se marchó. Valentina se quitó el albornoz y se quedó con un pijama viejo y descolorido que tenía quemaduras de cigarrillo.

—¿Y este pijama? Se está cayendo a trozos. Deberías tirarlo. No dejes que Aubry te vea con estos harapos, tienes pijamas nuevos.

—Es muy cómodo, y hoy no tengo ganas de nada. Cuéntame cómo terminaste la noche.

—Con actores medio borrachos e inspirados a los que se unió una especie de poeta iluminado. Nos reímos como locos. Acabamos en el barco, y fue un milagro que nadie se cayera al agua. Los he echado al amanecer, casi he tenido que barrerlos. Llevaban una cogorza histórica. He dejado a Edouard durmiendo como un muerto.

—Bueno, si quiere saber dónde estás, que te llame.

—Valentina, llegamos tarde anoche porque no tenía muy claro si ir a la fiesta o no. Edouard se mostró muy paciente conmigo. Me había hecho ese vestido con ilusión pero al mismo tiempo me daba vergüenza aparecer con un modelo casero entre tanto glamour.

—Nada de modelo casero, me gustó mucho y a Valérie también. Ibas muy elegante, los dos lo ibais.

—Voy mal de dinero, ya lo sabes. No puedo gastarme más de lo que tengo en ropa que después no volveré a ponerme. Y con el cambio de moneda los precios se han disparado. El caso es que con francos o con euros voy fatal. Me he ido a vivir con Edouard no solo por amor, sino porque ya no podía pagar el alquiler. Él me ha facilitado un espacio donde coser y restaurar muebles pero no quiero abusar, la economía de los actores de teatro tampoco suele ir muy boyante. Y lo pasé fatal con el regalo para Gilles.

—¿Por qué? Gilles te conoce de sobra y no creo que esperara más de lo que puedes ofrecer.

—Se encargó Edouard, imagínate. Buscó como un loco por los anticuarios algo que ni él ni Valérie tuvieran como herencia de familia. ¿Qué se le puede regalar a alguien que vive en un palacio y lo tiene todo? Por fin encontró una edición facsímil de *Don Quijote de La Mancha*, preciosa. Como Valérie habla español y Gilles medio lo chapurrea, imaginó que les gustaría.

—Lo habrán apreciado mucho, no te quepa duda.

—¿Qué les regalasteis vosotros?

—Nos vimos en el mismo dilema, lo tienen todo. Así que pinté un cuadro, *Aquiles y Briseida*. Gilles como Aquiles y Valérie como Briseida. No podía pedirles que posaran, pero como los conozco bien pude reproducirlos.

—¡Oh! Qué regalazo. Se habrán muerto al verlo.

—Espero que no, pobrecillos. Que vivan y lo disfruten.

Se rieron las dos. Valentina se levantó para preparar café, pero Brigitte se adelantó.

—Deja, ya lo hago yo. ¿Y esta cafetera?

—Es italiana. La compré hace unos días. El café sale más fuerte, como nos gusta a Aubry y a mí. ¿Sabes usarla?

—Supongo. Aquí el agua, el filtro, el café y a cerrarla. Ya está.

—Ciérrala bien, para que no pierda café cuando suba. Nos avisará el ruido.

—¿Te apetecerá un pastel? Aubry me ha dicho que has tirado el desayuno.

—No lo sé. Me duele el estómago y solo pensar en comer me muero.

—Lo que nos lleva a tu vomitona de anoche y a tu malestar. Cuéntamelo sin dejarte un detalle. A mí puedes decírmelo.

Valentina se desahogó con Brigitte y le hizo un relato completo de su encuentro con Sissi en el baño pero sin darle nombres.

—No podía decírselo así a Aubry. Me siento tan sucia, Brigitte, siento tanto asco que no puedo comer. No tuvo nada que ver con nuestras risas cuando me pides detalles eróticos, porque contigo es chispeante y divertido. Pero esa mujer destilaba veneno, sus comentarios eran tan asquerosos, tan depravados. Al llegar a casa vomité otra vez. Estoy revuelta y asqueada. Él también debió tener unas palabras con ella porque estaba igual de asqueado que yo. Imagina, ni nos tocamos.

—Joder. Cariño, cuánto lo siento. No llores –le llenaba la cara de pequeños besos— Oye, ¿pero quién era esa mala zorra? ¿Seguro que no era una antigua amante despechada? Es que no es normal, sin conocerte de nada.

—Brigitte, te lo voy a decir pero en secreto absoluto. El chico que estaba con ella era primo de Gilles, cuando le vi creí que era él.

—Ya sé quién dices, aunque no le conozco, creo que se llama Louis—François. Guapísimo. Parecen gemelos. Pero eso nos da igual, allá cada uno aunque el tocador de señoras no era el sitio más discreto. El misterio es por qué esa tipa se metió contigo.

—Ella conoce a Aubry. Es Sissi de Lavoissier, la amiga de Gilles.

—¿Esa? ¿La que llevaba un vestido rojo sin bragas? Todos nos dimos cuenta, se paseaba haciendo ondular la abertura, a los tíos se les salían los ojos de las órbitas. Sé que ese tipo de vestido es para ponerlo directamente sin nada debajo, pero creo que se pasó porque no era el más apropiado para esa fiesta. Me di cuenta de que Gilles se enfadó mucho aunque se tuvo que

morder la lengua, y que Valérie pasó mucha vergüenza.

—La misma. La del carísimo y atrevido modelito. Conoció a Aubry cuando él era chófer de su abuela y se encaprichó de él…

—Qué extraño, visto en qué términos le habló de él a Gilles Pero tuvieron temita los dos, imagino.

—No exactamente. Tuvieron un encuentro muy violento –Valentina enrojeció— Ella intentó humillar a Aubry y le llevó al límite, él se descontroló y le hizo de todo, la insultó. No fue amor, ni deseo puntual, fue odio absoluto. Un acto de odio. Aubry se sintió muy mal cuando me lo contó. Se odian a muerte los dos. Y supongo que Sissi me odia a mí porque soy su prometida.

—¡Uf! Mejor que Aubry no sepa la historia entera porque la mata. No te vengas abajo, ya ha pasado. Vamos a hablar de otra cosa. Pero antes come un poco. ¿Pastel de chocolate?

—Mejor una tostada sola, sin mantequilla.

Cuando la cafetera comenzó a hacer ruido Brigitte la apartó del fuego y conectó la tostadora.

—Tenemos que quedar tú y yo con Valérie para seguir mirando vestidos. No te preocupes, Brigitte. Aubry se hace cargo de todos los gastos de la boda, nuestra ropa incluida. Solo tenemos que ponernos de acuerdo en el color y estilo que prefiráis, porque iréis vestidas y calzadas igual.

—Tú no elegirás el vestido de novia hasta que nosotras demos el visto bueno. Todavía no te has probado bastantes para decidir.

—Es que es difícil. Todos son preciosos. Aunque preferiría algo vintage, de seda blanca bordada con pedrería, encajes y velo al estilo, ¿cómo se llama? Sí, *Juliet´s Cap*. Más o menos.

—Me hago una idea. Quieres algo muy especial y romántico. ¿Y estilo princesa? Con lo delgada y esbelta que eres te quedaría muy bien.

—Demasiado aparatoso. Me apetecen más las líneas rectas pero no pegadas al cuerpo, que me pueda mover con comodidad.

—Seguro que encontraremos lo que buscas. ¿Se lo dejarás ver a Aubry?

—¡Ni hablar! Y tampoco dormiremos juntos la noche anterior a la boda. Quiero seguir las tradiciones.

—Qué bonito –suspiró Brigitte— Oye, y ya que lo mencionas, ¿sigue siendo tan apasionado como al principio?

—Mucho, forma parte de su naturaleza. No lo parece, lo ves tan serio y frío que no puedes ni imaginar lo sensual y sexual que es. Pero no es solo eso, aunque es importante. Es sobre todo

cómo se porta conmigo, su atención, su cuidado.

—¿No te sientes invadida? Me parece un poco exagerado, la verdad. Creo que en el fondo es bastante dominante, y tú se lo permites.

—Ya hemos hablado de esto, creo recordar. No me controla ni me domina.

—Pero él no es responsable de ti, Valentina, solo tú lo eres. Ya no tiene que ir matando a los que quieran hacerte daño porque no estás en peligro de nada. Sigue comportándose como si fuera tu guardia pretoriana y eso es muy raro. A mí me agobiaría, la verdad. ¿Recuerdas al actor español, a Daniel? Se dio cuenta en el acto de que había algo en Aubry que no encajaba, le llamó tu guardia de corps.

—Sé que se asustó de Aubry pero no tenía motivo. Por cierto, no le habrás contado a Edouard quién es Aubry y cómo nos conocimos.

—Por supuesto que no. Solo lo sabemos Gilles, tú y yo. Valérie tampoco lo sabe. Puedes confiar en nosotros, no traicionaremos vuestro secreto.

—Os lo agradezco. Pero lo que me duele es que aun sabiendo la verdad sigas desconfiando de él.

—No, no es desconfianza. Sé que sería capaz de prender fuego a la ciudad con todos dentro para salvarte a ti. Es que me desconcierta esa especie de obsesión. Imagina que esta noche le dices que no necesitas que te proteja ni esté pendiente de ti las veinticuatro horas, que tú sola te las arreglas muy bien. ¿Cómo reaccionaría?

—No lo sé. Se sentiría herido, supongo, y no lo comprendería. Su misión de vida es cuidarme y amarme hasta que la muerte nos separe, y más allá.

—¿Eso es amor o fanatismo? Me pregunto.

—Es amor, y compromiso, y luchar por lo que se ama. Siempre será un guerrero, Brigitte. Un auténtico guerrero intenta vencer a su enemigo interior. Él, con su oscuridad y con su luz sigue sangrando en el campo de batalla. No espero que nadie lo entienda ni lo voy a explicar y menos a justificar.

—No tienes por qué hacerlo. Perdona. No llores, cariño. Lo siento. ¡Joder! ¡Joder! ¡Las tostadas!

Olía a quemado por toda la buhardilla. Brigitte desconectó el aparato y abrió las ventanas.

—Se me han olvidado. Además este modelo es distinto al nuestro, no se para solo. Te compraré otra tostadora

—No hace falta. Ten cuidado no te quemes tú. Y no abras del todo, que no se escape *Napoleón*.

—No tengo remedio. Te hago llorar y encima te la lío en la cocina. ¿Sabes, cariño? Vuestra manera de amaros no se parece a ninguna. Me recuerda esas historias de amantes que se encuentran en el tiempo y siempre se enamoran. Si creyera en la reencarnación y todas esas teorías, diría que vosotros sois amantes eternos y viajáis por los mundos para reencontraros una y otra vez.

—No lo sé. Solo sé que si nos separásemos nos moriríamos lejos uno del otro. No somos perfectos y nuestro amor tampoco lo es, pero sí somos muy conscientes de lo que significa. A lo mejor chirriamos en una sociedad de relaciones fáciles, abiertas y sin compromiso. Somos anticuados, lo sabemos. ¿Y?

—Y nada. Vivís vuestra vida como mejor os parece.

Sonó el teléfono. Valentina miró el número. Era Valérie.

—Hola, Valérie.

—Valentina. Hemos abierto vuestro regalo. Gilles todavía está en shock. Esto es lo más increíble, no sé ni cómo daros las gracias, especialmente a ti que eres la artista.

—Me alegro de que os guste. Es lo mejor que se nos ocurrió.

—Es más que eso. Es un tesoro. Lo colgaremos en nuestro dormitorio. Mi tía ha dado un grito al verlo. Y cuando vengan los padres de Gilles a comer se van a morir.

—Le diré a Aubry que os ha encantado. ¿Estás con Gilles ahora?

—Sí. En casa de mis tíos. Después de comer iremos a ver nuestra futura casa. Nos esperan meses de batallar con los decoradores. ¿Tú estás sola?

—Ha venido Brigitte a verme.

—Su regalo ha sido también fantástico, tienes que ver la edición maravillosa del Quijote. Otra joya, esta vez literaria.

—¿Por qué no se lo dices tú misma? Te la paso.

—¿Brigitte? Muchas gracias por el libro. Es más que un libro, es un tesoro para bibliófilos. Ya sé dónde lo pondré.

—¿Os ha gustado? ¡Qué bien! Edouard también se pondrá contento.

—Tenemos que quedar una noche a cenar los seis, sin tanto agobio como ayer. Nosotros invitamos.

—Estupendo. Cuando os venga bien.

—Besos a todos.

—Están encantados con los regalos.

—Te lo dije. ¿Tú ya te has curado de tu pasión fatal por Gilles?

—Del todo. Soy muy feliz con Edouard y le quiero mucho. No necesito ir picoteando por ahí buscando lo que nadie me iba a dar. Es un hombre maravilloso. Me recita a Shakespeare a la luz de la luna aunque no me entero de nada porque no sé inglés.

—Hablando de inglés… Vendrán tío Andrew con Alison y tío Peter, y no hablan francés. Tú vas a ser la única que necesite traducción simultánea.

—Pues vaya. Bueno, Edouard me traducirá aunque me perderé en las conversaciones como os pongáis a hablar todos a la vez.

—No seremos desconsiderados, te lo aseguro. Te tendremos en cuenta todo el tiempo.

—Felices los políglotas.

—Nuestro esfuerzo nos ha costado, no hemos aprendido por ciencia infusa –rió Valentina.

Brigitte preparó más café echó un vistazo a la tostadora, comprobando que seguía en buen uso. Puso el pan y estuvo pendiente del proceso. No hubo ningún incidente.

—¿Sabes que tenía hambre? Qué ricas. Me comeré otras dos.

—Te sentarán mal si te das un atracón.

—Tengo hambre, qué quieres. ¿Te quedarás a comer?

—No puedo. Tengo que comprobar que no he enviudado y darle un analgésico a mi agonizante novio en cuanto abra los ojos, si puede abrirlos. Va a sufrir la resaca de su vida.

—¿Pero cómo pudisteis beber tanto?

—Se entusiasmaron recitando y brindaron hasta por el zar, aunque sin romper las copas afortunadamente. Me rompen las pocas que tenemos y los ahogo yo misma en el río.

La risa de Valentina quedó interrumpida por un acceso de arcadas. Volvió del baño temblando.

—Esto no es normal. ¿Quieres que llame a Aubry?

—No, déjalo. No tardará.

—Túmbate en el sofá, te taparé con un cobertor. Quita, *Napoleón*, mamá tiene pupa. ¡Dios mío!

—¿Qué?

—Valentina, ¿por qué no te haces la prueba del embarazo? Una cosa es vomitar de disgusto, y otra lo que te está pasando. ¡Oh! Voy a ser tía.

—Espera, no alborotes. No estoy embarazada.

—¿Seguro? ¿Cuándo fue tu última menstruación?

—No sé, déjame pensar –Valentina contó con los dedos— A finales de agosto.

—Y estamos a primeros de octubre.

—Eso no significa mucho, no soy muy regular.

—Voy a ser tía, voy a ser tía.

—Déjalo ya, pesada. Y ni media palabra a Aubry.

—¿Te harás la prueba?

—Sí, me la haré. Y tú serás la segunda en saberlo si da positivo.

—Te como, te como –y comenzó a darle besos por toda la cara.

—¿Y esos amores? –Aubry se había plantado en el salón sin que le oyeran entrar— ¿Qué estáis celebrando?

—Nada. Que quiero mucho a Valentina.

—Brigitte, no me mientas. Soy tu cuñado, ¿recuerdas?

—Tengo que irme corriendo. A lo mejor soy viuda y aún no me he enterado. Os quiero, chicos.

Y se marchó sin más explicaciones. Aubry, riendo, se sentó junto a Valentina.

—¿Qué está tramando?

—Nada. Ya la conoces. Me ha llamado Valérie, están locos con el cuadro.

—No me sorprende, amor. Pero cómo estás tú, ¿has comido algo?

—Unas tostadas y café, pero lo he tirado todo otra vez.

—¿Sí? Al médico ahora mismo. Vístete.

—No, Aubry. Son nervios.

—O te vistes o te me echo al hombro y te llevo tal y como estás, con este… ¿esto qué es? ¿Lo has sacado de un contenedor?

—Ya me visto. Deja de gruñir.

Se puso unos pantalones vaqueros, una camiseta de algodón rosa de manga larga y zapatillas. Aubry le alcanzó la cazadora. Revisó su bolso comprobando que llevaba todo lo necesario. La sala de urgencias estaba llena y tuvieron que esperar. Valentina le explicó a la doctora lo que le ocurría. Le hicieron varias pruebas y la dejaron en un box con una bolsa de suero. No eran más que nervios y agotamiento y una leve gastroenteritis, nada grave. Le aconsejaron reposo e hidratación. No estaba embarazada. Aubry compró limones, y suero en una farmacia, y en cuanto llegaron a casa le preparó agua con limón. Con otro pijama, porque el viejo había desaparecido misteriosamente, se tumbó en el sofá tapada con el cobertor y *Napoleón* sobre su estómago. Aubry se sentó en el suelo apoyando la cabeza en el asiento.

—¿Quieres saber una cosa? –dijo él en voz baja— Me había emocionado con la idea de que estuvieras esperando un bebé y convertirme en marido y padre a la vez.

—Me hubiera gustado mucho pero ya llegará el momento, tenemos toda la vida por delante.

—Era lo que celebraba Brigitte, ¿verdad? Creía que estabas embarazada.

—No se te escapa nada, Aubry. Así es. Por eso me estaba besando, tenías que haberla oído gritar que iba a ser tía.

—Llámala y dile que tendrá que esperar un poco.

Valentina buscó el número de Brigitte. La pelirroja tardó en contestar.

—Cariño, Aubry me ha llevado al médico.

—*¡Oh! Cuéntamelo todo*.

—No vas a ser tía esta vez, son nervios, justo lo que yo decía, y algo de gastroenteritis. Con reposo y ayuno se me pasa.

—*Vaya. En fin, tal vez sea mejor así. Con todo el trabajo extra de la boda ya tienes bastante. Pero dile a Aubry que se esmere más.*

—Se lo diré –lanzó una carcajada— ¿Cómo está tu moribundo?

—*A medias de resucitar. Vaya día que vamos a tener. Cuídate mucho, Valentina. Besos.*

—Y tú. Besos –se volvió hacia Aubry— Dice que te esmeres más.

—¿Todavía más? –le besó las manos— Tendrás más, pero no ahora. Necesitas descansar –la subió en brazos por la escalera y la acostó –Estaré leyendo, no haré ruido. Llámame si necesitas algo.

Durmió toda la tarde. Aubry se quedó sin cigarrillos y se escapó un momento a comprar más. Ella seguía dormida. Se despertó cuando oscurecía, él le dio suero y volvió a dormirse

inmediatamente.

***

Brigitte y Valérie tomaban una taza de chocolate y bombones sentadas en cómodos sillones de la boutique nupcial. Había sido idea de Valérie ir a aquella tienda especializada en ropa antigua, que tenía una pequeña colección de vestidos de novia originales de principios del siglo veinte además de reproducciones exactas de boda y de fiesta. A su alrededor todo eran espejos, lazos y flores. La encargada estaba en uno de los probadores con Valentina.

—Es tan delgada que todos los modelos le sentarán bien. ¿Empezamos?

Comenzó el desfile. Las amigas reían y aplaudían, escogían, cambiaban de opinión. Valentina daba vueltas a un lado y a otro sobre la tarima. Era su fiesta y estaban preparadas para que se probara todos los modelos. Finalmente, las dos chicas dieron un grito unánime de aprobación. Valentina, emocionada al verse en el gran espejo, se secó los ojos con los dedos. Los zapatos también tuvieron su momento de exhibición, aunque una vez elegido el vestido resultó más fácil. Llegó el turno de las damas de honor, que tenían ideas muy diferentes sobre su atuendo. Un modelo color azul claro llamó la atención de Valentina. Parecía una túnica griega, con escote en forma de pico, recto hasta los pies pero flotante, de gasa bordada con pequeños cristales. No llevaba mangas, pero podía complementarse con un chal.

—El color os favorece a las dos. ¿Queréis probároslos?

Salieron las dos juntas y se subieron a la tarima.

—¡Me encanta! ¿Cómo os veis?

—A mí me gusta mucho –dijo Valérie.

—Yo me veo rara, pero es bonito.

—Mirad, qué os parecen estos zapatos y el chal.

El rosa talco de los complementos creaba un contraste bonito y suave.

—Podemos prepararos ramos y coronas de flores azules y rosas.

—Vosotras decidís.

—Por mí, bien. ¿Tú qué dices, Brigitte? Pero no digas que sí para complacernos. Si no te gusta seguimos probándonos.

—No, así está bien. Son vestidos realmente bonitos.

Dejaron las direcciones para que les enviaran las compras a sus casas. Valentina lo pagó todo.

—Si quieres pueden traerme a mí lo tuyo, así Aubry no lo verá.

—Genial. Gracias, Valérie. ¿Vamos a tomar algo y descansamos?

Entraron en un restaurante junto al río. Brigitte miró por la ventana.

—Qué deprisa pasa el tiempo.

—¿Estás nostálgica?

—Un poco. Parece que fue ayer cuando me instalé en la Plaza del Tertre y ya no estoy allí. Otra persona ocupará mi puesto. Ojalá le vaya mejor que a mí.

—Pero tú tienes todavía tu estudio para cuando quieras volver a pintar. Tómalo como un tiempo de reflexión.

—No. Está decidido, la pintura se acabó para mí, no me merece la pena el esfuerzo.

—Sobre todo lo que importa es que seas feliz con lo que hagas, sea lo que sea.

—Brigitte, ¿te interesaría dar clases de dibujo y pintura?

La pelirroja miró asombrada a Valérie.

—Pues no me lo había planteado.

—Una amiga mía tiene una academia y necesita profesores. Tú no eres desconocida, tienes hecho un nombre. Si Brigitte Girard diera clases allí, su academia ganaría prestigio y alumnado. Si te apetece te doy su tarjeta y hablas con ella. No pierdes nada.

—Pues sí, dámela, gracias. Me vendría muy bien. El lunes mismo la llamo.

—Qué alegría, Brigitte.

—Espera, Valentina. No eches las campanas al vuelo antes de tiempo. Me informaré de las condiciones y ya se verá. Pero sí me gustaría. Ya te diré, Valérie.

—Si os parece, el sábado próximo quedamos a cenar los seis. Nada formal, una cena distendida entre amigos. Que cada cual vista a su aire, sin protocolo. Gilles reservará el restaurante.

—Fantástico.

—¿Informal dices? Eso me gusta –Brigitte miró su reloj— Tengo que irme ya, Edouard actúa esta noche y se pone nervioso las horas previas.

—Yo también me voy. Se ha hecho tarde.

—Acordaos, el sábado próximo. Os llamaré para daros la dirección.

Brigitte se fue andando porque estaba cerca de la casa—barco. Valentina pagó las consumiciones de todas.

—¿Quieres que te acerque?

—No te preocupes, cogeré el metro. Hay una tirada hasta mi casa y el tráfico está fatal.

—Insisto. No me cuesta nada –hizo una llamada— Enseguida nos recoge el chófer. ¿No te da miedo el metro? –preguntó ya dentro del vehículo.

—No. Estoy acostumbrada. Va muy lleno, pero de gente normal. Nunca he tenido problemas. La única vez que me han atracado fue en mi calle.

—Y Aubry te defendió. Qué emocionante, como en las peículas.

—No se lo pensó dos veces, fue muy valiente. ¿De verdad te gusta el vestido de dama de honor?

—Mucho. Es de mi estilo, además. Y muy femenino. A Gilles le encantará. El que se morirá será Aubry cuando te vea. Volverá a enamorarse de ti.

—No sé cómo se vestirá él. Por cierto, quiero regalarle la camisa de novio. Gilles conoce buenas tiendas, supongo. ¿Le podrías preguntar? Quiero algo especial, de seda.

—Claro. Su camisero es excepcional. Puede acompañarte, si quieres.

—No hace falta, puedo ir sola.

—A mí no me molesta, Valentina. Gilles tiene muy buen gusto y puede aconsejarte.

—De acuerdo entonces, si a ti te parece bien y a él no le importa.

—Te llamará para acordar el día. Nos vemos el sábado.

Cuando salió del coche llovía y pese a que la habían dejado en la puerta llegó calada.

—Ya estás aquí. Pero qué mojada vienes, pareces un pollito. Deja que te seque.

Aubry la frotó con una toalla urgiéndole a que se descalzara y cambiara de ropa.

—Cuéntame qué tal las compras.

—De maravilla. Valérie nos ha llevado a una boutique que es como un sueño. Nos hemos vuelto locas.

—¿Y tú ya tienes todo lo que quieres?

—Sí. Me lo llevarán a casa de Valérie, no quiero que veas nada antes de tiempo. ¿Y tú qué has hecho?

—Trabajar un poco, leer y jugar con *Napoleón*. ¿Tienes hambre? Te prepararé algo. Yo ya he comido.

—No, hemos comido también. Si me preparas un café será suficiente. ¿Sabes que es posible que Brigitte encuentre trabajo? Una amiga de Valérie busca alguien que enseñe dibujo y pintura. Con suerte la contratará.

—Sería muy bueno para ella, tendría un sueldo estable.

—Ojalá. Qué rico el café. Me gusta más así que con la otra cafetera. ¿Quedan galletas? Cariño, tengo que decírtelo porque me siento un poco culpable… Me he gastado un dineral.

—¿Y? Has gastado lo que necesitabas y no tienes que darme explicaciones ni sentirte mal. ¿Tú estás contenta? Pues todo en orden. Es nuestra boda, el momento más importante de nuestra vida.

—Qué poco queda ya. Estoy impaciente.

—Yo también. Estoy deseando ponerte el anillo. Creo que se me parará el corazón cuando te vea vestida de novia.

—Qué camino tan largo hemos recorrido, amor mío. Y aquí estamos, vivos, juntos y felices.

—Y a punto de casarnos, que es lo más extraordinario de todo. Nunca imaginé que llegaría a convertirme en un hombre de familia. Parecía que mi destino iba a ser morir en cualquier lugar abandonado del mundo, como otros a los que conocí.

—Si has sobrevivido es porque tienes algo importante que hacer.

—Sí. Cuidar de ti y amarte cada día de mi vida. ¿Sabes?, cuando te fuiste a ver vestidos de novia me acordé de mi madre. No tengo ninguna foto suya, bueno, no guardo ningún recuerdo material de mi vida anterior. Pero sí me acuerdo de la fotografía de su boda, la primera en Viena. Estaba preciosa con su vestido blanco y un velo de tul y el ramo de flores. Eran los años sesenta, se llevaba la ropa desenfadada, pero ella había elegido un modelo clásico. Mi padre… mi padre biológico llevaba su traje de los conciertos.

—Si pudieran verte ahora se sentirían muy orgullosos de ti.

—¿Tú crees? –Aubry suspiró— Hay una cosa que me gustaría hacer yo solo: ir a Munich y visitar la tumba de mi madre. Hace muchos años que no voy allí porque fue donde comenzó el infierno de mi vida. Pero creo que si voy ahora, siendo un hombre nuevo, cerraré ese círculo de dolor y podré reconciliarme con ella y con lo que ocurrió.

Valentina se acercó más a él y le abrazó.

—Es una gran idea, amor mío. Ve allí y llévale flores. Dile que me gustaría haberla conocido y le agradezco que haya tenido un hijo tan maravilloso, mi compañero de vida.

—Gracias, Valentina. Por creer en mí.

La sentó sobre sus rodillas y miraron el agua que caía salpicando los cristales. Valentina deslizó sus manos bajo la sudadera de Aubry y trató de quitársela mientras le besaba y acariciaba. Se le atascó en la cabeza y él rió, medio sofocado.

—¿Intentas hacerme el amor o ahogarme?

—Espera. Eres un gruñón, Aubry Dubois. Ya. ¿Te he dicho alguna vez que tienes un cuerpo fantástico que me enloquece y que hueles muy bien?

—No sé, déjame pensar. ¿Qué dices que tengo?

—Un cuerpo que me enloquece y que es mío – susurró Valentina mientras le acariciaba y besaba, dejando huellas húmedas en su torso bien musculado.

—Cuando me acaricias así me olvido de todo, es como si estuvieras pintándome o esculpiéndome.

—Mi hermoso amante de piedra que se transforma en carne amada. Hazme vivir entre tus manos y tus labios.

—Estamos aplastando al pobre *Napoleón*. Vamos arriba.

La levantó en sus brazos y subió las escaleras en dos pasos. La dejó encima de la cama y se arrodilló a sus pies, besándole los dedos. Valentina suspiró, hundiéndole los dedos en el pelo cuando él comenzó a besar su intimidad, recorriendo su interior tierno hasta hacerla gritar. Ella dejó resbalar su cabello sobre su pecho y comenzó a acariciarle y a besarle.

—No tienes por qué hacer eso, amor –dijo Aubry con voz ronca.

—Calla, amante de piedra –le susurró Valentina— Soy tu escultora y voy a darte vida y calor. Eres mío, solo mío.

Le llevó al límite de sus fuerzas, y cuando sintió que Aubry comenzaba a tirarle del pelo inconscientemente, se apartó y se puso sobre él moviéndose muy despacio.

—Eres mío –repitió— Entrégate a mí.

Dos días más tarde, Aubry cogió un vuelo de ida y vuelta a Munich.

***

—Tengo muy buenas noticias.

Brigitte se había presentado en casa de Valentina sin avisar, radiante.

—Entra. ¿Comes conmigo? Aubry está fuera.

—¿Cómo, fuera? ¿Fuera de París?

—Fuera de Francia.

—¡Oh! Pues me quedo, de todas formas te iba a invitar.

—No, mejor en casa. Ponte cómoda y me cuentas. ¿Te apetece una copa de vino?

—He traído champán –y sacó una botella de la bolsa de lona.

—¡Cielos! Eso significa inmejorables noticias. Venga, empieza.

—Telefoneé a la amiga de Valérie y he ido esta mañana a la academia. ¡Me contrata! El curso ya ha comenzado pero necesitaba otra persona para dibujo y pintura. El sueldo es decente y me permitirá vivir si no hago muchos dispendios. Me dedicaré a la restauración los fines de semana. En fin, que todo empieza a irme bien. Y tenía que celebrarlo contigo.

—Es maravilloso. Maravilloso. Mete la botella en el frigorífico y ayúdame con las patatas y a cortar tomates. Ponte el delantal de Aubry.

—¿Y dónde está Aubry? Si puedo preguntarlo.

—En Alemania.

Brigitte puso cara de asombro y dejó el cuchillo a un lado. Sirvió vino para las dos.

—Vaya. ¿Un viaje de negocios?

—Sentimental. Ha ido a visitar la tumba de su madre. Hace veinte años que no va allí y lo necesitaba.

—Claro. Él también tuvo madre. Vuestra historia es tan extraordinaria que a veces olvido que nació como todo el mundo, que no se materializó de la nada aquel día. ¿Volverá pronto?

—Esta noche, en el último vuelo.

—Si te apetece podemos ir a buscarle las dos.

—No. El aeropuerto está muy lejos y será ya muy tarde. Se pondrá nervioso si nos ve, empezará a darle vueltas a la seguridad y a hipotéticos peligros nocturnos. Además tampoco sé

cómo estará de ánimo, para él es una peregrinación y lo que sea que sienta lo tiene que asumir solo.

—Como quieras. Entonces vente al teatro conmigo, actúa Edouard. Te traeremos a casa antes de que él vuelva.

—No es porque no pueda ir y venir a mi aire, pero prefiero quedarme por si me llama o le surge algo. Y en el teatro tendré que apagar el móvil.

—Entonces llámale tú y dile que estarás con nosotros.

—No. Mira, es un viaje muy especial y tiene que estar concentrado. Va a viajar a su interior y reencontrarse con su pasado. Imagino que aparecerán muchos fantasmas y malos recuerdos.

—No insisto más. ¿Dónde está el queso?

—Se ha terminado y no he salido a comprar. Prepararemos ensalada solo con tomate y patatas hervidas.

—Ah, no. Bajo a comprar queso, anchoas y aceitunas. Enseguida vuelvo.

Y se marchó pese a las protestas de Valentina, que terminó de preparar las patatas para meterlas en el agua hirviendo. Controló el comedero y bebedero de *Napoleón* y limpió la caja. El gato dio unas cuantas vueltas y terminó enroscado en su cesto, ronroneando. Cuando volvió Brigitte se había dormido.

—¿Vais a seguir viviendo aquí?

—Sí. No tenemos otra casa y esta está muy bien. Sin contar con que los precios son escandalosos. Si con el tiempo tenemos hijos entonces ya se verá.

—Me dio pena que no hubiera un bebé en camino.

—Y a mí. Además, Aubry también creyó que podía estar embarazada y se hizo ilusiones. Será un padre maravilloso.

—Y cuéntame cómo va tu trabajo.

—Muy bien. Ahora despacio por la boda, pero tengo muchos proyectos. Peter me ha dicho que quiere organizarme una exposición en Boston para principios del año que viene. Conoce a la directora de una galería que está interesada. Es un principio para darme a conocer fuera de Francia.

—¿Y lo de tener tu propia galería, cómo va?

—Eso lo lleva Aubry y todavía no me ha comentado nada. En cuanto lo tenga resuelto lo hablaremos. A mí me parece un proyecto muy ambicioso y no sé si de verdad estoy preparada; pero él asegura que sí y cree que saldrá bien. Será un sueño. Nunca imaginé cuando vine a París que mi obra sería tan bien aceptada. Es un estilo que choca con las nuevas tendencias, demasiado

clásico. Pero para mi sorpresa está gustando mucho.

—Tu esfuerzo y tus años de estudio te ha costado. Se nota que sabes mucha anatomía, pintas las figuras de dentro hacia fuera.

—Hay que saber cómo está hecho el cuerpo humano cuando representas personas. Fue muy duro y muy estimulante a la vez. Christine me apoyó incondicionalmente desde el principio. Yo había estado yendo a clases de dibujo pero con la guerra se interrumpió todo. Cuando me trajo a Francia lo primero que hizo fue matricularme en una academia hasta que terminé los estudios secundarios, y después fue Historia del Arte y Bellas Artes.

—Pero tienes un don natural, algo especial. Pintas poesía y escribes poesía con los pinceles.

—Hago lo que mejor puedo y sé con muchísimo amor por mi trabajo. Nada más.

—Y nada menos. ¿Cuándo vienen tus tíos americanos?

—Tres días antes de la boda. Estoy deseando verlos, y Aubry también. Tendré que dejarlos solos para que hablen. Andrew y Peter todavía no se lo creen. Christine quería que fuéramos a Estrasburgo pero no podemos con tantos compromisos, y ella también está liada. Así que nos veremos todos el mismo día.

—Daría algo por estar en ese encuentro.

—Será privado entre ellos, es importante. ¿Le has enseñado el vestido a Edouard?

—¡Qué remedio! Se puso a revolver entre los paquetes. Pero como no soy la novia se lo enseñé, incluso me lo puse con cuidado de no ensuciarlo. Dice que es precioso, pero que Aubry no tenía que haberse hecho cargo de ese gasto.

—Tonterías. También pagó el de Valérie. Quiso tener ese detalle con vosotras. Tú eres como su cuñada y a Valérie también la aprecia.

—¿Sabes si han hablado mucho los dos?

—No sabría decirte. Han tomado café juntos varias veces pero ella no conoce la historia, Aubry no se la ha contado. Sé que han hablado de negocios, le pidió consejos profesionales de manera informal.

—¿Y tú sigues sin conocer los negocios de Aubry?

—Inversiones, compra y venta de acciones y cosas así de las que no entiendo nada, aunque me lo ha explicado me resultan asuntos incomprensibles. Él tampoco va a lo loco, tiene buenos asesores. Para mí es muy complicado.

—Oye, ¿pero de verdad tiene millones como dice Gilles?

—Pues sí –Valentina enrojeció— Mucho más de lo que Gilles imagina. Pero odia hablar de eso, le gusta llevar una vida sencilla, y a mí también. Somos felices en nuestra buhardilla

pequeña como una caja de cerillas, desplazándonos en metro y a pie. Pero conmigo no es tacaño, ni cuando las circunstancias lo exigen.

—Sabe vestir bien cuando hace falta, y la verdad es que con su aspecto todo le favorece. Perdona, pero es que es guapísimo –rió con picardía— El otro día le miraba el perfil y pensé cómo se puede ser tan guapo y estar tan bien hecho, debería estar prohibido. Te has quedado con el chico más espectacular del catálogo.

—¡Vaya! A Edouard no le haría feliz oírte. No seas mala.

—No cambiaría a mi actor por nadie, pero las cosas como son. Ni Gilles es tan guapo, y eso que parece una estatua romana.

—Son bellezas diferentes. Por supuesto me encanta que Aubry tenga ese físico, pero no es lo fundamental.

—Aunque algo ayuda, ¿no?

Valentina no pudo evitar reírse y levantó su copa hacia ella. Al terminar el postre se habían bebido la botella de champán entre las dos.

—Nos hemos pasado, cariño. Tú te quedas en casa pero yo tengo que ir al teatro y estoy catatónica.

—Túmbate en el sofá un rato –Valentina tenía también un acceso de risa floja— Voy a preparar café bien cargado.

—Para mí con sal, por favor.

—¡Qué asquito! No hace falta sal, muy fuerte y sin azúcar. Y otro doble para mí.

—Si en el vino está la verdad, ¿qué hay en el champán?

—Una resaca del demonio. Qué locura. Aubry volverá muy sensible y yo estoy también medio catatónica, como tú.

—¿Le tienes miedo?

—¿A Aubry? ¿Lo preguntas en serio? Cierra los ojos y calla, Brigitte, el champán habla por ti.

—¿Cómo reaccionaría en una situación extrema de peligro o de estrés? ¿Se pondría en modo de combate?

—No lo sé, Brigitte. Nunca se me ha ocurrido pensarlo.

—Me pregunto si estos hombres llegan a liberarse alguna vez de sus demonios interiores, definitivamente. Si no ven en sueños las caras de los muertos.

—Toma el café –Valentina se acomodó a su lado con la taza en la mano, pensativa— Sé que Aubry comenzó a dormir cuando lo hizo conmigo. Alguna vez ha llorado y gritado en sueños pero le abrazo muy fuerte y se le pasa. Desde que vivimos juntos solo ha estado una noche fuera y no pegó ojo. No le gusta la idea de tener que dormir solo. Y a mí tampoco me gusta tenerle lejos. Me duermo escuchando el latido de su corazón. Ese latido fuerte y sus ojos fue lo único que tuve de él hasta que nos encontramos. Sus ojos llenos de pena y su corazón a punto de salírsele del pecho. Me cogió en sus brazos como si yo fuera algo muy valioso. Me apretaba contra él y le sentí temblar. Incluso en el estado en que me hallaba pude notarlo. Olía a sangre, a humo, a tierra y a sudor; pero de repente su cuerpo transmitía una emoción tan humana. Había visto lo que le había hecho al otro, sabía que era tan salvaje como él. Pero ocurrió algo impensable en semejante entorno. Nos miramos, nos vimos, y nuestros corazones quedaron unidos el uno al otro. Pudimos haber muerto los dos ese mismo día. Y sin embargo vivimos y nuestro destino nos trajo a París y a la misma calle de Montmartre, a tan pocos metros que nos veíamos por la ventana… Brigitte, cariño, ¿estás llorando?

—Cómo no voy a llorar. Y no es el champán. Es vuestra historia. Por mucho que la conozca, cada vez que cuentas algo se me saltan las lágrimas. ¿No has pensado en escribir un libro?

—No. Yo no soy escritora. No sabría ni por dónde empezar. Además se trata de algo demasiado íntimo para ofrecerlo al público.

—Bueno, tú lo pintas y es otra manera de contarlo. Edouard medio se creyó lo que le dijo Aubry, que pidió tu mano después de verte un tiempo desde la ventana. Romeo y Julieta.

—Con más muertos y tragedia de lo que podría imaginar. ¿Medio se lo cree?

—Bueno, supone que falta algo a la historia y Aubry ha jugado al despiste; pero no me ha preguntado nada porque sabe que no le voy a decir ni media palabra.

—Lo sé, Brigitte. Confío en ti plenamente.

—Necesito otro café. Y luego otro.

Valentina lo preparó y bebieron varias tazas más. Se quedaron dormidas hasta que el teléfono de Brigitte las despertó.

—Es Edouard. ¿Qué hora es? Edouard… Sí, cariño, lo sé… Sí… Todavía estoy con Valentina… Sí, te acompaño… No tardaré… Se lo digo… Hasta ahora. Te manda besos. Y ahora me tengo que ir; pero antes pasaré al baño, demasiado líquido.

—Coge una toalla limpia. Y refréscate bien la cara. Yo me daré una ducha. Dile a Edouard que le deseo mucho éxito.

—¡No! Eso da mal fario. En teatro no se dice buena suerte, sino «mucha mierda.»

—¿De verdad? Pues vaya expresión. Bueno, pues eso. Mucho de todo.

—Finolis.

—Yo también te quiero.

***

Aubry había llegado a Munich en el primer vuelo matinal. Tanto el aeropuerto Charles De Gaulle como el Franz Josef Strauss rebosaban de pasajeros. Como él no llevaba equipaje y siendo además ciudadano de un país del Espacio Schengen, su trámite fue breve. Cogió un taxi y le dio la dirección del cementerio. Su madre había sido enterrada en Waldfriedhof. Hacía tantos años que había dejado la ciudad que no la reconoció. Miraba por la ventanilla del taxi y le parecía estar en un mundo diferente. Imaginó que solo el casco antiguo, donde él había vivido, permanecería igual que siempre. Pero él no estaba en la ciudad para hacer turismo y no había pensado acercarse a su antigua casa, allí no había nada para él.

El silencio y la belleza del cementerio le relajaron. Paseó entre las tumbas sin prisa. Había hecho una parada para comprar un ramo de rosas blancas y rojas envueltas en grandes hojas verdes. Tras un largo camino encontró por fin lo que buscaba. La tumba de Imara Farkas—Schneider parecía bien cuidada. Aubry se quitó las gafas oscuras, se agachó y depositó las flores. Se besó los dedos y los apoyó en el nombre. Entonces se levantó y permaneció en pie mucho tiempo, hablándole como si ella pudiera oírle.

—Mamá, soy Zsiga. He vuelto –dijo en húngaro en voz baja— Han pasado muchos años y demasiadas cosas, pero no he venido a hacerte reproches ni a preguntarte por qué me abandonaste. Desearía haber podido consolarte pero nunca supe qué te dolía tanto para preferir la muerte. Te marchaste en silencio, mamá, a tu manera solitaria. Nunca estuviste del todo, solo parecías vivir cuando tocabas tu violín. Mi dolor también ha sido demasiado grande, mamá. Aunque nunca te he odiado. Incluso cuando grité que te odiaba no era verdad. No sé si queda algo de ti ahí dentro, o si has encontrado otro lugar donde todo es sencillo y bueno. Me gustaría creer en otra vida para imaginarte feliz por fin. Qué desolador si todo termina cuando morimos, de todas formas. Pero no me hago ilusiones, nos vamos y no hay más. Mamá, tengo que darte una noticia muy buena: conseguí salir de aquel infierno, de todos los infiernos en los que he vivido. Encontré a la mujer de mi vida y voy a casarme con ella. Te pedí que la cuidaras y tú, o lo que fuera, o ambos, me escuchasteis y la guardasteis para mí. No me he curado del todo, tal vez no sane nunca, pero soy un hombre diferente. Tengo otro nombre. Uno más, dirás; pero no es uno más, es el definitivo. Soy razonablemente feliz, tal vez mucho más de lo que merezco, y me siento agradecido. Ella no es como yo, es un ser de luz que ilumina y despeja mis sombras y mis miedos. Sé que la querrías y que verla sonreír te llenaría de alegría, como a mí. No sé si volveré aquí a traerte más flores o este será nuestro último encuentro. ¿Te gustan las flores, mamá? ¿Te has fijado en los colores? Siempre hemos sido exiliados en patrias prestadas; pero yo ya soy francés y me siento bien. Valentina también se convirtió en francesa y guardó a Alma en el fondo de su memoria. Estamos en paz. Quédate tú también en paz, mamá. Te lo mereces. *Szeretlek anya*[8].

Volvió a posar sus dedos sobre el nombre. Pese a estar abstraído sintió una presencia y se levantó rápidamente, volviéndose hacia el hombre que se había situado a su lado.

—¿Quién es usted? –hablaba un alemán culto y pausado.

Era la misma voz. Aubry intentó mantener la calma mirando al hombre de cabello blanco y gafas de montura anticuada. Tenía más de sesenta años pero le reconoció en el acto. Bien vestido, con un sobrio abrigo negro.

—Discúlpeme –le respondió en francés— Ya me voy.

—¿Sigmund? ¿Eres tú?

Los ojos de Aubry se volvieron grises. Konrad Schneider retrocedió un paso.

—Sé que eres tú. Nadie más aparte de mí visitaría la tumba de mi esposa.

—Es la tumba de mi madre, Maestro Schneider. Y hace muchos años que dejé de llamarme Sigmund.

—Aún no me has perdonado.

—No es cuestión de perdón, Maestro Schneider. No tengo nada que ver con usted ni nada de qué hablar. Hasta donde yo sé, usted no tiene hijos.

—Sigmund, escucha, por favor…

—Se deshizo de mí para vivir más cómodo. Dijo con toda claridad que no era mi padre y no tenía la obligación de cargar con mis problemas. No soy su hijo, Maestro Schneider. Sigmund Schneider no existe. Que pase un buen día.

—¡Sigmund!

Aubry se apartó de él sin mirar atrás.

—¡Sigmund! Me estoy muriendo. Había empezado a buscarte para pedirte perdón. Sé que te hice mucho daño.

Entonces sí se paró y volvió hacia el músico.

—Todos tenemos que morir, es ley de vida. Y no sabe ni sabrá nunca el daño que me causó, ni se lo puede imaginar. El perdón es un acto inútil que no resuelve nada y después de muertos no lo necesitamos. ¿Qué quiere que le perdone, Maestro Schneider? ¿Que abusaron de mí y me violaron? ¿Las cicatrices de mi cuerpo, los cortes, las quemaduras, las heridas, el dolor físico sufrido por la vida que he llevado? ¿Todo lo malo que he hecho, el dolor y la muerte que he causado? ¿El insomnio y las pesadillas? ¿Qué?

Aubry no había levantado la voz ni utilizado un tono hostil, pero Konrad Schneider se tambaleó como si le hubiera golpeado.

—Déjame compensarte en la medida de mis fuerzas.

—No puedo abrazarme a su cuello gritando «¡papá, papá!» No hay compensación posible, no tiene nada que ofrecerme.

—Eres mi heredero legal.

Aubry se echó a reír, pero le caían las lágrimas por la cara.

—¿Dinero? ¿Quiere darme dinero? Pobre hombre, tengo más del que gastaré en lo que me queda de vida. Úselo en obras de caridad, a mí no me hace falta. No tiene cabida en mi vida, Maestro Schneider, ni le quiero cerca de mí. Usted no es mi padre. Lajos Farkas está enterrado en Viena y mamá aquí. Usted sobra.

Entonces continuó su camino muy erguido hasta desaparecer de su vista. Se ocultó detrás de un árbol y lloró hasta vaciarse. Tras comer en una cervecería buscó un regalo para Valentina. Terminó comprándole un reloj de pulsera de plata y cristales de swarovski, un modelo de alta joyería. Volvió al aeropuerto en otro taxi. Tenía el billete de vuelta para el último vuelo pero no le apetecía pasear ni visitar nada, mucho menos acercarse al casco histórico. Tal vez hubiera terminado haciéndolo de no encontrar a Schneider en el cementerio. Eso no lo había previsto. Volvió a comer algo en uno de los restaurantes del aeropuerto, miró las tiendas y se tomó una cerveza tranquilamente. Se compró un libro y se distrajo leyendo y mirando a los pasajeros sin dar la impresión de que los observaba. Cuando finalmente anunciaron su vuelo estaba nervioso y cansado. El trayecto desde el aeropuerto hasta su casa se le hizo eterno. Valentina le abrazó en cuanto abrió la puerta.

—Ya estoy en casa, por fin. Qué día tan largo.

—Ven, amor, ponte cómodo.

—Sí, y me prepararé un sandwich o algo, tengo hambre.

—Te lo preparo yo mientras te duchas. ¿Y café?

—Sí, por favor.

Diez minutos más tarde, vestido con un chándal, se sentó al lado de Valentina y comenzó a comer.

—¿Qué has hecho?

—Vino Brigitte y comimos juntas. Hemos pasado una tarde estupenda. Quería llevarme al teatro a ver a Edouard pero he preferido esperarte en casa.

—Es un detalle aunque me hace sentir mal. No necesito que estés aquí cada vez que vuelvo a casa, haz lo que te apetezca.

—Eso hago, Aubry.

—¿Se ha portado bien *Napoleón*?

—Como siempre. Es muy bueno.

—Te he traído un regalo, espero que te guste.

Y le dio el paquete envuelto y cerrado con un lazo. Valentina lo abrió y dio un grito.

—¡Es precioso! Pero…pero… ¿cómo se te ha ocurrido algo así? ¡Qué maravilla! –y comenzó a besarle por toda la cara.

Valentina no le preguntó cómo le había ido en Munich, esperaba que fuera él quien se lo contara. Aubry enroscó sus dedos en un mechón de pelo de ella y lo besó.

—He llevado flores a la tumba y he hablado con mi madre. También le he hablado de ti, le he dicho que eres el amor de mi vida. Cuando estaba a punto de irme ha aparecido él, por sorpresa.

—¿Él? ¿Quieres decir tu padre?

—Konrad Schneider, prestigioso violinista, artista reconocido y el peor padre del mundo. No es mi padre.

—¿Konrad Schneider? Le escuché tocar en Londres cuando estudiaba allí. Cielos. No me sorprende que sepas tanta música.

—La violinista divina era mi madre. La cuestión es que este hombre tuvo la desfachatez de intentar manipularme emocionalmente porque, según dijo, se está muriendo. Como si eso bastara para convertirle en una buena persona y olvidar todo lo que me hizo. Con su actitud, con su abandono, me hizo malo. Tú sabes hasta qué punto. ¿Se está muriendo? Qué se le va a hacer. Todos morimos. Buscaba una escena de perdón y lágrimas absolutamente nauseabunda. Demasiado tarde. Dejé de necesitarle hace muchos años. Dijo que no era mi padre. Ahora no puede esperar que yo me convierta en su hijo. Que se meta su puta herencia en… —la miró y se mordió los labios— Perdona, amor mío. Eso, que se coma su herencia. No le necesito.

—Le odias demasiado. Por eso eres incapaz de perdonarle.

—¿Odio? No, en absoluto. Le he odiado, desde luego, le he maldecido. Pero en este momento de mi vida no siento nada por él. Nada. Aunque hubiera preferido que no apareciera y despedirme de mi madre en paz y soledad. Y qué puede significar que le perdone, ¿que celebre las Navidades con él, que le siente a mi mesa? ¿De qué serviría, amor mío? Aunque lo hiciera, eso no me devolvería la vida que perdí.

—No puedo responderte, Aubry, no tengo la suficiente sabiduría. Eres tú quien debe encontrar las respuestas dentro de ti. Yo siempre voy a estar a tu lado. Puedes volver a la tumba de tu madre en otro momento. Y si me dejas, te acompañaré.

—Cómo no te voy a dejar… ¡Oh!

—¿Qué?

—Debí haberle exigido que me devolviera las fotos de mi madre, al menos una. Para que tú la pintaras.

—Puedo hacerlo igual si me la describes. Dime cómo es en tu recuerdo y la representaré en un cuadro.

—Gracias, amor mío.

—Amor… entiendo que no quieras nada de ese hombre, pero ahora que has mencionado las fotos, ¿no podrías pedirle las cosas de tu madre? Sus libros, su violín, no sé. ¿Quién tiene su violín, cariño?

—Él. Todas las pertenencias de mamá están en su casa. O estaban, si no se ha deshecho de todo y ha vendido el instrumento. Era una obra maestra construida por un luthier italiano. No puedo hablar de esto ahora. Verle me ha superado.

—¿Vienes a dormir?

—Más tarde. Me voy a fumar un cigarrillo. Necesito pensar.

Valentina se acostó. Le oyó ir y venir, olió el humo de los cigarrillos y escuchó el sonido de un líquido en un vaso. Desde arriba le vio tomarse una pastilla con alcohol, lo que no hacía desde que estaban juntos. Abrió la ventana y ajustó el telescopio. Cuando ella le apoyó una mano en el hombro se sobresaltó.

—Ven a la cama, Aubry, es muy tarde.

—No sé si podré dormir, Valentina.

—Yo te ayudaré. Ven conmigo.

—Esta noche me siento extraño, muy lejos y despegado de todo. Me tengo miedo, amor mío.

—¿Por qué te tienes miedo?

—Porque estoy descendiendo a una cueva muy profunda, donde no hay luz y sí crueldad. No quiero hacerte daño, eres la persona que amo, la única persona que amo en todo el mundo. No debes ser testigo de mi oscuridad. No te acerques a mí ahora, porque si mi amargura te salpica las alas entonces no mereceré la felicidad y la esperanza.

Valentina le quitó el cigarrillo y el vaso y terminó las dos cosas, apurando el whiskey de un trago.

—¿Qué estás haciendo?

—Prepararme para bajar contigo a los abismos y traerte de vuelta.

—Tú no, Valentina. No lo permitiré.

—Ven conmigo, Aubry. A lo mejor necesito perderme contigo en las sombras sin soltar tu mano. No quiero que sufras solo. Ven, estoy aquí.

La siguió y se acostó a su lado. Ella le abrazó y él apoyó la cabeza en su pecho.

—Duérmete, Aubry. Estoy aquí, contigo. Ahora y para siempre.

-12-

—Esperamos que os guste el restaurante.

Gilles había organizado la cena en un local cerca del Sena desde el que se contemplaba la catedral de Notre Dame. Decoración moderna y cocina de autor. Brigitte y Edouard habían llegado puntuales, vestidos de manera desenfadada y original. Valérie clásica como de costumbre, calzando zapatos muy altos. Valentina y Aubry vestidos de negro, él con jersey, pantalón y abrigo de una marca muy conocida; ella maquillada y con los labios pintados de rojo muy oscuro. Era como si se hubiera puesto de acuerdo con Edouard.

—Parecéis salidos de una película de vampiros –rió Gilles— Pero me gusta cómo os queda. Aubry, tío, confieso que cada vez que quedamos me sorprendes con tu indumentaria.

—No voy a vestir siempre vaqueros viejos y jerseys desgastados, ya no estoy solo. No puedo avergonzar a mi prometida.

—Te sienta muy bien el pelo más largo, estás guapísimo. Edouard, no oigas –rio Brigitte.

Los ojos castaños verdosos de Edouard se volvieron verdes cuando se posaron un momento en los azules de Aubry, quien hizo un movimiento de negación.

—Mi querida cuñada, es que me miras con buena intención.

—¿Cuñada? –se asombró Gilles.

—Es una broma entre Brigitte y yo.

Eligieron el menú y el vino. Valérie no hablaba mucho, aunque se fijó en el reloj de Valentina y mostró mucho interés.

—¿Me dejas ver tu reloj, Valentina?

—Por supuesto –se lo quitó y se lo dio.

—Mira, Gilles.

—¡Joder! –dejó escapar el pintor— Valentina, cielo, llevas una joya en tu muñeca.

—Lo sé, es una preciosidad.

—Eso también, pero es una joya auténtica.

—Es un regalo de Aubry.

—A ver… —dijo Brigitte.

El reloj fue pasando de mano en mano, y finalmente se lo devolvieron a Valentina. Valérie y Gilles miraban a Aubry asombrados.

—¿Cómo lleváis vuestra casa? ¿Gilles ya ha matado a los decoradores?

—Le falta poco. Qué suplicio.

—Yo pensaba que os trasladaríais a la buhardilla de Gilles, o a tu piso –dijo Valentina.

—Imposible. La buhardilla es un dedal, y mi piso aunque más grande no da más de sí.

—Papá nos ha regalado la casa pero no lo de dentro. El contenido corre de nuestra cuenta. Y el equipo que se encarga de los diseños nos está volviendo locos.

—Pero, ¿es muy grande?

—No, normal. Un ático de dos plantas, tres si contamos la terraza. Los jardineros también están pesados, ni que tuvieran que recrear los jardines de Versalles.

—Pon cuatro macetas y listo.

—Brigitte, cariño, con cuatro macetas no hacemos nada. La dichosa terraza es más del doble de mi buhardilla.

Edouard se echó a reír educadamente.

—Os complicáis la vida porque queréis. ¿De verdad necesitáis varios salones y un montón de habitaciones más?

—No te voy a enumerar lo que necesitamos porque es aburrido, pero sí. Mataré a esa gente o me suicidaré yo.

Rieron todos y Gilles pidió más bebida. Valérie aprovechó para hacer un aparte con Aubry.

—¿Has pensado ya en lo que te comenté? ¿Vas a hacerlo?

—Sí. Vamos a ponerlo en marcha. Me pasaré por tu despacho.

—¿Qué cuchicheáis?

—Secreto profesional, Gilles.

—Valérie es mi abogada, ¿no lo sabías?

—Pues no, no me ha dicho nada.

—No hablo de mis clientes con nadie, Gilles. Ya lo sabes.

—Pero Gilles tiene razón, este no es el momento ni el lugar.

Gilles y Valentina intercambiaron una mirada de sorpresa. Ninguno de los dos sabía qué asunto se llevaban entre manos.

—Quería deciros que empiezo la semana que viene como profesora de dibujo y pintura. Así que exactamente no abandono los pinceles, les doy otro uso.

—Es estupendo. Tenemos que celebrarlo.

—En cuanto acabemos nos iremos a bailar. A ver qué tal se defienden nuestros alumnos.

La música alta y los juegos de luces deslumbraron a Aubry. Se trataba de un local exclusivo con acceso restringido, muy animado a aquella hora.

—Valentina, baila conmigo –la animó Gilles— Vamos a enseñarles lo que has aprendido.

Aubry parpadeó, asombrado. Gilles la guiaba hábilmente, pero Valentina parecía flotar al ritmo de la música disco.

—Acércate un poco más, Valentina.

—Estoy bien así.

—No te voy a apretar contra mí, no te preocupes –Gilles sonrió tristemente— Y menos aún delante de tu chico. ¿Cuándo quieres que te acompañe a comprar la camisa?

—¿Vienes a buscarme el lunes por la mañana al estudio?

—Allí estaré. ¿Preparada? Te voy a hacer girar.

El grupo aplaudió. Valentina se dejó caer junto a Aubry y bebió un trago. Él le hizo una reverencia a Valérie y se pusieron a bailar. La chica tenía muy buena técnica y él sacaba ventaja de su oído musical. Improvisaron unos movimientos que dejaron boquiabiertos al resto. Gilles, Valentina y Brigitte se les unieron. Aubry volvió a su sitio y Edouard y él se quedaron solos.

—Aubry… Quiero preguntarte algo; y no te molestes, por favor.

—No.

—¿No, qué? ¿Que no te molesta o no quieres que te pregunte?

—No me preguntes, Edouard. La respuesta es no. Es la mejor amiga de mi prometida y yo soy hombre de una sola mujer. Mi compromiso con Valentina es exclusivo y absoluto.

—Entiendo.

—Creí que ella te lo había dicho. Y te lo haya dicho o no, no es correcto que me preguntes sobre el tema.

—Me ha podido la curiosidad porque tú eres un misterio para mí, perdona. Es maravillosa y la adoro, pero sé que es más ingenua de lo que cree –Aubry no hizo ningún comentario y Edouard le sonrió, conciliador— Estas mujeres increíbles nos han hecho sentar la cabeza, ¿verdad? Seríamos unos perfectos gilipollas si las perdiéramos por una estupidez.

—Nos mereceríamos lo peor.

Terminaron la velada en la buhardilla de Gilles. Era la primera vez que todos salvo Brigitte y Valérie, entraban allí. Pequeña pero bien aprovechada, las paredes estaban adornadas con cuadros originales, no reproducciones, y en los muebles había antigüedades llevadas de casa de sus padres. Una gruesa alfombra en el suelo del salón, almohadones y divanes bajos muy cómodos. La cocina con la mesa y sillas estaba separada del resto por un enrejado de madera. Al igual que en la casa de Aubry, su dormitorio estaba en un altillo al que se accedía por una escalera. El baño también se encontraba arriba. A Valentina le gustó mucho, era cálida y confortable. Paredes, techo y suelos de madera, alfombras y almohadones en color azul muy oscuro y negro. Las dos ventanas estaban cubiertas con cristales traslúcidos, sin cortinas. Mientras que Aubry apreció todos los detalles al primer golpe de vista, Edouard la recorrió tocando y mirando los cuadros y adornos.

—Edouard, eso no se hace –le riñó Brigitte.

—No pasa nada, no me molesta. Toca todo lo que quieras, Edouard.

—Soy un maleducado, disculpa. Es que me ha gustado mucho.

—Si la quieres comprar, te la vendo.

—No, no. Me encanta mi casa—barco. Estar rodeado de agua me relaja.

—Voy a ver cómo ando de existencias. Debo tener alguna botella de champán en el frigorífico. Ajá, no pasaremos sed. También hay caviar y galletas saladas.

—¿De verdad venderías tu buhardilla? –Valentina parecía sorprendida.

—Si me ofrecen un buen precio, desde luego. Le tengo cariño, pero en cuanto nos casemos no la necesitaré. Y lo mismo vale para el piso de Valérie.

—Yo no vendo. Mi tío me ha sugerido que lo alquile.

—Tú también podrías alquilarla, Gilles.

—No. No tengo paciencia ni tiempo para entenderme con un inquilino. ¿Y tú, Aubry? ¿Qué harás?

—Seguir viviendo en nuestra buhardilla, no tenemos otra casa. Además estamos muy a gusto los dos allí. A Valentina y a mí nos dan horror las mudanzas.

—¿Os apetece algo de música?

—Es muy tarde. Los vecinos se molestarán.

—Todo el espacio está insonorizado, no hay problema. Ni me oyen ni, lo que es más importante, los oigo a ellos.

Finalmente Edouard terminó recitando. Valérie encendió una vela y una barra de incienso y apagaron las luces. El actor se puso en pie y los demás se quedaron sentados sobre la alfombra entre almohadones escuchando su voz bien modulada interpretando los versos.

Valentina sintió en el cuello el aliento de Aubry, tan cálido que casi la quemó. Estaba sentada delante de él, que le rodeaba la cintura con las dos manos. Se movió para apoyarle una mano en el corazón. Se dio cuenta de que la oscuridad, el champán y los versos le estaban afectando. Nunca antes la había tocado en público, pero sus labios se habían prendido en el lóbulo de su oreja y una de sus manos se deslizaba bajo su vestido sin que los demás se percataran. Se quedó muy quieta silenciando los suspiros especialmente en el momento culminante, aunque le clavó los dedos con fuerza mientras él contenía sus estremecimientos. Edouard hizo una reverencia y todos aplaudieron.

—Ahora tú, Valérie. Chicos, no os lo vais a creer. Esperad un momento.

Buscó entre los discos consultando con Valérie. Finalmente ella asintió. Se puso en pie y esperó los primeros compases. De pronto se puso a cantar el aria de *La Cenenterola* de Rossini

—¡Dios mío! –gritó Brigitte.

Edouard, sorprendido, se puso en pie de un salto. Aubry se movió pero no se levantó porque tenía a Valentina sobre sus rodillas, atónita.

—Esto no nos lo habías dicho, Valérie. Qué voz tienes, qué trabajada.

—Estudié canto además de piano.

—Es una artista –Gilles se mostraba emocionado de ver sus reacciones.

—Después de escuchar a Valérie y a Edouard solo me queda meter la cabeza en el horno.

—¿Por qué? Tú también eres una artista, Brigitte.

—Todos sois artistas, cada uno en lo vuestro. Si alguien debe meter la cabeza en el horno, soy yo –Aubry parecía muy serio— Yo no sé hacer nada. Sois admirables.

—Aubry, seguro que tienes más de una habilidad. Has aprendido a bailar muy bien –Valérie se mostraba muy amable con él— Y si quieres te enseñaré a hacer tartas.

—De acuerdo. Y abriremos una pastelería juntos.

Valentina y Gilles se miraron mientras sus respectivas parejas se reían como si compartieran un chiste privado. Tras una última copa de champán todos se despidieron. Valérie se quedó con

Gilles.

—¿Estás molesta, Valentina? –Aubry estaba detrás de ella, que se había quitado el vestido y los zapatos y se estaba peinando.

—No, ¿por qué?

—Lo estás. No tienes motivo. Valérie es una excelente persona y es mi abogada, además. Yo te amo a ti más que a nada en el mundo y ella está loca por Gilles. No debería tener que mencionar que entre nosotros no hay nada.

—Lo sé, amor mío. Es solo que me he quedado algo descolocada, no me habías dicho que la has contratado. Gilles también se ha sorprendido mucho.

—Verás, la idea me la diste tú. Hablé con Valérie y se lo comenté, ella es especialista en derecho internacional. Te lo iba a contar en cuanto tuviera el asunto encaminado. Mi madre y Schneider tenían un acuerdo pre nupcial por el que cada uno era dueño de sus ganancias como concertistas. Cuando me contó que esa sería mi herencia no le di mayor importancia, no sospechaba que iba a morir tan pronto. Después con todo lo que pasó no volví a pensar en ello. Pero al preguntarme tú por su violín me acordé. No quiero nada de Schneider. La herencia de mamá es otra historia, por eso he contratado a Valérie. Va a ser bastante complicado, me figuro.

—Has hecho muy bien, amor. Me alegro de que recuperes lo que era de tu madre. ¿Valérie es tan buena abogada como dice Gilles?

—Mejor aún. Por cierto, creo que Gilles se ha enamorado de ella esta noche, ¿has visto cómo la miraba?

—No me sorprende. Con esa voz enamoraría a una estatua de hielo.

—Con tu mirada has transformado una estatua de piedra en un hombre de carne.

—Carne apasionada. ¿Qué ha sido eso, Aubry? No me lo podía creer cuando empezaste a acariciarme así.

—Ha sido el impulso de tocarte, no he podido reprimirme. Ni he querido. De haber estado oscuro del todo me hubiera atrevido a más. He arriesgado mucho, lo sé. Hubiera sido muy embarazoso que me hubieran visto.

—Y bochornoso para mí. Amor, no vuelvas a hacerlo. No me gustaría que la próxima vez se dieran cuenta. Aunque en esa atmósfera ha resultado tan excitante y delicioso que se me ha parado el corazón, no podía respirar.

—Yo no puedo respirar mirándote. ¿Te vienes a dormir?

—Sí, qué sueño. Por cierto –añadió mientras la llevaba en brazos— me has desgarrado la blonda de mi ropa interior.

—¿Yo he hecho eso? Pues alguien me dejó una camisa sin botones hace poco.

Rieron mirándose. Valentina suspiró y cerró los ojos. Aubry vio cuando la dejó en la cama que ya se había dormido. La besó en la frente y la tapó. Él bajó a fumar y a mirar por el telescopio.

-13-

—Este es el mejor camisero de París. Lo que no encuentres aquí no merece la pena comprarlo —Gilles acompañaba a Valentina a comprar una camisa para Aubry.

—Quiero algo muy especial. Es para su traje de novio. Aunque no sé cómo se va a vestir.

—La seda blanca es un clásico. Si tienes sus medidas sería mejor que se la hicieran a mano.

—He traído una de sus camisas, la última que se compró. Me dejo aconsejar por ti, Gilles. Tú eres el experto.

El encargado saludó a Gilles como a un cliente especial y atendió amablemente a Valentina.

—Busco una camisa para el traje de boda de mi prometido, algo muy especial.

Fue sacando diferentes tejidos, explicándoles cómo estaban hechos y sus características. Valentina tocaba las telas y dudaba. Cuando se disponían a ir a buscar más, Gilles intervino.

—¿Me dejas elegir a mí, Valentina?

—Sí, claro.

—Alphonse, la misma seda de mi última compra. De esta talla –le enseñó la camisa de Aubry— El caballero no puede venir a las pruebas porque es una sorpresa. Si es tan amable de tomar las medidas, la señorita tiene que llevarse la prenda.

—¿Los botones también iguales, señor de Beaumont?

—Sí. Los de nácar.

—Bien –el hombre tomó notas en una libreta— La semana que viene ya podrá recogerla.

—Perfecto. A nombre de Moreau –le sonrió a Valentina— Ya está. Solucionado.

—¿Puedo ver la seda, de todas formas?

—Por supuesto. Disculpa, Valentina. Si hace el favor de enseñársela a la señorita, Alphonse.

—Oh, es preciosa. Qué tacto y qué caída. Brilla pero sin exceso.

—La mejor seda natural, señorita. Tejida a mano.

—Perfecto. Gracias.

—Si tienes tiempo para tomar algo, te invito.

—Sí. Le he dicho a Aubry que pasaría todo el día en el estudio.

—Me apetece pasar algo de tiempo contigo, hace bastante que no hablamos. ¿Te parece bien aquí?

Gilles la ayudó a quitarse la gabardina roja, le apartó la silla para que se sentara, y pidió una botella de vino blanco de Bergerac, una selección de quesos y foie gras y pan de brioche.

—Estás guapísima.

Valentina se sonrojó ligeramente. Llevaba un vestido de terciopelo, medias de rejilla, botines y una boina, todo de color negro. Además se había maquillado.

—Eres muy amable.

—Solo digo la verdad. ¿Sabes? El sábado cuando os marchasteis todos le pedí a Valérie que hiciera el amor conmigo.

—¡Oh! Pero, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque me dijo que no. Así que la llevé a su casa.

—Bueno, tú ya sabías lo que piensa sobre las relaciones antes del matrimonio y lo respetabas. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Todo. Si tú estás con Aubry, ¿por qué no ha de estar Valérie conmigo? Tú para mí eras el paradigma de la pureza, Valentina. Nunca había conocido a una mujer a la que no habían besado ni tocado de ninguna forma. Pero renunciaste a tus ideas por amor.

—Gilles, esa comparación no sirve. Además Valérie es muy consciente de tus sentimientos hacia ella. Dime, ¿si se hubiera entregado a ti la amarías más?

—Sabría que confía en mí y no está a la defensiva. Me resulta difícil explicarlo. Te vi abrazada a Aubry con tanto abandono y confianza. Si yo te hubiera tenido así en mis brazos en la penumbra hubiera perdido la cabeza –Valentina se ruborizó intensamente— Perdóname, no quiero ser indecoroso contigo. Eres la mujer de otro hombre y desde que me contaste vuestra historia le respeto mucho. Tú no le has exigido nada ni puesto condiciones.

—No. Ni él a mí.

—Cuando comenzó a cantar sentí algo muy profundo. No era la primera vez que la escuchaba, llevo oyendo a Valérie desde que comenzó a estudiar canto. Pero esa noche fue muy especial porque era la primera vez que cantaba en mi casa. Sentí algo muy especial y muy profundo y solo deseaba demostrárselo.

—Aubry dice que en ese momento te enamoraste de ella.

—Vaya con tu chico. Tiene razón, supongo. ¿Un café?

—Sí, gracias. Y también vino, por favor.

—A ti también te gusta beber vino después del café, como a mí. Es gracioso –Gilles encendió dos cigarrillos y le dio uno a Valentina— Qué afortunados somos, Valentina.

—Lo somos, Gilles, pero, ¿por qué lo dices?

—Tenemos personas que nos quieren tanto. Y podemos realizarnos a través de nuestro trabajo. Las noches sin dormir, el estudio apestando a humo y a pintura, los dedos ya sin fuerzas para sujetar el pincel… todo eso nos hace sentir vivos y no lo cambiaríamos por nada del mundo, ¿verdad?

—Verdad. Incluso en los momentos de inseguridad, cuando no sabemos si en la siguiente exposición los críticos nos harán trizas, o si dejarán de hablar de nosotros. Nos pueden quitar los pinceles y los lienzos, seguiremos pintando con los dedos en las paredes, en la tierra o en el aire. Es lo que somos.

—Eres la artista más grande que he conocido, Valentina. Me siento muy honrado de ser tu amigo y no solo por tu talento, sino porque eres preciosa por dentro tanto como por fuera. Supongo que eso es lo que vio Aubry incluso en aquella circunstancia, tu luz interior.

—Gracias, Gilles.

—¿Me dejas que te acompañe al estudio?

—Por supuesto.

Fueron paseando bajo el cielo que amenazaba lluvia. Gilles cogió inconscientemente la mano de Valentina y ella no se la apartó.

—Sube y te enseño lo que estoy haciendo.

—Casi me morí cuando vi tu regalo, no te lo había dicho aún.

—Es difícil regalarles algo a personas que lo tienen prácticamente todo. Se me ocurrió que un cuadro con vosotros era mucho más personal y único.

—No lo vendería ni aunque necesitara dinero.

—Gracias. Mira, dime qué te parece esto… —a Gilles se le llenaron los ojos de lágrimas— Gilles, quería pedirte ayuda.

—Lo que sea.

—Tú conoces muy bien las tiendas de antigüedades y a muchos coleccionistas. Me gustaría encontrar, si es que existe, algún disco de Imara y Lajos Farkas, o de cualquiera de los dos. Ella era violinista y él pianista.

—Imara Farkas… Joder, ni imaginaba que la conocieras. Cuando yo tenía unos ocho años papá organizó en casa una cena en su honor. Ella había dado un concierto memorable aquí en París y papá quiso obsequiarla antes de que se marchara. Después de la cena tocó un par de composiciones. Yo no estaba autorizado a participar, había cenado con mi nanny y después acostado a la hora habitual. Pero me escapé de la cama y escuché sentado en la escalera. Era una mujer alta y delgada, de aspecto frágil. Muy rubia. Se suicidó poco después, no sé por qué. Papá tiene un disco dedicado por ella, pero no se deshará de él por nada del mundo; ni siquiera por ti, amor mío, pese a cuanto te aprecia. ¿Qué te pasa?

—Estoy impresionada, Gilles. Esto es… ¿Y no sabes si queda algún otro ejemplar en otro sitio? Me da igual lo que cueste.

—Lo preguntaré. Pero, ¿por qué ese interés en esta violinista?

—Era la madre de Aubry, Gilles.

Gilles casi se desplomó en su asiento.

—¿Imara Farkas la madre de Aubry Dubois? ¿Estás segura?

—Completamente. Hace pocos días él fue a Munich a visitar su tumba, está enterrada allí.

—Sí, lo sé. Allí vive su viudo, otro violinista impresionante.

—Konrad Schneider. Le escuché tocar en Londres.

—Entonces, ¿él es su padre?

—Padre adoptivo. Su verdadero padre fue Lajos Farkas.

—Joder, joder… me va a dar algo. Necesito una copa aunque ya he bebido mucho.

—Mira a ver qué se dejó Brigitte en el armario de las pinturas.

Encontró una botella de whiskey medio llena y sirvió dos vasos. Bebieron y fumaron en silencio hasta que Gilles se repuso de la impresión.

—Entonces Aubry Dubois o como se llamara antes, es hijo de la violinista y el pianista, adoptado por otro violinista. Los tres, músicos de renombre internacional. ¿Qué coño hacía un tío así pegando tiros en una guerra que ni le iba ni le venía?

—Es una historia muy larga. Su padre adoptivo le abandonó cuando la madre murió, él se convirtió en un adolescente conflictivo y Schneider no tuvo paciencia ni voluntad para tratar de entenderle. Terminó en un centro de menores con solo quince años. Lo pasó muy mal, y una cosa llevó a la otra y terminó siendo…

—Un mercenario. Como en las películas. Joder, joder…

—Y finalmente se alistó en la Legión Extranjera. Ganó la ciudadanía francesa por sus servicios –a Gilles se le salieron los ojos de las órbitas— Gilles, por favor, ni media palabra de esto a nadie.

—Por supuesto, cariño. No tienes ni que pedírmelo. ¿Por eso cojea? ¿Herido en acto de servicio? –Valentina asintió— Voy a hacer lo imposible para conseguirte un ejemplar de ese disco. Y si no hay, haré una copia del de mi padre. Imagino que se lo quieres regalar a Aubry.

—Sí, para que tenga un recuerdo de su madre.

—Confía en mí.

Sonó el timbre. Valentina consultó su reloj.

—Debe de ser Aubry.

Era él. Miró sorprendido a Gilles pero le saludó sonriendo.

—Tú aquí.

—Me he tomado la libertad de venir a molestar a Valentina para ver su nuevo cuadro. No enseña a nadie sus trabajos sin terminar pero ha hecho una excepción.

—¿Qué te ha parecido?

—No hay palabras, amigo mío. Tu prometida es un genio pictórico. Una reencarnación, si la reencarnación existe.

—Ya tengo las entradas para la ópera, por cierto.

—Cielos, entonces era verdad que pasaremos tu despedida de soltero sentados en un palco con traje de etiqueta.

—Os lo dije. Los tres chicos. Y *Napoleón* no, porque no le dejan entrar.

—¿Qué ópera, por cierto? –y dijo en voz baja— Wagner no, Wagner no, por favor.

—Mala suerte, hermano. *El oro del Rhin*.

—¿Pero qué he hecho para que me trates así? ¿Por qué me odias tanto? –Valentina soltó una carcajada— Búrlate de mis desdichas, malvada diosa. Me voy a decírselo a Edouard. Si él detesta a Wagner tanto como yo nos arrojaremos al Sena.

—¿Cómo te lo puedo decir, Gilles? –Aubry sonreía con toda la cara.

—¿Le gusta? ¿De verdad? Me he quedado solo en el mundo. Adiós. No os riáis a mis expensas.

Besó en las mejillas a Valentina y dio un ligero y amistoso abrazo a Aubry. Al quedar solos,

Valentina cayó en sus brazos.

—No imaginé que este tío llegaría a caerme bien –dijo Aubry, sorprendido.

—Él tampoco lo imaginó, supongo. Empezasteis con muy mal pie.

—Pero ya lo hemos superado. ¿Puedo ver tu cuadro, amor?

Valentina volvió a destaparlo. Un ángel de alas negras medio desnudo sentado en una roca, miraba hacia una gruta de la que salía una mujer también semidesnuda y con alas negras. El fondo era un mar encrespado y gris. Las telas que los cubrían en parte eran blancas. Los ojos de Aubry cobraban vida en la figura masculina.

—No están tristes –observó Aubry.

—Claro que no. Se han encontrado.

—¿Por qué sus alas son negras?

—Porque la soledad y el sufrimiento las oscurecieron. Pero cuando se abracen y se amen recuperarán su luz. En mi próximo cuadro verás su transformación.

—Estoy conmovido.

—Gracias, amor. Tu opinión es muy valiosa.

—¿Te apetece dar un paseo antes de volver a casa? Ha empezado a llover. Podemos cenar algo por ahí.

—Me parece genial. Pero tu pierna se resiente cuando llueve.

—Si estoy contigo, no.

—Quiero estar contigo, Aubry. Aquí y ahora.

—¿En el diván de los amantes?

—En el diván de los amantes. A la luz de una vela. Sedúceme, acaríciame hasta que me olvide de todo excepto de ti y de tu cuerpo tomando posesión del mío.

—¿Quién podría resistirse a ese deseo? Mi bella amada de azúcar.

***

Recibió la llamada cuando Valentina aún se encontraba en casa, así que se metió en el baño

para que no se enterara y se arruinara la sorpresa. Ya estaban preparados los papeles de compra de la casa, solo tenía que ir a firmar. Aubry dio las gracias y cortó la comunicación.

—Tengo que salir, cariño. ¿Tú qué vas a hacer?

—Iré al estudio.

—Pasaré a buscarte.

Y se marchó sin dar explicaciones. Valentina se terminó el café y también salió. Él fue al banco para gestionar el pago, y ella a la camisería antes de ir al estudio. La prenda había quedado magnífica. Se la empaquetaron y envolvieron cuidadosamente. Apenas se había quitado el abrigo cuando Gilles la llamó.

—*Cariño, no te lo vas a creer. He encontrado tu disco.*

—¡Oh! Gracias. Qué alegría.

—*Ha sido un poco complicado pero lo importante es que lo tengo. ¿Quieres que te lo lleve?*

—Sí, por favor. Estoy en el estudio, pero no sé cuándo llegará Aubry. Te espero en la cafetería de enfrente, ¿te parece bien?

—*Voy. Dame media hora.*

Media hora más tarde ambos se encontraron en la cafetería situada frente al estudio de Valentina. Gilles le dio una bolsa de papel de un conocido anticuario con el disco bien envuelto en papel de burbujas y de regalo dentro. A Valentina se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, Gilles. Dime cuánto tengo que darte, imagino que no habrá sido precisamente barato.

—Nada, amor mío.

—¿Cómo que nada? Es mi regalo para Aubry.

—Lo sé. Pero quiero que sea mi regalo para ti. No os lo puedo regalar oficialmente para que él no sepa que conozco su historia. Por favor, acéptalo. Valérie y yo os buscaremos un bonito regalo de boda, pero este es mi obsequio especial. Te cuento cómo lo encontré por si Aubry te pregunta.

—Gracias. De verdad. No sé qué decir.

—Eh, no llores. Venga, por favor.

—Es la emoción –respiró hondo— He ido a recoger la camisa, ha quedado divina.

—Sabía que te gustaría.

—¿Quieres venir al estudio, ya que estás aquí?

—Mejor no, no quiero abusar y no tengo excusas para Aubry si me vuelve a encontrar allí. Haré unas cosas y me iré a buscar a Valérie al despacho, nos toca un nuevo episodio de horror con los decoradores.

—Creía que Valérie poseía una casa familiar.

—Y la tiene, un pequeño palacio precioso heredado de sus padres. Pero dice que parece un museo, y necesita algunas reformas, cables, tuberías, todo eso. Además de modernizar los baños y la cocina. Así que nos instalaremos en el ático si esos malditos no acaban antes con nuestra vida.

—Suerte. Menos mal que nosotros no nos mudamos.

—Vuestro nido de amor está muy bien. Te dejo, tesoro.

Se acababa de poner a trabajar cuando llegó Aubry. Se le veía contento.

—Me tengo que ir mañana temprano, Valentina. Pero volveré por la tarde.

—¿Otra vez a Munich?

—No, solo fuera de París.

—Otro viaje misterioso.

—No te enfades. Te prometo que lo sabrás todo en su momento.

—De acuerdo. ¿Es muy tarde para que me invites a comer?

—Son casi las tres. Pero seguro que algo encontraremos si nos conformamos con comida fría.

Ante una ensalada y una cerveza Valentina se relajó.

—¿Estás tramando algo, Aubry?

—No. Dicho así suena siniestro. No es nada malo. ¿Cuándo llegan los americanos?

—Tres días antes de la boda. No sabían qué regalo hacernos, pero al final han decidido que se encargan de las flores y la decoración y del reportaje fotográfico y visual. Peter es un experto, hará un trabajo completamente profesional. Mamá nos regala los anillos.

—¿De verdad? Son muy generosos.

—Cierto, pero tú también con ellos. Están abrumados por tu ofrecimiento de pagarles todo.

—Cómo no, amor. Vienen de lejos para acompañarte.

—Iré a buscarlos al aeropuerto a ellos y a mamá, que llega antes. Nos iremos al hotel directamente.

—¿No quieres que te acompañe?

—No quiero que os conozcáis en el aeropuerto, con todo ese jaleo de gente yendo y viniendo. Es un encuentro importante, y piensa que estarán afectados por el jet lag. Que se duchen, se cambien de ropa, y cuando se relajen os presentaré. Tampoco quiero que Christine te vea antes que ellos, por eso hemos coordinado las llegadas. Están impacientes.

—Espero caerles bien.

—No lo dudes.

—Te veo muy contenta, amor mío. ¿Ha sucedido algo especial?

—Pues… sí –rio— Quería esperar pero no puedo. En cuanto lleguemos a casa te enseño una cosa. Dos.

—¿Esos paquetes? Bueno, si son adornos para ti no debería verlos aún.

—No… Lo mío está protegido en casa de Valérie y es *top secret*. Esto es para ti.

Aubry parpadeó y alargó una mano, pero Valentina le dio un manotazo cariñoso.

—Aquí no, impaciente.

—Quiero verlo, quiero verlo.

—Primero me voy a tomar el pastel de chocolate y el café.

Pasearon de la mano camino de la buhardilla, no sin antes detenerse en la plaza del Tertre. Brigitte ya no estaba, y su puesto lo ocupaba un pintor de pelo muy corto, delgado y bastante joven.

—Parece que fue ayer cuando me planté aquí sin saber cómo funcionaba. Conocí a Brigitte y se convirtió en mi ángel de la guarda. Me acompañó al hotel barato donde me alojaba, cogió mi equipaje y me llevó a su casa. También me ayudó a buscar alojamiento y con el arreglo de la buhardilla, que estaba hecha un asco. Tenía muy poco dinero.

—¿Cómo te las arreglaste?

—Cosiendo, restaurando muebles viejos, diseñando ropa. Y pintando siempre que podía. No quise que Christine me mantuviera en París, era un reto mío. Brigitte se ofreció a poner a la venta uno de mis cuadros. El que compraste tú.

—Te reconocí nada más verlo. Solo podía ser mío.

—Y aquí estamos.

—Aquí estamos, amor mío. Todos los días de nuestra vida y todas las vidas.

—Bien, ha llegado el momento. Cierra los ojos, Aubry —Aubry, sonriendo nervioso, los cerró— Ya puedes abrirlos.

—¿Qué es esto?

Apartó el envoltorio y descubrió la caja. La abrió y lanzó una exclamación. Sacó cuidadosamente la camisa y la sujetó entre sus manos. Miró a Valentina emocionado.

—No tengo palabras.

—Es mi regalo de boda para ti, Aubry. Tu camisa de novio. Me ayudó Gilles.

—Qué regalo tan especial, cariño. Me gustaría probármela.

—Pero con cuidado, que no se ensucie ni se arrugue.

Aubry se quitó el jersey azul oscuro y se quedó con la camiseta interior de algodón. Valentina pensó que ya había llegado el momento de deshacerse de aquel jersey que se había deshilachado en los codos y los puños. Aubry parecía tenerle especial cariño pero una cosa era parecer un chico malo y otra ir desharrapado. Lo tiraría sin decirle nada, como había hecho él con su pijama impresentable.

—Fuera también esa camiseta, que se vea bien el efecto.

La chica, como siempre, se impresionó al ver el torso desnudo y lacerado. En la espalda también tenía marcas pero no tantas. Le tocó las cicatrices.

—Cariño, ya no duelen. Hace mucho que dejaron de doler. No llores.

—No puedo evitarlo. Quisiera que mis manos tuvieran el poder de curarte.

—Lo tienen. Tus manos son sanadoras –se las besó— Y ahora dime qué te parece.

—¡Oh! Estás guapísimo. Mira, los puños están preparados para abrocharlos y para llevar gemelos. Los botones son de nácar. Ve a mirarte en el espejo.

—Vaya. Qué elegancia.

—Pareces el Príncipe Azul.

—¿Solo lo parezco? Creí que lo era.

—Lo eres. ¿Te has visto bien? Bueno, te ayudo a quitártela. Ya te puedes volver a vestir.

Devolvieron la prenda a la caja y Aubry la guardó.

—Ahora siéntate, cariño. Para tu segundo regalo necesito que estés sentado. Apóyate en el respaldo y cierra los ojos de nuevo.

Le puso entre las manos el disco de vinilo. Aubry lo tocó reconociendo lo que era y abrió los ojos. Lo desenvolvió con mucho cuidado, y al examinarlo contuvo la respiración. De no haber estado sentado se hubiera desplomado. Le temblaban tanto las manos que Valentina se lo retiró. Estuvo mucho tiempo sin hablar, llorando en silencio.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Bueno, eso no importa. Pensé que si había una copia en algún sitio tú debías tenerla.

—Imara Farkas. Mi madre. Fue su única grabación, poco antes de morir. Ella sola en el estudio con su violín. La acompañé y la estuve mirando detrás del cristal. ¿Has visto lo bella que era?

Había dos fotos en la carátula. En el anverso tocando con los ojos cerrados; y en el reverso con el violín en la mano, mirando a la cámara. Los ojos azules como los de Aubry brillaban. El cabello recogido en un moño era tan rubio que casi parecía blanco.

—Eres igual que ella, qué parecido tan grande. ¿Fuiste su único hijo?

—Sí. No tuvo hijos con Schneider.

—¿Quieres que lo escuchemos ahora? ¿Lo pongo?

—Sí, por favor. Yo no puedo, estoy temblando.

El sonido del violín inundó la buhardilla. Valentina se enroscó junto a Aubry y escuchó. De los ojos cerrados de él seguían brotando lágrimas de emoción y tristeza.

—Gracias, Valentina –dijo en voz baja— Me has hecho mucho más que un regalo, me has devuelto a mi madre.

Ella le abrazó sin decir nada. Se quedaron sentados mucho tiempo. Se pasó la hora de la cena pero ninguno de los dos se movió. A ella le parecía casi obsceno romper aquel momento y él no tenía hambre, inundado por los recuerdos. Valentina se durmió sin darse cuenta. Aubry la llevó a la cama y bajó para prepararse un café. No durmió. Se fumó varios cigarrillos y al amanecer se dio una ducha y se marchó a la estación.

Firmó el contrato de compra de la casa y recibió las llaves. Realizó todos los pagos y entregó el cheque correspondiente. Cuando finalizaron los trámites alquiló un coche y se fue solo a inspeccionar la propiedad. Paseó con calma entre los frutales, recorrió el jardín tomando nota mentalmente de lo que necesitaba, y se demoró en cada habitación de la casa, abriendo los grifos, comprobando los enchufes y la resistencia de las escaleras. Era una casa sólida y bien construida. Valentina y él pasarían muchas noches en la terraza viendo el mar. Allí no llegaban las luces y

los sonidos de la población, era una burbuja de silencio y paz, justamente lo que necesitaba. Imaginó el desván lleno de los ruidos y risas de sus hijos. El cobertizo era lo bastante grande para que ella instalara su taller. La decoración y los detalles se los dejaba a Valentina, ella sabría convertir aquella casa enorme en un hogar confortable. Regresó con el tiempo justo de coger el tren de vuelta.

Por su parte, Valentina se quedó en casa hasta que llegó la asistenta. Salió a dar un paseo y se tomó un café. Mandó correos electrónicos a los periodistas, habló por teléfono con Christine, y se sentó a leer después de comer con *Napoleón* sobre sus rodillas. Pasaba de la media noche cuando volvió Aubry. Ella le esperaba levantada.

—¿Qué tal el viaje? ¿Has hecho todo lo que querías?

—Todo. El viaje ha sido largo y tedioso pero ha merecido la pena. Por cierto, me ha llamado Gilles –Valentina puso cara de sorpresa— Nada raro, tranquila. Han hablado Edouard y él los dos se encargan de la música. Contratan a un cuarteto de cuerda magnífico para amenizar la ceremonia y la comida. Es su regalo.

—¿En serio? Es un regalazo. Qué amables.

—Y de parte de las chicas la liga y el ramo. Pero supongo que te lo dirán ellas.

—Estoy emocionada. Pero no me vas a distraer de lo tuyo, si es lo que intentabas. ¿Me dirás ahora qué te traes entre manos?

—Todavía no –él rio, divertido— Muy pronto. Eres un angelote con muy mal genio, amor mío. ¿Con quién me voy a casar?

—¿Con quién, Aubry? Dímelo tú –ella comenzó a tirarle del pelo.

—Pronto empiezas a atacarme, no quiero pensar qué me harás después de la boda –riendo, le sujetó las manos a la espalda— Mereces un castigo.

—¿Sí? –ella ronroneó como *Napoleón*— Si es lo que imagino, me va a gustar mucho.

-14-

La llamada procedía de un número oculto. Aubry se inquietó pensando quién podía haber conseguido su teléfono. ¿Le habrían localizado? No quería volver a tener nada que ver con la gente de su vida anterior.

—Aubry Dubois.

—¡Aubry! Qué amable respondiendo a mi llamada. Soy Sissi… No cuelgues, por favor.

—¿Qué quieres? ¿Y de dónde has sacado mi número?

—Tenemos amigos comunes, me ha resultado fácil. Lo que quiero es disculparme contigo y con Valentina.

—Bien. Ya te has disculpado. Adiós.

—Espera… Tienes derecho a estar enfadado, lo comprendo. Fui muy desagradable con los dos y tu prometida no tiene la culpa de nuestra enemistad. Escucha, Aubry, voy a dar una fiesta para varios amigos, gente del mundo de las finanzas que además conoce el trabajo de Valentina. Puede ser una buena oportunidad para ella, quieren hacerle encargos. Y a ti también podría beneficiarte su experiencia. ¿Qué dices? ¿Enterramos el hacha de guerra? Ven, venid los dos. Este sábado a las ocho en el Ritz. Si me das tu dirección os enviaré las invitaciones.

—No me mandes nada, no iremos. Lo último que le apetecerá a Valentina es volver a coincidir contigo. Por no hablar de mí.

—Sería ridículo que no aprovechara una ocasión así por una desafortunada conversación de chicas. Voy a hacer una cosa: os dejaré las invitaciones en recepción a nombre del señor y la señora Dubois. Que venís, solo tendréis que recogerlas. Habladlo los dos. Hasta el sábado, os espero.

Y cortó la comunicación. Aubry quedó muy serio y pensativo. No se fiaba de Sissi, y le hacía desconfiar su tono amable y educado. Estuvo a punto de no decirle nada a Valentina, pero prefirió contárselo y dejar que ella decidiera. Volvió bastante cansada del estudio y apenas cenó.

—¿Ha pasado algo, Aubry? Te noto preocupado.

—Lo estoy, cariño. Mucho. No vas a imaginar quién me ha llamado –ella hizo un gesto de negación— Sissi en persona.

—¿Ella? ¿Para qué?

—Dijo que para disculparse. Además nos ha invitado a una fiesta con financieros interesados en tus cuadros, algo muy formal.

—¿Interesados en mis cuadros? ¿Podrían hacerme encargos?

—Tal vez, no lo sé.

—¿Tú irías, Aubry?

—Yo la ahogaría en el Sena sin el menor remordimiento. Pero si tú quieres probar suerte con esa gente te acompañaré, por supuesto. No haré nada que perjudique tu trabajo. Y si tengo que ser amable con esa zorra sin escrúpulos, lo seré.

—No puedo cargar con esa responsabilidad sobre mis hombros, tú eres lo primero en mi vida. No iremos.

—No te precipites. Cada vez estás más valorada y te conviene tener a esas personas de tu parte. ¡Al diablo! Iremos a esa fiesta.

—¿Estás seguro?

—Lo único que tengo seguro es que no interferiré en tu trabajo ni boicotearé tus oportunidades de ninguna forma.

A las ocho y media de la tarde recogieron sus invitaciones en la recepción del hotel. Sissi, con un discreto modelo blanco que no dejaba nada a la vista y calzando zapatos de tacón imposible, los recibió amable y ceremoniosamente. Dejó que Aubry besara su mano y besó a Valentina familiarmente en las mejillas. Los presentó a todos seria y comedida, una veintena de invitados entre hombres y mujeres muy bien vestidos, elogiando su trabajo y sus logros.

—Valentina, debo pedirte disculpas. Me porté horriblemente contigo y no lo mereces. Mi única excusa es que había bebido de más.

—Está bien, Sissi. Por mi parte estoy dispuesta a olvidarlo. Gracias por la invitación.

—Te van a adorar, ya lo verás. Te dejo en compañía de estas señoras que quieren conocerte mejor.

Eran mujeres muy cultas que le hicieron preguntas sobre su técnica. Valentina les habló de su estancia en Florencia y en Londres. Aubry hablaba con otro grupo un poco apartado de su prometida.

No había camareros, cada invitado se servía libremente los canapés fríos y las bebidas puestas a su disposición. Sissi se aproximó al grupo de Aubry con dos copas de champán.

—¿Me permites un minuto, Aubry? —se alejaron unos pasos. Él aceptó la copa que ella le tendía— Habéis sido muy amables viniendo. Dejemos a un lado los rencores, la vida es muy corta. Valentina está triunfando, supongo que estarás contento.

—Todo lo que es bueno para ella me llena de alegría.

—Os queréis mucho, ¿verdad?

—Más de lo que puedes imaginar o comprender.

—No seas malo, Aubry. ¿Te pasa algo?

—No sé, me siento mareado. Y apenas he bebido.

—Ven. Puedes descansar aquí, tranquilo. Le diré a Valentina que te encuentras algo indispuesto pero que no se alarme. Mejor si no aireamos tu malestar, le puede pasar a cualquiera.

Aubry se sentó en la enorme cama y se dejó caer hacia atrás tapándose los ojos. No se podía mover y todo giraba a su alrededor. Quedó inconsciente. Valentina se dio cuenta de repente de que no estaban en el salón ni Aubry ni Sissi. Se disculpó y fue al baño, donde solo encontró a una de las invitadas retocando su maquillaje. Cuando nadie estaba pendiente de ella abrió la puerta del dormitorio. Se le cortó la respiración. Aubry estaba tumbado mientras Sissi, con el vestido recogido hasta las caderas, gemía y se retorcía sobre él. Cerró la puerta sin poder articular una sola palabra. Ellos no repararon en su presencia. Se unió al grupo de mujeres y sonrió maquinalmente a los hombres que la hablaban.

—Debo marcharme ya, por favor despídanme de la anfitriona.

—¿Ha ocurrido algo?

—Un imprevisto, nada importante.

—¿Y su prometido?

—No es necesario molestarle, está ocupado.

—Querida, permítame poner a su disposición mi coche. El chófer la llevará donde indique.

—Gracias, se lo agradezco.

Cinco minutos después, Sissi reapareció disculpándose. Había sido consciente de la entrada de Valentina en la habitación y comprobó que, tal y como había calculado, se había marchado ya.

—¿Y la señorita Moreau?

—Se ha tenido que ir súbitamente.

—Oh, qué contratiempo. Pero estos artistas están siempre tan ocupados.

—¿Y el señor Dubois?

—Le he abierto la habitación porque ha sufrido una bajada de tensión, será el estrés de la boda. No tardará en unirse a nosotros, le he dado una chocolatina.

Aubry abrió los ojos y parpadeó. Le dolía la cabeza y se sentía confuso. Se vio tumbado sobre una cama inmensa en un lujoso dormitorio impregnado de perfume femenino. No sabía cuánto tiempo había dormido. Miró su reloj y vio que era casi medianoche. En el salón los últimos invitados se despedían.

—¿Se encuentra mejor, señor Dubois?

—Sí, gracias. Sissi, perdona, no sé cómo me he dormido.

—Te ha dado una bajada de tensión, nada grave.

—¿Y Valentina?

—Ha recibido una llamada y se ha ido. Le he dicho que no se preocupara por ti, que entre todos te cuidaríamos. El chófer de la señora de La Tour la ha llevado a casa.

—Gracias. Yo también me voy. Valentina estará preocupada.

***

Valentina no perdió el tiempo. Abrió el armario y comenzó a amontonar ropa dentro de la maleta. Se puso prendas cómodas, metió en el bolso la documentación y el pasaporte, comprobó su cartera, se quitó la medalla, el brazalete y el anillo de compromiso y los dejó sobre la mesa con el reloj, las llaves y las tarjetas de la cuenta común. Miró por última vez la buhardilla adornada con las fotos de Aubry y ella, y su antigua casa desde la ventana. Tras darle un beso a *Napoleón* bajó a la calle y llamó a un taxi. No sabía dónde ir, y titubeó cuando el taxista le preguntó. Le dio la dirección de Gilles, pidiendo interiormente que estuviera en casa.

—¿Valentina?

En pijama y descalzo, Gilles se quedó asombrado al verla cargada con equipaje.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto. Yo cojo la maleta. ¿Qué te ha pasado?

—Perdona que me presente así, Gilles. Supongo que ha sido una tontería, pero no sabía dónde ir y he pensado en ti.

—Has venido al lugar correcto. ¿Te apetece un café?

—¿Qué estás bebiendo tú?

—Un coñac.

—Ponme otro, por favor. Y enciéndeme un cigarro.

—Bien. Y ahora cuéntame. Te veo descompuesta.

—No quiero llorar, Gilles –pero estalló en lágrimas— He dejado a Aubry. Lo nuestro es imposible.

—Espera, me estás dejando en shock. ¿Cómo es eso de que has dejado a Aubry?

—Sissi nos ha invitado a una fiesta, ha sido culpa mía, él no quería ir. Pero nos pidió disculpas y yo acepté porque había gente interesada en mis cuadros. De repente han desaparecido los dos. Los he visto, Gilles. En el dormitorio, los dos juntos como si no hubiera nadie al otro lado de las paredes.

—¿Los dos juntos, dices?

—Follando como posesos.

—¡Cielo santo! No es posible. ¿Aubry y Sissi? ¿Contigo allí?

—¿Crees que a alguien como Sissi le puede importar quién esté presente? Ni a Aubry, visto lo visto. Conmigo allí, sin ningún respeto ni vergüenza. No sabes cómo me siento, Gilles. Pero qué idiota he sido, confiando en Aubry. No lo esperaba, la verdad. No lo entiendo. ¿Cómo he podido acostarme con alguien tan miserable? ¿Cómo no me di cuenta?

—Ven, tranquila, no llores –Gilles la abrazó suavemente— Yo tampoco lo entiendo, Valentina. Aunque follarse a Sissi no tiene mérito, Aubry te tiene a ti. Ningún hombre con sentido común se enredaría con Sissi teniéndote a ti. No puede ser. ¿Seguro que era él?

—¿Ahora no voy a conocerle? Claro que era él. Ellos dos eran los únicos que faltaban en la fiesta.

Valentina se secó los ojos en el pijama de Gilles. Él sonrió, pese a lo duro del momento. El abrazo se hizo un poco más apretado. Gilles apoyó los labios en el cabello de Valentina. Se imaginó besándola y acariciándola, dejando que sus manos cobraran vida sobre el cuerpo frágil que temblaba pegado al suyo. Suspiró. No eran espasmos apasionados los que la sacudían, sino de pena. Se apartó despacio esperando que ella no se hubiera percatado de cómo se había sentido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Si me dejas pasar la noche aquí, mañana me iré a Londres. Llamaré a Christine desde allí y después viajaré a Boston, mis tíos me ayudarán.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, cariño. Mi casa es la tuya para todo. No hagas nada antes de reflexionar.

—No. Quiero irme. Y no solo de París, de Francia. Necesito alejarme de todo lo que me lo

recuerde. ¿Me llevarás mañana al aeropuerto?

—Y al mismo Londres si quieres. Valentina, amor mío, cuánto lo siento. ¿Qué va a pasar ahora con la boda?

—Que se case con Sissi.

—¿Casarse con Sissi? –se echó a reír con fuerza— El que se case con Sissi será el hazmerreír de toda la sociedad. Y Aubry no es tan imbécil.

Valentina se terminó el coñac y pidió otro. Gilles se puso muy serio.

—Ni hablar. No voy a dejar que te emborraches. Tampoco te doy otro cigarrillo. Necesitas descansar, estás destrozada. Te voy a poner sábanas limpias y yo dormiré en el sofá. No te preocupes por nada. Cuando despiertes hablaremos con calma –se ocupó de prepararle la cama, le puso toallas en el baño y le dio una de sus camisetas para que durmiera cómoda –Cualquier cosa que necesites avísame. Duerme, cariño.

Comenzó a bajar la escalera cuando escuchó la voz de Valentina.

—Gilles… Hazme el amor…

Estuvo a punto de caerse. Respiró fuerte y volvió sobre sus pasos. Se arrodilló sobre la cama y cogió las manos de Valentina.

—No quieres eso, Valentina. Estás muy dolida y dispuesta a utilizarme para atenuar tu dolor. Y para mí resultaría muy sencillo dejarte mi cuerpo para consolarte. Mira, daría algo por llenarme la boca con tu dulzura, por entrar en tu cuerpo tantas veces que nos muriéramos y tú ya no pudieras contenerme dentro de ti. Daría algo por escucharte gemir de placer entre mis brazos. Pero después me odiarías, aunque no se enterara nadie y no lo mencionáramos nunca. Y no quiero perderte. Te quiero demasiado para arriesgarme. Duerme y descansa, amor mío. Mañana lo verás todo con más claridad y podrás decidir.

—Lo siento, Gilles. Qué vergüenza…

—No sabes lo conmovido que me siento, Valentina. Esto es lo más bonito que me ha pasado en mi vida –besó sus lágrimas y bajó. Pasó toda la noche despierto, fumando y mirando hacia el altillo donde dormía Valentina.

Le preparó un buen desayuno. Y como ella seguía decidida a marcharse a Londres, la llevó personalmente. Esperaron en la sala VIP hasta la salida del avión. Gilles la abrazó temblando y la besó en los labios. Consternado y apenado estaba a punto de marcharse cuando vio a Sissi. Le salió al paso.

—Mi querida Sissi, ¿qué haces aquí?

—¡Gilles! Mi marqués favorito. Vuelvo a casa, a Ginebra. Ya me he cansado de París. ¿Y tú?

—He venido a despedir a una buena amiga. ¿Tienes tiempo para un café? Estupendo. Creo que tú eres la responsable de ese viaje, querida mía.

—¿Valentina Moreau? ¿Se va de París? –rio despacio.

—Explícamelo, por favor. Detestas a Aubry Dubois y os ponéis a follar en tu fiesta y con su prometida allí. ¿Por qué? Oh, sí, Valentina me lo ha contado todo. Buscó refugio en mi casa, destrozada. Sois un par de miserables.

—Ay, Gilles. Ha sido una travesura de las mías, ya me conoces. Detesto a Aubry tanto como él a mí, no creí que cayera tan fácilmente. Ella sí, porque es una incauta. ¿Pero él? Su pintora le ha ablandado. Le puse algo en el champán y no se enteró de nada; sabía que ella entraría en la habitación y monté una comedia en cuanto la oí abriendo la puerta. En realidad no pasó nada, pero no se dio cuenta de que su amorcito estaba fuera de combate y se marchó de allí. ¿Y sabes lo más divertido de todo? Que el bueno de Aubry no sabe lo que ocurrió, no se acuerda de nada. Cree que le dio una especie de mareo y se durmió, sin más.

—Deja de reírte, joder, no tiene ni puta gracia. Se la has jugado a dos amigos míos solo para divertirte. Eres una mala persona, Sissi. Me das asco, te juro que me das náuseas.

—Vamos, no seas ordinario. Si resulta que te he servido a ese angelito en bandeja. A ti siempre te ha gustado, ¿no? Cuéntame cómo ha sido vuestra noche de lágrimas y consuelo.

—Escucha, eres una zorra, una mala puta. No le he tocado un hilo de la ropa a esa chica, que tiene más clase y más dignidad en su dedo meñique que tú en todo tu cuerpo. ¿Por qué odias a Valentina? Todo eso lo has hecho para herirla a ella.

—¿Por qué? –Sissi dejó de reírse, su mirada se impregnó de resentimiento— Esa estúpida con sus aires de Virgen María se cree mejor que yo y no es más que una estrecha aburrida. Yo soy una mujer poderosa y de éxito, quien se enfrenta a mí lo paga.

—Eso te da rabia, ¿verdad? Su limpieza de alma, que la amen por sí misma. Tú te has tirado a la mitad de los hombres de Europa y estás sola, te follan y se van. Eso no es poder, cariño. Hazme caso, Sissi: no vuelvas a París en mucho, muchísimo tiempo. Cuando Aubry se entere de lo que has hecho puede que te mate, y a lo mejor yo le ayudo a deshacerse de tu cuerpo. Se lo voy a contar todo, ¿comprendes lo que te digo? Y si no logra recuperar a Valentina es posible que haga un viajecito a Ginebra.

—¿Intentas asustarme?

—Deberías tener miedo, Sissi. Mejor vete también de Ginebra, desaparece un tiempo sin dejar dirección, ni siquiera me lo digas a mí no vaya a caer en la tentación. Créeme si te digo que Aubry sería capaz de matarte y que yo le aplaudiré. No mereces otra cosa. En mi vida había visto tanta maldad gratuita. Maldita seas, Sissi. No vuelvas a acercarte a mí.

***

—¡Valentina! ¡Valentina!

El gato abrió los ojos, dio una vuelta en la cesta y se volvió a dormir. No había rastro de Valentina. De pronto vio todo lo que ella había dejado sobre la mesa. Miró en el armario, prácticamente vacío de su ropa. También faltaba su maleta. Pero ni una nota explicativa. No eran horas para llamar a nadie. Salió a la calle y dio vueltas por todo Montmartre. Fue al estudio y no le abrieron la puerta. A las ocho de la mañana de aquel domingo telefoneó a Brigitte. Le respondió Edouard con voz somnolienta.

—¿Aubry? Tío, ¿te has caído de la cama?

—Necesito hablar con Brigitte ahora mismo.

—Está durmiendo. ¿No me lo puedes contar a mí?

—¿Dónde está Valentina?

—Aquí, no. ¿Qué ha pasado?

Escuchó otra voz y Brigitte se puso al teléfono.

—Aubry, ¿qué pasa con Valentina?

—No lo sé. No está en casa. Falta ropa y una maleta y entre otras cosas se ha dejado la medalla y el anillo de compromiso. Se ha ido. Y antes de que preguntes te diré que no le he hecho nada, no hemos discutido ni tenido malos rollos.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Ayer por la tarde. Todo iba bien, y cuando llegué anoche no estaba.

—¿Se ha dejado la medalla? ¿Y el anillo de compromiso? Eso es muy grave. No sé qué decirte. Si tenía previsto marcharse a mí no me lo contó. ¿La has llamado al móvil?

—Cien veces. Pero no responde aunque da señal.

—Valentina no es así, Aubry. Nunca desaparecería sin más. Siento no poder ayudar, no se me ocurre nada. Oye, tenme al corriente; y si se pone en contacto conmigo, te avisaré.

Aubry, desesperado, hizo un nuevo intento infructuoso en el estudio, volvió a su casa y se atareó con Napoleón. Estaba sin probar bocado desde la fiesta pero no podía comer. Llamó a Valérie a su piso y a casa de sus tíos. Finalmente logró hablar con ella después de dejarle varios mensajes de voz. No sabía nada ni había visto a Valentina. Estaba en Roma con unas amigas, prometió llamarle el lunes desde su despacho.

Valentina seguía sin responder a sus llamadas. Dio vueltas por la buhardilla al borde de un ataque de pánico. La siguiente llamada procedía de Gilles.

—Gilles, ahora no tengo tiempo. Valentina ha desaparecido.

—*Está en Londres. Ven al aeropuerto ahora mismo, Aubry. Coge dinero, tarjetas y pasaporte. Te lo explicaré todo cuando llegues. Date prisa.*

Aubry puso extra de comida y agua a *Napoleón* y volvió a llamar a Brigitte por el camino, encargándole que cuidara del animal.

—*¿Pero qué hace en Londres?*

—No lo sé. Me ha llamado Gilles, voy al aeropuerto. En cuanto sepa qué está pasando te llamaré.

Gilles le dio el billete que había comprado para él.

—Tu vuelo sale dentro de una hora. Ya he hablado con Valentina, estará en Heathrow esperándote. Aubry, tengo que contarte algo pero no te alteres por favor. Valentina se presentó anoche en mi casa con una maleta. Estaba destrozada por lo que había visto, o más bien creído ver. Tu mareo en la fiesta de Sissi fue provocado por ella, para dejarte inconsciente. Cuando oyó entrar a Valentina se puso encima de ti como si lo estuvierais pasando muy bien los dos. Una broma macabra y sin ninguna gracia. Sé lo que pasó de verdad por boca de la propia Sissi, a la que encontré aquí después de despedir a Valentina.

—¿Dónde está ahora Sissi, Gilles? ¿En Ginebra?

La mirada y el tono de voz de Aubry le provocaron frío a Gilles.

—No. No sé dónde iba, no me lo dijo. Es una impresentable y he renegado de ella como amiga.

—Entonces, Valentina creyó que me lo había montado con Sissi. Por eso se marchó.

—Así es. Pero en cuanto su avión aterrizó la llamé para contarle la verdad.

—¿Te ha creído?

—Espero que sí. Porque su siguiente plan era volar a Boston. Aubry, ahora no hay tiempo para maquinar venganzas ni maldecir a nadie. Coge ese avión y trae de vuelta a esa chica. Corre.

—Gilles, gracias. Llama a Brigitte, por favor, y tranquilízala. No te olvides de darle las llaves de casa para que cuide a *Napoleón*. Eres un buen amigo.

—Déjate de sentimentalismos, ya me besarás a la vuelta.

El vuelo de poco más de una hora se le hizo eterno. Le dolía la cabeza y el estómago y sudaba de angustia. Fue consciente de pronto del aspecto que debía tener, despeinado y vestido

de cualquier manera, sin afeitar. Avisaron de que el aparato estaba a punto de aterrizar. Un vuelo rutinario que podía cambiar su vida. Dependía de si Valentina creía o no en su inocencia. Tocó la medalla que llevaba al cuello y el anillo en el bolsillo interior de la trenka Si ella aceptaba volver a ponérselos, todo volvería a su cauce normal. Miró a un lado y a otro hasta divisarla, pálida y menuda, con huellas visibles de lágrimas y expresión dolorida.

—Valentina…

No se atrevió a abrazarla. Quedó muy cerca de ella mirando sus ojos llenos de pena.

—¿Qué quieres, Aubry?

—A ti, a mi mujer. He venido a buscarte. Y si te vas a Boston iré allí, o donde quiera que vayas. Nunca, nunca he hecho nada que te pueda herir. Desde que te encontré tú eres la única mujer que comparte mi vida y a la que amo. Solo existes tú, Valentina. Sin ti nada me merece la pena. No he estado con Sissi, nos tendió una trampa. Debes creerme. Amor mío, te he traído tu medalla y tu anillo. Deja que te los vuelva a poner y regresa conmigo a casa.

—Abrázame, Aubry.

Aubry se apresuró a abrazarla hasta que casi le cortó la respiración. Ella volvió a escuchar el latido doloroso y violento de su corazón.

—¿Me crees, Valentina? –le susurró—

—Sí, Aubry. Te creo. Llévame a casa. Estoy cansada. Lo siento. Lo siento tanto… He dudado de ti y de tu corazón generoso.

—Yo también lo siento, cariño. No puedo imaginarme tu decepción y lo que debiste sentir al ver aquella repugnante escena.

—Aubry…

—Dime.

—No hagas nada contra Sissi, no te emponzoñes con ella, no merece la pena. Intentó separarnos pero no lo ha logrado. Tanta maldad estéril es aterradora, pero no dejemos que nos destruya. Prométemelo, Aubry. Por favor.

Él tardó mucho tiempo en contestar. La sentía temblar en su abrazo y sus lágrimas le mojaban el cuello.

—Te lo prometo –dijo finalmente— Para mí es más importante que tú estés en paz que vengarme de ella. Algún día encontrará la horma de su zapato, pero te prometo que no seré yo. No llores. Todo está bien. Gilles se ha portado como un buen amigo, gracias a él estoy aquí.

—Ha sido muy gentil. Aubry, me fui a su casa y no a la de Brigitte.

—Lo sé. Y también sé que es lo bastante honesto como para no intentar sacar provecho de

tu situación desesperada.

—Aubry, ¿y si yo … yo…?

—Calla, calla. No te ofendas a ti misma. Estás en mis brazos y eso es lo único que importa. Vamos a sacar los billetes para el próximo avión a París.

-15-

Aubry miró de soslayo a Gilles y disimuló una sonrisa. Efectivamente estaban en un palco, muy bien vestidos cada uno en su estilo, pero no de etiqueta. Gilles con su elegancia cuidadosamente descuidada, Edouard con pantalón y chaqueta de terciopelo negro y camisa blanca de estilo dieciochesco, Aubry también de negro. El actor se había puesto maquillaje base y perfilado los ojos. En el escenario se representaba la ópera de Wagner *El oro del Rhin*, una puesta en escena magnífica con voces que parecían sobrenaturales. Edouard disfrutaba del espectáculo, encantado con la elección de la obra. Gilles le había jurado a Aubry odio eterno y venganza. No le aplacaron ni el champán ni los exquisitos canapés. Cuando terminó la representación con el teatro viniéndose abajo de los aplausos, Gilles soltó a media voz una selecta retahíla de palabrotas con su mejor entonación.

—Gilles—Philippe—Auguste—Marie de Beaumont, ¿dónde has aprendido semejantes expresiones?

—En el internado, aunque no lo creas. Aubry, en serio, ¿a esto lo llamas una despedida de soltero? Ahogarme en el río hubiera sido más piadoso. Edouard tú ni hables, traidor.

Edouard se echó a reír. Estaban los tres en la puerta del teatro esperando el coche de Gilles.

—Debería dejaros a los dos aquí y marcharme solo. ¿Y ahora dónde vamos? ¿Que otro suplicio tienes preparado?

—Gilles, creía que tu odio a Wagner era una pose, de verdad. ¿No es mejor esto que cualquier vulgaridad al uso? ¿Qué hubieras organizado tú?

—No puedo pensar, tengo la cabeza como un tambor. Pero desde luego no hubiera intentado asesinar a mis amigos a golpe de gritos por muy operísticos que fueran. Necesito emborracharme urgentemente. Aubry, Edouard, ni media palabra. Es mi coche, es mi chófer y nos llevará donde yo le diga. Al primero que hable le tiro fuera de una patada.

Sus carcajadas retumbaban cuando subieron al vehículo de alta gama. Seguían riéndose porque Gilles no dejaba de despotricar. Terminaron en una sala de fiesta que se había puesto de moda, ruidosa y llena de gente dispuesta a divertirse. A Aubry le desconcertaron el ruido y las luces. Bebió con precaución mientras Gilles y Edouard se descontrolaban. Estaba bastante sobrio cuando los ayudó a subir al coche. El chófer dejó primero a Edouard, al que Aubry entró en casa casi a la rastra para que no se cayera al agua. Le dio las gracias al chófer cuando le dejó en su puerta, y el hombre se llevó a Gilles dormido como un tronco.

Valentina aún no había vuelto. Aubry miró la hora, alarmado. Eran casi las seis de la mañana. Se desnudó, se duchó, y en chándal se preparó un sandwich y un café, no sin antes beber agua como un desesperado. Estuvo a punto de llamarla al móvil pero se contuvo. Valentina no estaba sola, y probablemente agotarían su fiesta hasta el desayuno. Se preguntó dónde habrían

ido. Estaba preparando más café cuando la puerta se abrió sigilosamente y Valentina entró de puntillas con los zapatos en la mano. Aubry contuvo la risa, parecía una adolescente llegando en secreto a casa a deshoras. Iba bastante despeluchada y su maquillaje necesitaba un retoque. Se quitó el abrigo, la banda roja y la corona de novia y se dirigió directamente al grifo de la cocina sin reparar en Aubry.

—¿De dónde viene mi niña traviesa?

—¡Aubry! Cariño, no te había visto. Deja que beba y te lo cuento.

Él le llenó un vaso que Valentina se acabó de un tirón, y le preparó otro.

—Ayúdame a quitarme la ropa. Me molesta todo –bostezó disimuladamente— Ha sido una noche muy larga.

Aubry le sacó el vestido por la cabeza, un modelo de falda corta y airosa, sin mangas, de color dorado, y las medias de seda negra procurando no romperlas. Soltó los corchetes del bralette negro de encaje y por último la despojó del culotte. Terminó de deshacerle el moño. Estaba desnuda en sus brazos, medio adormilada, y se le fueron las manos y los labios sobre su cuerpo esbelto y suave que olía a perfume, a tabaco, a champán y a licor dulce. Se preguntó cuánto habría bebido. Valentina suspiró y se movió en su abrazo. Le hizo el amor muy despacio hasta que ella se durmió después del estallido de placer.

Valentina durmió como si estuviera narcotizada. Aubry recogió la ropa y las horquillas desperdigadas por el suelo, miró divertido la banda que le habían colocado sobre el vestido con las palabras «Novia del Año» en letras doradas y la corona de brillantes falsos. Parecía que las chicas lo habían pasado bien, probablemente mejor que ellos. Se preguntó de qué otra forma hubiera podido organizar su noche. Una representación de ópera no estaba tan mal. No se imaginaba gritando y bailoteando con una bailarina que había salido de una tarta, o algo así, o sometido a alguna broma pesada mientras estaba borracho y medio inconsciente. Rio pensando en Gilles. Que se desmandara por su cuenta cuando le apeteciera, él ya no tenía edad ni ánimo para gamberradas pre—nupciales; bueno, tal vez edad sí, treinta y seis años no eran el fin del mundo ni siquiera para un hombre como él que había vivido con tanta dureza, pero el ánimo le fallaba. Cuando se casara Gilles que preparara lo que quisiera. Con él no sería una sesión culta lo que le tocaría aguantar. El pintor era muy capaz de coger a todos sus amigos y llevárselos a Nueva York o a Las Vegas. A las cuatro de la tarde Valentina comenzó a dar señales de vida.

—Amor, ¿sigues en este mundo? ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Sí y sí. Me duele la cabeza.

—Tienes resaca. Ve a la ducha y despéjate mientras yo te preparo un zumo, café muy cargado y algo de comer.

—No quiero nada.

—Por cierto que sí comerás. Venga, a la ducha.

Escuchó un pequeño grito y se precipitó al baño.

—¿Qué te pasa?

—Qué cara llevo, parezco una muerta. Y el maquillaje hecho trizas, se me olvidó quitármelo.

—La cara de una novia con resaca que se lo pasó muy bien. Estoy deseando escuchar tus aventuras.

Mientras se bebía el zumo Aubry le preparó café, tostadas y huevos revueltos que la obligó a comer.

—Ahora cuéntame.

—Tú primero.

—Los llevé a la ópera, como ya sabes. Edouard y yo disfrutamos y Gilles se quedó con ganas de matarme con sus propias manos. Después acabamos en una sala de fiestas y ellos se volvieron locos mientras yo aguantaba el tipo con un whisky, o tal vez alguno más.

—¿Bebieron mucho?

—¿Ellos? Ni te imaginas. Acabaron borrachos como cubas.

—¿Y? ¿Qué más?

—Lo que pasó allí se quedó allí, cariño. Te contaré lo mío, no lo de ellos. Y lo mío fue una especie de resignación, beber más de lo que me apetecía, y reírme de lo que decían porque a medida que pasaba el tiempo se ponían más divertidos.

—Nosotras fuimos a una discoteca. No, espera, por orden. Primero fuimos a cenar y las chicas me pusieron la banda y me coronaron. Todos los que había allí aplaudieron y unos chicos muy guapos nos invitaron a champán. Después fuimos a tomar algo a un sitio precioso con música en vivo, luego a una discoteca y a un pub irlandés. Bebimos, bailamos, nos reímos, y terminamos bailando encima de la barra.

—¿En serio?

—Fue increíble. Vimos otra novia y nos fuimos de juerga con su novio y unos amigos, muy simpáticos todos. Eran los mismos que nos invitaron a champán.

—Me alegro de que te divirtieras. Menuda noche. ¿Recuerdas lo que pasó esta mañana?

—¿Cuándo?

—Oh, no te acuerdas de la bienvenida que te di.

—Sí… Guardo cierto recuerdo de un chico guapísimo y apasionado. ¿Eras tú?

Rieron los dos. Aubry le revolvió el pelo todavía mojado.

—Eres mala. Pero te adoro.

***

Valentina, Brigitte y Valérie se encontraron en la puerta del restaurante. Un local pequeño y con aire vintage, muy bonito, no demasiado conocido pero con menús interesantes. Valentina lo había escogido por sus características. Les recogieron los abrigos y las acompañaron a la mesa reservada. Valentina llevaba un vestido dorado de falda corta, medias de seda negra y zapatos planos cerrados, también de color negro, el clutch era dorado. No llevaba más joyas que los regalos de Aubry. Valérie con pantalón de terciopelo negro y jersey violeta bordado en pedrería, Brigitte con vestido largo estampado en varios verdes. Las dos también con calzado plano y cómodo.

—Espera, Valentina. Antes de sentarnos tenemos que hacerte los honores —desplegaron una banda de color rojo y se la colocaron entre risas.

—¿Me estáis nombrando alcaldesa de París?

—No. Novia del Año.

Efectivamente, en letras doradas se leía «Novia del Año.» A continuación le colocaron en la cabeza una diadema de brillantes falso y aplaudieron. Habían llamado la atención del resto de clientes, que también aplaudieron y les dedicaron simpáticas sonrisas. Valentina, superando su timidez, hizo una reverencia. Valérie hizo fotos de la novia y pidió a un camarero que las fotografiara a las tres juntas.

—No esperaba que me coronarais, chicas.

—Eres la reina de la noche.

Habían pedido el postre cuando el camarero les llevó una botella de champán.

—Con los saludos de los caballeros de esa mesa.

Ellas miraron y tres hombres jóvenes les sonrieron. Valentina se lo agradeció con un gesto.

—No sé si deberíamos aceptar –Valérie se mostraba muy cauta— no los conocemos.

—¿Y qué hacemos? ¿Los invitamos a nuestra mesa?

—No, eso no. No vayamos a enviar señales equivocadas. Nos bebemos el champán y ya.

—Son muy guapos –comentó Brigitte.

—Como si son el Príncipe Azul y su séquito. Deja de mirarlos ya, por favor –Valentina rio al ver que Valérie empezaba a ponerse nerviosa.

Al marcharse pasaron por su lado y les hicieron un saludo con la cabeza. Valentina les susurró: «gracias.» Los chicos dijeron adiós con la mano y uno de ellos le lanzó un beso con las puntas de los dedos.

—Siguiente parada, un pub que me ha recomendado Brigitte. Mira que nos fiamos de ti.

—Os va a encantar. Hay música en vivo.

El cantante se acompañaba de un piano y entonaba viejas canciones de amor. Pidieron licores y se sentaron cerca del escenario. El intérprete se fijó en ellas y comprendió que era una despedida de soltera. Al acabar el tema se levantó y convocó a Valentina para que subiera al escenario dándole la mano, que besó. Ella se apoyó en el piano y él comenzó a tocar y a cantar: *ne me quitte pas…* Valérie hizo fotos. Cuando terminó, volvió a besar la mano de Valentina y le regaló una rosa del ramo que adornaba el escenario. Más fotos. La chica estaba emocionada. Pidieron otra ronda de bebidas, y cuando terminó la música se marcharon.

—Después de esto no puede haber nada mejor.

—Una discoteca, así nos quitamos un poco la melancolía de esas canciones tristes.

Era un local con decoración ultra moderna y la música más reciente y popular. Se encontraron con otra novia y su séquito, aunque más abundante porque seis chicas acompañaban a la futura esposa, que llevaba un velo prendido en la corona. Los dos grupos se miraron y sonrieron. La novia que ya estaba allí y sus amigas, bastante achispadas, les hicieron señas para que se unieran a ellas. Valérie sugirió que fueran a la zona exclusiva, ella tenía pase y podía llevar a sus propios invitados. Valentina pidió champán para todas. Hubo más sesiones de fotos. Bailaron como locas riéndose a carcajadas. Al salir en torno a las tres de la madrugada se encontraron con los mismos chicos que las habían invitado en el restaurante. Se reconocieron en el acto y ellos se acercaron amistosamente.

—Mi novia está con sus amigas, nos casamos dentro de dos días— dijo el que las había despedido con los besos al aire— A lo mejor la habéis visto.

—¿Babette? ¿Una pelirroja muy guapa con un velo en la cabeza?

—La misma. ¿Así que lleva un velo? –se echó a reír.

—Está ahí dentro –Valentina señaló hacia la discoteca— Nos lo hemos pasado muy bien todas. ¿Tú no celebras nada?

—Mañana por la noche la liaremos –respondió uno de los amigos del novio.

—Será mejor que nos alejemos de aquí, si Babette sale y me ve se enfadará creyendo que la

estoy siguiendo. ¿Dónde vais vosotras?

—Me han hablado de un pub en la zona de la Bastilla que está muy bien.

—Se me ocurre algo. Venid con nosotros, conocemos un garito irlandés que parece de película, tienen buena cerveza y buena música.

Terminaron cantando y bailando encima de la barra. Valérie cantó *Molly Malone* dejando a todos admirados. Brigitte resbaló y estuvo a punto de caerse, pero manos diligentes la cogieron al vuelo y la dejaron en el suelo. A las seis de la madrugada ya no podían más. Valérie llamó para que fueran a recogerlas, se hicieron las últimas fotografías todos juntos y se despidieron.

Valentina le fue haciendo el relato de la noche a Aubry a medida que se iba reponiendo.

—Me hubiera gustado verte bailando encima de la barra. No te imagino.

—Hay fotos y muchos testigos.

—Eres una caja de sorpresas, corazón mío.

—No sé si tendré más ocasiones de hacer pequeñas locuras.

—Haremos otras. ¿Te vuelves a dormir?

—¿Yo? No.

Aubry rió despacio cuando se le cerraron los ojos. La tumbó del todo en el sofá y la tapó con una pequeña manta de cahsmir. *Napoleón* se enroscó encima de ella y ronroneó.

TERCERA PARTE:
LA BODA

To be with you, there's nothing that I wouldn't do

(*To be with you,* Jamie O'Neal*)*

-1-

Valentina llegó al aeropuerto Charles De Gaulle a tiempo para recibir a Christine. Se abrazaron como si hiciera años que no se veían.

—Mamá, qué alegría. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Muy bien, cariño. Recibí el billete y aquí me tienes, loca de alegría. Estoy deseando conocer a tu novio. No me has mandado ni una foto suya.

—Quería que lo vieras en persona, igual que mis tíos. Vamos a tomar un café mientras esperamos.

—Ha sido muy amable ocupándose de todo.

—Es un hombre amable y considerado. Todo le parece poco para mí. Estoy muy emocionada, mamá. Lo que comenzó con tanto dolor va a culminar con nuestra boda, y vosotros estaréis presentes.

—No llores, Valentina. Ahora empiezas otra vida y será tan buena como te mereces. ¿Qué opinan tus amigos?

—Se alegran mucho por mí. Aunque Gilles y él al principio chocaron, han aprendido a apreciarse. Brigitte dice que Aubry es su cuñado, imagínate. Mamá, que tú nos regales los anillos me emociona mucho.

—Me pareció el mejor regalo de una madre a su hija. A mí también me emociona mucho —Christine se secó los ojos con un pañuelo— Voy a echar de menos más que nunca a Valentin ese día. Se sentiría muy dichoso viéndote vestida de novia.

—Mamá, no llores. Yo también le echaré de menos. Por desgracia se marchó poco después de llegar yo, pero fue un padre maravilloso y comprensivo. Me siento muy honrada de llevar su nombre.

Puntualmente, el avión procedente de Boston aterrizó sin problema. Andrew con su esposa Alison y Peter estaban expectantes. Valentina corrió a sus brazos.

—¡Tío Andrew! ¡Tío Peter!

Los tres se fundieron en un inmenso abrazo, Andrew la levantó en sus brazos. Después se abrazó a Alison, y Christine se unió. Formaron un núcleo compacto que reía y lloraba a la vez.

—Por fin estáis aquí. Cuánto deseaba teneros a todos juntos. Estaréis muy cansados.

—Hemos dormido durante el viaje y nos han atendido muy bien. Aubry nos reservó pasajes

en primera y no podríamos haber estado más cómodos. Eso sí, andamos un poco confundidos con la hora.

—Aún no son las tres de la tarde.

—Casi las nueve de la mañana en Boston.

—Tendréis hambre, imagino.

—Hemos almorzado en el avión.

—Vamos al hotel, os ducháis y descansáis un poco y os presento oficialmente a mi prometido. Tenemos una limusina esperando.

—Aún no puedo creerlo –Peter se mostraba perplejo— El tipo que me amenazó si le grababa es el mismo que se va a casar contigo.

—Aubry Dubois, sí.

—¿Ya se llamaba así entonces?

—No. Pero ese es su nombre oficial y legal. Está muy nervioso. No le juzguéis por favor, miradle como a un hombre normal. Solo tenéis un mal recuerdo de él, pero no le conocéis.

—Es una historia tan sorprendente… —Alison miró a su marido— ¿Darás la noticia en tu canal?

—No. Valentina me ha pedido que respetemos su intimidad.

—Tía Alison, no quiero que la historia trascienda. Pertenece al pasado. No somos material de noticiario televisivo ni de la prensa. De hecho, esta boda se va a celebrar sin ningún tipo de publicidad. Aparte de vosotros no quiero periodistas rodeando el hotel, y Aubry tampoco. Dos de mis invitados pertenecen a la alta sociedad parisina y tampoco han dicho nada. Va a ser una boda privada como miles de otras. Sería muy desagradable que la curiosidad se cebara en nosotros como matrimonio, o cualquier tipo de publicidad al margen de mi vida profesional. Valentina Moreau puede atender a la prensa; la señora Dubois, no.

—Entiendo que esto es más por él que por ti, para protegerle de preguntas indiscretas.

—Se llama Aubry, tío Peter. Y por supuesto que quiero protegerle de la curiosidad insana, no quiero a nadie preguntándose quién es y de dónde ha salido Aubry Dubois ni hurgando en su pasado. Te noto muy hostil, y eso me duele.

—No, cariño, perdona. No era mi intención parecer agresivo.

—Peter –Christine se puso muy seria— Deja ya ese tono, aquel momento y lugar no eran los mejores para nadie. Dale un voto de confianza al futuro marido de la niña. No la agobies.

—Por supuesto. Lo siento.

—Aubry está muy contento con vuestro regalo, por cierto. Y yo también, ha sido un detalle precioso. Aunque el mejor regalo sois vosotros cuatro acompañándome.

—No sabíamos qué regalarte y se nos ocurrió entre los tres. Bueno, fue más idea de Alison.

—Es un regalo maravilloso.

—Qué lejos está el hotel.

—En Versalles. Es un palacio reconvertido.

—Creí que nos alojábamos en París.

—Tía Alison, si es por ver la ciudad no te preocupes. Mañana mismo te llevaremos a ver la Torre Eiffel.

—Es mi primer vuelo a Europa. Paul te envía sus saludos y su enhorabuena.

—Qué atento es. ¿Sigue trabajando en esa empresa de telecomunicaciones?

—Y con muy buenas perspectivas.

—Se lo merece. Es un buen chico.

No volvieron a hablar del hijo de Andrew ni de la relación frustrada con Valentina. Miraron por la ventanilla haciendo comentarios acerca del paisaje. Los estaban esperando. Se registraron en recepción y los acompañaron a sus respectivas habitaciones, contiguas.

—Si os va bien, antes de la cena podemos quedar en la cafetería y hacemos las presentaciones.

—¿Dónde está Aubry ahora?

—En su habitación, preparándose. Si necesitáis algo no tenéis más que pedirlo. Os dejo descansar –abrazó y besó a todos y se marchó.

Valentina entró en la habitación de Aubry, que acababa de darse una ducha y se iba a vestir. Se había envuelto una inmensa toalla en la cintura y le goteaba el pelo.

—Amor, ya has llegado. ¿Están todos bien?

—Bien y contentos. Me voy a duchar yo también y a cambiarme de ropa. ¿Qué te vas a poner?

Se lo enseñó: traje y jersey de punto fino con cuello redondo, todo en color negro.

—Perfecto. Es una cena informal nosotros solos. Yo también me pondré un vestido negro y el chal de flores rojas que me regaló Brigitte. Enseguida vuelvo.

Cuando Valentina fue a recogerle, Aubry estaba muy serio y pensativo.

—Me siento muy extraño, cariño. No sé qué decirles. Imagina, yo soy el tipo que pudo haberlos matado.

—Olvida eso, amor mío. Fue en otra vida. Ellos tampoco saben qué decirte, pero no tardarán en coserte a preguntas. Por cierto, te dejaré con ellos y me iré al bar.

—¿No te quedarás conmigo?

—En este primer encuentro, no. Creo que es mejor que estéis solos. Alison tampoco se quedará.

—¿Y Christine?

—Ella sí, claro. Christine, Andrew y Peter son lo que ocurrió después de ti.

La cafetería estaba prácticamente desierta. Valentina y Aubry se acercaron a la mesa donde los cuatro hablaban tomando una copa de vino rosado. Se los quedaron mirando sin pestañear, especialmente a Aubry. Alison abrió la boca. Vieron ante ellos a un hombre joven de metro noventa y ochenta y tres kilos de peso bien musculado, muy serio, de cabello rubio claro que le rozaba el cuello y grandes ojos azules, impecablemente vestido y calzado. A su lado, Valentina parecía una muñeca frágil.

—Mamá, tio Andrew, tío Peter, tía Alison, quiero que conozcáis a alguien. Mi prometido, Aubry Dubois.

Aubry hizo una inclinación de cabeza a los hombres, que se habían puesto en pie, y besó la mano de las mujeres. Peter cogió su copa y bebió un trago. Le temblaban las manos. Aquellos ojos eran los mismos que brillaban como brasas por la abertura del pasamontañas.

—Sentaos, por favor.

Le obedecieron. Él tomó asiento entre su prometida y Christine. Se creyó obligado a hablar el primero.

—Os agradezco vuestra presencia aquí. Es muy importante para Valentina.

—Nosotros te agradecemos todos los detalles, Aubry. Has sido realmente amable.

—Sois su familia. Era lo menos que podía hacer.

—Tu voz. Es la misma. La hubiera reconocido entre mil. Y tus ojos.

—Yo en cambio apenas recordaba vuestras caras, ya me disculparéis. Pero estoy en deuda con vosotros, con la señora Moreau y vosotros dos.

—Christine. Llámame Christine.

Hablaban quedamente en inglés. Aubry pidió también vino rosado para él y Valentina.

—Alison, ¿tú conoces la historia? ¿Te contó algo tu marido?

—Por supuesto. Sé quién eres.

—Tía Alison, ¿me acompañas al bar? Creo que deberíamos dejarlos solos.

—No hace falta que os vayáis, cariño.

—Sí, prefiero que estéis solos para que habléis. Vamos, tía Alison.

—Bien –dijo Aubry al quedar solo con los tres— Estoy a vuestra disposición. Preguntad lo que queráis.

—¿Qué demonios hacías allí, para empezar?

—Cumplir un contrato. No os voy a decir para quién ni en qué condiciones, ni el objetivo asignado; la gente que se puso en contacto conmigo eran intermediarios, y no nos vimos las caras. La discreción y el secreto son vitales y no me apetece ni me conviene remover un avispero. Aquel tipo que era yo entonces cumplió varios contratos más y desapareció del mapa después de hacer su trabajo. Con el nombre de Aubry Dubois me alisté en la Legión Extranjera. Una herida grave me obligó a retirarme a la vida civil.

—¿Cómo saliste de Sarajevo?

—Tenía varios puntos de evacuación seguros, lo complicado era llegar hasta cualquiera de ellos. De los cinco hombres que me acompañaban solo uno logró salir conmigo. Los dos estábamos heridos. Él regresó a su casa, donde quiera que estuviese. Yo me ocupé de que las familias de los fallecidos recibieran su parte. Cuando finalicé mis compromisos me fui a los Países Bajos, y de allí a Bélgica para pasar a Francia y alistarme en un ejército legal. De no haber resultado gravemente herido probablemente seguiría allí, no lo sé. Estuve cinco años de servicio sin ningún escándalo, cumpliendo las normas y con mi deber. Me gané la ciudadanía francesa. Vine a París, trabajé normalmente; hice inversiones oportunas muy bien aconsejado, por lo demás. Casi se me paró el corazón cuando vi lo que había ganado. Pero como voy de navegación silenciosa no se ha enterado nadie, no he dado pie para ninguna publicidad. En todo caso desde que llegué a París he vivido lo más en paz posible sin meterme con nadie. Pago mis impuestos religiosamente, no tengo deudas y estoy limpio.

—¿Eres consciente de lo aterrador que resultabas, del miedo que dabas?

—De eso se trataba –Aubry sacó el paquete de cigarrillos e invitó a fumar a todos— Peter, soy consciente de que a ti te di mucho miedo.

—Joder, casi me lo hice encima. Mira, estoy aquí contigo y no puedo evitar temblar.

—No tienes ningún motivo para asustarte de mí, ninguno de los tres lo tenéis. Sé qué

aspecto tenía, era tan letal como parecía. Y te confirmo que si no os hubierais llevado a aquella chica os hubiera matado a los dos allí mismo. Yo no personalmente porque la llevaba en brazos, mis hombres os hubieran frito sin pestañear. Pero fuisteis sensatos y os hicisteis cargo de ella. Y os lo agradeceré eternamente.

—Dices que nos hubieras matado tan tranquilo.

—Entonces, desde luego. Para mí lo primordial era la seguridad de aquella chica. Yo no podía hacerme cargo de ella, obviamente. Encontraros fue providencial, dos periodistas extranjeros la podían poner a salvo. Pero han pasado ocho años y estáis hablando con Aubry Dubois, ni soy agresivo ni voy a serlo con vosotros, con vosotros menos que con nadie, sois la familia de Valentina. Los tiempos y las circunstancias han cambiado, afortunadamente.

—¿Sabes que lo primero que hizo Valentina nada más rehacerse fue preguntar por ti?

—¿Eso hizo? –Aubry miró a Christine y se le humedecieron los ojos— Yo pasé toda la noche pensando en ella, en si aquellos periodistas habían conseguido llevarla a un lugar seguro o habían muerto los tres.

—Pasó muchas horas sin reaccionar y sin hablar. No sabíamos si la habían violado, porque llevaba las bragas desgarradas.

—Yo no la toqué –Aubry había enrojecido— Le puse la ropa lo mejor que pude después de ocuparme del otro, el que estaba a punto de violarla.

—¿Le mataste?

—Digamos que sí –inspiró fuerte— Se murió, claro –los tres se miraron entre ellos pero no se atrevieron a preguntar.

—Llamamos a Christine porque no sabíamos qué hacer con una niña medio enloquecida, necesitábamos que una mujer tomara las riendas de la situación.

—Sabemos que no le hiciste nada, Aubry –Christine le sonrió— El médico que la examinó nos aseguró que seguía siendo virgen, no tenía signos de violencia sexual. Para ella era muy importante.

—Lo sé. Y puedo certificaros que nadie abusó de ella allí porque llegué a tiempo de impedirlo.

—¿Qué te impidió hacerlo tú mismo? ¿Eras el buen samaritano?

—¿Yo, bueno? Estás de broma, Peter. Yo era tan hijo de puta como el resto, lo único que me diferenciaba de ellos es que no masacraba a gente indefensa. Hay cosas que ni he hecho ni haré nunca. Llámalo conciencia, escrúpulos, o como te dé la gana. He pasado demasiado tiempo mal durmiendo a base de tranquilizantes y alcohol, no quiero imaginar lo que hubiera sido de mí si se me hubiera ocurrido violar y asesinar a mujeres indefensas, o a niños. No deseaba vivir con semejante carga. Mira, Peter, allí, en aquel horror y sin saber cómo, Valentina y yo nos

enamoramos uno del otro. Me da igual que no lo creáis. No ha habido un segundo de mi vida en que no pensara en ella, deseando que estuviera viva y bien. Cuando la descubrí al otro lado de mi calle, enfrente de mi ventana, no di crédito. Y para alguien que no cree en los milagros, que ella me recordara y me quisiera ha sido el mayor milagro del universo. Sé que la queréis, habéis cuidado de ella con abnegación y amor. Y tú, Christine, la adoptaste legalmente convirtiéndola en tu hija. Ella me contó el por qué de su nombre. Todo lo bueno que habéis hecho por ella me deja en deuda con vosotros. Aunque me odiarais por mis acciones pasadas, seguiría sintiendo agradecimiento porque la habéis protegido y amado. No sé qué más queréis que os diga excepto que la amo por encima de todo.

Andrew suspiró y miró a Peter, que no apartaba los ojos de Aubry. Christine carraspeó para aclararse la voz.

—Esto no es un tribunal ni nosotros jueces, Aubry. Has sido muy sincero y honesto, no se te podría pedir más.

—¿Te apetece más vino, Aubry? Bebamos distendidamente antes de ir a buscar a las chicas. Por cierto, me has dejado sin nuera –Andrew sonreía— Hubo un tiempo en que soñé con que mi hijo Paul y Valentina se casaran. Pero ella tenía el corazón en otro sitio. No se puede luchar contra el corazón.

***

Valentina y Alison estaban sentadas a una mesa en el bar del hotel. Les habían servido otra copa de vino rosado y ligero. Sonaba una agradable música ambiental, y una docena de clientes hablaban y bebían.

—Discúlpenme, señoras –el hombre bien vestido miraba a Valentina— ¿No es usted Valentina Moreau?

—Sí, soy yo.

—Quería felicitarla por su trabajo y decirle que sus cuadros me entusiasman. ¿Podría invitarlas a mi mesa?

—Gracias, pero no podemos aceptar. Estamos esperando a otras personas.

—Comprendo. Perdonen la molestia, señoras. Y enhorabuena de nuevo por su trabajo, señorita Moreau.

—¿Qué quería?

—Me ha reconocido y ha venido a saludarme. Nos invitaba a su mesa. He declinado la invitación.

—Naturalmente. Y ahora cuéntame todo sobre él.

—¿Él? ¿Aubry? Ya lo sabes, tía Alison. Estamos enamorados y nos vamos a casar. Lo que pasó antes de Francia te lo contó Andrew, y supongo que también Christine.

—No esperaba que fuera un hombre tan atractivo. Bueno, es guapísimo.

—Lo es. Le estuve viendo mucho tiempo desde la ventana y le tuve miedo, creí que era un acosador.

—¿No te acosó nunca?

—Jamás. Le costó darse a conocer, no sabía cómo hacerlo sin alterarme. Le preocupaba mi reacción. Pero el reconocimiento fue mutuo, nunca olvidé sus ojos ni él mi cara.

—¿Y os lleváis bien? ¿No discutís?

—Nuestra relación es muy buena. ¿Discutir? No, aunque a veces sí tenemos diferencia de opinión. Es normal porque antes de vivir juntos éramos muy independientes. Tuvimos que adaptarnos el uno al otro.

—Permíteme una pregunta un poco atrevida –Alison rio, ruborizada— ¿Cómo se porta en la cama?

—¡Oh! –Valentina también rio— Pues no hay nada que objetar en ese aspecto. ¿Y Andrew, qué tal?

—Bueno, va camino de los cincuenta y cinco y esas cosas van perdiendo importancia con los años, supongo. Aunque nos queremos como siempre. Nos hicimos novios en el instituto y hasta hoy.

—¿Y entraba por tu ventana durante la noche?

—No, qué va. Yo era muy conservadora, aún lo sigo siendo. Si se lo hubiera permitido, no se lo hubiera pensado dos veces pese a que le tenía un poco de miedo a mi padre.

—¿Y eso? ¿Era un ogro?

—Policía.

—Yo era muy conservadora también –logró decir Valentina entre risas— No. Soy muy conservadora. De no haber encontrado a Aubry no creo que me hubiera apetecido mantener relaciones con nadie. Y si desapareciera de mi vida sé que no volvería a haber otro hombre. Me fui a vivir con él porque es él. Solo porque es él.

—¿Cómo es posible que le quieras tanto, Valentina?

La pintora quedó pensativa un momento.

—Es difícil de explicar.

—De todas formas lo que me sorprende es que él te ame. No porque seas tú. Que sea capaz de amar a alguien.

—Es un ser humano. Tiene los mismos sentimientos que el resto. Ha estado muy bloqueado en el terreno emocional pero es un ser humano que siente y padece. Y yo le amo. Me da igual que no me comprendan –estaba a punto de llorar— Sé lo que hizo. Me lo contó todo sin justificarse, se quedó desnudo ante mí, se abrió en canal. ¿Por qué no voy a amarle, Alison? –la estadounidense pareció afectada porque no la llamó «tía», como de costumbre— Le di mi corazón en aquellas ruinas de Sarajevo y he tenido la inmensa suerte de encontrarle. Amo cada fibra de su ser, cada una de sus terribles cicatrices, cada lágrima. Amo su cuerpo y amo su alma, aunque él diga que no tiene alma. Y si no sois capaces de entenderlo es que no tenéis corazón.

—Valentina, no llores. No me malinterpretes. Si tú eres feliz nosotros somos felices también.

Valentina se secó los ojos con los dedos y se terminó el vino.

—¿Todo bien?

—Ah, mamá. Sí, todo bien. ¿Dónde están los chicos?

—Ahora vienen, me he adelantado. Han empezado a hablar de política y hoy no estoy para ese tema. ¿Cuándo veremos tu vestido de novia, hija?

—Me lo traerá Valérie. Tú no la conoces, es la prometida de Gilles.

—Así que al final tu amigo pintor también se casará, pero no con la otra pintora.

—No. Además Brigitte también tiene novio, Edouard, un actor maravilloso y maravillosa persona. Ellas serán mis damas de honor. Os va a volver locas mi vestido.

—Seguro que sí, cariño. Estamos deseando verte con él.

—¿Qué hacen las tres mujeres más bellas de París?

—Esperaros para ir a cenar. Estamos hambrientas.

Valentina escrutó todos los rostros y se tranquilizó. Estaban relajados y sonreían, y Aubry parecía contento. Cenaron hablando de generalidades y tomaron otra copa en el bar. En torno a las diez de la noche los ojos de los bostonianos se pusieron vidriosos.

—Si nos disculpáis, nos retiramos ya. El viaje y los horarios nos están pasando factura.

—Claro. Descansad. Mañana después de desayunar iremos a París.

—Yo también me retiro –dijo Christine— Buenas noches.

Aubry y Valentina se quedaron solos. Salieron al jardín y pasearon lentamente. La temperatura había bajado, y Valentina se envolvió en su chal.

—¿Tienes frío? –Aubry se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros.

—No, estoy bien. ¿Han sido muy duros contigo?

—Al principio, especialmente Peter. Le aterroricé de verdad, aún parecía tenerme miedo. Pero lo importante es que comprenden que mis sentimientos hacia ti son auténticos. Solo quieren verte feliz.

—Habéis hablado de política. Si a ti no te interesa.

—No. Pero me apetecía saber el punto de vista de dos periodistas estadounidenses que han viajado mucho.

—¿Seguro que ha ido todo bien, Aubry? Espero no tener que arrepentirme de haberlos invitado.

—No, cariño. De verdad. No te preocupes. Anda, vamos a dormir también nosotros, mañana nos espera un día agitado.

—Alison quiere ver la Torre Eiffel.

—Pues la verá –Aubry sonrió, divertido— Y si no hay que esperar mucho, también subiremos. Daremos un paseo por el Sena. Durante unas horas tú y yo seremos turistas en nuestra propia ciudad. Después del almuerzo nos puedes dejar solos y marcharte de compras con tu madre y tu tía. Valentina, ¿te quedas en tu habitación o conmigo?

—Contigo, Aubry —Aubry la apretó contra él y respiró en su pelo.

-2-

Hacía bastante frío y amenazaba lluvia. Pero disfrutaron de sus paseos y visitas. Al haber pocos turistas subieron a la Torre Eiffel con gran alegría de Alison; pasearon en bateau—mouche y comieron en un restaurante tranquilo típica comida francesa que Andrew se empeñó en pagar. Los periodistas ya habían estado en la ciudad y la conocían bastante bien. Valentina y Alison se fueron de compras mientras sus acompañantes visitaban una exposición fotográfica.

—Chicas, si no os importa me quedo con ellos viendo las fotografías. Comprad mucho –les dijo Christine.

—Mira, ¿qué te parece?

En un mercadillo de objetos vintage, Alison se fijó en un broche ovalado de marfil montado sobre filigrana de oro con piedras azul cobalto, pequeños zafiros y cristales que representaba una deidad griega femenina.

—¡Es maravilloso, tía Alison!

La vendedora lo cogió delicadamente y se lo acercó para que lo vieran mejor.

—Es una pieza auténtica de mediados del siglo XIX –Valentina tradujo.

—¿Te gusta de verdad, Valentina?

—Cómo no. Es una joya ideal.

—Me lo quedo.

Era bastante caro pero Alison pagó sin pestañear y lo guardó en su bolso. Su siguiente parada fue una boutique donde la bostoniana se probó unas cuantas prendas y terminó adquiriendo un vestido y un abrigo rojo que le daba un aire elegante y sofisticado. Completaron las compras un par de zapatos de tacón más alto del que solía usar, un bolso y un sombrero. Para no ir cargadas de paquetes dieron la dirección del hotel.

—Creo que me he vuelto loca, Andrew –se rió Alison— Pero no he podido resistirme.

—¿Y tú qué has comprado, cariño?

—Nada. Tengo todo lo que necesito. Pero ha sido muy divertido, lo hemos pasado muy bien. ¿Y vosotros?

Los cuatro se miraron. Valentina se dio cuenta de que habían compartido algo de lo que no querían hablar.

—Todo bien –respondió finalmente Christine.

—¿Qué os parece si vamos esta noche al *Moulin Rouge*? Cenamos donde nos parezca y terminamos allí la velada. Creo que llevamos ropa adecuada para que nos dejen entrar.

—¿Y por qué no cenamos allí? Ya puestos creo que es lo mejor, ¿no? Hago una llamada y reservo mesa para los seis, con suerte aún quedará alguna libre.

—¡Oh! Aubry y yo no hemos estado nunca.

—¿En serio? Pero eso no puede ser. Andrew, ¿recuerdas nuestras andanzas por allí?

—Para no recordarlo –rio— Dos periodistas muy jóvenes que iban a informar sobre la guerra de Viet—Nam, demasiado alocados y temerarios.

Se repartieron en dos taxis que los condujeron al Bulevar de Clichy. Las luces rojas del cabaret brillaban en la noche. Los condujeron a la mesa reservada, muy cerca del escenario.

—Invitamos Andrew y yo, es nuestro regalo prenupcial. La de noches que pasaríamos aquí a la ida y a la vuelta de nuestra aventura vietnamita.

—¿Tú dónde estabas mientras tanto, Alison?

—En casa, esperando con el alma en vilo. Nos acabábamos de casar y aquél era el primer empleo serio de Andrew.

—Y el mío también –interrumpió Peter— Pero yo no estaba casado todavía, fue a la vuelta cuando Norma y yo nos casamos –se le quebró la voz pero se rehízo enseguida.

—Tuve suerte de contar con Peter, además del mejor cámara es el mejor amigo que nadie podría tener.

—Un asunto feo y sucio el de Viet—Nam –opinó Aubry.

—Sí, aunque no hay guerra limpia. Pero aquello fue un infierno, lo que tuvimos que ver, tantos muertos. En fin, vamos a dejar el tema porque estamos de fiesta. Comamos, bebamos, miremos el hermoso espectáculo y celebremos que nuestra Valentina se casa con su Aubry. ¡Por vosotros! –levantó su copa hacia ellos y los demás le imitaron.

—Nosotros vivimos muy cerca de aquí –dijo de repente Aubry.

—Un sitio pintoresco, de película. ¿Todavía hay bohemios?

—No. En la Plaza del Tertre hace años que no dejan montar caballetes al libre albedrío de los pintores, hay que pagar una tasa al ayuntamiento para ocupar los puestos como si se tratara de un mercadillo. Brigitte ya no está allí, además ha dejado de pintar y de exponer.

—¡Vaya! No me lo habías dicho, Valentina. ¿Por qué lo ha dejado?

—Se bloqueó.

—¿Todos tus amigos son pintores? –preguntó Alison con curiosidad.

—Casi. Tengo muy pocos amigos, tía Alison. Gilles sí es pintor, en cambio su novia Valérie es abogada y el novio de Brigitte, actor. Se llama Edouard. No tengo más amigos.

—Valentina los comparte conmigo. Pero no os ha hablado de sus contactos, personas entendidas en pintura que adoran su trabajo y a ella. La miman.

—Lo que me recuerda que tienes que darme catálogos y fotografías de tus cuadros para enseñárselas a mi amiga galerista. Estoy seguro de que te organizará una exposición acorde a tu talento.

—Me hará mucha ilusión, gracias.

—Aubry, acabo de recordar que tienes un gato. ¿Quién le está cuidando?

—*Napoleón*, sí. He dejado encargada a la asistenta. Denise es de fiar y se quieren mucho los dos. Ella se pasa un rato cada día a limpiarlo, alimentarlo y jugar con él para que no se deprima. Está todo en orden. También le cuidará durante nuestro viaje de novios.

—¿Dónde vais a ir de viaje de novios?

—Valentina quiere ver la Ciudad Prohibida.

—¿En esta época del año? Hace mucho frío y puede nevar. Si no lo tenéis reservado ya, esperad a la primavera y pensad en un lugar con mejores temperaturas.

—El invierno es frío en todas partes, Christine.

—¿Qué tal la Costa del Sol, en España? Es perfecta en todos los sentidos. Mi difunto esposo y yo pasamos allí la Luna de Miel, en Nerja. Todo lo bueno que os cuente será poco.

—Tendríamos que llevar con nosotros a Gilles y a Valérie, que hablan español. Aubry y yo no sabemos ni una sola palabra.

—El personal de hoteles y restaurantes es políglota, no te preocupes por eso.

—Lo pensaremos –Valentina y Aubry se miraron— Aunque me haría ilusión pasar mi Luna de Miel en el mismo sitio que tú, mamá.

Cuando terminó el show volvieron al hotel también en dos taxis. Era ya media noche y estaban somnolientos. «En casa nos vamos a dormir antes de las diez», había comentado Alison.

—Descansad, mañana nos vemos en el desayuno. Nuestros amigos vendrán a comer con nosotros y Valérie traerá mi ropa.

—¿Compartiréis la habitación también mañana?

—No. Seguiremos la tradición de no ver a la novia antes de la ceremonia. Pero vosotros dos y los chicos podéis venir a mi habitación y tomar una copa mientras me dais consejos para mi nueva vida.

—Nosotras dejaremos dormir a la novia pero la despertaremos temprano, habrá mucho trabajo. Seremos las ayudantes de la esteticista y la peluquera. Te vamos a dejar radiante, cariño.

—Lo sé, mamá. Venga, id a dormir que os estáis cayendo.

—¿Vosotros no os retiráis?

—Enseguida también. Buenas noches –y los besó a todos.

Aubry la cogió de la mano y salieron al jardín. Pasearon entre las fuentes sumidos en sus pensamientos.

—Este es nuestro último paseo siendo solteros, amor mío. No sé si podré dormir mañana pensando en ti. Solo puedo descansar sintiendo tu calor y tu respiración.

—Creo que dormirás aunque poco –le sonrió Valentina— Como los metas a todos en tu habitación se os harán las mil, ya los conoces. Aunque mis tíos se queden catatónicos a las diez, aguantarán el tipo. Procura no beber mucho y que los chicos tampoco se pasen, no me gustaría veros a todos como zombies.

—Nos controlaremos. Además tienen que ser mis emisarios, ellos irán a reclamar a mi bella novia para traérmela.

—¿Y qué pasará si no abro la puerta?

—Que iré a buscarte en persona, te echaré sobre mi hombro tal y como estés y te llevaré ante el funcionario para que nos case.

—Troglodita –rio Valentina a carcajadas.

—Un troglodita enamorado. Te amo tanto, Valentina.

—Te amo tanto, Aubry. Abrázame muy fuerte y no me sueltes nunca.

—Nunca te soltaré.

La abrazó estrechamente apretándola contra él mientras la besaba. Valentina suspiró y le correspondió. Amparado en la oscuridad, Aubry deslizó una mano bajo el vestido de Valentina abriéndose paso por dentro de las medias y la lencería. La chica quedó colgada de su cuello respirando fuerte. Aubry sofocó sus gemidos de placer con sus labios y tras el último beso apasionado le arregló la ropa y entraron dentro. En su habitación Aubry le quitó la ropa poseído por un deseo urgente. No dejó ni un centímetro de su cuerpo sin besar y acariciar. Valentina le correspondió abandonándose a sus deseos hasta que quedó inconsciente. Aubry le pasó una toalla húmeda por la cara y le dio agua.

—¿Aubry?

—Te has desmayado, amor mío. No te asustes, a veces pasa. Me has hecho sentir muy especial.

Ella se movió sobre la cama revuelta. La sábana superior y los cobertores se habían caído al suelo.

—Me has llevado tantas veces al culmen que no he podido aguantar más. Me sobrepasaba el placer, no podía respirar.

—Eso quería, que te murieras de amor entre mis brazos. Porque mañana no te voy a tener y no sé si podré soportarlo.

—Solo serán unas horas, amor. Y después no volveremos a separarnos. ¿Me das más agua? Tengo mucha sed.

Bedió atragantándose. Aubry arregló la ropa de cama y se tendió junto a ella, que se apretó contra él y se quedó dormida instantáneamente. La tapó bien y se levantó, se puso el pantalón del pijama, cogió un botellín de licor del mueble—bar y encendió un cigarrillo que se fumó en el balcón pese al frío. En dos días estaría casado con Valentina y comenzaría una nueva etapa de su vida, la mejor, pacífica y duradera. Miró a al cielo: *köszy anyu*[9], susurró. Estaba convencido de que era el espíritu de su madre quien le había protegido y protegido a la mujer que amaba. «Desde que estoy con ella creo que me he vuelto más espiritual y menos duro. Decididamente me has humanizado, mi dulce amor de Sarajevo. Ni en mil vidas hubiera imaginado esto. Nunca te lo podré agradecer bastante. El día que te encontré muerta de miedo, despeinada, llena de polvo, comencé a vivir. Solo de pensar que hubiera podido verme obligado matarte para liberarte del sufrimiento se me hiela todo por dentro.»

Valentina sintió frío y se subió los cobertores hasta la cabeza. Notó que a su lado había un hueco y abrió los ojos.

—¿Aubry? –llamó en voz baja— Cierra el balcón.

—Perdona, no quería despertarte –cerró inmediatamente y se acercó a ella— Tienes las manos heladas. Me estaba fumando un cigarrillo fuera. Ven, cariño, acércate a mí.

—No te vayas.

—No me iré nunca. Siempre cuidaré de ti, amor mío.

***

—Parece que nuestros chicos han dormido poco –comentó Andrew al ver llegar a los

novios. Todos rieron.

Eran poco más de las siete de la mañana y les esperaban en la cafetería. El bufett era abundante y variado. Los bostonianos ya se habían tomado una primera taza de café al estilo americano porque el otro les parecía demasiado fuerte.

—¿Vosotros habéis dormido bien?

—Como troncos. Qué camas tan cómodas, daba pena levantarse. Las habitaciones son preciosas.

—Hoy os llevaremos al palacio de Versalles, está muy cerca. No podéis marcharos de París sin verlo –Valentina se mostraba entusiasmada— Mamá y yo lo hemos visitado un par de veces.

—Yo nunca –Aubry parecía sorprendido de pronto de lo poco que había visto de París pese a vivir allí.

—¿Es posible? ¿Y tenemos que venir de Boston para que conozcas tu ciudad?

—Apenas me he movido de Montmartre desde que me instalé allí, solo para visitar el Louvre y escuchar algún concierto.

—¡Hombre! Nos has salido marchoso.

—En absoluto. Música clásica.

—Aubry es un gran entendido en música, tío Peter. Y además tiene un oído musical extraordinario.

—¿En serio? Me pinchas y no sangro.

—Tal vez creías que solo era hábil con las armas de guerra –Aubry sonreía— Ya no toco ningún instrumento pero sé música.

—Y astronomía también, tío Peter. Su telescopio es impresionante y hace unas fotografías que parecen profesionales.

—¡Oh! Esas fotos sí que me gustaría verlas. ¿Qué haces con ellas?

—Las archivo, nada más.

—¿Me las querrás mandar?

—Claro. En cuanto pasen las celebraciones te mandaré copias en papel.

—Eres una caja de sorpresas, Aubry.

—No tanto. Soy un tío normal con algunas aficiones.

—Me pinchas y no sangro –repitió Peter.

En cuanto terminaron el desayuno se pusieron en marcha, a pie porque estaban muy cerca del palacio. Peter fotografió todo lo que encontraron, incluidos ellos en grupo, sonrientes y haciendo el loco. Se pusieron serios en la entrada, a Aubry se le abrieron mucho los ojos. No hablaron durante el recorrido, admirados y empequeñecidos por tal derroche de magnificencia. No había tantos visitantes como de costumbre, pero no repararon en ellos. Iban pasando de sala en sala mirando detalladamente la decoración y los muebles. La cámara de la reina les hizo jadear, incluso a Christine y a Valentina que ya la habían visto. Aubry apretó la mano de Valentina. Dieron una pequeña vuelta por los jardines, que necesitaban varias horas para completarlos, y volvieron al hotel.

—No había visto nunca nada igual, es como un sueño –Alison fue la primera en romper el silencio.

—Impresiona más al natural que en fotografías o en el cine. En nuestro próximo viaje a París dedicaremos todo el tiempo que haga falta para verlo todo. Qué maravilla.

—¿Volveréis a París?

—Eso no lo dudes, Valentina. Para veros a vosotros y ese palacio inmenso.

Se fueron a sus respectivas habitaciones a tomar un baño y cambiarse de ropa. Valentina ya había trasladado sus cosas. Les enseñó la suite nupcial y las mujeres dieron un grito

—Creo que me voy a desmayar aquí mismo –Alison no daba crédito a sus ojos.

—¿Qué te parece, mamá?

—Digna de una reina, cariño –la abrazó, conmovida.

En torno a la una de la tarde llegaron Gilles y Valérie con Brigitte y Edouard en el coche del pintor. El chófer sacó el equipaje mientras ellos se registraban. Todos abrazaron a Valentina y a Aubry, y ella hizo las presentaciones.

—¿Tomamos un aperitivo antes de comer? –propuso Gilles. No hubo ninguna objeción.

—Recordad que Brigitte no habla inglés, dadme tiempo para traducirle lo que hablamos.

—Claro, hablaremos despacio. ¿No estudiaste inglés en el colegio, Brigitte?

—Sí, pero no lo suficiente. No tengo facilidad para los idiomas.

Unas copas de vino blanco, unos cigarrillos, y ya se sentaron a la mesa. Menú sin carne para los novios. Se produjo un pequeño incidente cuando Edouard pidió spaguettis rojos. Estaba sentado frente a Aubry, que palideció al ver el plato, murmuró una excusa y se levantó derribando casi la silla.

—¿Qué le ha pasado? –Edouard los miraba sin entender nada.

—Tiene alergia a los espaguetis y al tomate, incluso el olor le enferma –Valentina no sabía cómo explicarlo sin revelar la causa del malestar de Aubry.

—¿De verdad? ¿El olor le ha puesto así? Uf, lo siento –llamó a un camarero y pidió que se llevaran su plato y le trajeran lo mismo que a Valentina, salmón a la naranja.

Tras intercambiar una mirada con Valentina, Gilles se puso en pie.

—Disculpadme, voy a ver si se encuentra bien.

Le oyó vomitar en el baño. No le había dado tiempo de subir a su habitación.

—Aubry, tío, ¿estás bien? –dio unos toques en la puerta— ¿necesitas ayuda?

—No,,, gracias… ya salgo…

Estaba demacrado. Se lavó la cara y se enjuagó discretamente la boca. Gilles le dio un chicle de clorofila.

—Valentina nos ha contado lo de tu alergia. Pobre Edouard, se ha quedado muy confuso.

—No tenía por qué saberlo. Lo siento, menudo espectáculo.

—Si ya estás mejor podemos volver. Tranquilo, nuestro actor ha pedido otra cosa.

—Lo siento, ha sido algo involuntario. Volvamos al comedor.

—¿Seguro que es alergia, Aubry? –Valérie parecía muy preocupada— Es muy extraño. Deberías ir al médico no vaya a ser algo serio.

—No, solo es alergia.

—Yo te comprendo –Peter habló repentinamente en alemán para que solo le entendiera Aubry, creyendo que los demás no seguirían la conversación. Respecto a Andrew, Christine y Valentina, sabían perfectamente la causa de su malestar — Cuando vuelvo de algún conflicto soy incapaz de comer según qué. Entiendo que no quieras carne ni tomate. El resto lo entiendo igual, no hacen falta explicaciones..

—Gracias, Peter. No hace es necesario mencionarlo, es desagradable.

—¿Pero por qué has pedido spaguettis, Edouard? –Brigitte estaba muy nerviosa y enfadada con su chico— Tantos platos en el menú y tenías que elegir ese.

—Ya, Brigitte, por favor. Edouard no tenía por qué saber lo de mi alergia. Me disculpo otra vez.

—Y yo me disculpo por mi pequeño aparte en alemán, no tiene importancia.

—No pasa nada, esta mesa parece casi la Torre de Babel –dijo Gilles repentinamente en alemán mirando a Peter.

—Sin preguntas ni explicaciones. Estamos de celebración. Por favor –Valérie también se expresaba fluidamente en alemán. Peter se ruborizó y Aubry por el contrario palideció.

—Yo soy la única que solo habla francés. Tened compasión, no me entero de nada.

—Nuestras disculpas, Brigitte. No volverá a ocurrir.

Peter hizo fotografías de todos con su equipo profesional, y le pidieron a uno de los clientes que compartía comedor con ellos que hiciera fotos con la máquina de Valérie. Pasearon por los jardines y recorrieron el invernadero. Aubry y los invitados masculinos conversaron con el dueño del hotel y revisaron la decoración que luciría el salón al día siguiente. Mantel y servilletas azul pastel; rosas de color rosado y blanco y hortensias azules en guirnaldas adornando las paredes, grandes floreros y centro de mesa. Cuando terminaran el trabajo parecería un jardín. El cuarteto de cuerda llegaría puntual, y además había otra sorpresa para Valentina que había organizado Aubry con ayuda de Christine y los bostonianos.

Entretanto las cinco mujeres volvieron a curiosear la suite nupcial sin dejar ni un detalle sin tocar y mirar. El baño era un sueño de mármol blanco adornado con flores e iluminado con lámparas de lágrimas de cristal. La gran bañera de hidromasaje las entusiasmó.

—Yo me pasaría aquí toda la luna de miel –dijo Brigitte.

—No sería mala idea –rio Valentina— Vamos a mi habitación, mamá y tía Alison no han visto mi vestido.

El vestido de novia estaba colgado envuelto en una funda para que no se arrugara. Cuando Valentina lo sacó, Christine y Alison empezaron a llorar.

—Es tan precioso, Valentina. Y qué zapatos. Parecerás un hada.

—O una princesa. Es divino.

—Yo no he visto el traje de Aubry aún. Me gustaría enseñaros la camisa, pero no sé si él está ahora en su habitación.

—No. Después de hablar con el responsable del hotel se ha ido a la cafetería con los chicos.

—Pues vamos a hacer una incursión.

Entraron con cierta timidez. La habitación estaba impecable, y olía ligeramente al perfume de Aubry. Valentina abrió el armario y descubrió la ropa nupcial, de color gris muy oscuro, y chaleco y pajarita de color negro. Valérie se percató enseguida de la calidad del tejido y de que estaba confeccionado a medida. La camisa levantó gritos.

—Cariño, yo no sé si podría esperar a la noche de bodas para arrancarle esta bonita camisa a

tirones.

—Brigitte, no seas bruta –pero todas reían. Valentina tradujo a Alison las palabras de su amiga.

—Brigitte tiene razón, qué demonios. Tu casi marido es un bombón y no deberías andarte con remilgos.

—¡Tía Alison! Pero qué brutas sois las dos.

—Se me está ocurriendo algo… ¿le hacemos la petaca al novio? –propuso Brigitte.

—Ni pensarlo. Además se daría cuenta, nosotras no sabemos volver a hacer la cama igual.

—Yo sí –dijo repentinamente Alison— Trabajé en hoteles los veranos cuando estaba en la Universidad, para sacarme dinero extra.

—¡Alison! ¡Alison!

—¡No! Por encima de mi cadáver. No quiero tenerle mañana insomne y feo.

—Pues te matamos. Venga, a por ella –y comenzaron a hacerle cosquillas.

Las carcajadas se oían desde fuera. De repente escucharon pasos y la voz de Aubry en inglés.

—Chicos, parece que las damas han invadido mis dominios.

Valentina se apresuró a colocar todo en su sitio y abrió la puerta. Las otras cuatro se pusieron detrás de ella sofocando la risa.

—Ya salimos, Aubry.

—¿Os habéis equivocado de habitación? Amor, no me habrás preparado alguna maldad para esta noche.

—No he hecho nada. Les he enseñado tu camisa de novio.

—¡Ah! Vaya. Señoras, dejadnos un momento y enseguida nos unimos en la cafetería. Alison, tu marido se preguntaba dónde te habrías metido.

—Ahora le aclararé el misterio.

Se alejaron abrazadas unas a otras todavía riendo.

—Joder con las niñas, qué curiosas son. Mira bien no te hayan hecho algo en la cama –Gilles reía con ganas— no te vayas a encontrar con lo que no esperas. Una sola no se atrevería, pero en grupo se animan unas a otras.

—Asegúrate de que no te han hecho la petaca, Aubry. Mejor verlo ahora que cuando te acuestes –remató Edouard— Brigitte me la hizo un día que me acosté antes que ella.

Aubry levantó los cobertores y metió una mano entre las sábanas recorriendo toda la extensión del colchón.

—No. Está bien.

—Eso es porque hemos llegado antes de que perpetraran el delito. No tienen remedio.

—Menos mal que Valentina no ha visto lo que le tengo preparado, se hubiera arruinado la sorpresa.

Quince minutos después estaban todos juntos en la cafetería. Los hombres se estaban riendo y su jolgorio aumentó al verlas.

—Le estábamos diciendo a Aubry que se ha librado de una buena por poco.

—No sabemos de qué habláis.

—Brigitte, que te conozco –dijo Edouard— Seguro que las animabas a hacer algo –Brigitte le hizo un gesto malicioso.

A las seis se retiraron a sus habitaciones para cambiarse de ropa antes de bajar a cenar. Uno de los salones grandes estaba ocupado por los invitados a otra boda. Aubry y Valentina se vistieron con mayor formalidad, ella con un vestido de blonda azul oscuro por debajo de la rodilla y zapatos negros adornados con cristales en el cierre, Aubry con traje y corbata del mismo color y camisa de un azul más claro. Valentina le miró: estaba espectacular. Sonrió recordando cómo había buscado infructuosamente el viejo jersey azul marino que ella había tirado. El grupo alegre y políglota destacó entre los clientes que ocupaban las otras mesas. Los bostonianos contaron anécdotas de sus viajes, el pintor y el actor les hicieron reír con historias de representaciones y exposiciones. Peter propuso un brindis.

—Por nuestros queridos Valentina y Aubry. Sed siempre tan felices como lo sois ahora.

—Por nuestros queridos familiares y amigos aquí presentes –Aubry hizo otro brindis— Y por aquellos que ya no están pero siguen en nuestros corazones.

Todos bebieron. Valentina y Christine se emocionaron y se cogieron de las manos. Entonces Aubry se acercó a Valentina y le entregó una bolsa te terciopelo rojo atada con cordones.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo, amor mío.

Le temblaban un poco las manos. Christine, que sabía qué era, le hizo un gesto para que desatara el nudo. Trece monedas pequeñas de oro cayeron en sus manos. Al depositarlas sobre la

mesa hubo una exclamación de sorpresa.

—Representa lo que voy a compartir contigo, Valentina. Como en las celebraciones civiles no hay entrega de arras he querido dártelas hoy.

—Yo también tengo algo para ti, Aubry –y le dio una caja alargada envuelta en papel de regalo: tres finos pañuelos masculinos de hilo con su inicial bordada en dorado. Solo él supo por qué le hacía aquel regalo. Se besaron entre aplausos propios y del resto de los comensales.

—Y ahora, dame tu mano, amor mío –le puso la alianza de boda en el anular de la mano izquierda y le dio la suya para que se la pusiera a su vez.

—¿Y esto? –Gilles verbalizó el asombro de todos— ¿Os acabáis de casar?

—No, Gilles. Mañana durante la ceremonia cambiaremos los anillos a la mano derecha.

—Esto se merece otra ronda de brindis –dijo Andrew muy serio— Más champán para todos.

En la discoteca se encontraron con los invitados a la boda y los novios en persona. La novia, muy alta y llevando un fabuloso vestido blanco de alta costura, se acercó a Valentina y la besó en las mejillas. Se quitó del velo una horquilla de oro y se lo dio a la pintora. Valentina, conmovida, le regaló el bonito prendedor de cristales que sujetaba su cabello. Gilles le hizo una reverencia, cogió su mano y comenzó a bailar con ella mientras Aubry se emparejaba con Valérie. Se quedaron hasta pasada la medianoche. Las mujeres rodearon a Valentina y se la llevaron a su habitación, mientras Aubry los invitaba a ellos a una última copa en la suya. Al quedar solo se desnudó y cayó como un fardo en la cama. No soñó.

-3-

Dejaron dormir a Valentina hasta las siete de la mañana. La despertaron muy despacio para no sobresaltarla. Las cuatro llevaban puesto el albornoz y las zapatillas del hotel porque también se iban a vestir en la habitación de la novia. La peluquera y la esteticista llegaron puntuales. Christine le preparó el baño mientras subían el desayuno para todas. En la habitación contigua se oían voces y risas masculinas, también habían ido a despertar a Aubry. Comenzaron por el arreglo corporal y siguió el turno del cabello, que la peluquera cepilló hasta que brilló flexible y suave, dejándolo suelto. Solo dejaron entrar a Peter con su cámara cuando la novia estuvo vestida y calzada, para que grabara el proceso de maquillaje. Jadeó al verla. Un auténtico vestido vintage de seda con varias capas de muselina bordada con hilo de plata y cristales diminutos, manga corta y escote de pico, que caía hasta los tobillos desde la costura alta debajo del pecho ceñido con un cinturón de seda plateada. Medias blancas. Le pusieron la liga con un detalle azul, que había entusiasmado a la novia, y le calzaron los zapatos planos de encaje cerrados y atados al tobillo con un lazo de seda plateada como el cinturón. Christine y Alison le colocaron el velo de muselina y blonda floral adornada con pequeñas perlas y cristales de manera que le cayera sobre la frente, sujeto a un lado con la horquilla de oro. Entonces Alison sacó el broche que había comprado y lo prendió en el velo. Los ojos de Valentina se humedecieron.

—Lo habías comprado para mí, tía Alison.

—Claro está que sí, cariño. Para la novia más bonita del mundo. Chicas, ¿os gusta?

—No tengo palabras.

—Se parece al que llevó mi tía en su boda, heredado de su bisabuela materna. ¿Dónde lo compraste?

—En un mercadillo. Me aseguraron que es auténtico, no una imitación.

—Es auténtico. Alguien vendió las joyas familiares en su momento y el broche pasó de mano hasta llegar a las tuyas. Es maravilloso.

El maquillaje fue engañosamente sencillo. «menos es más», dijo Valérie. La esteticista siguió las indicaciones que le dieron. Al terminar parecía que no llevaba, tan suavemente habían aplicado la sombra gris en los párpados y el lápiz labial rosado que hacía juego con las uñas. Estaba deslumbrante. Christine se quitó la gargantilla de perlas y lo puso en torno a su cuello, del que solo pendía la cadena con la medalla.

—Una cosa nueva y otra vieja, algo prestado y algo azul. Luce este collar durante tu gran día para que te traiga suerte, hija mía.

—Gracias, mamá. –se abrazaron las dos.

Peter continuó haciendo fotos en silencio excepto para pedirles que se pusieran en un lugar

u otro. Vestidas y maquilladas, Alison y Christine con bonitos sombreros, se sentaron hasta la hora de bajar al salón. A las once y media las mujeres atendieron la llamada a la puerta de los emisarios del novio, que le llevaban el ramo.

—¿Quién es? –preguntó Brigitte seriamente.

—Venimos a buscar a la novia. Abrid.

—Aquí no hay ninguna novia. Fuera, no molestéis.

Ellos escucharon las risas femeninas y los cuchicheos. Volvieron a llamar.

—Valentina, venimos a buscarte. Abre la puerta.

Salieron las cuatro, dejando a Valentina dentro. Andrew llevaba el ramo de la novia, y los otros dos chicos los de las damas de honor, que hacían juego con sus coronas de flores. Peter lo grababa todo. El ritual lo había preparado Aubry después de mirar información en el buscador de internet.

—Si no nos dais un regalo no os daremos a la novia –dijo Brigitte como si acabara de ocurrírsele la idea. Ellas volvieron a reírse.

Como ya lo tenían previsto, cada guardiana de la puerta recibió una pulsera de plata de eslabones pequeños y finos con un cristal en el cierre de seguridad. Entonces los dejaron pasar. Andrew se acercó a Valentina y le ofreció el ramo.

—Así dice tu novio que te espera: «me robaste el corazón, novia mía, me robaste el corazón con una mirada tuya, con una vuelta de tu collar. Ponme como sello en tu corazón, como sello sobre tu brazo. Porque el amor es tan fuerte como la muerte.»

Entonces le besó la mano y después las mejillas. Todos estaban muy emocionados. Christine, prendió el pequeño adorno floral en las solapas de sus chaquetas y se fue a la habitación del novio para ponerle el suyo seguida de los hombres.

A las doce bajaron al salón donde se iba a llevar a cabo la ceremonia y después el banquete nupcial. Habían colocado las sillas en hilera y puesto una mesa pequeña donde firmar el acta matrimonial. No había ningún símbolo especial, solo la profusión de flores que desprendían un aroma delicioso. Valentina se vio inmersa en un jardín de ensueño. Junto a la mesa tras la que se situaba el funcionario esperaban Aubry y Christine en calidad de madrina. Nada más poner un pie en el salón escuchó una voz femenina potente y bien timbrada cantando:

ken es esto de la ventana

Ke me amostra tanto amor

O sono las streyas de la mañana

O son los ojos de mi amor.

Valentina se paró en seco y tuvo que apoyarse más fuerte en Andrew. Las lágrimas la cegaron. No entendía las palabras, pero el idioma antiguo le sonaba familiar. Su bisabuela paterna hablaba así, conservaba una tradición de siglos. Aunque ella no había aprendido aquella lengua sino francés con su madre, que pertenecía a otro grupo étnico y religioso. Únicamente su padre podía comunicarse a duras penas con la anciana. Aquel detalle solo podía proceder de Aubry. Le miró y su corazón se inundó de tanto amor por él que casi no pudo respirar.

La ceremonia en sí fue sencilla, amenizada por el cuarteto de cuerda. El oficiante hizo la presentación y las lecturas correspondientes a los derechos y obligaciones de los contrayentes, y estos hicieron en voz alta sus votos matrimoniales, pocas palabras pero muy emotivas.

—Te amaré siempre en todas las circunstancias de nuestra vida. Siempre cuidaré de ti, esposa mía.

—Te amaré siempre hasta que la muerte nos separe y más allá de la muerte, esposo mío.

Se pusieron los anillos el uno al otro cambiándolos de la mano izquierda a la mano derecha. Firmaron el acta matrimonial y firmaron Christine y Andrew como testigos. El funcionario felicitó a los novios, recogió y se marchó. Aubry y Valentina se quedaron en pie frente a sus amigos cogidos de la mano. Volvió a escucharse la voz de la cantante:

Yo non hablo con ninguno

solo con mi primo amor.

Andemos al café

yo seré tu cavaller.

Tú sos una rosa

tú sos una flor

crecida en la frescura

onde el sol non dio.

Aplausos y parabienes, abrazos y besos. Aubry condujo a Valentina hasta la cantante, una mujer de edad mediana muy elegante, a la que ofreció su mano para ayudarla a bajar del estrado.

—Cariño, la señora Bensimon es una extraordinaria cantante y ha tenido la amabilidad de cantar durante nuestra ceremonia. La escuché durante la cena de la boda de anoche y le pregunté si podría repetir hoy. Le estoy muy agradecido.

—Gracias de todo corazón, señora Bensimon. Estoy emocionada y conmovida, me ha ayudado a recuperar recuerdos de mi infancia.

—Le deseo una vida larga y dichosa, querida. A usted y a su esposo.

Aubry le besó la mano y las dos mujeres se abrazaron. Peter inmortalizó el momento. Aubry había arreglado la actuación. Se sintió feliz de haber podido dar aquella sorpresa a Valentina, que se le ocurrió al escuchar a la cantante de casualidad. Era profesional además de amiga personal de la madre de la otra novia, y no tuvo inconveniente en aceptar. Aubry había querido entregarle un cheque por su actuación pero ella se había negado. «Pasaremos la noche aquí, y me alegrará cantar también para su esposa.»

Al salir del salón para hacerse fotos en el jardín y el invernadero, Brigitte y Valérie los rociaron con una lluvia de pétalos de rosas. De sus dos amigas, solo Valérie estaba prometida, pero quería que también recibiera el ramo de novia, así que en vez de lanzarlo lo dividió entre Brigitte y ella. Se subió el vestido hasta la altura de la liga, se la quitó y la tiró hacia atrás, a ver qué chico la cogía. Edouard dio un salto y la atrapó al vuelo.

Tomaron un aperitivo antes de pasar al salón, ya preparado para la comida. El cuarteto de cuerda contratado por Gilles y Edouard tocó piezas barrocas de manera que no impidieran la conversación entre los comensales. Como la mesa era redonda todos se veían las caras. Edouard iba traduciendo para Brigitte.

—Como madre de Valentina todo lo bueno que diga de ella será poco. Me convirtió en madre cuando menos lo esperaba, y a mi amado Valentín en padre. Solo nos has dado alegrías, cariño. Aubry, me he convertido en tu suegra y espero que también seamos amigos.

—Lo somos, Christine. Gracias por todo.

—Andrew y yo conocemos a Valentina desde hace mucho tiempo –dijo Peter— y la queremos como a alguien de nuestra familia. Es nuestra preciosa sobrina francesa. Aubry, cuida bien de ella. Es un tesoro.

—Valentina ha sido como una hermana para mí –era el turno de Brigitte, y Christine tradujo — Buena amiga, buena persona, buena pintora. Te quiero.

—Hace menos tiempo que te conozco, Valentina, pero he aprendido a quererte. Te deseo lo mejor.

Aubry miraba a su mujer con los ojos brillantes de emoción. Andrew tomó la palabra.

—Aubry, eres un hombre afortunado en todos los aspectos. Alison, Peter y yo nos alegramos de haberte conocido. Sé feliz y que la suerte te sonría siempre.

—¿Qué puedo deciros de este tío? Me obligó a tragarme una ópera completa de Wagner en lugar de llevarme a un sitio decente donde emborracharme a su salud. Pero nada de rencores el día de tu boda –la risa casi impedía hablar a Gilles— Aubry, hermano, te quiero.

—Yo, por el contrario –dijo Edouard— tuve la suerte de compartir con Aubry una ópera maravillosa de Wagner –se volvió hacia Gilles— mientras alguien a nuestro lado gruñía y amenazaba con ahogarnos en el Sena a los dos –más risas— Aubry, me alegro de que seamos amigos y casi cuñados. Yo también te quiero.

Tras una serie de brindis, y antes de que llevaran la tarta nupcial, Aubry se puso en pie.

—Queridos familiares y amigos, os agradezco vuestra presencia y vuestra compañía hoy. He ganado tres tíos y una suegra, además de amigos que no cambiaría por nada. Y he ganado una esposa maravillosa que es mi corazón y mi alma. Ella se merece todo el amor del mundo y la amaré cada día de mi vida y también después. Amor mío, el día que te vi detrás de la ventana supe que mi vida por fin tenía sentido. Me queda por hacerte el último regalo nupcial, y así sabrás el objeto de aquellos viajes que tanto te intrigaron.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre de papel de seda rojo y se lo tendió a Valentina. Al abrirlo, miró incrédula a su marido y lo mostró al resto: un juego de llaves atado con un lazo rojo.

—¿Qué es esto, Aubry?

—Las llaves de nuestra casa, Valentina. Una preciosa casa en la costa mediterránea donde podrás pintar y soñar y donde, si la vida nos los da, podremos tener a nuestros hijos. Son tus llaves, amor mío.

Valentina se secó los ojos y se levantó para abrazarle entre aplausos. Las llaves pasaron de mano en mano. Aubry continuó en pie.

—Voy a recitarle a Valentina unos versos de la *Oda* de Attila József. Os pido disculpas porque no lo vais a entender, pero lo traduciré al inglés lo mejor que pueda y Edouard al francés para Brigitte –miró a su mujer:

Szeretlek,mint anyját a gyermek,

mint mélyüket a hallgatag vermek,

szeretlek, mint a fényt a termek,

mint lángot a lélek, test a nyugalmat!

Szeretlek, mint élni szeretnek

Halandók, amíg meg neml halnak.[10]

Se hizo un silencio absoluto. Algunos bebieron un trago de sus copas para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Valentina parecía sobrepasada por tantas emociones. Cortaron la preciosa tarta con cobertura azul. Edouard se puso en pie y también recitó, poemas de amor de Shakespeare. Valérie cantó. Valentina obsequió a las mujeres con un joyero de oro vegetal lleno de bombones mientras que Aubry repartía pitilleras de plata con la fecha de la boda grabada, entre los hombres. El cuarteto cambió los temas por adaptaciones de otros actuales y bailaron en el espacio libre, primero un vals los novios solos.

Al atardecer les sirvieron una cena fría y volvieron a pasear por los jardines, bien

iluminados. Las mujeres se envolvieron en sus chales. El invernadero estaba iluminado con velas artificiales de colores y los novios se hicieron más fotos. Peter llevaba lo necesario para hacer excelentes tomas nocturnas. Tomaron café, bebieron licores y fumaron.

—Voy a estrenar mi regalo –dijo Peter. Rellenó su pitillera antes de encender un cigarrillo, y los demás le imitaron.

Terminaron en la discoteca bailando hasta que cerró. Brigitte hizo un aparte con Valentina, llevándola a la barra.

—Me lo ha pedido.

—¿Qué?

—Edouard me ha pedido que me case con él.

No escucharon lo que hablaban pero sí vieron a las dos abrazándose y dando saltos. Valérie se acercó a ellas y también gritó y saltó. Las tres le cayeron encima al actor de improviso.

—Dicen que de una boda sale otra boda. Así que me he decidido a proponerle matrimonio a Brigitte. Lo celebraremos en otro momento y le regalaré el anillo de compromiso. Venga, chicas, esta es la noche de Valentina. Dejad de besarme, ya. Valentina, eres una mujer casada, quita –la riñó en broma

—¿Pero qué os pasa a todos?

—Gilles, Edouard le ha pedido la mano a Brigitte.

—¿En serio? Venid a mis brazos. ¡Aubry! Ven tú también. Tendremos otra boda.

Salvo los americanos y Christine, ya iban algo descontrolados. Los mayores se fueron a dormir y los dejaron a su aire. Valentina le devolvió el collar a Christine, «no me gustaría perderlo o que se rompiera.» Gilles se mojó la cabeza en una de las fuentes.

—¿Y vosotros dos qué estáis haciendo aquí? A vuestra suite nupcial, rápido. Los solteros seguiremos bebiendo por vosotros.

Valentina y Aubry, riendo, se cogieron de la mano y se dirigieron hacia el interior del hotel. Brigitte llamó a la novia.

—¡Valentina! Acuérdate –e hizo un gesto con las manos como si rompiera algo.

Valentina lanzó una carcajada y tropezó con sus propios pies. Aubry la levantó, se la echó al hombro como si fuera un saco y salió corriendo.

SOBRE LA AUTORA



Alix (Adela) Rubio Calatayud, licenciada en Historia en la Universidad de Zaragoza.. También ha estudiado música, canto y literatura medieval. Ha cursado estudios de hebreo moderno en la Universidad Hebrea de Jerusalén (Israel). Escritora y folklorista, especializada en folklore sefardí, ha grabado discos y dado conciertos en España e Israel, así como conferencias. La han entrevistado en programas de radio y televisión, participó como colaboradora en un programa del canal 40 de la TV aragonesa hablando de historia y de folklore. Pertenece a la Asociación Aragonesa de Escritores desde su fundación en junio de 2003 y a la Asociación Zaraletras. Participó en la Campaña de Otoño de 2013 y 2018 de Encuentros entre Escritores y Lectores organizada por la Diputación Provincial de Zaragoza, en el programa "Escritoras del Siglo XXI", dirigido por la poeta María José Castejón Trigo (Biblioteca de Aragón, Zaragoza, 1 de febrero de 2019), en el programa Relatos de la asociación Aragonesa de Escritores 25 Historias de Amor y Odio, 9 de febrero de 2019, en el programa organizado por la Asociación Aragonesa de Escritores y Aragón Radio con motivo del Día Mundial de la Radio y en el programa "Poesía y Relato" organizado por Mari Carmen Gómez en la Bóveda del Albergue, 16 de marzo de 2019.

—Autora y Obra incluidas en el "Diccionario de Autores Aragoneses Contemporáneos 1885—2005", pág. 946, de Javier Barreiro, Zaragoza 2010, editado

por la Diputación de Zaragoza, promovido por la Asociación Aragonesa de Escritores y con la colaboración del Gobierno de Aragón y de la Institución Fernando el Católico.

—Bibliografía: Negro, Luis, "Héroes mitológicos" (Reseña de *Las Puertas del Walhalla*), Trébede, nº 64, junio 2002.

Ha publicado libros de divulgación histórica, un libro de relatos, un libro infantil, poemarios, además de colaboraciones en revistas y antologías con relatos y poemas y artículos en revistas especializadas. Ha publicado las novelas Las Puertas del Walhalla; Pedro III el Grande; Portal de la Xerea; La hora de los perros; LUNES (en coautoría con su hija Yael Blasco Rubio); Espíritu atormentado; Despierta, amor y Un ángel para Harmony. Siempre cuidaré de ti es su cuarta novela romántica.

[1] Siempre

[2] Se ha hecho de noche, /las orejas del conejo están caídas./El gatito ronronea/Duerme tú también… Valentina.

[3] Siempre cuidaré de ti

[4] Las estrellas resplandecen y caen, /pero tú te detienes en mis ojos/Tu sabor, como el silencio en una gruta,/flota enfriándose en mi boca.

[5] Siempre cuidaré de ti

[6] Siempre te amaré

[7] Duérmete, mi dulce amor. / Cierra tus ojos, /pequeño capullo de rosa./La violeta está durmiendo.

[8] Te quiero, mamá.

[9] Gracias, mamá

[10] Te quiero como un hijo a su madre/como los pozos enmudecidos/su propia profundidad/te quiero como las salas añoran la luz/como el alma al fuego y el cuerpo a la calma. /Te quiero, como los mortales su propia vida/mientras la viven.